

PATTY McMAHOU

*Olvidate  
de la lotería*



*y dejé que te  
toque yo*



# *Índice*

Portada  
Sinopsis  
Portadilla  
Dedicatoria  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Epílogo

Agradecimientos

Referencias a las canciones

Biografía

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## *Sinopsis*

Cuando Daniela vuelve a casa tras su primera visita a la clínica de inseminación artificial y encuentra a su marido en la cama con la cajera del supermercado, su mundo se derrumba y decide poner punto y final a su matrimonio.

Gabriel, su amigo gay, la acoge en su piso e intenta animarla. Sin embargo, al ver que no levanta cabeza, le regala un viaje a Estados Unidos, donde conocerá a Julián, con quien compartirá una noche de locura, sexo y desenfreno.

De regreso a España, Daniela se lanza al mundo empresarial con un negocio de foodtruck. Gracias a él, volverá a encontrarse por pura casualidad con Julián, cuya vida ha dado un gran cambio debido a una promesa que le hizo a su mujer fallecida. Daniela tendrá que lidiar con ello, así como con las locuras de sus amigas Drags, los problemas económicos, la malicia de la amante de su ex y los equívocos que harán que Julián rompa con ella para siempre.

¿Será capaz de dejar a un lado su orgullo, sus miedos y su desconfianza para recuperar la positividad que ha desaparecido de su vida? ¿Conseguirá Julián convencerla de que, para él, el mejor premio de lotería es ella?

*Olvídate de la lotería  
y deja que te toque yo*

Patty McMahou

Esencia/Planeta

*A todos los que luchamos por sonreír a diario*



## *Capítulo 1*

No hacía más que remover el contenido de la taza que tenía delante de mis ojos. Con una de mis manos daba vueltas en sentido contrario a las agujas del reloj y, por desgracia, no tenía visos de que pudiera parar en ningún momento cercano. La otra no hacía ningún tipo de movimiento, ni siquiera para sujetar la taza para evitar que se cayera.

Desde el instante en que me pasó y vi lo que nunca imaginé que me sucedería en la vida, tenía lapsus que me hacían sentir que eran los extraterrestres los que me estaban usando como cámara, ya que ni parpadeaba ni hablaba, aunque continuaba haciendo lo que estuviera haciendo de forma automática. Y la culpa la tenía él. Sí.

Yo, mientras tanto, seguía moviendo el líquido en la taza al tiempo que mi mente regresaba a aquella fatídica y asquerosa tarde de otoño en la que emprendería lo que se suponía iba a ser el principio de un difícil pero bonito camino.

\* \* \*

Miré el reloj un par de veces. En realidad, no había parado de hacerlo desde hacía más de tres horas mientras esperaba a que llegara el momento.

Sentía que los nervios me iban a comer desde dentro. Claro..., ¿desde dónde, si no, me iban a comer? Acudió a mi mente una imagen marrana a lo «The Walking Dead», ahí, toda carcomidita. Pero bueno, si pensaba en lo de «desde dentro»...

Me revolví en la silla de la clínica de reproducción asistida. Sabía que mi llegada no había sido a la hora indicada, sino muchísimo antes, presa del miedo a lo desconocido. Me ponía muy nerviosa pensar en todo lo que estaba por pasar. Y, además, esperaba que Manuel llegara de un momento a otro para la primera visita.

Ya llevábamos cerca de un par de años intentando ser padres de manera natural, y nuestros esfuerzos, que eran intensos y satisfactorios desde todos los puntos de vista, no habían sido fructíferos de ninguna de las maneras. Desgraciadamente, habíamos descubierto que mi marido tenía los espermatozoides vagos. Todavía recuerdo las risas que me eché, por no llorar, pensando en sus «bichitos» con gafas de sol, una cerveza en una mano y viendo un partido de «huevos» (permítidme este humor tan básico). Así, como últimamente él llegaba del trabajo a casa: vago.

Estaba echando por enésima vez la vista a mi muñeca para confirmar que no había pasado más de medio minuto desde la última que lo había hecho cuando mi teléfono vibró. Era Manuel, que me enviaba un mensaje para informarme de que por culpa de una reunión de última hora no podría venir a la clínica a acompañarme para la primera visita con el médico. Que lo sentía mucho, pero que prometía que en la siguiente ocasión no ocurriría. Que, además (palabras textuales), era simplemente para visitarme y hacerme los primeros exámenes *a mí*.

Suspiré contrariada. Pensé que quizá eso sería lo suficientemente importante como para que aparcara durante un rato (pues sólo le pedía un rato) su trabajo y así estar juntos en ese importante momento en el que nos ayudarían a formar una familia. Pero no, para él su trabajo siempre era lo primero...

—¿Daniela Quintana? —oí que me llamaban desde la recepción, lo que hizo que despertara de mi ensimismamiento y de mi incipiente decepción.

—Sí, yo.

Me levanté como un resorte y salí disparada hacia el lugar en el que aquella mujer vestida impolutamente de blanco había dicho mi nombre.

—Siento comunicarle que el doctor no va a poder recibirla por una urgencia familiar —me explicó con una parsimonia alucinante y una máscara por cara—. Pero volveremos a citarla para la semana que viene a la misma

hora.

Mi expresión, cuando lo estaba diciendo, debía de ser todo un poema, porque inmediatamente continuó sin yo pedirlo:

—No se preocupe, verá cómo todo saldrá bien —lo dijo con la misma expresión facial: ninguna.

Asentí tontamente dándole las gracias y caminé rumbo a la puerta de salida. No era la única que estaba allí, pero sí la que probablemente más idiota se sentía en esos momentos. Sola, frustrada y enfadada con Manuel por no venir conmigo a esa trascendental cita. Él había sido el que había insistido sin parar durante mucho tiempo en ser padres, a mí me daba igual serlo o no, pero lo que no entendía era que me dejara sola.

Caminé pensando en lo desolada que estaría mi casa al llegar. Desde que mi marido había cambiado de trabajo, pasaba muchas más horas encerrado en el despacho que en nuestra vivienda, así que me esperaban horas de aburrimiento viendo «Sálvame» hasta que otro programa de otra cadena comenzara. Y decir «ver» es mucho decir, porque la mayoría de las veces dejaba ese programa de fondo para sentirme acompañada mientras me dedicaba a otros menesteres. No tardé más de quince minutos en llegar a mi casa, tras bajar tres paradas después de entrar en el metro. Y, como a esas horas iba más vacío de lo habitual, hasta había podido sentarme, aunque no tuviera ganas. Lo hice porque a la hora en que normalmente lo cojo nunca puedo hacerlo. Me dio un ataque de rebeldía mental, muy tonto, pero que muy tonto, ¿eh?

Me costó más de lo normal encontrar las llaves del portal. Aquella mañana había cambiado de bolso tan rápido que lo había arrojado todo dentro sin mirar en qué lugar dejaba cada una de las cosas. Así que me sentí más como Indiana Jones buscando cualquiera de sus «mierdas» que yo misma tratando de dar con unas puñeteras llaves para entrar en casa.

—¡Me cago en la madre que pari...!

Después de un rato, mientras gritaba a todo pulmón por no encontrar las llaves, uno de mis vecinos me abrió la puerta, cortando el improperio.

—Buenas tardes —me dijo muy educadamente, a lo que respondí de igual manera mientras lo dejaba salir para acto seguido atravesar el umbral de

portal.

En el ascensor seguí buscando las malditas llaves, que al parecer se escondían más que el Yeti en el Himalaya. Ya sabéis, ese del que todos hablan; algunos dicen haberlo visto, pero nadie tiene fotos a su lado...

Cabreada ya como una mona falta de plátanos, al llegar al rellano de mi piso volqué todo el contenido del bolso encima del felpudo, pero tampoco tuve la suerte de encontrarlas. Quiso el destino que, de la mala uva, tirara el puñetero bolso al suelo y el soniquete inconfundible de las llaves se colara en mi agudizado oído arácnido. Me agaché a por él y, después de darle innumerables vueltas, me di cuenta de que el forro estaba roto y se habían colado por ahí.

«¡Hala! ¡A lo loco!»

Hice malabarismos para abrir la puerta a la vez que metía todas las cosas en el bolso de nuevo y no fue hasta que estuve en el interior de mi casa cuando me percaté de lo que sucedía al deslizar mis ojos por el suelo.

Ropa.

«¿Por qué coño hay...?»

Camisa blanca casi sin forma.

Camisa de hombre azul.

Falda verde botella horrorosa.

Pantalón gris oscuro.

Deportivas blancas.

Zapatos de hombre.

Algo pasaba, y si mi intuición no me fallaba —que yo soy muy lista, eso quiero dejarlo claro—, lo que fuera que estuviera pasando estaba sucediendo en MI habitación. En NUESTRA habitación.

De repente sentí cómo una sensación indescriptible me subía por la tripa hacia la cara. Me estaba poniendo colorada. No sé si era miedo, nerviosismo o pánico, pero con un nudo apretando la boca de mi estómago me dirigí al salón. En él encontré las bragas y el sujetador de aquella mujer que se hallaba dentro con aquél (no quería pensar que sabía quién era) que también había dejado los calzoncillos tirados en el suelo.

Ya lo he dicho, no quería imaginar ni creer, pero una es muy lista...

Sin embargo, que una sea muy lista no quiere decir que estuviera preparada para lo que vendría inmediatamente después, para los ruidos que salían de MI..., de NUESTRO dormitorio, que no dejaban lugar a dudas. Allí, dos personas estaban practicando sexo y, además, de manera tan ruidosa que comprendía a la perfección que ni siquiera me hubieran oído abrir la puerta ni el escándalo que había formado para entrar en mi hasta la fecha apacible hogar.

Respiré varias veces intentando evitar lo inevitable. De hecho, simplemente deseaba que todo lo que estaba viendo antes de tener la evidencia frente a mis ojos tuviera una explicación, aunque fuera ridícula. Pero la realidad es tozuda.

No.

Di un par de pasos más para colocarme frente a la puerta de la habitación. Pero fueron la desolación, la tristeza y la rabia las que me golpearon de repente.

Manuel estaba tumbado en la cama mientras una mujer de larga cabellera rubia lo cabalgaba de manera desbocada. Él tenía una mano en uno de sus senos y la otra agarrándola por la cintura. Sus ojos estaban cerrados por el placer que experimentaba mientras la mujer posaba sus dos manos en los hombros de mi marido para sujetarse durante sus movimientos embravecidos.

Pensé en marcharme en ese preciso instante al no sentirme descubierta, desaparecer y así fingir que lo que estaba viendo no era real. No sé, hacer como si no existiera y aparecer por casa cuando todo hubiese terminado. Preguntarle qué tal el día y luego, poco a poco, desaparecer con cualquier excusa.

Pero era en esos momentos cuando tu cerebro decidía hacer las cosas más extrañas. Y eso fue lo que el mío decidió por mí entonces. Di media vuelta, dejándolos a lo suyo, para hacer una cosa tan rara como marcharme tranquilamente al salón, cerrar la puerta con cuidado para no ser descubierta, sentarme en el sofá y ponerme los cascos del teléfono móvil con la música a todo volumen y así no tener que oír nada.

Mi capacidad mental alcanzó niveles extraños, mi cabeza no quería parar de dar vueltas en ningún momento. Mi maquiavélico cerebro sólo me gritaba

de manera histérica que entrara en aquella habitación con aceite hirviendo y se lo echara justo cuando se estuvieran corriendo. (Sí, también tengo un lado salvaje y psicópata que hasta ahora he mantenido a raya. Y espero continuar haciéndolo, por mi bien y el de los demás.)

Y allí estaba yo, escuchando música tradicional camboyana (lo había decidido Spotify, no yo), mientras mi marido follaba con una rubia en NUESTRA habitación.

La verdad es que no sé realmente el tiempo que estuve esperando a que la puerta que comunicaba el dormitorio con el salón se abriera. Pero finalmente sucedió.

Yo estaba sentada en un lugar donde a primera vista no podían verme. No lo había hecho conscientemente, pero estoy segura de que mi mente psicópata sí, como en las películas de asesinos a los que les mola matar de forma perfectamente maquinada.

Por fortuna, yo no era así. No todavía.

—Menos mal que nos ha dado tiempo. —La voz de la chica, que entraba desnuda en el salón, me alertó y casi me sorprendió.

—Si mi mujer no llega a tener médico, no podríamos haber hecho nada durante tu descanso —oí que decía Manuel y, después, algo parecido a un asqueroso y desagradable beso.

—Voy a vestirme, que tengo que volver a bajar al súper.

«¡La cajera! La madre que me parió...» La rubia era la cajera que siempre nos atendía en el supermercado de abajo. «¡Hija de puta!»

—No encuentro las...

—¿Bragas? —terminé la frase por ella mientras extendía mi brazo, en cuya mano sujetaba un bolígrafo del que pendía la prenda, igualito que si fuera un policía de cualquier serie americana tipo «CSI» mostrando la prueba de un crimen.

—¡Daniela! —Manuel tapó sus vergüenzas mientras la rubia recogía toda la ropa a velocidad supersónica y desaparecía de mi vista.

—No se te ocurra decir nada y, por favor, no seas tan ridículo de taparte. Te he visto en situaciones peores. —Le hablé con tal frialdad que me sentí como la mismísima Isabel Pantoja enfrentándose a los paparazzi.

—Daniela, esto...

—Va, venga. Lo termino yo por ti —solté suspirando—: no es lo que parece.

—Daniela.

—¡Para ya! —No lo soportaba más—. ¡Me vas a gastar el puto nombre!

Oí cómo la puerta de la calle se abría y se cerraba casi al mismo tiempo. Imaginé que Carol, que así era como se llamaba la puticajera del súper, acababa de vestirse y marcharse.

—¿Desde cuándo? —Fue lo único que me salió en ese momento.

—Da... —De nuevo comenzó a balbucear mi nombre.

—Voy a volver a preguntártelo y espero una respuesta: ¿desde cuándo?

—Dos meses.

Suspiré al darme cuenta de que ése era exactamente el tiempo que llevaba trabajando en el nuevo empleo. Las piezas encajaron de manera automática. No llegaba tarde a casa por el trabajo, no se quedaba en la oficina haciendo algo: estaba con ella follando como un loco mientras yo estaba en casa esperando a que llegara.

—Y yo pensando que... —Me rompí, no pude más y me eché a llorar.

—Lo siento, la culpa fue de la presión con el embarazo y todo el lío.

—Fue culpa tuya —logré decir entre hipidos—, tu puñetera culpa. Tú querías hijos... ¡Fuiste tú!

—Daniela, cariño... —Intentó ponerme una mano encima.

—¡Te he dicho que no vuelvas a nombrarme! ¡Que te calles! —grité finalmente desesperada.

—Yo no quería que...

—Volveré un día en que no estés, recogeré todas mis cosas y esto se habrá terminado. —Me levanté casi corriendo.

—Vamos a hablarlo, por favor.

—Esto se ha terminado, Manuel. ¡Vete a tomar por culo!

\* \* \*

—Toc, toc... —Noté un par de golpecitos simulados en mi cabeza—. ¿Los

extraterrestres te están usando como cámara otra vez?

Y allí estaba él, Gabriel. Mi salvavidas. Mi ángel de la guarda. Mi amigo.

Aquella fatídica tarde me encontré sola, en la calle y sin saber qué hacer mientras veía que en mi teléfono móvil no paraba de recibir llamadas del que muy pronto sería mi exmarido.

Las cosas no pasan porque sí. Y en aquel momento en el que me dedicaba a borrar todas y cada una de las llamadas y los mensajes de Manuel, apareció su nombre: Gabriel.

Sentí una pequeña punzada en el corazón. Hacía muchos años que no nos veíamos. Más de seis, casi desde que me había casado. Pero sólo podía pensar en él y, hecha un mar de lágrimas, pulsé el botón de llamada en mi móvil cruzando los dedos para que descolgara el teléfono y me hablara.

Gabriel no sólo me acogió esa noche, sino que desde hacía ya más de seis meses estábamos viviendo juntos.

Mi primer amor, el hombre con el que descubrí el sexo, me recibió en su vida con los brazos abiertos después de todo lo que nos separaba. También debo decir que, a la vez que los dos descubrimos el sexo juntos, él también descubrió que lo suyo no era follar con mujeres.

Sí, mi primer amor es gay y lo supo después de estar conmigo. Eso puede hacer que cualquiera se plantee muchas cosas sobre su sexualidad, su personalidad y su amor propio, pero ahí estaba yo, intentando volver a ser la mujer que había sido antes de que Manuel entrara en mi vida y yo olvidara todo cuanto fui. Recogiendo los pedazos de mí que aún quedaban esparcidos por el suelo y que, poco a poco, y como si de un rompecabezas se tratara, iba poniendo en su sitio. Pedazos rotos de mí que iban tomando su forma final gracias al tiempo. Uno que a veces pasaba tan lentamente que dolía más de lo que nunca habría imaginado.

—¿Holi? ¿Hay alguien ahí? —volvió a preguntar.

—¿Eh? ¿Ya has ido al baño? —intenté disimular mi regreso mental al pasado.

—Sí, y creo que he vuelto a enamorarme.

—Tú tienes un problema, querido —le dije con una media sonrisa.

—Creo que el contrario a ti. —Puso los brazos en jarras—. Deja de



pensar ya en ese retrasado mental y comienza a disfrutar de esto que estamos haciendo.

De manera teatral, abrió los brazos poniéndolos en cruz para dar vueltas como la mismísima María de la película *Sonrisas y lágrimas*, mezclado con algo parecido al giro de Bisbal. Muy raro..., se mirara por donde se mirase.

Vamos, que le quedó un churro de giro que lo mareó más que un chupito de Jägermeister.

—Si ahora te pones a cantar con la voz de Julie Andrews, prometo que me levanto, me vuelvo *mu* loca y hago el coro de niños entonando las notas musicales.

—Oish —se quejó apoyándose en la mesa donde reposaba mi bebida mientras pasaba de mí—, qué pedo más tonto me acabo de pillar, y qué barato.

—¡Do! —Hice ademán de levantarme de la silla al sentirme completamente ignorada.

—Vale, vale... Paro de hacer aspavientos, pero, cariño —me tomó de las manos haciendo que me levantara de la silla en la que estaba sentada—, llevamos cinco días de viaje y aún no te he visto desconectar. Esto que hemos hecho era para dejar atrás todo lo viejo y luego regresar y disfrutar de todo lo nuevo que nos espera en casa. ¡Han pasado ya seis putos meses!

—En *tu* casa —me quejé recordando que desde hacía unas semanas yo ya no tenía casa propia.

Y había sido en ese momento, dos días después de firmar los papeles del divorcio y saber que mi casa ya nunca más me alojaría, pues en ella se había quedado Manuel, cuando Gabriel había plantado delante de mis ojos dos billetes de avión para Estados Unidos.

—También es tu casa —por primera vez se puso serio—; sabes que dentro de mi corazón siempre tendrás tu casa.

—Eres un zalamero —le solté sonriendo de medio lado.

—Te debo descubrir mi verdadero yo.

—A costa de mi amor propio... —Hablábamos de nuestra experiencia sexual conjunta.

—Cariño, el orgasmo contigo fue maravilloso, fantástico, delicioso y un millón de adjetivos más. Tan bonito fue que no quise repetirlo con ninguna otra

mujer para no borrar tu recuerdo... —Me dio un beso en los labios para pasar después a abrazarme.

—Fuiste mi primera vez y aquí estás, aunque ya no me mires como aquel día.

—Teníamos veinte años, demasiado tarde, y estábamos nerviosos, dos rabos de lagartija. —Se separó de mí mirándome a los ojos—. Pero no por ello debemos arrepentirnos.

—Yo no me arrepentí; tú, un poquito... —Le guiñé un ojo.

—Idiota —me palmeó el culo—, fue delicioso, irreplicable. Nunca volveré a hacer nada igual, te lo juro.

—Payaso.

—Vamos, deja esa mierda y vámonos a tomar un buen cóctel. En el club de anoche, en Dupon Circle, es la hora del dos por uno.

—Sólo son las cinco de la tarde —solté quejosa sin poder acostumbrarme al extraño horario americano.

—Levanta el culo de la silla y vamos a divertirnos al estilo Washington —propuso comenzando a bailar de nuevo.

—Tengo hambre —dije sin pensar.

—Pues de camino paramos en una de esas furgonetas de comida y pillamos algo.

—Qué prisas... No tendrá nada que ver con aquel rubio tipo Ken de la Barbie, ¿no? —Le tenía pillado el corte más de lo que él pensaba.

—¡Qué va! —rio de manera escandalosa mientras me daba la mano y echábamos a andar por la calle como una pareja más.

## *Capítulo 2*

Nos paramos frente a una oscura furgoneta por cuyo nombre impreso en uno de sus lados dedujimos que podía vender tacos. No nos equivocamos, y ¿qué queréis que os diga?, si mi amigo quería comenzar a darle alegría al hígado tendríamos que tener el estómago mullidito para que lo que cayera lo hiciera en blandito y así poder aguantar un poco más. Aunque me temo que lo que pretendía yendo al bar era poder darle alegría a otra parte de su anatomía más juguetona con aquel rubiales de anuncio de Ralph Lauren.

No pasaron más de dos minutos desde que hicimos nuestra comanda y los tacos aparecieron por un amplio ventanal desprendiendo un delicioso aroma. «Esto debería estar legalizado en España —me dije—. Pero no tan sólo en los festivales, no. Como aquí, cada día en una calle, en una esquina o donde le salga del culo al dueño.»

Gabriel y yo nos miramos con ojos golosos, devorando inmediatamente después y sin ningún tipo de remordimiento nuestra comida sin dirigirnos la palabra en ningún momento. Teníamos la sensación, o por lo menos eso me pareció a mí, de que no nos habíamos llevado nada a la boca tan delicioso desde hacía tiempo. Tal vez fuera el hambre que decíamos no tener o que verdaderamente los tacos estaban ricos, pero al rato, cuando ya llevábamos tres cada uno, decidimos parar o tendríamos un problema a la hora de volver a subir al avión por exceso de equipaje corporal.

—Esto no es normal —solté tocándome la tripa e imaginando que otro me pediría a mí para comer.

—Esto es delicioso. Pero como no me compre un par de chicles o algo así,

esta noche no pillo ni con un hurón.

—Hijo...

—Daniela, si me quieres, calla. Déjame disfrutar todo lo que tú no quieres, que al final se te va a regenerar el himen.

—Mira que eres gracioso...

Sin embargo, había recibido otro bofetón virtual desde la más absoluta de las realidades.

Hacía ya más de seis meses que había abandonado mi casa, seis meses (o un poco más) en los que había dejado de tener relaciones, seis meses en los que había decidido que no quería estar con Manuel y en los que no había hecho más que recordar todo lo que tuvimos juntos como una jodida sadomasoquista de los sentimientos encontrados.

Quizá iba siendo hora de comenzar de cero. Gabriel siempre me había advertido sobre Manuel, pero pensé que sería locura suya, celos infundados, miedo a perder a su mejor amiga... ¡Qué gilipollas había sido!

\* \* \*

—No me gusta ese chico, Daniela —recuerdo que me dijo el día en que se lo presenté.

—Gabriel, a ti nunca te gusta ninguno de los hombres que te presento. ¿No será que te gustaría enamorarte de ellos y vivir los tres en comuna? —solté medio en guasa.

—Eres insufrible —se enfadó con la broma.

—Es que es verdad, Gabi —lamenté—. Es el segundo novio formal que te presento, y tampoco te gusta.

—Es que hay algo en él que no me convence. Es como si no fuera sincero. —Frunció el ceño de una manera que hoy en día encuentro inconfundible.

—¿A quién tiene que enamorar? ¿A ti o a mí? —pregunté.

—Está claro que a ti, pero que sepas que esto es el comienzo de nuestro fin —suspiró.

—No seas tan melodramático.

Sin embargo, ese día sentí algo en mi corazón que no me gustó.

Y Gabriel ni siquiera vino a mi boda con aquel chico que no le gustaba. Me dejó «sola» durante seis años, y lo peor de todo es que yo se lo permití. Fui yo quien no lo llamó, pues a mi marido tampoco le caía bien él; me apartó de aquellos que no le gustaban, pero yo lo permití.

La culpa fue sólo mía y de nadie más.

Dejé hasta de felicitarlo por su cumpleaños.

Qué idiota fui, pues, cuando lo perdí todo, él era el único que me esperaba en su casa con los brazos abiertos y los clínex preparados.

\* \* \*

—Vamos, loca. —Tiró de mi mano para entrar en el pub.

Nunca me había gustado hacer cola para entrar en ningún sitio (y no era esnobismo, sino un poco de angustia). Cuando lo hacía en algún lugar, me gustaba poder hacerlo con la tranquilidad que da saber que dentro va a haber espacio suficiente. Pero allí estaba yo, de la mano de un maromazo de metro noventa y cinco con el pelo castaño y los ojos verdes, esperando en una fila interminable para poder pasar a divertirnos un rato en uno de los garitos más de moda de la zona.

Volví la cara para observarlo. Cada vez que lo hago entiendo perfectamente por qué me enamoré de él y por qué durante aquellos años universitarios me volvía loca cuando lo miraba. Tan varonil él. Tan atento. Yo, aquella chica pequeñita de pelo oscuro y ojos rasgados, cortesía de los antepasados de mi padre, no podía creer que él se lanzara a mi conquista en aquella fiesta. Qué lástima que el príncipe al final hubiera preferido ser princesa, con lo buena pareja que hacíamos juntos...

—Mira —soltó mi mano de golpe, no por vergüenza, sino para saludar—, allí está Mike.

Su fantástico nuevo amigo americano, aquel muñequito Ken tan perfecto.

Sí, aunque Gabriel era de enamoramiento ligero, cuando le gustaba algún chico quería expresar la sensación, y también lo que no era la sensación, hasta la última gota. Sí, eso. Punto. No voy a hacer más comentarios.

—Hola, amigos.

Y así, con su marcado acento, su saludo fue el principio de una tarde casi de despedida. Nuestro viaje estaba a punto de terminar, una jornada más y regresaríamos a la dura realidad del día a día y la lucha continua.

—Vamos, tómate otro chupito —me insistió Gabriel imbuido por el embrujo de su muñeco Ken de carne y hueso.

—Llevo ya tres de esas mierdas que me estás dando —señalé una de las botellas verdes con el ciervo— y no puedo más. Juro que, si me tomo otro, caeré en los brazos de cualquier gay que quiera usarme como mesa para dejar las copas.

—Anda, hazlo por mí. —Puso carita de perrito desvalido.

—*Yes, yes* —azuzó su nuevo novio por esa noche—. *For* mí también. —Su lengua de trapo ya confundía idiomas. —Uno, pero sólo uno —respondí sabiendo que era una mala idea y que sería mi perdición al notar ya cómo el alcohol estaba inundando mi sangre.

El muy cerdo comenzó a acercarse entonces invadiendo mi espacio vital con una sonrisa que me dio miedo; la conocía y sabía lo que su cabecita estaba maquinando. Di un paso atrás, dos... Pero mi espalda topó de bruces contra otra persona, que en este caso era de género masculino, lo que hizo que parara de golpe. Ya no tenía escapatoria, y sabía que lo que iba a pasar después no me gustaría, fijo.

Sintiendo aquel testarazo, el tipo que había recibido el golpe se volvió para ver quién había sido el culpable de aquella incursión en su espacio vital. Para su desgracia, se encontró conmigo, y yo lo miré con cara de circunstancias, casi pidiéndole disculpas. No tenía escapatoria, ese pobre chico no tenía la culpa, pero estaba atrapada sin salida viendo que Gabriel, mi amigo, por llamarlo de alguna manera, se me acercaba como un perro de presa. Consiguió pasar el brazo por mi cintura separándome de aquel tipo para después plantarme un beso con sabor a alcohol. Se lanzó a lo que cualquiera habría pensado que era un apasionado beso, pero que para mí fue una auténtica marranada de manual, y metió todo el contenido de su boca en la mía. Un chupito asqueroso.

Cuando conseguí tragármelo, mi cuerpo reaccionó de manera ostentosa. Las toses se hicieron con el control de mi ya desmadejado organismo y una

serie de movimientos espasmódicos aparecieron casi de repente. Cualquiera que me estuviera viendo en ese instante podría deducir que iba a morir y que eran más bien los estertores propios de mi más que cercana muerte por ahogamiento a causa del alcohol. ¡No quería morir como Jimmi Hendrix!

Yo había dejado de ser consciente de lo que sucedía a mi alrededor, pues estaba más preocupada por no morir en ese momento que por otra cosa. Cuando finalmente sólo peleaba por conseguir que las lágrimas que recorrían mi rostro por el esfuerzo realizado durante mi regreso a la vida pararan, oí que Gabi aplaudía sonoramente y su amiguito, ese que se parecía al muñequito de la Barbie, seguía gritando como un descosido pidiendo otro.

—¡Estás loco! —chillé como una posesa quitándome de en medio y poniendo rumbo al cuarto de baño para restaurar el poco amor propio que me quedaba.

—Cari —oí en la lejanía—, no seas tan aguafiestas.

Entre la música de fondo, los casi treinta millones de personas que había en el local y el calor, al final dejé de oír la voz de Gabriel pidiendo perdón por algo que probablemente él había imaginado que sería la mar de divertido. Pero no, a mí no me pareció ni relativamente simpático intentar ahogar a una persona por medio de un beso lleno de alcohol de una graduación inexacta.

Siempre le pasaba lo mismo. Cuando alguna vez salíamos de fiesta se le ocurrían extrañas ideas que tendía a practicar conmigo. Y, claro, normalmente, como yo soy así de idiota, me enfadaba y luego se me pasaba. Pero no, esta vez había ido demasiado lejos, tendría que hablar más seriamente con él acerca de las licencias que se tomaba conmigo.

Entre que tenía la santísima manía de besarme en la boca a todas horas y algunas veces sobrepasaba lo que podía ser normal para un hombre gay — pues, ¡joder!, también yo tenía mis necesidades, aunque no las demostrara lo suficiente—, y después practicaba sus extrañas artes conmigo, o, mejor dicho, sus ideas de chiquillo de guardería..., me sentía como un ratón de laboratorio para él. Eso no podía ser.

Entré en el baño de mujeres, que estaba casi vacío, y me apoyé en el lavabo para intentar recomponer mi más que desastroso aspecto. El rímel, corrido por los ojos y las mejillas (suertudo él, pues era lo único que se corría

en mi vida), me daba un aspecto más parecido al de una drogadicta buscando unos gramos que meterse en el cuerpo que al de una mujer que estaba de fiesta. Así pues, no lo pensé mucho y abrí el grifo para echarme toda el agua que pudiera en el rostro y borrar cualquier signo de locura transitoria. Aprovecharía también para que el agua fría despejara un poco mi abotargada mente. Sentía que necesitaba tomar el aire. Después de lavarme la cara a conciencia, no encontré papel para secarme, así que abrí uno de los cubículos con más ímpetu que otra cosa y encontré a una pareja en pleno «karaoke». Mientras uno tenía el culo bien plantado en el váter, el otro se afanaba en poner todo el abecedario en el «micrófono». En fin, que le estaba haciendo una felación con todas sus letras.

Ni se inmutaron cuando abrí la puerta, vamos, que el arrodillado seguía cantando el *Only You*, ya sabéis, poniendo boquita de piñón, mientras que el otro simplemente me guiñó el ojo. ¡Ay, Señor! ¿Qué había hecho con mi vida? Aparte de quejarme desde hacía diez minutos, claro.

Lo peor de todo es que casi llegué a sentir envidia, y digo «casi» porque el poco rímel que quedaba en mi cara pugnaba por entrar en mi ojo y comenzaba a picar horrorosamente. Así pues, en esa ocasión con mucho cuidado, abrí la puerta del cubículo contiguo y, esta vez sí, pude coger el papel que necesitaba y largarme después por donde había entrado.

—¡Daniela! —la voz de Gabi asaltó mis oídos.

—¿Qué pasa? —respondí de manera brusca.

—Anda, no te enfades conmigo. —Me hizo el puchero más ridículo que había visto en mi vida.

—Esto tiene que acabar —solté sin medias tintas.

—¿A qué viene eso? —se defendió.

—Deja, ya hablaremos. —Quise quitármelo de encima para salir del local.

—Oye, que venía a decirte que voy a pasar mi última noche con Mike a su casa.

—¿Y yo? —me quejé.

—Tú vete al hotel con toda la tranquilidad del mundo. —Metió la mano en su bolsillo y me dio la llave de la habitación—. Tienes la dirección, ¿no?

—¡Lárgate, anda! —contesté de manera falsamente quejosa—. Y folla por



mí todo lo que yo no follo.

—Eso es porque eres una jodida estrecha... —replicó, y me señaló como si fuera el mismísimo Julio Iglesias para terminar con—: y lo sabes.

—Imbécil. —Le di un beso en los labios y Gabi se marchó corriendo al fondo del local.

Yo puse pies en polvorosa pensando que, al fin y al cabo, sola en un pub podía parecer la cosa más triste del mundo. Y la verdad es que lo era. Una hetero rodeada de gais... No ligaría, aunque tampoco me apetecía.

El ambiente fuera era casi tan ruidoso como dentro. Miré el reloj, sólo eran las diez de la noche y parecía que casi todo el mundo iba de recogida, o de obligada recogida, a juzgar por su estado etílico.

Casi se me olvidaba que no estaba en España y que el significado de la palabra *fiesta* para esas personas era volver a casa no más tarde de la una de la madrugada. ¡*Fiesssshta!*

Me aparté del tumulto echándome un poco hacia atrás. Necesitaba respirar aire fresco antes de levantar la mano y pedir un taxi para irme al hotel. Un baño de agua templada y algo de comer me sentaría de lujo. Casi soñaba con quitarme la ropa y dejarla hecha un gurrño en una esquina del lavabo para hundirme hasta la barbilla en el agua.

—Hola.

Miré a mi derecha siguiendo la voz que me había saludado en inglés.

—Hola —respondí sin muchas ganas pensando que sería el típico borracho que buscaba fiesta nocturna.

—Te he visto dentro con tu marido, cuando me golpeaste, y...

—No es mi marido. —Ni siquiera sé por qué le dije eso, cuando estaba claro que si le decía que sí lo era podría habérmelo quitado de encima—. Y siento haberte dado un golpe, no era mi intención. Lo siento mucho.

—¿Eres española? —preguntó en un perfecto castellano, y me volví, por primera vez, para mirarlo a la cara.

—Sí.

Aquel tipo era guapo, muy guapo.

Acercó su cuerpo al mío e, instintivamente, di un paso atrás.

—Perdona, lo siento —se excusó—. No iba a hacerte nada, es que tienes

un trozo de papel higiénico en la mejilla y quería quitártelo.

—¡Dios, qué vergüenza! —Me llevé las manos a la cara para comenzar a sobarme sin sentido las dos mejillas para apartar algo que no conseguía ver y que era realmente ridículo.

—Trae.

Fue él quien finalmente me lo quitó viendo que era incapaz de hacerlo con mis propias manos.

—Como comprenderás, ahora mismo quiero que se abra un agujero en el suelo y me trague. Lo entiendes, ¿no? —Posé mi mirada en el suelo.

Sonrió dejando a la vista una perfecta dentadura blanca, con todos sus dienteitos, mientras se burlaba de mí.

—No. ¿Nunca has salido con la bragueta abierta? —me preguntó, a lo que yo negué con la cabeza—. Yo, más de una vez y más de dos.

—Es que no suelo soportar ser el centro de atención de nadie.

—Pues ahora lo eres, mío. —Me plantó un par de besos—. Julián.

—Daniela.

—¿Vives en Washington? —Se apoyó de manera lánguida en la pared en la que anteriormente yo había dejado descansar mi espalda, a mi lado.

—No, estoy de vacaciones con mi «marido». —Sonreí mirándolo de nuevo para ver ahora que tenía unos preciosos ojos azules—. ¿Y tú?

—Yo estoy despejándome un poco después del trabajo —suspiró con cansancio—. ¿Sabes? Tengo hambre. ¿Vamos a comer algo y así nos alejamos un poco de tanto lío?

—¿Habrá algo abierto a estas horas? —dije teniendo en cuenta esos horarios tan extraños.

Levantó la mano pidiéndome un segundo mientras sacaba su móvil y parecía llamar a alguien. Oí un nombre y que hablaba con alguien en castellano durante un minuto. Se rio un par de veces, tenía una risa muy contagiosa.

—Ya está, solucionado. Vamos a ir a un restaurante en el que el encargado es amigo mío. No está trabajando hoy, pero me lo ha arreglado. —Se calló un segundo y cambió la expresión de su rostro—. Lo siento, no te he preguntado si te apetecía salir de aquí y tomar algo. Yo invito.

—¿Debo irme con alguien a quien no conozco sólo porque hable en castellano? —repuse creyendo que era la pregunta adecuada.

—No, no debes. Pero dos cosas sí vas a tener seguro: una, que iremos en taxi, en transporte público, por tanto, y dos, que vamos a un restaurante, así que no voy a llevarte a ningún sitio raro. ¿Te apuntas?

—No sé... —Me hice la interesante durante un momento.

Cierto es que no tenía pinta de psicópata o de violador en potencia, pero irme a cenar con un hombre que acababa de conocer... Bueno, era como un Tinder en directo, en tiempo real.

En ese instante me vino a la mente Gabriel, que me diría que él en menos que eso ya le habría pedido matrimonio, y que él, también en ese viaje, había tenido más «enamoramientos» que yo visitas a museos mientras él disfrutaba del amor.

—Tal vez habías quedado con tu «marido» —lo dijo con un tono entre extrañado y preguntón.

—No, al contrario de lo que puedas imaginar, me iba ya a dormir.

—Pues venga. Nada de dormir y vayamos a comer algo. Yo invito.

Lo miré de arriba abajo y luego me miré a mí.

Mientras que él iba impolutamente vestido, yo llevaba puestos unos vaqueros desgastados con una camiseta de lentejuelas y unos zapatos de tacón. No iba mal, pero formábamos una extraña pareja: yo, salida directamente de un *after*, y él de la oficina, y hasta puede que fuera así. No obstante, como no tenía nada mejor que hacer, y con los efectos del alcohol ya de capa caída (menos mal), no supe decir que no. Perdería unas horas y ganaría unas calorías innecesarias.

## Capítulo 3

Unos diez minutos más tarde, después de haber pasado cerca de otros diez esperando un taxi y hablando, literalmente, del tiempo, llegamos a un local la mar de coqueto.

Grandes ventanales de cristal translúcido con letras de color rojo dejaban ver al exterior lo que estaba sucediendo dentro. Mesas llenas de gente y mucho...

—¡Jaleo! —grité en medio de la calle expresando mis pensamientos en alto.

—¿Conoces el sitio? —me preguntó Julián despreocupado.

—Eh, hum, no, pero es que pensaba que a estas horas no habría tanta gente en un restaurante en la ciudad. —Logré pensar y vomitar las palabras rápidamente.

—Tenéis un concepto muy anticuado de las ciudades norteamericanas —comentó sonriente a la par que me abría la puerta del local para entrar.

Y, sí, el nombre le venía al pelo, pues estaba lleno de gente pasando un buen rato y tomando ¡SANGRÍA! Mis ojos se abrieron como platos horrorizada. Sabía del amor incondicional de todos aquellos que iban a España por comer paella y tomar esa bebida del diablo, pero el problema radicaba en que eso no era una bebida, sino un mejunje al que uno le añadía todas las porquerías que se encontraba en el bar de casa.

Mi tío, por poner un ejemplo, aparte de echarle el consabido vino y la limonada, le ponía también ron, Cointreau y vodka, y la mitad de las veces todos acababan bailando *Macarena* a ritmo de reguetón después de que mi tía

recordara por enésima vez la ocasión en la que su hermano le puso los cuernos a su exmujer con una bailarina de las de barra americana. Éstos eran los familiares por parte de madre...

Todo como muy hogareño.

—¿No te gusta el sitio? —Julián me miró preocupado.

—No. Digo, sí. Pero vamos, que no es eso... —dije como una niña pequeña nerviosa por haber sido cazada haciendo algo que no debía.

—Bueno, ¿qué? —Se quedó a medio entrar—. ¿Pasamos?

—Sí, claro.

—¡Eh! —oí cómo una voz se dirigía a nosotros.

—¡Hombre! —Mi acompañante pareció reconocer a la persona que lo llamaba y que se acercaba con rapidez.

He de decir que mi vista por la noche no es que sea muy buena y que, además, la hipermetropía me hacía ver estrellitas en vez de luces, pero cuando aquel hombre se acercó a nosotros no pude más que abrir la boca desmesuradamente.

—Julián, ¿qué haces aquí a estas horas? —Le dio un abrazo de oso.

—José Andrés, pensé que no estarías por aquí.

El nombre del cocinero que se había enfrentado al todopoderoso Donald Trump y que era amigo personal de Barak y Michelle Obama resonó en mi cabeza. Aunque en realidad yo lo conocía por unos programas de cocina que había echado en La 1 y que me tragaba al completo.

—No debería estar, pero mañana tengo que ir a un evento con el *food truck* y hemos estado terminando unas cosas —se justificó ufano.

—Perdona, no os he presentado. —Julián se volvió hacia mí para hacer los honores—. Daniela, te presento a José Andrés, un amigo.

—Sí, ya... sé quién es —dije algo azorada.

—Un placer —sonrió él con esa cara de buen tipo—. Suele ocurrir que te conocen por culpa de Trump.

—No, en mi caso, desde tus programas en La 1.

—Hombre, tú eras la que los veía... —Se echó a reír—. Ha sido un gusto verte, Julián, pero tengo que irme a casa ya. ¿Tenéis mesa?

—Tranquilo, Marcelo nos lo ha arreglado.

—Bien, me marcho.

Y se despidió, pero no sin antes acompañarnos él mismo hasta una de las mesas y dejarnos a cargo de uno de sus jefes de sala.

—¿Conoces a José Andrés? ¿A qué te dedicas? ¿Dónde lo conociste? Es simpático, ¿no? —comencé a preguntar, dejando salir así a la Daniela sin filtro, la preguntona, la cotilla, la del 13, *Rue del Percebe*.

—¡Ja, ja, ja! —Sus carcajadas me llegaron adentro y resonaron en todos y cada uno de mis huesos—. Una a una. Responderé a todas tus preguntas, pero antes necesito beber algo. ¿Sangría?

Volví a abrir unos ojos como platos, igual que cuando había entrado en el restaurante.

—Ahora lo entiendo —Julián puso cara de haber descubierto la penicilina —, tu expresión de antes era por la sangría.

—Sí —asentí ladeando un poco la cabeza—. Tengo un pequeño problema con la sangría.

—¿Un mal trago?

—Entre otras cosas. En mi casa no es que tenga buena fama, la verdad, y además es que la carga el diablo. El mismísimo Lucifer en persona.

—Eso es porque no has probado una bien hecha —se justificó.

—No, eso es porque he probado demasiadas bien hechas —y le guiñé un ojo.

—Va, venga. Elegimos cada uno un par de cosas de la carta y de ese modo no nos peleamos. —Acto seguido me pasó el menú, dando así por concluida la conversación sobre aquel veneno bebible.

En ese momento, y sin saber por qué, me pareció de lo más normal estar en medio de Washington cenando con un completo desconocido en un restaurante de «su amigo» José Andrés.

Surrealista.

Durante la cena no hablamos de nada en concreto, pero es que tampoco hacía falta. Poco a poco, entre bocado y bocado, mis ojos se fijaban en cómo sus labios se movían con suavidad y, sin querer, por primera vez en mucho tiempo, imaginé cómo sería besar a un hombre que no fuera Gabriel. Mi ex ya no contaba; no es que lo hubiera olvidado, pero no recordaba nuestra vida

como algo idílico hasta que terminó. No. Y Gabi se pasaba el día besándome. Así que pensar que los labios de Julián podrían posarse en los míos hacía que mi estómago se encogiera.

¿Sería que estaba volviendo a ser humana?

—Y ¿qué te parece? —me preguntó de improviso.

—Pues no sé —solté de golpe al darme cuenta de que mi mundo interior se había apoderado de mí.

—Pues, para no saberlo, llevas ya tres trozos comidos y sin rechistar. — Hablaba del queso.

—A ver, no está mal, pero me temo que los he comido mejores. Lo que pasa es que ahora debe de haberme entrado el hambre porrera...

—¿Fumas porros? —Abrió los ojos como platos.

—No, pero cuando bebo, después...

—Ah, vale. —Pareció suspirar por la confesión. A ver, no es que yo fumara, pero si se escandalizaba por eso, apaga y vámonos—. ¿Qué haces de viaje? —preguntó a continuación.

—De vacaciones, ya te lo he dicho.

—Es verdad. —Dio un sorbo de su bebida.

—Hemos recorrido unas cuantas ciudades: San Francisco, Nueva York y ahora Washington. Un regalo para olvidar —solté sin querer.

—¿Para olvidar? —me instó a continuar.

—Hace un tiempo encontré a mi marido en mi casa tirándose a la cajera del supermercado donde hacía más de dos años íbamos a comprar —lo dije así, de corrido y sin pensarlo dos veces.

Julián se atragantó con el sorbo que en ese momento estaba dando a su copa.

—Joder —fue lo único que consiguió decir.

—Ya ves. —Levanté las cejas con fingido asombro—. Y fue mi «marido» el que tuvo la idea de regalarme este viaje para que olvidara un poquito el tema.

—Pero no es tu marido, ¿verdad? —Aún intentaba recomponerse del ataque de tos—. Vamos, quiero decir que si estás de viaje con él como...

—No —quise dejarlo claro desde el primer momento—. Él es mi amigo y

me ha hecho este regalo para que desconecte.

—Pues es un buen amigo.

—Sí que lo es. Teniendo en cuenta lo mal que me porté con él.

—Bueno, piensa que ahora está a tu lado y tú al suyo.

—¿Una ronda más? —pregunté al sentir que el ambiente se estaba volviendo demasiado denso entre nosotros. Y por culpa de mi verborrea sin sentido.

Sí. De vez en cuando estaba bien el tema ese de la catarsis y tal, pero con un desconocido solía volverse un poco desagradable, sobre todo si él era tan amable que no comentaba mucho más sobre el tema ni metía el dedo en la llaga.

—Al final no me dijiste a qué te dedicabas —retomé la conversación mirando sus penetrantes ojos.

—Inversiones. Números. Finanzas. Aburrido —sentenció levantando unos perfectos hombros para justificarse—. Menos mal que mi compañero me obligó a salir un poco, si no, ahora no estaría cenando con una mujer tan bonita.

—Oh... —Creo que me sonrojé sin remedio, no soy buena recibiendo piropos—. Gracias.

—Es de recibo decir algo galante cuando la ocasión lo merece.

«Esa sonrisa...»

—Pareces de otro siglo.

—Soy algo chapado a la antigua.

«Cuidado —me dije—. *Homo machitus* a la vista.»

—¿Machista? —pregunté sin cortapisas.

—No. Sólo demasiado sincero, y si me gustan las cosas, o no, lo digo.

—Entonces acepto el cumplido.

—No es un cumplido, es una realidad. Se ve. —Tomó un sorbo de su bebida.

Y en ese momento, yo, si hubiera sido gelatina, habría comenzado a moverme de un lado para el otro sin remedio. «Alerta, Daniela. Alerta, Daniela... Un hombre te ha dicho algo bonito y aún no te ha tocado.»

Miré el reloj, era casi la una de la madrugada. Normalmente en ese



momento o todo se cortaba o se precipitaba, así que puse en alerta todos mis sentidos arácnidos. Las señales estaban comenzando a llegar, lo tenía claro. Y allí estaba él, lanzando los misiles.

Lo miré con más detenimiento, no porque no estuviera bueno, que lo estaba, sino para ver si encontraba en su mano la marca del anillo de casado. Así que, cuando volvió a llevarse la copa a la boca, eché un vistazo con algo de disimulo. El aro suele notarse a pesar de que uno se lo quite con tiempo, ya que la piel no está morenita y queda una banda de color más claro. Pero al parecer me equivoqué, pues no había nada de eso. Ni marca, ni nada de nada.

Sin embargo, a pesar de ello no bajé del todo la guardia, pues según las «normas de cortejo habituales» (o a las que yo estaba acostumbrada), después del piropo solían venir los guiños, una caricia en la mano y un «¿En tu casa o en la mía?».

Aunque...

—Lo siento —se disculpó pidiendo la cuenta—. No me había percatado de lo tarde que es y yo mañana trabajo.

—Sí, yo también estoy un poco cansada. Déjame que pague —le dije.

—No, ni de broma. He sido yo quien te ha traído aquí y he dicho que te invitaba. Así que me toca a mí.

—Pues la próxima vez pago yo —propuse casi sin darme cuenta de lo que decía.

—¿Mañana? Tengo la tarde libre.

—Sí, ¿por qué no?

«Pero, a ver, ¿no había dicho que eso sonaba a cita fácil? Estoy idiota. Sí.»

Ya en la calle, mientras esperábamos un taxi, abrió ampliamente la boca en un bostezo inesperado.

—Lo siento de nuevo —se disculpó—, duermo poco.

—No te preocupes. Yo lo hago demasiado.

Vi cómo levantaba la mano para parar un coche.

—Es normal si estás de vacaciones, ¿no?

—Ya, el problema es que hace demasiado tiempo que estoy dedicada al *dolce far niente* —me justificué.

—¿No trabajas?

—No. Estoy en el paro desde hace exactamente seis meses. Una larga historia.

Tan larga como la mano del marrano de mi exsuegro, que me echó de la empresa en el momento en que firmé los papeles del divorcio. Qué razón tenía Gabi al decirme que ese hombre, mi ex, me estaba sorbiendo el cerebro. Y qué mala gente mi «familia» política, cuando ni siquiera consideraban el trabajo que estaba haciendo para ellos. Ingratos.

—Tranquila, a todos nos ha pasado alguna vez. —Paró un taxi frente a nosotros—. Cógelo tú, yo iré andando.

—Podemos compartirlo, no me importa —le ofrecí.

—Voy caminando, estoy a una calle.

—Pues buenas noches y hasta mañana.

Estaba dispuesta a darle un par de besos, pero al parecer mi cerebro tuvo otro pensamiento y mi cara quedó paralizada. Y ya no se movió, pero porque mis labios sintieron cómo la cálida boca de Julián se posaba en ellos. Sin expectativas, sin rudezas, sin exigencias. Suave, ligero como la mano que me acariciaba el cuello.

—Buenas noches, Daniela, y hasta mañana.

Sentí el vacío que dejaba su mano al separarse. Luego Julián se despidió, no sin antes darme una tarjeta con su número y cerrar la puerta del coche que me llevaría al hotel sana y salva.

¡¿Qué coño había sido esoooooooooo?! (Bueno, aparte de lo evidente: un beso.) ¡¿Qué coño había sido esoooooooooo?!

Y, recostada en el vehículo, la cabeza comenzó a darme vueltas. Bastantes, la verdad, pero ya no podía decir que fuera por el alcohol, que ya estaba más que digerido, sino por lo que esperaba que pasara y no pasó, sin que ninguno de los dos esperara más. O eso era lo que yo creía.

«Madre...»

## Capítulo 4

Abrí la puerta de la que era mi habitación de hotel exactamente veinte minutos después de que Julián me hubiera dado aquel beso de despedida y mi cabeza no dejara de repetir la escena una y otra vez como si de un penalti en una final se tratara.

Una cita inesperada en un pub gay con un español que pensó que estaba casada. «Esto da para una serie de, mínimo, dos temporadas. Aunque, ahora que lo pienso, creo que ya hay una...»

—¿Dónde coño estabas?! —Gabriel se levantó de la cama inmediatamente. Sí, compartíamos habitación.

—Cenando —me justifiqué quitándome los zapatos de tacón, que a esas alturas me estaban matando.

—Te he llamado veinte veces como poco y me tenías de los nervios. —Levantó una ceja—. ¿Cenando? ¿Sola? Cuenta.

Me conocía lo suficientemente bien como para saber que no me gustaba salir por ahí sola, así que esperaba de inmediato una explicación, porque ya intuía que iba a gustarle la respuesta.

—Vamos, estás tardando. —Cruzó los brazos sobre el pecho expectante.

—¿Recuerdas la marranada que me hiciste en el pub? —Asintió a la par que levantaba la mano sin darle importancia—. Bueno, de eso ya hablaremos... —señalé enfadada—. El caso es que, cuando intentaba escapar de ti echándome hacia atrás, choqué de espaldas con un chico y al volverse le pedí intenté pedir perdón con la mirada. Y cuando me iba a ir, él estaba fuera del pub, nos pusimos a hablar —por cierto, es español— y me invitó a cenar. Eso

es todo.

—¿Eso es todo? —Se puso de pie para mirarme directamente a los ojos—. Tú no sales a cenar con tíos... Te has convertido en una monja de clausura, y sin mí no quieres salir.

—Pues ya ves, los aires estadounidenses me han hecho ser un poco más lanzada.

—A ver, no es que me importe, pero ¿dónde está Daniela y qué has hecho con ella?! —Me zarandeó de manera muy teatral.

—Para, idiota. —Lo aparté de un manotazo—. Mañana he quedado con él para cenar de nuevo.

—¡Devuélvemela! —volvió a gritarme en la cara.

—Me voy a mear —solté dándome media vuelta y cerrando la puerta del baño en su cara.

—No creas que voy a dejar que escapes de mí sin que me lo cuentes todo. Convénceme de que eres Daniela, y si...

Abrí la puerta del baño, enfrentándolo.

—Que me dejes. —Volví a cerrar.

—La hemos perdido, la hemos perdido... —lo oí lamentarse como si estuviera loco—. ¿Estaba bueno?

—Sí —respondí desde el otro lado.

—¿Habéis follado?

—¡No!

—Pues deberías, que tienes las tuberías oxidadas. El virgo reconstruido, ya te lo dije. El cierre echado. El candado con cuatro llaves. Un cinturón de castidad...

—Nos hemos besado.

Abrió la puerta del baño sin pedir permiso.

—¿Cómo?

—¡Cierra! —Estaba lavándome los dientes—. Un día de éstos estaré cagando y ni eso me dejarás hacer tranquila.

—¿Te has besado con un desconocido? —Sus ojos se abrieron como platos—. ¿Tú? ¿En serio?

—En realidad, ha sido al despedirnos. Yo pensé que me iba a invitar a ir a

su casa para tener sexo, pero lo único que me ha dicho ha sido que tenía que trabajar, que había sido un placer y, ¡plás!, pasó.

—¡Estás viva! ¡Estás viva! —Levantó los brazos en el aire como alabando a un ser superior.

—Eres un idiota. —Pasé por su lado, empujándolo.

—¿Está bueno? Por lo menos dime que es un hombre de esos que hacen que tu culo caiga una y otra vez al suelo.

—Es guapo —miré a la lejanía intentando recordar todos y cada uno de los detalles de su rostro—, atractivo a su manera. Ojos claros, azules, y una barbita interesante. El cabello peinado de manera informal y con algunas canas que...

—Nena, te falta decirme exactamente qué marca de perfume usa...

—Podría decírtelo.

—Mañana te lo tiras —auguró con firmeza antes de meterse en la cama y taparse con la sábana.

—Pasado mañana, al amanecer, nos vamos.

—Por eso te lo vas a tirar y punto.

—Duerme —repliqué.

—Folla.

—Gilipollas —sentencié.

\* \* \*

Tardé lo suficiente en dormirme como para no dejar de pensar en lo extraño de la cita. Por primera vez en mucho tiempo me sentí cómoda con alguien fuera de mi círculo de seguridad, uno que se estaba haciendo cada día más pequeñito.

Miré el móvil de nuevo intentando encontrar algo que me despejara y así poder dormir, y en qué mala hora lo hice. Tenía un mensaje de la estrambótica de mi madre pidiéndome que regresara cuanto antes, que mi padre estaba empeñado en llevar a vivir a casa a su nueva novia...

No, no era lo que necesitaba en esos momentos. Pensar en la extraña pareja que formaban mi padre y mi madre no iba a ayudarme en nada a

despejar la mente.

Ella había vivido toda su vida entre sus terapias naturales y sus hierbajos. Digamos que llevaba una vida algo hippy; «vive y deja vivir» era su *leitmotiv*. Pero, claro, una cosa era que mi padre tuviera «novias», fuera del matrimonio y otra muy diferente que las metiera en casa.

Sí, estaban casados, pero desde hacía años sólo lo indicaba un papel y la casa en la que residían.

Y, claro, luego estaba mi padre, la otra parte. Desde el primer día, él había sido un hombre algo peculiar, lo que hoy llamarían *poliamoroso*; vamos, que no me extrañaría nada que un día vinieran tres o diez chicos y me dijeran que son mis hermanos. Aunque de momento, y eso quiero creer, soy hija única.

Apagué el teléfono e hice como si no hubiera leído nada. Suficiente tenía con mi mierda como para aguantar también la de los demás. Si cuando me quedé en la calle ellos ni me hicieron caso... La una porque se encontraba en un retiro espiritual en el que estaba prohibido molestar, y el otro fuera, montando no sé qué empresa y no podía atenderme.

Familia... ¡Ja!

\* \* \*

—No sé si voy a aguantar tanto estrés —soltó Gabriel mientras que daba cuenta de la comida callejera que habíamos decidido tomar después de haber ido a ver el Museo de Historia Natural y mientras estábamos sentados en un banco al lado de la piscina reflectante, bajo la atenta mirada de Lincoln.

—¿Qué estrés? —pregunté asustada por su tono.

—Pues que todavía no sé si vas a quedar con tu maromazo o no.

—¡Dios, qué susto me has dado! —le di un pequeño golpe.

—Nena, yo ya he *follao* lo mío, ¿de acuerdo? Pero tú necesitas hacerlo —soltó quedándose tan ancho.

—No sé si voy a mandarle o no un mensaje. ¿Qué puedo hacer?

—Aparte de quedar con él, que es lo normal y lo que vas a hacer, te vas a poner guapa y ya se verá. —Alargó la mano—. Dame tu móvil y yo le escribo.

—No me fio de ti —sonreí mientras le daba un bocado a mi sándwich.

—¿Alguna vez te he fallado? —Me miró enfadado y yo le respondí negando—. Pues venga.

Y allí estaba yo, dándole el móvil, del que llevaba toda la mañana ignorando los mensajes de mi madre pidiendo que regresara a España.

—¿Sabes que tienes un mensaje de tu madre? —se extrañó al verlos sin leer.

—Lo sé, lo estoy ignorando. Apunta el móvil de Julián —dije sin tener en cuenta su comentario.

Un segundo más tarde me volvía a dar el móvil sonriendo de medio lado.

—Ya está, ahora os toca a vosotros llegar a un acuerdo.

—Me temo que va a tener que ser rápido, porque acaba de contestar —repuse casi hiperventilando—. ¿Qué hago?

—Responde. —Señaló con la cabeza la mano que sostenía el teléfono—. Y que venga a buscarte al hotel. Tengo que dar el visto bueno.

Miré la pantalla y leí. El mío, en plan aséptico: «Hola, ¿quedamos hoy?». Y el suyo, más elaborado: «No pensé que me mandarías un mensaje, he tenido que mirar la foto para saber que eras tú. No te has despedido con tu nombre. ¿Paso a buscarte?».

Y, entre cortos mensajes, quedé con él.

\* \* \*

Horas más tarde estaba mirando la maleta a medio hacer mientras la mitad de mi ropa andaba de la cama a la silla, de la silla a mi cuerpo y de ahí a la maleta otra vez. No me decidía por ninguna prenda, y lo cierto es que tampoco era algo que en ese instante me preocupara más de lo normal. (Eso significa que «más de lo normal» se considera en mi mundo que en toda la mañana no había parado de pensar si debía o no ir con un desconocido por ahí.)

Sí, no me había preocupado mucho. Casi nada...

—¡Lánzate a la aventura! —me gritó desde el baño Gabriel, que se preparaba para su última cita con su conquista americana—. Ponte guapa, saca la golfa que conocí en tiempos universitarios. Ponte el mundo por montera y diviértete como una loca. —Salió con la toalla anudada a la cintura—.

Aprovecha que nadie nos conoce aquí, que no volverás a verlo.

—¿Me dices que me convierta en una zorrasca del averno y me lo folle sin miramientos? —Eso iba para mí, pero lo solté en alto.

—Es exactamente lo que te estoy diciendo, pero sé que no lo vas a hacer porque aún estás de luto por ese cabrón egoísta comemierda...

—Para. —Siempre que oía a alguien hablar mal de Manuel lo mandaba callar.

—¿Ves? Sigues de luto. —Regresó al baño.

—No, no es eso. Es que aún duele —me defendí.

—Y ¿no es lo mismo?

—Si estuviera de luto como dices, no iría a cenar con un desconocido.

—Si no estuvieras de luto, anoche te lo habrías tirado —volvió a atacarme Gabriel.

—Tienes la extraña manía de querer convertirme en una devorahombres.

—Es que antes de conocer a Manuel lo eras.

—Antes de conocerlo, gracias a ti, necesitaba reafirmarme como mujer.

—Cariño —salió medio vestido y me tomó de las manos—, sé que mi confesión en aquella época te trastocó. Pero no me digas que no disfrutaste en aquellos tiempos...

—Sí, la verdad es que sí. —Sonreí para mis adentros al recordar lo bien que lo pasaba.

—Quiero que vuelva esa loca, que se olvide de lo pasado y que dé un paso adelante para comenzar una nueva vida.

—Va, venga. Tienes razón. ¿Qué pierdo saliendo con él y pasando un buen rato?

—¿Acaso no lo pasaste bien ayer? —Asentí sonriendo—. Pues ponte un putivestido y a darle al mambo —finalizó dándome un azote en el culo.

Después de esa pequeña charla de motivación tipo *coach* de empresa multinacional, me dio un buen subidón de adrenalina. Pero entonces me di cuenta de que no me había llevado ningún putivestido para el viaje... Ni siquiera recordaba si tenía alguno en el armario.

—Gabi... —Hice un puchero.

—Lo sé, no tienes vestidos que pidan follarte. Pero, bueno, tienes tacones



y...

Un rato más tarde, gracias a la mano de mi amigo, mi pelo y mi ropa pedían a gritos que los sacara a dar un paseo por la ciudad. ¿Qué habría hecho yo sin Gabriel en mi vida? ¿Cómo había podido sobrevivir sin él? Porque lo mío no era vivir, sino pasar por la vida mientras ella pasaba por mí.

Mi amigo era oro puro, y el día que encontrara al hombre adecuado sería el más feliz de la Tierra. Era un poco bruto a la hora de hablar, pues tenía un vocabulario bastante más explícito de lo que en su vida diaria mostraba. Gabriel disfrutaba de las cosas más sencillas: una tarde en el sofá viendo películas, comiendo palomitas o bebiendo cerveza en cualquier bar con sus amigos. Pero era también un gran profesional, su trabajo como abogado le hacía tener un sentido de la responsabilidad que a veces rayaba en lo desquiciante. No obstante, gracias a esa cabezonería había podido conseguir el trabajo con el que siempre había soñado, no como yo, que había acabado trabajando en recursos humanos en la imprenta familiar de mi exmarido. Todo un logro. Sin embargo, como decía él, mi ex, ¿qué más podía pedir?

Suspiré profundamente para despertar de ese recuerdo justo antes de que mi móvil comenzara a vibrar y sonara inundando toda la habitación.

—¿No lo vas a coger? —Gabriel me miraba sentado en su cama mientras pasaba canales esperando a su cita.

—Sí. —Me lancé a por él y descolgué rápidamente—. ¿Hola?

—Daniela, estoy en el hall. ¿Bajas? —La voz de Julián inundó mi oído.

—Claro, ya voy.

—Y yo —se unió Gabriel.

—No, tú no vas a bajar. —Extendí las manos intentando detener sus pasos.

—Lo dirás tú, querida. Yo voy a echarle un ojo a ese maromo, disimuladamente, para darle o no mi beneplácito —dijo guiñándome un ojo.

—En serio, no —protesté.

—Nena, prometo portarme muy bien. No pondré caritas ni te daré la charla de los preservativos delante de él.

Me llevé las manos a la cara con exasperación, soltando un sonoro suspiro. Sabía que no me haría quedar mal, pero siempre conseguía (creo que es su finalidad en la vida) ponerme nerviosa cada vez que tenía que hacer algo

nuevo. Y por «nuevo» me refiero también a cualquier cita.

«Va, venga —me dije—, sólo tienes que dar un par de pasos y acercarte a Julián para saludarlo. Venga, cerebro, ponte en marcha. Un pie delante del otro y avanzamos. Es sencillo, lo has hecho toda tu vida. Bueno..., toda no, tuviste que aprender, pero de eso ya no te acuerdas. Así que vamos, cerebritito mío, dale caña.»

Él esperaba de pie, mirando una gran pantalla de televisión situada en la recepción en la que estaban dando un partido de baloncesto.

—Tiene buena espalda —me susurró Gabriel.

—Lárgate. —Lo eché de mi lado sin miramientos.

—Bruja. —Sabía que metiéndose conmigo me ponía más nerviosa aún.

—¡Fuera! —Lo espanté ya como si fuera un mosquito.

Pero funcionó, pues, casi como si fuera un agente de algún cuerpo especial, se escondió cómicamente tras una planta gigante. Imagino que en su mente estaba convirtiéndose en un camaleón. Sólo lo imagino, porque se veía perfectamente cómo seguía haciendo el idiota moviendo las manos como si delineara el cuerpo de Julián y me diera su beneplácito. Lo ignoré en el momento en que me encaminé hacia él.

Mientras andaba en su dirección, luchaba por apartar de la mente la imagen de Gabriel haciendo el bobo. No dejé de mirar al frente, tal vez esperando que si Julián se volvía y me veía pudiera salir corriendo, esconderme o hacer «bomba de humo» (ya sabéis, ir al baño y no volver). No sé, tenía esa extraña sensación de *mi nervios*, miedo y nervios concentrados en la misma proporción.

Tal fue la mezcla entre esos nervios, el miedo y la tontería que tenía dentro que, al llegar a su altura, no me percaté de que había un escalón pequeño, mínimo, que hizo que trastabillara exactamente en el momento en que Julián se daba la vuelta, por lo que caí sobre él con todo mi cuerpo de una manera bastante tosca. Y vergonzosa, por qué no decirlo.

—Si hubiera sabido que me recibirías así, te habría esperado con los brazos abiertos —sonrió sujetándome por debajo de la axila por un lado y de la cintura por otro.

—Lo siento mucho —traté de recomponerme lo más digna y rápidamente

posible—, no he visto el pequeño escalón que estaba justo ahí. —Señalé tontamente el suelo.

—No te preocupes. Yo también suelo ser de los que saben cuándo el suelo necesita un abrazo. —Me guiñó el ojo antes de darme un beso en la mejilla.

—¿Qué vamos a hacer? —Cambie rápidamente de tema para no seguir avergonzándome más.

—Lo que la noche nos deje —dijo él, y esa respuesta hizo que una culebrilla recorriera mi estómago.

Durante todo el proceso de mi divorcio, estuve tan sumida en el rencor y el odio que ni siquiera viendo una película porno sentía ningún tipo de «vida». Sí, ¿qué pasa? Intentaba desconectar un ratito y ver alguna escena para ponerme a tono, pero ni eso. En cambio, ahora, y en un instante, al lado de Julián y gracias a aquella sonrisa, mi cuerpo parecía sentir algo que ya no recordaba. Era parecido a la electricidad estática que notas, presentes que está ahí, pero hasta que tocas no oyes el sonido que rompe esa sensación invisible.

—Vamos, tengo el coche esperando en la puerta. —Desperté de mis recuerdos gracias a su voz.

—Pues vamos, no quiero que te pongan una multa o se lo lleve la grúa por mi culpa.

Condujo por la ciudad con gran seguridad. Washington tenía grandes avenidas que daban, casi todas ellas, a los monumentos que siempre había visto en las películas y las series, lo que le daba un aire un poco misterioso a mi viaje. Me imaginaba en algún restaurante coincidiendo con un congresista, en un bar con periodistas políticos o en el museo con el mismo profesor Langdon, el de los libros de Dan Brown. Pero no, la película me la montaba yo en mi cabeza, y sin necesidad de encender la televisión.

Después de un buen rato circulando por la ciudad, Julián aparcó frente a un edificio con pinta de tener apartamentos para solteros, algo que no me esperaba. Vamos, que si pensaba llevarme a follar a la primera de cambio, creo que se había confundido de persona. No. Sí que puede que tuviera necesidad, bueno..., puede no, la tenía, pero de ahí a que directamente me metiera en la cama iba un trecho.

—¿Esto qué es? —pregunté con la mosca detrás de la oreja.

—Ya lo verás —fue su escueta respuesta.

—No voy a subir a tu casa —repliqué sin pensarlo mucho más.

—No vamos a mi casa —aclaró sonriendo y bajando del coche. Vi cómo entregaba las llaves a un hombre que salió del portal a la par que lo saludaba por su nombre.

—Ni a tu picadero —añadí poniéndome un poco más borde.

—¿Quieres relajarte? No voy a llevarte a ningún lugar donde se pueda tener sexo — se acercó a mi oído—, más que nada si no quieres meterte en un lío en la ciudad.

No sé por qué, pero le hice caso. Sí es cierto que he tenido toda mi vida un punto aventurero... Aunque muy pequeño, vamos, lo suficiente para meterme en algún que otro lío cuando la juventud y las hormonas aún no estaban suficientemente controladas. O por la falta de control miccional, como aquella vez en que necesité vaciar todo el contenido de mi vejiga —lo que vendría a ser mear— en casa de unos amigos que habían montado una fiesta. Se suponía que había un baño oficial, pero llevaba más de diez minutos ocupado y tuve que ir al que no tocaba, uno dentro del dormitorio principal. Hasta ahí, todo normal. Tranquilamente, hice lo mío, pero cuando abrí la puerta para salir me encontré en la cama a dos teniendo sexo. Pues nada, que tuve que esperar a que terminaran de cubrir sus necesidades básicas, hasta el momento en que entraron al baño a arreglarse. Cuando me encontraron dentro, sonreí al ver que se quedaban parados y los saludé cortésmente mientras yo salía de él.

Qué vergüenza. Aunque disimulé como si fuera la mejor de las actrices de Hollywood, nunca más volví a usar un baño que no fuera el indicado, por mucha necesidad que tuviera. ¡Qué horror!

Julián me dio la mano para ayudarme a salir del vehículo. Los tacones que llevaba no me dejaban mucho margen de maniobra si no estaba ya de pie, así que la tomé y me impulsé un poco para bajar.

—Estás guapísima —dijo cuando salí del vehículo.

—Tú no pareces hoy recién salido del trabajo —solté sin pensar.

—Gracias por el piropo. Pero ¿eso quiere decir que...?

—Nada, no, perdón... —No lo dejé terminar—. Es que como ayer llevabas

pantalón y camisa de traje tan formal...

—Claro. —Como siguiera sonriendo así, me derretiría, mis rodillas comenzaban a temblar ligeramente—. Hoy he podido pasar por casa antes de verte. Me he puesto algo más informal, pero elegante. Ya verás que la ocasión lo merece.

Pero ¿qué cojones me estaba pasando con ese hombre? No lo conocía de nada, pero cada vez que sus labios se curvaban para construir una sonrisa en su cara quería morderlos. ¿Estaría regresando al mundo de los vivos? ¿Sería que realmente los hados lo habían puesto en mi camino para volverme loca? «A ver, Daniela, deja de pensar de una vez y simplemente pásalo bien. Y para ya. Para.»

—Es por aquí.

Julían me dirigió hacia un ascensor. Una vez dentro, sacó una llave de su bolsillo que introdujo en la cerradura que hacía las veces de último botón y la giró. En ese instante la maquinaria se puso en marcha cerrando las puertas para comenzar el ascenso hacia su destino. El último piso.

Cuando las puertas del cubículo se abrieron he de confesar que se me cayeron los palos del sombrero. Ya sé que no es una expresión muy buena para la ocasión, rayaba lo pueblerino, pero creo que entre eso y la cara que se me quedó está todo más que dicho.

Un gran espacio con la pinta de un loft de esos que salen en las revistas de decoración se abría frente a mis ojos. Luces en forma de bola colgaban de las vigas, así como varias lámparas de estilo árabe. La ambientación del restaurante, que, por cierto, estaba lleno, era de lo más intimista gracias a la iluminación y a la preciosa decoración que separaba espacios sin necesidad de paredes. Las mesas estaban elegantemente vestidas en tonos pastel, y todas y cada una de ellas se encontraban situadas en la posición perfecta para ver desde la terraza el río Potomac y alguno de los monumentos más icónicos de la ciudad de Washington.

—Esto es impresionante —logré decir al fin.

—¿Has visto? Soy un tío de fiar —repuso, y lo volvió a hacer...

«¿Podrías no sonreír? Te lo pido por la gloria de Rafa Nadal, por la cobertura de tu móvil..., por la Virgen del abrigo de pana..., pero deja de

sonreír, porque no sé lo que me está pasando y puede que me vuelva un poco loca de un momento a otro.»

—¿Nos sentamos? —ofreció.

Un maître nos acompañó hasta nuestra mesa, una situada en un discreto lugar e, igual que las otras, dispuesta exactamente para poder ver toda la ciudad alumbrada con las luces nocturnas. Si eso no era maravilloso, no sé qué es lo que podría ser.

—¿Qué es esto? —pregunté después de cerrar la boca de la impresión.

—Un restaurante —respondió sabiendo perfectamente que me estaba tomando el pelo.

—Encima de tener buen gusto resulta que eres gracioso —repuse.

—La vida está para reírse de ella, si no, qué asco, ¿no crees? —comentó buscando mi aprobación.

—Bueno, a veces la vida se ríe de uno, y ese uno no tiene ganas de echarle chiste a la cosa.

«Venga, va, que ahora me pongo intensa y me convierto en una frase de esas de los libros de autoayuda.»

—Dejemos que las vistas y la compañía —se señaló levantando una ceja — nos hagan disfrutar de la cena.

—Tienes razón. A veces me pongo un poco intensita, como para aguantarme...

Pero sin darme cuenta, durante la cena, que por cierto fue espectacular, nuestra conversación derivó en un cúmulo de risas por las anécdotas que Julián acumulaba gracias a todos los viajes que había realizado durante su vida laboral. Yo lo miraba sin apartar los ojos de los suyos. No sé si fue por el vino (íbamos por la segunda botella) o por la deliciosa temperatura que hacía, con el cielo totalmente despejado y una bonita luna llena, pero en ese momento me sentí la mujer más afortunada del planeta. Casi como una de esas protagonistas de novela romántica que conocen al guapo galán.

No sé, pero lo cierto es que sonreí y me sentí feliz después de mucho tiempo.

Y había sido de la manera más sencilla, simplemente con una conversación con un hombre tremendamente atractivo; una cena y esas pequeñas arrugas que

se le formaban alrededor de los ojos cuando sonreía, ¡Dios...!, cuando me miraba con ellos entornados interesándose por lo que yo le contaba. ¡Le interesaba mi conversación!, y eso, para mí, sí que era una novedad.

—Y mira que yo era feo, tremendamente feo, en mi adolescencia y mi juventud —terminó de contar la anécdota.

—Eso sí que no me lo puedo creer —confesé llevándome la copa de vino a los labios—. ¿Feo? Me estás tomando el pelo otra vez.

—¿Quiere decir eso que te parezco guapo? —Me miró fijamente.

—Yo no he dich... Bueno, a ver... —Suspiré, no tenía escapatoria—. Sí, me pareces guapo. Ya lo he dicho.

—¡Un piropo! ¡Camarero, más vino! —Levantó una mano para pedir otra botella.

—No, por favor —dije yo levantando la mía a mi vez para parar su amago.

«Si continúo a este ritmo, al final diré cosas que no debo y me arrepentiré, aunque las piense realmente...»

—Hay que equivocarse, hay que cagarla y aprovechar el tiempo para rectificar. Mira lo que ha hecho la naturaleza conmigo, me jodió hasta que tuve veinticinco años, después se apiadó de mí. Mira mi atractivo, está más que justificado.

Me reí a carcajadas al ver cómo se ponía de perfil como si fuera un clásico romano.

—Bueno, tu nariz... —Me llevé las manos a la boca.

—He dicho que se apiadó de mí, no que me convirtiera en Jon Kortajarena —se hizo el ofendido.

Lo que él no sabía es que si algo me volvía loca en un hombre es que tuviera una nariz prominente. Es algo que me ha perdido toda la vida. Si él, el chico, era guapo y encima tenía una nariz grande, se convertía de inmediato en mi amor incondici... «¿Amor? ¿Quién coño ha hablado aquí de amor? Se me está subiendo demasiado el alcohol a la cabeza y eso no es ni medio normal. ¿Qué hace la palabra *amor* apareciendo en esta cena? No, fuera. Me parece a mí que debería parar de beber ya o le pediré matrimonio cuando acabo de divorciarme...»

—Lo siento —me justifiqué—. No pensé que el alcohol me soltaría tanto

la lengua.

—Sólo por eso vas a tener que pagar algo en prenda. —Puso los codos sobre la mesa y apoyó la barbilla en las manos.

—Y ¿qué será? —dije con más miedo que otra cosa.

—No lo sé. —Su mirada se tornó casi como la de un felino hambriento—. Ya lo pensaré luego. ¿Café?

—Sí, por favor.

«Litros de café para poder despejarme, por favor.» Lo necesitaba.

—Tu marido con otra mujer, ¿no?

—Ex. Mi exmarido —corregí a la vez que levantaba una ceja inquisitorialmente sin entender.

—Perdona. Tu exmarido te puso los cuernos con otra mujer... —dejó la frase ahí, sin más.

Y yo, tal como estaba, entré al trapo.

—No es sólo que me pusiera los cuernos. Es que, sin darme cuenta, había apartado de mi vida todo lo que significaba algo para mí. A mis amigos, como Gabriel, mi «otro marido», a mi familia y un trabajo que me gustaba.

Suspiré recordando cómo lentamente mi vida se había convertido en él y su familia.

—Eso no es un poco... A ver cómo lo digo..., ¿no es maltrato psicológico?

—No, de verdad que no. Nunca había malas palabras, me trataba muy bien. Pero siempre existían excusas para no ir a una comida, a una fiesta... La gente se cansó de llamarme para quedar. Y luego me propuso que fuera a trabajar con mi suegro, ya que pensó que podría ser mucho mejor el día que tuviéramos hijos. Después descubrimos que él no podía, y más tarde fuimos a la clínica de fertilidad. Fue él quien insistió, ya que a mí me daba igual, la verdad. Y él no se presentó aquel día a la cita porque trabajaba, pero cuando la cancelaron sin que lo supiéramos de antemano, aparecí por casa antes de tiempo. Él no estaba en el trabajo, estaba en casa con la rubia, en mi cama, en mi casa, y le estaba haciendo cosas que... —Sentí una lágrima caer por mi mejilla.

El calor de la gota recorriendo mi rostro me despertó de esa segunda catarsis. Otra que había ocurrido delante de Julián mientras él, callado, seguía



sin apartar la vista de mí.

—Lo siento... —No había parado de excusarme en toda la cena.

—Deja de pedir perdón por ser humana. —Alargó la mano para limpiar mi mejilla húmeda—. No pasa nada por sentir, por dejarse llevar, por intentar cerrar una herida.

Su mano se quedó más tiempo de lo debido en mi rostro cuando su dorso cambió por la palma y yo me apoyé en ella. Suave. Era suave. Demasiado para que no me volviera loca por completo y propusiera lo irremediable.

—¡Vámonos! —dije totalmente convencida.

—¿Adónde quieres que vayamos? —Me miró asombrado.

—Me da igual. Llévame a donde quieras...

Inmediatamente sacó la cartera para pagar la cuenta, nunca había visto a nadie hacerlo a semejante velocidad. Me cogió con fuerza de la mano y no la soltó hasta que los dos entramos en el coche y lo puso en marcha incorporándose al tráfico a toda prisa. No sé exactamente dónde estábamos cuando el portón de un parking se abrió para que pudiéramos pasar con el vehículo a su interior.

—¿Estás segura? —Me miró tan intensamente que me hizo daño.

No dije nada, sólo asentí. ¿Qué más podía decir? Ni siquiera sabía si tenía claro lo que iba a hacer con él. Lo que él querría hacer conmigo más allá de lo inevitable.

Julián pisó ligeramente el acelerador del coche para dejarlo en una de las plazas libres.

Cuando salió de él, yo temblaba sin saber si debía hacerlo o no. El corazón me latía tan rápido que pensaba que de un momento a otro podría salirseme por la boca si no la cerraba con fuerza.

Un sonido me sacó de mi mundo interior, la puerta se abría para, inmediatamente después, dejarme ver cómo una mano se extendía ante mí. La tomé. Si quería estar con él, lanzarme al abismo, ése era el momento. No había marcha atrás. No quería pensar más.

Me cogió de la mano más fuerte de lo que podría haber imaginado, con determinación y confianza. Tal vez sintió mis dudas y la apretó lo suficiente para darme la seguridad que necesitaba. Y, sí, la necesitaba.

Mientras caminábamos en dirección a un ascensor, sus dedos cambiaron de posición y los entrelazó con los míos. Esta vez fui yo quien los apretó con fuerza, mostrándole a él la seguridad de que quería lo que íbamos a hacer. Sí, quería hacerlo a pesar del miedo y de los nervios.

No hablábamos. ¿Qué íbamos a decir? ¿Qué se decía en esas situaciones?

Un sonido anunció que ya estábamos en el piso en el que nos bajaríamos y el ascensor se abrió.

Al llegar frente a una de las puertas del pasillo de apartamentos, sacó una llave y la abrió invitándome a entrar.

—Eres bienvenida. —Se soltó del amarre que mantenía nuestras manos unidas.

—Es bonita.

¿Qué podía decir?

—Es funcional, para dormir y poco más.

Me acerqué a los ventanales del salón, no tenía terraza.

—Tienes unas vistas preciosas.

—La verdad es que sí —oí a mi espalda.

Me volví despacio, con cautela por si lo que veía no me gustaba. Pero no, ahí estaba Julián, de pie con las manos en los bolsillos de su pantalón sin quitarme la vista de encima.

—Me encantan las vistas.

No lo pensé más y caminé hacia él.

Cuando nuestros cuerpos estaban a punto de colapsar como dos imanes que se buscan, me detuve. No obstante, no lo hice para alejarme, sino para poder respirar hondo y deshacer el nudo que atenazaba mi estómago.

Cerré un segundo los ojos para lanzarme a la aventura, pero no fui yo quien lo hizo. Con los párpados aún cerrados, los labios de Julián se acercaron a buscar mi boca. Ya no quise abrirlos, sólo sentir cómo sus manos acariciaban mi rostro y mis labios se abrían dejando paso al excitante sabor de su cálida saliva. Tímidamente, su lengua acarició la mía haciendo saltar la espita de su dignidad y ella atacó queriendo ganarle terreno en la batalla. Una batalla en la que los dos saldríamos dignos vencedores.

Sabía suave.

Su boca me ofrecía la justa oposición para enfrentarme a un buen oponente.

Nos separamos. Abrí los ojos. Él me sonrió sin apartar las manos de mi cara.

—¿Me ha tocado la lotería? —dijo.

—Olvídate de la lotería y deja que te toque yo —solté sin más, y añadí—: ¿Dónde está el dormitorio?

—Te llevo —me contestó con una sonrisa.

Volvió a hacer un nudo con nuestras manos a la vez que caminábamos hacia su habitación.

Una cama, unos muebles sencillos. Todo impecablemente colocado.

Me besó de nuevo nada más traspasar el umbral. Ya no existía ni un atisbo de temor, estaba seguro de todos y cada uno de los pasos que daba conmigo.

Su boca se afanaba en buscar su recompensa entre mis labios cada vez más hinchados por cada una de sus acometidas. Sentí sus manos buscar mis pechos con necesidad. Los tocaba por encima de mi blusa con urgencia, sacándola de mis pantalones. Sus manos rozaron la piel desnuda de mi cintura y sentí que un escalofrío recorría mi espalda haciendo que suspirara.

—Tengo las manos un poco frías —se justificó.

—No es eso —argumenté mi reacción—. Es que me gusta.

Mientras sentía sus manos masajeando mis pechos, me desabroché la prenda para después dejarla caer con lentitud por mis brazos. Inmediatamente me dispuse a quitarle la suya, que se quedó abierta y a medio brazo ante la inmovilidad de sus manos en mis senos.

Nos separamos un momento, un segundo para que Julián finalmente se deshiciera de la camisa dejándola caer hecha un gurrño al lado de la mía. No tardó mucho en volver a cogerme para llevarme agarrada de la cintura a la cama, donde me dejó caer suavemente y luego se colocó encima.

Su piel era suave, su espalda fuerte y sus ojos me estaban atravesando ahora que me miraba. Notaba cómo su pene, a través de los pantalones, se frotaba con intensidad contra mi cuerpo volviéndome loca. Las señales de nuestras pieles estaban claras, necesitaban que nos despojáramos de todas las barreras que se posicionaban en nuestra contra.

Los dos llevábamos aún los pantalones puestos, pero mis manos, guiadas por la necesidad, se acercaron a su cinturón para desabrocharlos.

No hizo falta mucho más, él mismo, haciéndose a un lado, terminó de quitárselos y se quedó en calzoncillos.

—Ahora tú —me instó.

Al igual que le había pasado a él, no le hizo mucha falta insistir. Antes de que hubiera terminado la frase mis manos ya estaban trabajando en ello. Con el aliento de su boca recorriendo mi cuello, mis manos a duras penas encontraban los botones y...

Y entonces sentí cómo su mano paseaba por mi vientre para meterse por esa puerta que yo había dejado abierta. Noté la suavidad de sus dedos buscando dentro de mi ropa interior mientras sus labios se apoderaban de mi boca. Fue mi lengua la que salió a saludarlo con una efusividad para nada contenida. Su mano parecía no querer seguir el camino, pero me confundí, pues simplemente estaba tanteándolo para meterse entre mis pliegues y acariciar mi clítoris con suavidad, dejando que sus dedos se escurrieran entre mis flujos.

—Podría pasarme horas tocando tu sexo. —Separó su boca de la mía.

—No aguantaría mucho si sigues acariciándome así —respondí retorciéndome sobre mí misma.

Su mano desapareció, haciéndome sentir como si hubiera perdido el Santo Grial, pero sólo quería despojarme de los pantalones, llevándose por el camino mi tanga.

—Todo fuera, no vamos a necesitarlo.

Y ahí estaba yo, desnuda.

Y ahí estaba él, encima de mí.

Nos separaba sólo la tela de su bóxer.

Sus manos subieron por los laterales de mi cuerpo hasta posicionarse en mi rostro y clavó sus ojos en los míos para volver a besarme. Mientras nos perdíamos en una guerra de lenguas, nuestros movimientos ya estaban simulando que la penetración se había producido. Aunque tampoco es que me importara mucho, pues, si seguía así, era más que probable que me corriera en cuestión de segundos.

—Para. —Quité mis piernas de su cintura y lo aparté.

—¿He hecho algo mal? —Me miró serio.

Asentí mordiéndome el labio inferior y su cara adoptó una mueca de confusión. Sin dejar que reaccionara, me situé yo encima para comenzar a dejar pequeños besos en su clavícula, sus pezones, con algún ligero mordisco, su ombligo y, al llegar a la cinturilla de su bóxer, levanté la mirada.

—Sí, aún llevas la ropa interior puesta —señalé, y se la bajé para dejar al aire su pene.

Lo miré un segundo antes de metérmelo en la boca sin dejar que dijera nada. Grande, duro y surcado de venas entre mis labios. Mis manos acariciaban sus testículos cuando bajaba y subía por toda su longitud. Oí un gemido de conformidad cuando la punta de su sexo era lo único que tenía en la boca y con la lengua jugaba con él, lo acariciaba con los dientes y volvía a metérmelo más adentro.

Julián acariciaba mi cabello con una mano mientras con la otra agarraba las sábanas.

—Así no —jadeó.

Paré y lo miré a los ojos.

—¿No te gusta?

—Me encanta, pero no quiero correrme en tu boca.

Esas palabras encendieron más aún mis ganas de sexo, necesitaba a alguien en la cama que hablara con sinceridad y que me dijera lo que le gustaba o no.

—Dime qué quieres y lo...

—Quiero comerte el coño.

¡Dios! Sólo con oírlo me estaba poniendo cardíaca. En el momento en que su lengua se posara en mi clítoris me correría a viva voz.

—No sé si aguantaré.

Giramos en la cama, ahora era yo la que estaba con la espalda recostada en ella. Él me sujetaba por la cintura con un brazo mientras sus labios me comían, literalmente, los pezones. A veces suave, a veces mordiéndome, lamiendo... Y, sin previo aviso, sus dedos resbalaron en mi interior.

Estuve a punto de gritar por la sensación tan placentera. Había olvidado lo

que era tener algo dentro de mi cuerpo. No recordaba lo que era tener sexo con esta necesidad desenfrenada.

—Chis... —me susurró al oído—. Esto no ha hecho más que empezar y no quiero que te escapes de mí tan pronto.

—No sé si voy a poder aguantar... —La voz me temblaba.

Se rio encima de mi pezón antes de volver a sujetarlo con los dientes y tirar ligeramente de él. Me gustaba, y la sensación era placentera, un dolor delicioso. Su mano se separó de mi sexo y puso su húmedo dedo en mis labios. Lo lamí, su sabor era el mío.

Suaves mordiscos recorrieron el camino hasta mi vagina y su lengua se posó con suavidad en mi clítoris. La dejó quieta, encima, y luego succionó.

Estaba ahí, el orgasmo ya se estaba gestando en mi interior.

—Fóllame —le pedí desesperada por no querer correrme sin estar él dentro.

—No —repuso desde abajo—, primero vas a tener que correrte en mi boca.

Me abrió las piernas mientras su lengua recorría todos y cada uno de los pliegues de mi sexo. Un par de dedos se introdujeron en mi cuerpo y, moviéndolos con maestría, su lengua y aquella maravilla que hacía con sus apéndices hicieron que me corriera. Sólo podía apretar las piernas contra su cabeza, amarrándolo para que no parase.

—¡Dios mío! —logré exclamar.

—Me habían llamado muchas cosas, pero «Dios» es demasiado. —Sonrió entre mis piernas mirándome con esos preciosos ojos azules, mis jugos brillándole en la boca. Estaba irresistible y tenía que besarlo.

Posé mi mano en su cabello y, teatralmente, lo icé hasta mi posición. Saqué la lengua para relamer todos los rincones de su rostro donde mis flujos se habían quedado.

—Me encantas —me dijo después de ese arrebató territorial que había tenido.

—Bésame —le ordené poniéndome a horcajadas sobre él.

Al terminar de sentir su boca en mí y sus manos en mi cuerpo, le pregunté por un preservativo. Al hacerlo, pude sentir cómo su pene se ponía aún más

tenso y se acercaba a mi sexo. Lo notaba ahí, en mi entrada. Si sólo me dejara caer...

Abrió el cajón de la mesilla y sacó un par, dejándolos encima. Cogí uno de ellos, lo desenrollé y se lo puse en un abrir y cerrar de ojos. Volví a posicionarme a horcajadas, me tumbé encima de su cuerpo y sólo tuve que deslizarme un poco para que entrara.

—¡Sí! —casi grité.

—Mmmm —lo oí decir.

Lo levanté de la posición en la que estábamos para sentarnos, yo encima, y entonces comencé a moverme. Primero despacio, lentamente, como el vaivén de una ola. Sujetándome a su cuerpo, sintiendo su boca en mis pechos. Luego, moviéndome como quien baila con un *hula hoop* mientras su cabeza se enterraba entre mis senos. Y finalmente cabalgando su sexo como si fuera una auténtica valquiria gritando al anticipar la batalla que estaba a punto de librar.

Con cada movimiento que yo hacía notaba una fuerte embestida suya que me llegaba hasta lo más profundo. Estaba desatado, casi en un estado que lo cegaba. No sabía cuándo había sido, pero nuestros cuerpos habían cambiado de posición y Julián me penetraba ahora de manera martilleante, salvaje, buscando su propio placer.

Me ponía estar con alguien así, me ponía tanto que dentro de mí volvía a sentir cómo mi orgasmo se reconstruía gracias al modo en que frotaba mi clítoris con cada embestida.

Uno, dos, tres...

Así hasta que otro grito salió de mi garganta mientras apretaba con fuerza los músculos de mi sexo. Creo que eso fue lo que hizo de Julián se pusiera tenso y golpeará un par de veces más en mi interior para liberar su semen con un gruñido primario.

Caímos desmadejados, uno en los brazos del otro.

Y a mí, como casi siempre que tenía sexo, me entró la vergüenza poscoital.

Ridículo, ¿verdad? Hasta después de haber pedido una sesión de *bondage*, porque era yo quien pedía en mi matrimonio, luego me daba vergüenza. Así que, como era de esperar, cogí las sábanas y me metí bajo ellas en el momento en que Julián salió de mi cuerpo para deshacerse del preservativo.

—¿Estás bien? —me preguntó mientras dejaba la goma llena de sus fluidos en la mesilla.

—Sí —contesté escondiéndome debajo de las sábanas.

—Pues yo no te veo muy cómoda. —Se puso de costado mientras apoyaba la cabeza en la mano para mirarme.

—No es eso —dije a la par que apretaba la tela contra mi cuerpo.

—¿Entonces? —Me acarició con la mano libre.

—Es que me da vergüenza.

«Hala, ya lo he dicho... Ahora se reirá de mí y además lo pondrá en su Instagram con una de esas etiquetas: “*After sex*”, así todo el mundo sabrá que soy medio boba.»

—¿Vergüenza? —Se sentó en la cama quitándome las sábanas de golpe.

—¡¿Qué haces?! —le grité intentando volver a recuperar la dignidad, que había desaparecido junto con la tela.

—Nunca te avergüences de eso —me señaló el cuerpo—. Eres bonita y estás hecha para ser feliz.

—No lo creo...

«Lo dicho: soy tonta.»

—Déjate de chorradas. —Se puso encima de mí—. Eres bonita, me pareces dulce, sensual, y un torbellino en la cama.

—No es culpa tuya, soy yo, que...

—Tú, nada... Tú vas a divertirte. Vamos a divertirnos los dos y a disfrutar el uno del otro.

Sus labios se posaron lánguidamente en los míos paseándose con parsimonia por todos y cada uno de los recovecos que mi boca le ofrecía. Sus manos se amarraron a mi cintura para recorrerme luego la espalda y sujetarme contra su cuerpo con fuerza.

Volvimos a empezar un juego que terminaría bastantes horas después. Y esa vez Julián no me dio ni un segundo para poder sentir que la vergüenza se apoderaba de mí.

No, esa vez los dos caímos desmadejados uno en brazos del otro.

El ritmo de su corazón me hizo dormir.



\* \* \*

Abrí los ojos asustada y algo desubicada, pero una mano que se posaba suavemente en mi estómago me hizo recordar inmediatamente que estaba en la cama con Julián después de una noche de locura, sexo y desenfreno.

Aún no había amanecido, pero mi corazón comenzó a palpitar de manera desbocada. Tenía que irme y no deseaba tener ningún tipo de conversación poscoital. Debía ir a mi hotel corriendo o perdería el vuelo a Madrid.

Suavemente, aparté la mano de Julián de mi cuerpo, moviéndome con cuidado para salir de la cama.

A tientas, encontré el bolso y busqué el móvil.

«¡Voy a perder el vuelo!», me dije asustada.

Rápidamente, bueno, todo lo rápido que se puede buscar la ropa de una en la penumbra, iluminada tan sólo por la tenue luz de la pantalla, pues no quería encender la linterna, recogí casi todas mis pertenencias (no encontré las bragas) y pedí un taxi a través de una app.

Escapé a medio vestir escaleras abajo. Ni siquiera llamé al ascensor. Y, con la sensación vívida de sus labios en mi boca, me metí en el taxi que me llevaría mientras la negrura del cielo iba coloreándose de un suave azulado.

Apoyé la cabeza en la ventanilla sonriendo como hacía tiempo que no hacía.

«Gracias y adiós, Julián.»

\* \* \*

—Loca, decididamente estás loca. —Gabriel corría de un lado a otro de la habitación mientras me estaba dando una ducha rápida y cambiándome de ropa—. Sólo a ti se te ocurre tirarte a un tío la última noche y quedarte en su casa.

—Gabi, me he lanzado al abismo. —Salí completamente vestida y con el pelo mojado—. ¿No es eso lo que me has pedido más de una vez?

—Sí, pero esperaba que vinieras a dormir. —Se llevó las manos a la cabeza—. Menos mal que ya está el *check out* hecho, tu maleta también, y el taxi nos espera dentro de cinco minutos.

—¿Ves? Sabía que podía contar contigo. —Le di un beso en los labios, aun a pesar de que no debíamos, y cerré la maleta con lo último que debía guardar.  
—Vamos, hay que ir al aeropuerto. —Miró su móvil.  
—A casa —respondí tirando de mi maleta.

\* \* \*

El sol ya estaba en todo lo alto e iluminaba la habitación de Julián por completo.

Abrió los ojos perezosamente mientras estiraba sus entumecidas articulaciones. Encima de la mesilla, el cuerpo del delito, es decir, varios envoltorios de preservativos abiertos, y Daniela a su...

Daniela no estaba.

—¿Daniela? —llamó, pensando quizá que estaría en el baño.

Desnudo, caminó por toda la casa viendo que aquella mujer de sonrisa deliciosa y preciosos ojos castaños se había marchado.

Sin darse por vencido, cogió su teléfono y tecleó su número de móvil para hablar con ella.

\* \* \*

Mientras tanto, en una habitación de hotel de Dupon Circle vacía desde hacía horas, un móvil sonaba una y otra vez, olvidado.

Abandonado.

## Capítulo 5

Estaba metida en la cocina haciendo, por tercera vez, una de las recetas del libro que mi abuela me regaló después de pasar una de las últimas vacaciones con ella. Era un recetario escrito a mano por ella misma, con sus secretos mejor guardados y las técnicas para que las fabadas salieran como en los restaurantes más conocidos. Todo un legado lleno de amor que pasó directamente a mis manos, sin pertenecer antes a nadie más de la familia.

Cuando la recuerdo me doy cuenta de que mi abuela no era una mujer corriente. Siempre se distinguió por arreglar todos los problemas de la gente de su pueblo con un buen plato de comida caliente, hiciera el tiempo que hiciese. Era como si en su mesa se realizara magia culinaria. Me recordaba mucho al libro de Laura Esquivel *Como agua para chocolate*, pero a nivel castizo, ya sabéis: con fabada, callos, lentejas, rabo de toro...

Tardé mucho en entender por qué todo el mundo iba a su casa a comer. Primero pensé que tenía un restaurante algo peculiar (entiéndase «peculiar» por ilegal). Pero pasado el tiempo, tras haber madurado, entendí que existía algo más dentro de esa peculiaridad. Comprendí que en cada uno de los platos que cocinaba echaba los ingredientes exactos que su comensal necesitaba para que sus problemas se aclararan o consiguiera establecer algún camino para solucionarlo. No sólo era la comida, sino también lo reconfortante de la conversación con ella.

Al principio no podía comprender cómo la comida podía ayudar a la gente a ver las cosas más claras, pues para mí los alimentos sólo constituían un conjunto de vitaminas, hidratos, proteínas, etcétera, que nos ayudaba a vivir,

pero combinados para que tuvieran buen sabor.

Ella me lo dejó bien claro justo una noche en la que se marchó su vecino Jacinto, el cual acababa de perder a su mujer a causa de una terrible enfermedad. Cuando llegó a su casa, lágrimas de desconsuelo surcaban su rostro, pero después de su marcha, tras haber comido un buen plato de sopa castellana y haber mantenido una conversación más que trascendental con mi abuela, vi cómo en su cara aparecía una sonrisa de esperanza.

—Abuela, ¿por qué Jacinto se ha ido tan contento? ¿Le has echado algo en la comida? —Guiñé el ojo intentando que pillara la indirecta.

—Chiquilla, qué idiota eres. —No me pegó una colleja porque estaba un poco lejos.

—Es que es muy raro —dije, y era verdad.

—No has aprendido nada, ¿no?

—Bueno, que la gente viene a comer de gañote a tu casa y encima tú eres feliz.

—Lo dicho, no has aprendido nada. —Se sentó en su mecedora—. La gente está convencida de que la comida sólo debe consumirse para alimentarse o para deleitarse y tener un momento de satisfacción. Durante mucho tiempo, en nuestra familia, las mujeres hemos estado aprendiendo todas y cada una de las propiedades de los alimentos y las especias para ayudar a las personas a solucionar sus problemas.

—Abuela, eso suena a brujería. —Fruncí el ceño.

—Puedes referirte a ello como quieras, pero yo prefiero llamarlo sanación de almas.

—Joder, abuela, esto es muy intenso.

—Tienes la misma boca sucia que tu padre. ¡Qué lástima! —suspiró—. En fin, si quieres, puedo enseñarte todo lo que sé para que no se pierda, y el día que decidas ayudar a la gente, podrás hacerlo.

En realidad ni siquiera lo pensé, fue como si un resorte se pusiera en marcha sin yo quererlo, y noté que era algo natural en mí aprender a hacer todo lo que mi abuela comenzó a enseñarme. Sus dulces palabras y el trato que profesaba a los alimentos y las especias empezaron a quedarse dentro de mi cabeza sin necesidad de estudiar. Todo fluía de manera natural, como si ya lo

supiera y sólo tuviera que sacarlo a flote. Así que, durante todos los veranos que pude, iba a verla y continuaba aprendiendo todos y cada uno de sus secretos.

Amé la cocina como a mí misma, aunque al casarme con Manuel dejé de guisar. Nunca comía en casa y la mitad de las noches él traía comida preparada. Casi olvidé lo que para mí significaba meterme en la cocina y hacer magia con los sabores.

Simplemente con eso me conformaba.

\* \* \*

—¿Qué hay para cenar, pequeña? —me preguntó Gabriel desde la puerta.

Ya hacía un mes que habíamos regresado de Estados Unidos. Todavía no había sido capaz de encontrar trabajo, y lo peor de todo es que no sabía si la culpa era mía o que las cosas seguían estando igual de mal que años antes en España. Por tanto, mi día a día era de lo más aburrido. Me levantaba, miraba las ofertas de trabajo, enviaba currículos, me iba al gimnasio y después me ponía a cocinar, experimentando, eso sí, para que cuando llegara Gabriel pudiéramos cenar los dos.

—Hoy he tenido que repetirlo tres veces, pero ya está a punto de salir del horno.

Y, así, noche tras noche...

—Daniela, no puedes seguir de este modo —finalizó dejando su copa de vino sobre la mesa.

—¿A qué te refieres? —respondí haciéndome la tonta, pues lo sabía perfectamente.

—No te hagas la idiota —replicó—. A ver, no es que me importe que estés viviendo conmigo, y no quiero que te vayas, eso por delante, pero necesitas dar un giro a tu vida.

—Pero si mi vida no está tan mal —repuse. Seguía soltando cosas por la boca que mi mente no había pensado.

—Mira, creí que, con el viaje a Estados Unidos, en el que los dos lo pasamos estupendamente, y no me lo puedes negar... Vamos, es que recuerdo tu

carita aquella mañana que llegaste al hotel y durante todo el viaje y era algo indescriptible.

—En alguna que otra solitaria noche me ha ayudado —comenté sonriendo suavizando un poco el tema.

—Pero ¡ni siquiera has hecho el intento de volver a salir para conocer a otra persona! —exclamó—. No obstante, más allá de eso, no puedes estar sin trabajar —sentenció echándose más vino en la copa antes de recoger la mesa y acomodarse en el sofá.

—Hale, sueltas eso y te quedas tan tranquilo.

—No, lista, no me quedo tan tranquilo. Lo que ocurre es que cada vez te veo más metida en ti misma, y eso tiene que acabarse.

—Gabi... —me quejé.

—No, Daniela. Ya está bien de excusas, o cambias o te cambio. Tienes muchas virtudes, pero la autocompasión no es una de ellas. Y ya debes comenzar a tomar las riendas de tu vida. Eres libre. ¡Libre!

—Pero si ya hago lo que quiero, ni siquiera me acordé de que ayer fue nuestro aniversario.

—¡¿Ves?! —Me señaló con el dedo—. No lo has superado.

Se levantó del sofá y, dejando la copa de vino encima de la mesita, se fue a su habitación.

Me senté en el lugar que había dejado libre. En la televisión estaban poniendo ese programa de citas a ciegas al que hasta yo había pensado en mandar un vídeo alguna vez. Menos mal que Gabriel me había quitado la idea de la cabeza. Ciertamente, no era lo mejor para olvidar mi fallido matrimonio.

Acurrucada bebiendo el vino de la copa de Gabi (y, cuando se terminó, también el mío), me di cuenta de una cosa: por mucho que lo intentara, estaba dejando que la vida pasara sin yo estar dentro.

## Capítulo 6

—Quería deciros algo. —Me puse solemne mirando a los que estaban en la mesa—. Ya he decidido qué es lo que quiero hacer.

—¡Perfecto! —exclamó mi amigo Mario.

—Somos todo oídos. —Gabriel me miró sereno—. Y espero que no me vengas con la tontería de ir al programa ese de televisión...

—Quiero montar un *food truck* —anuncié, y oí cómo el tenedor que iba en dirección a la boca de mi compañero de piso caía con estrépito contra el plato mientras Mario aplaudía escandalosamente.

—¡Me parece una idea extremadamente *cool*! —soltó mientras, sin parar de aplaudir, miraba a Gabriel, que aún no podía cerrar la boca.

—¿Qué? —inquirí—. Dime algo, por favor.

—Quieres que te diga algo, ¿no? —Gabi se limpió la comisura de los labios con la servilleta y luego soltó—: Que estás como una cabra. Que casi prefiero hacerte yo el vídeo de presentación y que lo envíes al programa de citas. Mira, mejor... te mando a ese en el que directamente te casas sin conocer al novio. A ver si encuentras a uno que te mantenga y me dejas en paz.

—Vamos a ver, pero ¿no querías que hiciera algo con mi vida? —me quejé.

—Sí, que tomaras las riendas de esto que estás viviendo. Que buscaras un trabajo que te hiciera salir de la Baticueva en la que estás, que, por cierto, es mi casa (dejo claro de nuevo que no quiero que te marches), y que olvidaras de una vez el pasado. Pero de ahí a montar un negocio... ¡Y un *food truck*! Con la de problemas legales que da eso.

—Pero para eso estás tú —repuse poniendo cara de niña buena.

—Ya, papá Gabi te va a sacar las castañas del fuego, ¿verdad? ¿Y el dinero? ¿Y la logística? ¿Y...?

—Para. —Me puse seria—. Voy a tomar las riendas de mi vida haciendo algo que sé hacer: cocinar. Y por lo demás no te preocupes, sólo te pediré consejo legal. No olvides que estudié económicas y, aunque estuviera metida en ese agujero de empresa haciendo facturas, sé bastante más de lo que crees —defendí mi plan ofendida.

—Permíteme que lo dude —replicó cerrándose en banda.

—Chicos —intervino Mario—. Paz, amor y un *food truck* en el salón.

—No sabes lo que estás diciendo, Mario —lo reprendió Gabi.

—¿Cómo que no? Pero si ya lo estoy viendo: un maravilloso autobús todo decoradito con sus lunarcitos blancos sobre fondo rojo. Todo muy cañí, flamenquito, y un toro en la parte delantera. Sin olvidarnos de poner música de la Más Grande... —aclaró que era Rocío Jurado—, y fotos de Esperanza Aguirre que hagan que la gente...

—¿Esperanza Aguirre?! —gritamos a la par Gabriel y yo.

—Claro —dijo Mario muy sereno—. Les va a encantar a los hípsters, a los moderniquis. Además, la comida tendrá que ser rollo *viejo*. Piensa que a todos esos barbitas y *gafapastas* les encanta lo antiguo, así que para comer tendrás que poner callos a la madrileña, tortilla de patatas y croquetas de la abuela. Los jueves paella, y cocido los domingos. —Acto seguido, se levantó de la silla y, haciendo un movimiento exagerado, soltó—: ¡Yo repartiré *flyers* vestido de chulapo! Que, por cierto, el traje me ciñe muy bien la cinturita y me queda monísimo.

—Mario, me encanta tu entusiasmo, pero no lo veo... —Los ojos me dolían al imaginarme viendo aquel esperpento.

—¿Cómo que no? —Se hizo el ofendido—. Ya no vuelvo a darte ninguna idea. Además, repito que vestido de chulapo gano mucho.

—Y no lo dudo. —Miré a Gabriel, que intentaba no meter la cara dentro de la copa para suicidarse—. Pero es que ya tengo la idea, y casi todo muy avanzado.

—¿De dónde vas a sacar el dinero? —preguntó mi amigo.



—Voy a capitalizar el paro. No es que ahora mismo me quede mucho, pero entre la indemnización, el despido y si se vende la casa...

—¿¿Vais a vender la casa?! —se sorprendió Mario.

—Sí, la casa es de los dos, y no quiero que ese cabrón viva con la rubia esa allí. O eso, o me da la mitad. Me da igual.

—Así se hace —sentenció Mario.

—Menos mal que finalmente me estás haciendo caso —apuntó Gabriel.

—Te hago más caso del que crees —repuse, pero continué sin querer ahondar más en el tema—. Además, ya he visto un par de furgonetas adecuadas, sólo me queda elegir.

—No has dejado nada suelto, ¿verdad? —formuló retóricamente con una media sonrisa.

—Nada. —Volví el rostro hacia Mario—. Y tú, si quieres un trabajo, me ayudarás.

—¿Yo? ¿Seguro? ¿Me quieres a mí dentro de tu negocio? —Se señaló a sí mismo más de lo normal—. Pero...

—Sí, podrás seguir yendo por las noches a trabajar a La Picadura de la Cobra Gay.

—Te quiero. —Se lanzó a por mí como un loco—. Nunca podría dejar de lado a Raffaella... ¡Mi Raffaella!

Me reí contagiada por la felicidad que Mario destilaba. Él, que soñaba con ser médico de urgencias como en las series que devoraba en su época juvenil... A ver, que ya desde pequeño despuntaba en eso de jugar a médicos y pacientes —casi siempre los pacientes eran chicos, huelga decir—, pero la vida lo hizo convertirse en un luchador cuando sus padres fallecieron en un accidente de tráfico en el momento en que estaba en el primer año de carrera y tuvo que dejarlo todo. Su familia no eran grandes potentados, no tenían nada que dejarle, y tuvo que marcharse a vivir con su abuela. Así que, desgraciadamente, debido a su pequeña paga de jubilación y lo poquito que a él le quedó por ser huérfano, no tuvo más remedio que dejar la carrera en el segundo año y ponerse a trabajar en lo que le salía para poder sacar a su pequeña familia adelante, abandonando así su sueño de ser un médico como los de «Anatomía de Grey».

Pero después de recibir el segundo varapalo de su vida y tener que dejar sus estudios, descubrió que tenía un don, una tremenda habilidad: imitaba casi a la perfección a todas aquellas artistas a las que siempre había idolatrado. Y, en una loca fiesta nocturna, después de haber cerrado el bar donde ponía desayunos, platos combinados y cubatas a cuatro euros, se vino arriba con una imitación de Raffaella Carrà. En aquel momento, la suerte estuvo de su parte y alguien lo grabó con un teléfono móvil, pasándoselo a otro alguien que pidió su número.

Desde aquel día, su mundo cambió por completo. La diva que siempre había llevado dentro echó a correr para no parar jamás y, desde ese momento, Mario pasó a ser una de las mejores *drag queens* de todo Chueca y alrededores. Te clavaba una Rocío Jurado igual o mejor que una Mónica Naranjo, pero el amor de su vida era ella, Raffaella Carrà. Su obsesión, su diva, su razón para vivir... Ella, la más rubia y la más italiana, la Carrà.

Por las mañanas Mario era el nieto perfecto, su abuela ya tenía ochenta y tres años y no tenía ni idea de a qué se dedicaba él. Pensaba que seguía trabajando, ahora, en un restaurante de lujo, y de ahí que tuviera un buen sueldo. Sin embargo, por las noches, se convertía en *María Humpajote*, la mujer que escandalizaba al público de aquel conocido local de la zona madrileña.

Yo sabía que, con todo lo que tenía con su abuela, pues la mujer necesitaba ayuda permanente, le vendría bien el dinero para que él estuviera mucho más tranquilo por las noches y ella estuviera atendida en todo momento.

—Pero no te emociones demasiado, no voy a poder contratarte más que cuando tengamos eventos. Esto no es como Estados Unidos: aquí, o aprovechamos los festivales, los eventos o cualquier momento en que el ayuntamiento nos deje, o esto se nos va a pique.

—Veo que realmente te lo has estudiado. —Gabriel, extrañamente callado y pensativo, volvió a dar su opinión.

—Claro que sí. Y sé que, si me doy de bruces contra el suelo, no voy a volver a levantarme en mi vida. Pero ya está, ya está hecho, y ya está decidido.

—Pues vamos..., ¡qué nervios! —volvió a saltar de su silla Mario.

Ya estaba dicho, ya estaba resuelto, sólo me faltaba quedar con la chica que tenía la furgoneta que necesitaba para ponerme en marcha.

—¿Cuándo quieres empezar? —Mi amigo cogió su móvil para apuntar algo.

—Pues si me dan todos los permisos, en cuanto tenga la furgoneta.

—Y ¿dónde vas a tener el almacén? ¿Qué comida...?

—Por favor, Gabi, ¿quieres confiar en mí?

—Quiero, pero me das miedo. Tienes la misma mirada que cuando te dije que Manuel no era bueno para ti.

—Esta vez no te voy a defraudar. —Me acerqué a él y lo abracé por la espalda, pues aún seguía sentado—. Te lo prometo.

—No es a mí a quien no has de defraudar, sino a ti misma, pequeña. —Apretó mis manos con las suyas.

—¡Ainms, cómo os quiero! —Mario se unió a nuestro pseudoabrazo para dejar clara la intención de que seríamos un equipo. Un poco raro, la verdad, pero equipo al fin y al cabo.

—Yo se lo diré a todas mis amigas del trabajo: a Roncha Velasco, Elva Gina y Deborah Melo. Seguro que nos ayudan, esas perracas me deben algunas.

—Sois lo mejor. Lo sabéis, ¿no?

\* \* \*

No pasaron más de dos semanas cuando los permisos comenzaron a llegar. La furgoneta ya estaba comprada con todo lo necesario para ponernos a funcionar en nada y menos.

Fueron las dos semanas más extenuantes de mi vida, a la par que ilusionantes.

Consejos, ayudas y un millón de cosas más fueron recibidas con la mejor de las sonrisas. Sobre todo, si las recibía de las manos expertas de los que ya tenían otro negocio como el mío. La mayoría de ellos, con un restaurante que los apoyaba detrás. Yo era una salvaje, una insensata, pues con el único apoyo con el que contaba era con el de mis dos amigos gais y el dinero del banco,

que disminuía a una velocidad increíble.

Tardé mucho más en decidirme con la comida. Tenía que ayudar a la gente con mis platos, pero no podía convertir aquel cacharro con ruedas en un restaurante con diez primeros y diez segundos a elegir. Sólo podía contar con uno o dos productos de calidad como principal y varios complementos a escoger. Así pues, me lancé a algo fácil pero de lo más complejo a la hora de satisfacer al cliente: hamburguesas.

La decisión no fue sencilla, pero con la carne picada podía trabajar con más facilidad si mi empatía con el cliente era la suficiente para poder darle lo que necesitaba. Además, jugaba con ventaja si a la guarnición de patatas fritas le «regalaba» salsas hechas en casa con mi magia.

Mi teléfono no paraba de sonar.

Ya era la segunda vez que el timbre volvía a llenar la cocina con su estruendo. Necesitaba concentrarme en mis pequeños botecitos llenos de deliciosa felicidad.

De nuevo, volvió a sonar.

—Joder —suspiré por lo bajo dejando mis mezclas y descolgando—. ¿Quién es?

—¿Cómo que quién es?! —Mario me gritaba como un loco—. Matías Prats, que insiste. No te jode, la otra...

—Va, venga, que me has pillado con las manos en la masa.

—Pues date brío, que este sábado tenemos un evento. ¡Nuestro primer evento! —berreó.

—¿Cómo? ¿Qué? A ver, respira y dime. —En realidad, la que necesitaba respirar era yo.

—La fiesta de cumpleaños de Deborah Mela. Resulta que pensaba hacer algo muy loco, pero, claro, las locuras al final pasan factura y se le ha caído la mitad de la gente. Así que, como quien no quiere la cosa, le he dejado caer lo nuestro y dice ¡que nos quiere allí, en la nave de su primo! Va a montar un fiestón que ni la Pantoja al salir del trullo. Vendrán todas las *drags* del momento.

—¡Ay, Diosito! —Quise tranquilizarme—. No me va a dar tiempo.

—Sí te va a dar tiempo, yo desde ya te voy a ayudar. —Oí el timbre de la

puerta, abrí y me encontré con Mario, que colgaba el móvil—. Me han dicho que te han enviado un e-mail ahora mismo con lo que piden y todo eso.

—¡Me muero!

—Tú abre ese e-mail y vamos a ponernos manos a la obra...

\* \* \*

—¿Qué cojones es esto?! —un grito huracanado provenía del salón.

Gabriel acababa de llegar a casa.

—Prometo que dentro de un rato estará guardado.

—Si acepté que pusieras mi dirección como almacén fue con la condición de que mi salón no se convirtiera en una alacena de productos no perecederos.

Se marchó enfadado a su habitación y, al momento, oí el sonido del agua de la ducha.

—Mario —avisé.

—¡Sí, chef! —gritó como si estuviéramos en ese programa de cocina de la tele.

No tardamos más de cinco minutos en llevar todas las cosas a la galería de la cocina y guardarlo en el armario de aluminio que había instalado para esos productos. La nevera en ese instante estaba llena de botecitos, pero la carne me la traerían el viernes por la mañana; ya me ocuparía de eso.

—¿Por qué no nos aseamos un poco y nos vamos a cenar fuera? —propuso Mario.

—Me parece bien, así Gabriel no se enfada tanto. Le explicaremos qué ha pasado.

—Buena idea.

Conseguimos contarle toda la aventura poco a poco, con el continuo dolor de tripa que siempre se presenta cuando tienes los nervios propios de lo novedoso y lo desconocido.

—Pero ¿te vas a meter en una fiesta de cumpleaños? —Cómo cambiaba mi amigo cuando la preocupación lo comía—. No sé, tal vez mejor en un festival, algo que puedas...

—Nada, Gabi —le dije—, las oportunidades sólo se presentan una vez en

la vida, y si las dejas pasar...

—No hagas ninguna locura, por favor. Piénsalo.

—Está tan bien pensado que está todo hecho. Todo marcado, todo colocado. Sólo hay que llevarlo a la furgoneta por la mañana y ¡a por todas!

—¡Ésa es mi chica! —Mario levantó su bebida para brindar.

—Volvemos a la carga.

—Yo espero que no la *cargues*.

—Eres muy gracioso. —Le hice una mueca a Gabi.

—Venga, dejadlo ya. El sábado es el gran día y hay que darlo todo por mi amiga. ¡Es su fiesta de cumpleaños!

—Hale, tú a meter más presión de la necesaria... —Me dejé caer en la silla y mis dos amigos comenzaron a reírse.

## Capítulo 7

Aún me dolía la cabeza.

No sé cómo la noche anterior habíamos acabado en aquel garito de mala muerte bebiendo como si tuviéramos veinte años. No, ya no los teníamos, y nuestra tolerancia al alcohol no era la misma. Tenía sus cosas buenas, y es que ahora las borracheras te salían más baratas, dos cubatas y ya tenías la fiesta montada. Pero bueno, que no, que ya no teníamos cuerpo para ferias.

Las pestañas se me habían quedado pegadas, pues me lancé a mi romance personal con la cama sin pensar en desmaquillarme ni nada. Ahí, a lo loco y sin precauciones...

Oí un ronquido a mi lado.

Primero pensé que se trataba de una psicofonía, pero cuando un pie me tocó en las pantorrillas salté de golpe de la cama, con su consiguiente grito al ver que iba en bragas. Y nada más.

—¡Calla, loca! Me duele la cabeza. —La voz de Mario hizo que me relajara.

—¿Qué coño haces en mi casa? ¿Y tu abuela? —me preocupé de golpe.

—Mira, está un familiar suyo del pueblo con ella. Y, por si no te acuerdas, anoche tuve que acostarte. —Se levantó de la cama en calzoncillos.

—¡Tápate un poco! —grité.

—Llevo calzoncillos, déjame. —Le señalé su cuerpo independiente, que estaba en modo saludo—. Ay, hija, por favor...

—Lo siento, soy mujer y llevo sin estar con un hombre un tiempo. —Me tapé la cara con una mano haciendo el idiota mientras él se ponía los

pantalones—. Pero ¿por qué estás aquí?

—Pues porque Gabriel pilló cacho y no quiso llevarme a casa.

—No me acuerdo de nada —confesé intentando recordar algo más allá del último chupito de sangre de murciélago, o lo que fuera.

—Ya, ya... —Pasó de mí yendo directamente al baño de la habitación y dejándome allí parada, intentando recordar mientras me ponía un chándal.

Tenía el vago recuerdo de estar en un garito en el que las luces brillaban por su ausencia y a Gabriel charlando con un tío moreno.

—Era moreno —dije en alto.

—Eso es, y la verdad es que no sé por qué él pilló y yo acabé durmiendo contigo en la cama. —Puso cara de asco saliendo del baño recién duchado.

—Hijo, gracias —respondí.

—No te lo tomes a mal, pero es que no eres mi tipo. He usado tu champú de vainilla y ahora huelo a caramelo. —Hizo un gesto exagerado.

—Pues es lo que hay, si no, ve al baño de Gabriel.

—Deja, que creo que han vuelto a darle al mambo esta mañana —repuso poniendo los ojos en blanco.

—¡Están aquí? —me sorprendí.

—Hija, ¿es que tú no traes nunca a nadie? —Se llevó la mano a la boca exageradamente—. Se me olvidaba que eres medio monja y que para follar te vas fuera...

—Imbécil —repliqué entrando en el baño.

\* \* \*

Cuando entré en la cocina vi que ya estaban preparados en la mesa el café y algunos dulces. Me senté junto a Mario y entonces oímos cómo la puerta de la habitación de Gabriel se abría y unos pasos se dirigían al salón.

No pudimos remediarlo y saltamos como dos resortes para colocarnos tras la puerta de la cocina a cotillear sin más dilación.

Gabriel sonreía mientras le comentaba algo de tomar un café, y su amigo negaba con la cabeza. Se dieron un beso en los labios y el otro desapareció por la puerta. Gabi se quedó un rato mirando la ya cerrada puerta y luego



exclamó:

—Ya podéis salir de la cocina, soy vuestra diana, vamos.

—¿Me puedes explicar por qué estáis todos tan buenos? —pensé en alto.

—¿Ves? Yo digo que estoy buenísimo y al final se los lleva él, que es del montón —Mario señaló a Gabi.

—Yo quiero un tío buenoooo —lloré falsamente.

—Yo quiero un tíoooo —lloró a su vez Mario.

—Payasas, que sois unas payasas —rio Gabi de nuestra cómica idiotez—.

Y tú no pillas porque no quieres —me dijo.

—Pero yo sí quiero —se quejó Mario.

—Ése ya es tu problema.

—Os odio.

—¿Vas a volver a verlo? —pregunté.

—No, ha sido divertido, pero mi Ken aún está aquí. —Se señaló el corazón.

—¿Todavía habláis?

Gabriel asintió sin decir más mientras caminaba hacia la cocina.

\* \* \*

Metí la mano en el pantalón vaquero que llevaba puesto antes de tocar el timbre.

Ir a casa de mis padres era como volver a tener dieciocho años y querer escapar para no regresar jamás.

Los quería, por separado, pero los quería. Lo que no llegaba a entender era en qué momento el universo había decidido que esos dos seres unieran sus caminos para engendrarme a mí. Que sí, que estoy viva, que si no fuera por ellos no estaría en este planeta, pero que no sé yo si es necesario haber pasado todo ese calvario para acabar así.

Me agotaban. Dejaban mi cerebro más seco que el desierto de Tabernas, en Almería. Finalmente, después de bastantes llamadas por parte de mi madre, había decidido darme un paseo por mi casa.

No es que yo tuviera ningún problema en especial con ellos, es que creo

que tenía todos los problemas sin saberlo.

Una podía tener una familia disfuncional, pero es que a la mía no le funcionaba nada. Aún sigo pensando en cómo pude llegar a la madurez con un ambiente tan intensito.

—Hija, menos mal que has venido. Se me estaban acabando ya todas las gotas de flores de Bach. Tu padre me está volviendo loca.

—Mamá, me temo que tú ya lo estabas un poquito... —dije dándole un beso en la mejilla.

—No seas tan impertinente. —Metió la mano en un bolsillo y se tomó lo que parecía un caramelito.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Un caramelo de pasiflora y valeriana. No puedo más.

—¿Qué ha pasado? —pregunté. Como si no lo supiera.

—Quiere meterme en casa a su nueva novia. Una cosa es que cada uno tengamos nuestra vida, pero otra muy diferente es que yo deba pagar la luz, el agua y el gas de la novia de tu padre. Una rusa. La de ahora es rusa.

—A ver, mamá, ¿por qué no te vas? Tienes la casa de la abuela en el pueblo, estoy segura de que allí estarías mejor.

—Pero no puedo dejar de ir a las clases de relajación mental a través de las gotas de agua de las estalactitas.

Resoplé.

—Mamá, allí podrás verlas en directo en la cueva del pueblo...

—Que no, que no... Sin ello, mi vida no tiene sentido.

Oí unos pasos fuertes.

—¡Hija! ¿Cómo estás, mi amor?

«Como una cabra, pero cariñosos lo han sido un rato.»

—Nada, vengo a visitaros un rato y a que me contéis qué tal.

—Me voy a meditar, es la hora. —Mi madre me dio un abrazo y un beso —. No te vayas sin decirme adiós. —Y se marchó pasillo abajo, a lo que llamó su «sala de meditación».

—¿Cómo estás?

—Feliz, hija, muy feliz. Creo que finalmente he encontrado el amor verdadero y encima he montado un negocio.

—Mira qué bien, ¿no?

Tenía miedo de preguntar. Las últimas dos empresas que mi padre había montado se habían ido a pique. La primera vez había visto un filón en la venta de bufandas para narices. Sí, era un invento muy idiota. Se dijo aquello de que si hay un montón de gente a la que se le queda la nariz helada, ¿por qué no aprovecharlo? No tuvo en cuenta que el cambio climático y lo absurdo de su oferta hicieron que se quedara con un montón de mierdas de esas sin vender y también sin un duro.

Sin embargo, no contento con ello, se lanzó de nuevo a la inútil empresa de vender tenedores y cucharas con ventiladores para así no tener que soplar la comida en los platos.

Vamos, un lumbreras.

Supongo que ahora entenderéis el miedo que me estaba entrando.

—Voy a... —se puso serio y carraspeó—, vamos, mi novia y yo hemos abierto un club de intercambio.

—¡Ay, Dios! —solté.

—Es el futuro, el sexo es el futuro.

—Papá, de verdad que... —Me senté en el salón con él.

—No, cariño, en serio. Esta vez, con Svetlana, todo es diferente.

—¿Igual que con María, Lorelei y Eledmira?

—Ella me lo propuso, y creo que es fantástico.

—No quiero saber nada más. —Me llevé las manos a los oídos.

—Es una forma diferente de sentir el sexo, la vida... ¡Compartir!

—Me voy, estás fatal. —Lo señalé con el dedo—. Ni se te ocurra meter a tu novia en casa, matarías a mamá.

—Pero si ni siquiera me habla —se quejó.

—Coño, si es que no me extraña.

—Anda, no te enfades conmigo y ven un día al club. Es muy bonito y tiene mucha clase.

—Papá... —Me levanté para irme.

—Anda, no seas así... —Me puso su cara de perrito desvalido.

—No te digo que no, pero tampoco que sí.

—Gracias. —Me dio un beso.

—¡Mamá! —grité a continuación—. Me voy.

—Adiós, cariño. Estás bien, ¿no?

—Sí —respondí, las dos gritando a plena voz.

—Te quiero.

Y así había sido cómo poco a poco había ido dejando de ir a ver a mis padres. Me desequilibraban de una manera espectacular. Y lo peor de todo es que entre ellos casi ni se dirigían la palabra.

Al principio me sentía un poco la responsable de poner paz entre los dos, pero pasado el tiempo dejé que ellos mismos fueran los que arreglaran sus historias.

Aun así..., ¿un club *swinger*?

Creo que se le había ido de las manos.

## Capítulo 8

—¡Vamos! —oí que gritaban en mi oreja—. ¡Despierta!

—Pero ¿qué coño...? —Aparté a manotazos a quien fuera que me gritaba.

—¡Arriba!

Abrí los ojos y me encontré a Gabi con el móvil frente a mi cara. En la pantalla, mediante videollamada, podía ver la cara desencajada de Mario instándome a que dejara mi mullidita cama para salir corriendo «rumbo a lo desconocido». Y es que cualquier cosa que hiciera recién levantada era como entrar en una dimensión desconocida. Mi cerebro aún no tenía las conexiones neuronales preparadas para el mundo.

Pero a Mario le daba igual, y no paraba de gritar.

—¡Gabi, por Dios, Alá, Buda o Scooby-Doo! —Me incorporé dando manotazos—. Para eso, apágalo, dale un tortazo, mávalo..., lo que sea. Mátame a mí, me da igual, pero acaba con este tormento.

—Ya se lo digo yo. —Apagó el teléfono después de hablar con Mario.

—No creo que haya sido tan mala como para merecerme este tormento —me quejé lastimeramente.

—Tienes tu móvil apagado. —El día anterior me había quedado sin batería y se me olvidó cargarlo—. Y Mario ya ha llevado el *food truck* a la nave. Está un poco nervioso y quiere que vayas.

—¿Qué hora es? —Me senté en la cama vestida sólo con una camiseta de tirantes y unas braguitas.

—Pues las ocho de un maravilloso sábado en el que sé que vas a morir —se rio en mi cara.

—Deja de mirarme así. —Estaba enfocado directamente en mis tetas.

No es algo que me molestara especialmente, pero vamos, entre que aún mi cerebro estaba en modo *off* y que probablemente alguna de ellas estuviera fuera de la camiseta (lo comprobé, pero no lo estaba), ese hombre tenía la capacidad de ponerme muy nerviosa.

—Perdona. —Se sonrojó.

—¿De verdad que no te van las tías? —Ya me tenía un poco harta.

—Te juro que no, pero es que las tienes tan bonitas...

Lo que me faltaba por oír un sábado por la mañana con el cerebro embotado. Él sentado a los pies de mi cama y yo envuelta con el edredón hasta la cintura como si fuera un rollito de primavera. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer para que eso no fuera a peor: usar la fuerza física. El maltrato mediante los pies siempre me había funcionado.

—Vete a la mierda. —Le di una patada y lo empujé para que se fuera de mi habitación—. Eres un imbécil.

—Y tú, una reprimida —replicó volviendo a meter la cabeza en la habitación.

—¡Largo! —Lancé una zapatilla justo antes de que cerrara, dándole en la frente.

—¡Animal! —se quejó.

—Calla, sólo te he lanzado la zapatilla de vacas.

—Sí, claro, pon excusas tan vanas como que son blanditas... —suspiró—. Ya está el café hecho, asesina.

—Voy.

\* \* \*

Sabía que, al tener que trabajar con Mario, los dramas iban a ser continuos. Trabajar con él y sus treinta y siete personalidades, como poco, iba a ser un verdadero suplicio, pero sus ganas de hacer las cosas bien y divertirse superarían con creces las veces que había pensado que me había vuelto loca al pedirle que trabajara conmigo.

Tardé cerca de una hora en localizar la famosa nave de la fiesta.

El polígono no es que fuera de lo más recomendable —de ahí que le hubiera pedido a Mario que llevara la furgoneta por la mañana—, pero lo que no imaginaba es que la llevaría a las siete.

Dejé la moto aparcada en la puerta de la nave. No es que fuera un bólido hecho para Montmeló, pero me servía para ir de un lado a otro. Fue una de las pocas cosas que me quedé de mi fallido matrimonio: la moto que me había regalado Manuel por un cumpleaños. «Para que llegues a tiempo a todas partes», me dijo. No la utilicé nunca hasta que me separé; fue lo primero que hice, llevármela.

Entré en la nave y lo que vi allí no me pareció ni medio normal.

Me imaginé que estaría vacía, con cuatro mesas de madera en plan cumpleaños en el pueblo. Pero no, las ventanas estaban totalmente tapadas y unas luces de colores daban un ambiente tipo burdel de París. Mesas pequeñas, sillas engalanadas, plumas, un escenario y altavoces por todos lados.

—Madre mía... —dije en alto—, tiene pinta de que va a venir más gente que a la boda de Lolita.

—Eso espero, bonita, porque, si no, me voy a suicidar. —Un tipo vestido con una túnica con brocados de color blanco se puso a mi lado.

He de admitir que cuando me volví para mirar quién me hablaba habría jurado que era el mismísimo Falete, de no ser porque éste no tenía el pelo largo ni tantos kilos de peso. Su rostro alargado y el maquillaje que ya lo engalanaba le daban una apariencia serena y de señorona de bien. Vamos, que no hacía más que mirar su cara y me daba cuenta de que sus cejas estaban mejor depiladas que las mías... «¡Maldita sea! Necesito ir urgentemente a un centro de belleza para arreglar el desastre que hago con mi mal uso de las pinzas. Pero bueno, a lo que vamos...»

—Hola, tú debes de ser Deborah.

—Y ¿tú quién eres, cariño? —preguntó él.

—Soy Daniela, la dueña del...

—¡Ay! ¡Ay! —Se echó a mis brazos dándome dos sonoros besos—. Estoy de los nervios... Me llamo Pedro, pero bueno, llámame como te dé la gana, preciosa, con tal de que te lleves a Mario de aquí.

«Ya sabía yo que esto no iba a traer nada bueno...»

—¿Qué ha hecho ahora?

Busqué la furgoneta, que estaba colocada en un lugar estratégico.

—Lo hemos encerrado dentro de la furgoneta, estaba histérico diciendo que no ibas a venir... Lo que me faltaba, que encima me pusiera nerviosa a mí.

—Tranquilo, Pedro, vamos a solucionarlo y te prometo que esta noche va a ser como dice Raphael: de escándalo.

—Que te oigan la santísima Sara Montiel y la Faraona —clamó al cielo de manera exagerada—. ¡Marichochoooooooooo, que eso no va ahí!

Y salió corriendo con los tacones de diez centímetros con más arte que yo con zapatillas de deporte para detener a un electricista que estaba haciendo algo que no debía. La vi marcharse con las manos en la cabeza y una serie de improperios en los labios.

A continuación, me acerqué casi con miedo a mi propio vehículo.

El silencio era extraño, no se oía nada.

Entré por la puerta de atrás y me encontré el acabose. Allí estaba Mario, comiendo como un descosido la hamburguesa número mil, a juzgar por los envoltorios que había esparcidos por el suelo.

La plancha estaba encendida.

—¿Qué es esto? —pregunté tranquila (bueno, en realidad quería matarlo, pero ya os he dicho que se me daba bien el tema actoral).

—Es que... yo..., bueno...

—Te estás poniendo como Falete, querido, y como no haya comida para esta noche, sé de alguien que se va a quedar sin trabajo y sin polla.

—Siempre tienes que sacar el instinto animal ese —repuso con la boca llena de comida.

—Recógelo todo inmediatamente y dime cuántas hamburguesas te has comido. Si les has echado algo, te juro...

—No, no. Te prometo que no he cogido ningún potingue tuyo..., es que estoy nervioso...

—Te voy a dar diez minutos para que recojas esto, me digas qué es lo que pasa, lo que falta y lo solucionemos.

—Sí, yo...



—Y el tiempo empieza... —lo miré levantando el dedo índice y grité—: ¡ya!

—Sí, chef —respondió como en el programa de televisión. Admito que me pone cuando me lo dicen, pero si no ponía remedio a esa situación, el cuchillo que acariciaba desde hacía un minuto sin darme cuenta probablemente acabara en un lugar de La Mancha...

Respiré pensando que no era la primera vez ni sería la última que tuviera que aplacar un ataque de pánico de Mario. Le daba por comer y volver loco a todo el que tenía alrededor. Al principio Gabi era el único que podía apaciguarlo.

Con el tiempo, aprendí. Sólo necesitaba un poco de mano dura y órdenes concisas para que se centrara.

Aunque alguna vez me he imaginado la escena de *Aterriza como puedas* para calmarlo: una fila de gente esperando su turno para darle un buen par de tortas.

—El tiempo está corriendo y aún veo mierda por el suelo. —«Deja de acariciar con tanto amor ese cuchillo», tuve que decirme.

—Ya está, ya está... —Se puso delante—. Sólo me he comido dos, lo juro. Has llegado a tiempo.

—¿Se puede saber qué coño pasa? —pregunté con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Que me pongo nervioso. Esta mañana he llegado y te he llamado varias veces, y al no poder ponerme en contacto contigo me ha dado...

—Deborah..., quiero decir, Pedro me ha pedido que te eche... Algo habrás hecho, ¿no?

—Bueno, en realidad...

—Se ha ido al baño a tirarse a ése. —Deborah, asomada por la puerta, señaló a uno de los chicos que colocaba mesas y sillas.

—Bruja —la insultó Mario.

—Zorra —respondió Deborah.

—Vale ya. No quiero meterme en vuestros líos, pero, por favor, relajaos.

—Nena, que es el novio de la Marica la Chica y tiene muy mala leche.

—Yo no lo sabía —se defendió Mario.

—Tendrás suerte si esto no se sabe... Si me destrozas el cumpleaños, te juro que te mato. —Levantó las dos manos como si fuera a arrancarle todos los pelos a Mario.

—¡Que yo no lo sabía! ¡Lo juro!

—Tú no sales de la furgoneta en toda la noche —le advertí con el dedo a mi amigo.

—Pero...

La mirada que le lancé dijo más que mil palabras.

—Tranquila —añadí dirigiéndome a Deborah—, te prometo que aquí no va a pasar nada.

—Eso espero, o lo mato —señaló de nuevo a Mario.

—Loca.

—Perra.

Dios, cuando alguno de los amigos de Mario y él se ponían a discutir como dos animales enjaulados mi cabeza comenzaba a llenarse como un globo a punto de explotar. Me llevé las manos a los oídos para que vieran que me estaba volviendo loca por su culpa. Si no paraban, gritaría, y la verdad es que no me apetecía nada, pero veía que, en vez de bajar de tono, éste subía por momentos.

«Dios, dame paciencia, porque como me des armas...»

—¡Basta! —grité—. Vete tranquila —le dije a la homenajeadá—. Y tú...

Cerré la puerta de la furgoneta y se desató la marimorena. No era la primera vez que Mario hacía una de las suyas, y me temo que no sería la última. Si algo tenía el pobre es que era de enamoramiento más rápido que Gabriel. Pero también era de desenamoramiento ligero, así, tal como acababa de celebrarlo ya se le había acabado el amor. Él siempre decía que era muy como la Jurado, que se le acababa el amor de tanto usarlo. Animalico... Pero, vamos, que ese día tenía que atarlo en corto, era nuestra primera fiesta y no podíamos cagarla.

—¡Mi primer encargo y tu bragueta floja la lía! —grité enfadada lanzando un paquete lleno de panecillos de color negro a su cabeza.

—Es que está muy bueno —se defendió comiendo un trozo de bollo que se había salido de la bolsa.

—¡Deja de comer, joder! —Le quité todo lo comestible que pudiera tener cerca.

—Es que no puedo, me he puesto muy nervioso —se justificaba una y otra vez robándome la comida de las manos.

—Eres peor que los del «Sálvame», todo el día comiendo con la boca abierta.

—Por mi comida ma-to.

—Menos cachondeo, que te envió a casa cagando leches.

—Joder, con la niña, qué genio tiene. —Volvía a llevarse comida la boca.

—Ya está bien. —Le di un capón.

—¡Ayyyy! —Se acarició la cabeza justo donde lo había golpeado.

—Céntrate, no hagas que me arrepienta. Y como la tal Marica esa se entere y venga a pedir cuentas...

—Prometo no salir, lo prometo.

—De verdad que no tengo espíritu de madre. Menos mal, menos mal... —me iba quejando mientras pensaba en la suerte que había tenido de no quedarme embarazada al tiempo que me ponía el delantal.

## Capítulo 9

Las diez de la noche y la fiesta dio comienzo.

Los fogones encendidos, las mezclas preparadas, la bragueta de Mario bien cerradita y lista para hacer caja.

Una mirada mía y su sonrisita de bien follado se le iba inmediatamente.

Suspiré, era el primer evento al que asistía y no quería que una pelea de reinonas me fastidiara la posibilidad de comenzar a tener un futuro propio, aunque fuera de manos de las locas de las amigas de Mario, alias *María Humpajote*.

—Mira, por ahí llega Gabriel —dijo señalando con el dedo.

—No señales, que es de mala educación. —Le di un manotazo en el dedo.

—Oye, tú tienes un problema con la agresividad... —Se acarició la mano excesivamente.

—No me seas llorón y ponte ya a abrir panecillos, y sin comerte ninguno.

Se dio media vuelta sin rechistar, cosa que me pareció algo extraña, ya que era de los que les gustaba tener la última palabra.

—Hola, Arguiñanas —nos saludó al acercarse a la ventanilla.

—Hola —dije secamente—. ¿Estás invitado?

—Claro, todas estas locazas también son amigas mías. —Lanzó un brazo a su espalda moviéndolo como un abanico.

—Sí, hija, es un abonado de La Picadura de la Cobra Gay —oí de fondo.

—Anda que no guardas secretos...

—Secreto ninguno, querida, muchos años sin vernos y pocas veces que quieres salir de casa en fin de semana.

—Bueno, eso era antes —me defendí—. He cambiado.

—Eso es verdad —volvió la vocecilla de Mario—. Le cuesta, pero ahí está.

—Bueno, dentro de un rato volveré para comer algo. —Gabi me lanzó un beso y se perdió en una marabunta de lentejuelas y plumones.

Y ahí estábamos nosotros a la una de la madrugada, sin parar.

No, no me dio tiempo a usar ninguno de mis secretos. Y no es porque algunos de los que venían a pedirnos una de nuestras especialidades no los necesitaran, sino porque el lumbreras de Mario se había dejado lo más importante en casa. Él era el encargado, pero lo dejé pasar, no por no estar enfadada, sino porque eso sí era mi absoluta y entera responsabilidad. Mis secretos llenos de esperanza, amor, sonrisa, consuelo y vida, entre otros «remedios» para sanar el alma.

Y, hablando de almas, la mía estaba a punto de irse para el otro barrio. Me dolían los pies de manera obscena y Mario ya lloraba de agotamiento cuando le pedía que me preparara otra tanda de hamburguesas con la carne picada.

—No puedo, cuchicuchi —decía como si estuviera a punto de morir.

—Vamos, que esta noche no se diga que la *drag* más hermosa de La Cobra no puede con todo.

—Amiga, dame unas botas con plataforma y moveré el mundo, pero no puedo hacer más hamburguesas. Me duelen los brazos, y yo no tengo los de Saúl Craviotto.

—Y a mí me duelen los pies y no soy Sara Baras —le repliqué—. Ya no queda tanto y dentro de un rato cerramos el chiringuito y nos tomamos unos copazos.

—¡Alcoholooooool! —gritó como un loco—. ¡En vena! ¡En vena!

—¿Os ayudo a cambio de comida? —se ofreció Gabi mientras subía a la furgoneta por la parte de atrás.

—Pues ponte a hacer hamburguesas, que se nos han acabado —dijo Mario, aprovechando así para quitarse de en medio—. Yo me voy al baño.

—¿Te importa? —Me miró.

—¿Qué me va a importar? —Entregué otra hamburguesa de buey con patatas especiales—. ¿Qué tal está la fiesta?

—Pues contando con que la Pelopony ya se ha peleado con Rebeca...

—¿La de *Duro de pelar*? —pregunté.

—Sí, un espectáculo. Y que Nacha la Macha no ha querido felicitar a Deborah Mela por su cumpleaños, pero sí ha venido..., es una celebración muy de divas... —Me pasó un par de trozos de carne perfectamente redondeados después de enguantarse las manos.

—¡Jo, me estoy perdiendo lo mejor! —me quejé.

—Mentira, tú no habrías venido. Ahora mismo estarías en casa viendo otra vez *Dirty Dancing*, soñando con que eres aquella niña arrinconada que un malote saca a bailar.

—No es verdad, en serio, ya estoy cambiando.

—Es que no quiero que cambies, quiero que seas la loca que conocí en la universidad y desapareció con el imbécil de tu ex. —Me pasó tres hamburguesas más.

—Creo que voy a echar a Mario y a contratarte a ti —dije con una sonrisa.

—¿Volverás? —preguntó.

—¿A seguirte hasta meterme en tus pantalones y que luego tú descubras que no te van las tías? —Le guiñé un ojo—. Paso.

—Estás ahí..., lo veo...

En ese instante se oyó de nuevo un gran alboroto.

—¿Esto es siempre así? —Miré seria a Gabriel, que simplemente asintió mientras finalizaba el trabajo que le había encargado.

Me estaba planteando seriamente ir más a la sala en la que trabajaba Mario, eso era «diversión diva» en estado puro. Los egos más olímpicos, y no lo digo por las Olimpiadas, sino por creerse éstos diosas del Olimpo, peleándose por saber si era más bella Hera, Afrodita o Atenea. En algunos momentos se asemejaba incluso a algún capítulo de esas series de televisión en las que una comunidad de vecinos es la protagonista, ponle el nombre que quieras.

—¡Te mato! ¡Juro que te mato! ¡¿A quién te has tirado?! —Los gritos se oían cada vez más cerca de la furgoneta.

—De verdad que no... —Un chico se defendía llevándose las manos a la cabeza.

—¡Zorra barata!... Lo sabía, me habían dicho que no eras de fiar.

Un sudoroso Mario entró corriendo entonces a esconderse.

—No he venido, no estoy y, además, no me conoces.

—No me digas que la pelea es por lo de esta mañana...

Asintió nervioso cogiendo un trozo de patata frita olvidado en una encimera.

—¿Qué ha pasado? —Gabi nos miró a los dos.

—Pues que tu amigo se ha liado con el novio de Marica la Chica.

—¡Joder, tío! —Le dio una colleja—. Es que ni aquí... ¿Ni por Daniela?

—No sabía nada, lo juro.

—¡Lo mato! ¡Lo mato!

La que faltaba... Ahora Deborah había entrado también por la parte trasera. Llevaba un maillot de lentejuelas del que, en la espalda, sobre el culo, salía una cola como la de un pavo real. Y en la cabeza portaba un casco con plumas, como el de los romanos en las películas.

—¡Sal de aquí, que se va a quemar todo! —fue lo único que me salió.

—Éste me va a arruinar la fiesta —se quejó llorando lastimeramente, eso sí, sin lágrimas.

—Mira, si no te la han arruinado Nacha, Rebeca o la Pelopony, no creo que esto lo fastidie más.

—Que sí, que es un metepatas —repuso señalando a Mario.

—Anda —Gabriel salió al rescate—, verás cómo todo queda en nada. ¿Cuántas veces Marica la Chica no ha hecho lo mismo con su novio?

—¡Que no! ¡Te odio! —gritó Deborah como un niño pequeño enfadado mientras era arrastrada fuera por mi otro amigo.

—Me odia —dijo Mario todo altivo—. Le quité el número especial de la sala y me tiene tirria.

—Lo dicho, me parece a mí que quiero venir a más fiestas de éstas.

—Vente a La Cobra un día —sugirió saltando y dando palmitas con las manos mientras oía que el jaleo iba a menos.

\* \* \*

*Cuaderno de bitácora, año 30022*

*Son las dos y media de la madrugada, no queda nada de comida en la nevera. Sobre la encimera hay sólo cuatro patatas sin pelar y dos bollitos que están a punto de ser atacados por dos moscas que llevan dando vueltas sobre ellos toda la noche. Rebusco y ni siquiera queda ningún bote de salsa de tomate.*

*Allí, en la lejanía, un pedazo de queso grita solitario...*

—¡Despierta! —Oí el sonido de la persiana al bajarse.

—Estaba casi dormida en vida, Mario.

—Ya lo hemos visto. —Gabriel terminaba de fregar el suelo mientras me echaba de la furgoneta.

—Está todo limpiísimo. Muchas gracias, chicos.

—Venga, la fiesta aún dura y dentro de un momento va a actuar Yurena —avisó Mario.

—Pero ¿esta tía cuánta pasta tiene?

—No tiene tanta pasta, tiene amigos muy influyentes y algunos le deben algún favor. —Gabi hizo el gesto de la mamada con la mano y la boca.

—¡Qué grosero! —se alarmó Mario—. No es verdad, pero es de familia bien y tiene muchos contactos.

—Bueno, pedidme una cerveza, que me la merezco —les ordené casi como un autómatas a la vez que iba cerrando todas las cancelas de la furgoneta.

Cuando ya me disponía a quitar la llave de la puerta delantera, oí unos pasos que se acercaban a mí. «Al fin —pensé—, una cervecita fresca a las tantas de la madrugada. Un poco de descanso.»

Pero...

—Hola, Daniela. —La sangre que corría por mis ya deshechas venas por el cansancio se heló.

En realidad, no quería darme la vuelta. Me recorrieron sentimientos encontrados. Tal vez fuera el mismo sueño el que estaba haciendo que tuviera alucinaciones auditivas. Pero el caso es que, al volverme, allí estaba, Julián,



sonriendo de medio lado y sosteniendo un botellín de cerveza.

Creo que no le hablé, no todavía, pero le robé la botella y me la bebí del tirón. No sé si realmente por sed o porque aún no quería creerme que frente a mí estuviera el último hombre con el que me había acostado hacía meses en Washington y, aunque no lo admitiera, el que había dejado un pellizquito en mi corazón.

—¡Vaya! Tenías sed... —Se metió las manos en los bolsillos.

Tosí un par de veces antes de decir nada.

—Esto..., sí.

«Ole tú y tus respuestas.»

—Te marchaste sin decirme adiós.

—Lo sé.

«Vamos, nena, que esto va mejorando.»

—Te llamé y no cogiste el teléfono. —En sus ojos no había reproche.

—Me lo dejé olvidado en el hotel.

«Una respuesta más como ésa y fijo que te hacen contertulia.»

—Ya... —Sacó las manos de los bolsillos—. Bueno, ha sido un placer volver a verte.

En mi cabeza comenzaron a sonar alarmas de incendio por cruce de cables. «¡Vamos, bonita! —me alenté—. O dices algo o “Hasta luego, Maricarmen”, y no estás para ésas, querida.»

Se acercó a mí para darme un par de besos de despedida y, ¡Dios!, qué bien olía. Seguro que yo era una mezcla entre cebollino, sudor y..., en fin, olor a bar de comidas.

—Julián —solté después de sus besos—, ¿te apetece tomar algo?

Levantó una ceja a dos milímetros de mi rostro.

«A que lo beso...

»O paro a mi cerebro, que va por libre, o cometo una locura.»

—Sí, es decir, te he robado la cerveza, así que te debo una.

—Me debes más que eso. —Se separó dejándome con la boca abierta.

—Bueno, sí. A ver, aquella mañana me fui de tu casa un poco descolocada y...

—No, eso no. No es el momento ni el lugar. —Me cogió de la mano—. Me

refería a que tengo hambre y había pensado que tal vez... Pero ¡juro que no sabía que eras tú! —Soltó mi mano y levantó las suyas en el aire.

—Bueno, es que ya está todo limpio y no queda nada —argumenté, perdiendo así mi última oportunidad de seguir hablando con él.

—Buenas, lechoncita. —Gabi se acercó con dos botellas y unos trozos de tarta—. Mira lo que traigo... ¡La hostia! —Por poco se le cae todo al suelo al ver a Julián.

No es que se conocieran mucho, pero entre la vez que lo había visto desde detrás de los arbustos como Frank de la Jungla y la foto que le enseñé el primer día en mi móvil, creo que lo reconoció. Tiene una jodida memoria fotográfica.

—Tu «marido»... —Julián extendió la mano para saludarlo.

—No, su amigo Gabriel. —Me dio las cervezas y se la estrechó.

—Lo sé, es una pequeña broma entre ella y yo, ¿verdad? —Guiñó un ojo, haciéndome cómplice de aquella confusión que nos había llevado a conocernos.

¡Se había acordado de ello!

—Él es Julián —le dije a Gabi, haciéndole saber que no se había equivocado.

—Bueno, esto..., que yo sólo te traía un par de cervezas, y como sabía que no habías comido nada desde... Bueno, que te he traído eso y un poco de tarta. —Me lo dio y se marchó por donde había venido.

—Me parece que acabo de ser testigo de un ligero distanciamiento en la pareja —comentó Julián, sosteniendo el trozo de tarta que Gabriel le había dado.

—Oh, no, pobre... Creo que se ha quedado un poco cortado al verte.

—¿Le has hablado de mí?

«Si tú supieras, querido mío, la de veces que me he quejado por no haber podido conservar tu teléfono y estar convencida de que vivías en Estados Unidos...»

—Sí, la noche que viniste al hotel a recogerme. —Noté cómo la sangre me subía a la cara. «¡Colorada, no, por favor!»—. Me acompañó para dar el visto bueno.

—Estás colorada. —Cogió una de las cervezas—. ¿Puedo?

—Es por la falta de comida.

Acerqué mi mano libre al tenedor de plástico que estaba clavado en la tarta y corté un trozo, que me llevé inmediatamente a la boca. Después le di un largo trago a mi cerveza. Era la comida más rara que había comido nunca, pero me supo a gloria bendita.

—¿No tienes la sensación de que esta conversación es un poco forzada? —soltó sin cortarse después de darle un buen trago a su botella.

—Sí. —Al fin un poco de sinceridad—. ¿Entramos? —Señalé la furgoneta cerrada.

—¿Por qué no? Todo este ruido me está volviendo loco.

—Y ¿por qué has venido? —Abrí la puerta trasera para entrar.

—En realidad, no llevo aquí más de una hora, y es más por compromiso que por otra cosa.

—Como ves, no nos queda más remedio que sentarnos en el pasillo. —Me dio la risa por lo tonto de la situación.

—Te veo diferente, más relajada. —Se sentó en el suelo.

—Pues no lo creas, estoy cansadísima.

Me senté a su lado, los dos apoyando la espalda en las neveras.

—No, no es eso. Es que tu mirada es más..., no sé cómo decirlo. Sí, decidida.

—Tal vez tenga que ver con que me he lanzado a ser empresaria y éste es mi primer evento.

—¿Es tuya? —Miró el interior del *food truck*.

—Bienvenido a mi negocio.

—Brindemos por las cosas que comienzan. —Alzó la botella y la acercó a la mía.

—Y por los reencuentros.

«Ya salió mi yo intensito...»

—Y por los reencuentros —replicó mirándome directamente a los ojos y haciendo que mi estómago se llenara de mariposas revoloteando. En realidad, podríamos decirlo así o, directamente, que mi clítoris me estaba diciendo «¡SEXO!» a voces.

—Y ¿cómo que estás en España? —Cambio de tercio.

—Vivo en España. —La primera en la frente—. Como nunca preguntaste, nunca te respondí.

—Es que, aunque no te preguntara, tampoco es que tú dijeras mucho... —Bebí de nuevo. Me temí que iba a necesitar más de una cerveza y en el *food truck* no tenía.

—Cierto. —Se volvió para mirarme—. Tú me lo contaste todo. Y te fuiste. «Hale, vaya zasca en toda la boca.»

—*Touché*. En aquellos momentos estaba buscando a Daniela. —Levanté la mano para acallarlo—. No me hagas la broma de Nemo.

—Uy, sí que te veo rápida —miró el reloj—, a pesar de la hora.

—Te dije que estaba en proceso de recuperación, y mi verdadero yo, después de todo, va saliendo poco a poco.

—¿Crees que me gustará ese nuevo yo? Bueno..., tú.

«¿PERDONAAAAAAAAAAAAA? Está dando por sentado que él y yo... Vamos, que yo y él...»

—No lo sé, me temo que vas a tener que lanzarte al abismo.

«Ea, ésa soy yo.»

Dejó la botella de cerveza a su derecha y giró por completo el cuerpo a su izquierda, donde yo estaba. Me quitó también la mía, que sujetaba con las dos manos, y la puso al lado de la suya. Acto seguido, tomó mi cara para volverla y ponernos frente a frente.

«¡Oh, sí! Va a besarme», me dije.

Sentí su aliento cálido cerca de mi boca, que lo esperaba ansiosa entreabierta. Sus labios se acercaron a los míos y los acariciaron con suavidad. Seguía sabiendo igual de bien.

Cuando mis manos se acercaron para sujetarlo por la cintura y su lengua penetró con urgencia en mi boca, me pareció oír el lejano sonido de un móvil.

Y sus labios se marcharon, dejando los míos fríos y solos en una extraña mueca de necesidad.

—Lo siento, es urgente.

«¿Urgente más allá de las dos de la madrugada? ¿En qué trabaja realmente este hombre? No son horas de...»

—Sí, ya voy. No te preocupes. Estoy en casa dentro de quince minutos. —  
De fondo oía la voz de una mujer—. Sí. De acuerdo.

—Bueno... —comenté levantándome del suelo.

—Tengo que irme —se justificó—, inmediatamente.

—Ya lo he oído.

«Una mujer», me dije.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó.

—Ya sabes cómo localizarme —respondí señalando el interior de la furgoneta.

—Lo siento, no... —Abrió la puerta y comenzó a bajar.

Me encogí de hombros dándole a entender que no pasaba nada. Que si había alguien y...

«Daniela, no sabes nada, así que déjalo.»

Levantó la mano a modo de despedida, pero antes de salir del todo, desanduvo sus pasos para acercarse de nuevo y darme otro beso de despedida. Esta vez más ligero, casi como una mariposa posándose en mis labios.

—Nos veremos.

«Ojalá», pensé.

Y se marchó cerrando la puerta, dejándome de pie en medio de ese aséptico y, en ese momento, claustrofóbico pasillo.

## Capítulo 10

—¿Qué ha pasado aquí? —me pregunté, esta vez en alto.

—Eso quisiera saber yo —oí la voz de Gabi, que entraba por la puerta.

—¿Estabas espiando? —Lo empujé para que se apartara y me dejara salir.

—Prometo que sólo estaba...

—*Estábamos*. —Mario apareció detrás de él.

—Bueno, estábamos esperando a que se marchara para asaltarte. ¿Qué ha pasado?

—Me ha besado.

Mario comenzó a saltar y a dar palmadas como era costumbre en él cuando algo le gustaba.

Pero, claro, a mí ya la fiesta se me había acabado del todo al ver que Julián se marchaba dejando lo nuestro colgado. Aunque, ¿desde cuándo había un «lo nuestro», cuando había sido yo la que lo había dejado tirado?

Que me dejara la tarjeta que él me dio para localizarlo en aquel banco de Washington cuando le envié el mensaje o que perdiera el teléfono en el hotel también habían tenido algo que ver. Pero si después de tantos meses sin vernos el destino volvía a colocarnos en el mismo camino, ¿no sería por algo?

Les conté lo que había sucedido a esas dos porteras de finca de bien, intentando que me dieran algún consejo. No sabía si era lo mejor, a juzgar por sus aspavientos, pero ¿con quién podía contar, si no? ¿Mi madre? No, ella era capaz de enviarme a algún lugar de los Pirineos para meterme en un convento a visualizar o meditar o qué sé yo lo que hace ella. ¿Mi padre? Visto lo visto, él era capaz de llevarme al club ese nuevo y decirme que una buena sesión de

sexo me lo curaría todo. ¿Qué me quedaba? Esos dos locos, que a pesar de todo y de todos, ahí seguían, a mi lado, escuchando mis lamentos lastimeros como los de un gatito enfurruñado.

—No le des más vueltas —me aconsejó Gabi—. Duerme, si te ha dicho que volveréis a veros, estoy seguro de que lo haréis.

—Sí, pero de fondo se oía una voz de mujer —le recordé lo contado hacía un segundo.

—No importa. —Me agarró por los hombros sacándome de la Nave del *Histerio* en que se había convertido ya la fiesta. Mario prefirió quedarse un poco más.

—¿Cómo que no importa? —repuse quejosamente.

—Claro que no, porque no sabes quién era. Puede que fuera su hermana, su madre, su prima, una amiga pidiéndole que la relevara en el hospital, que fuera a buscar a su sobrina a una discoteca... No lo sabes.

\* \* \*

No, no sabía absolutamente nada sobre él.

No sabía quién era, dónde trabajaba, si estaba o no realmente casado, si lo había estado o si tenía novia. No sabía dónde vivía, ni siquiera cuál era su bebida favorita, por decir algo.

Pero ahí estaba yo, sin dejar de darles vueltas a las cosas.

«¡Señores y señoras..., pasen y vean las cavilaciones de una divorciada que comienza a ser ella misma!»

Vamos, ella misma, o al menos eso era lo que pretendía olvidando el pasado.

Aunque no todos los pasados son dignos de olvidar, y ahí estaba Julián. Pensé que se quedaría como un bonito recuerdo de un viaje para borrar mi tristeza por el divorcio. No sé si la tristeza la borré de inmediato, pero al volver a verlo sentí de nuevo por todo mi cuerpo lo que compartimos aquella noche. Cómo nuestros cuerpos acompasados se regalaron caricias y susurros cómplices, que acabaron con mi cobarde huida.

Podría no haberse acercado. Podría haber obviado que yo estaba en la

fiesta. Podría haberse escondido simplemente. Pero vino, vino a mí y me sonrió.

No sólo me sonrió con esa sonrisa de medio lado tan característica suya, sino que me besó. Y eso...

—¡Joder! ¡Eso me desarmó! —Le di una patada a la cómoda.

—¿Ha pasado algo? —Gabi entró en mi habitación—. Por cierto, buenos días —añadió al ver que estaba todo bien.

—Cosas mías —respondí airada.

—Vamos, que no has dejado de pensar en él, ¿no? —Negué enérgicamente con la cabeza—. Lo sabía. —Se marchó.

\* \* \*

Una semana y nada. No había recibido ni un mensaje de Julián, con su cabello entrecano, sus ojos azules y...

—¡Despierta! —Mario tuvo que ponerme la mano frente a los ojos.

—¿Qué? Dime.

—Pues que se te va a quemar la carne y que si vendrás a verme el sábado por la noche.

—¿Actúas?

—No, es que me voy a cepillar a un maromazo y quiero que seas testigo... *Valgame el cielo...* —Se dio la vuelta quejándose.

—¡Dios, quítame esa imagen! —Agité las manos mientras recordaba los ojos de quien me había pedido la hamburguesa.

Me moví ágilmente antes de que la carne se pasara y le eché un poco de «empatía». Aquella poca sensibilidad y dureza en la voz tenía que ser suavizada de alguna manera.

Y, en un minuto, su carne con sabor a «me voy a poner en el lugar del otro» estaba servida y cobrada. Ojalá le sirviera para que la amargura no lo comiera más.

—Sí, iré. Te dije que iría y lo haré. Además, nunca he ido a La Cobra, y me apetece echar un rato divertido.

—¡Bravo! —De nuevo las palmas y los saltitos—. Se lo diré a todas las



chicas, van a estar encantadas.

—¿Deborah también?

—Ella también. Después del cumpleaños, limamos asperezas, quedó tan contenta con nuestro trabajo que creo que fue un punto positivo para mí.

—Me alegro, si al final vais a ser las mejores amigas. Si no, al tiempo.

—Pues, mira, no me vendría mal, que la tía está forrada.

—Ya me parecía, después de esa fiesta de cumpleaños... —Di el cambio al cliente borde—. Y ¿por qué trabaja?

—Porque le encanta. Tiene negocios en el mundo financiero, pero su verdadera pasión es el arte al más puro estilo *drag*.

—Hay gente *pa' to'* —me quejé.

—¿Verdad? Unas tanto y otras tan poco... —finalizó llevándose a la boca una patata frita.

—Por cierto, mañana tenemos que estar en el festival ese que se celebra en el centro.

—¿Conseguiste plaza? —me preguntó levantando las dos cejas.

—Me han enviado un e-mail esta mañana diciendo que uno de los participantes se había caído y que los siguientes en la lista éramos nosotros.

Mario aplaudió a la par que se llenaba la boca de patatas fritas. Nunca entendería cómo seguía siendo un bicho palo después de ver a diario lo que se metía entre pecho y espalda.

\* \* \*

Nunca me había reído tanto como la noche anterior.

Gabriel, asiduo de La Cobra, no paró a su vez de reírse de mí por las carcajadas tan sonoras que escapaban de mis pulmones. Fue delirante, brillante y absolutamente desternillante. Los números, llenos de música y arte, se combinaban con las bromas y las risas de las *drags*. Número tras número, esperábamos que el espectáculo fuera cada vez más delirante, pero en vez de volverse locura, se convertía en una vuelta de tuerca que entrelazaba las actuaciones.

Fabuloso.

Sin embargo, allí estaba yo ahora, plantada desde las nueve de la mañana esperando a que Mario llegara al *food truck* para comenzar a prepararlo todo, ya que a las once empezaban a abrirse las puertas para que la gente entrara a disfrutar de una jornada gourmet festiva.

Lo había llamado tres veces al móvil y no me lo cogía. Me estaba poniendo un poquito nerviosa, porque sola temía que no iba a poder abrir o, cuando menos, no iba a ser capaz de atender a los clientes de la manera que se merecían, la primera vez que íbamos a estar en un festival *food street*.

Media hora, quedaba media hora y aún no tenía nada.

—¡Por Dios, Mario, no me dejes tirada! —casi clamé al cielo pidiendo un milagro.

Al parecer, el milagro estaba a punto de obrarse, pues lo vi saludando a lo lejos mientras se acercaba caminando con una anciana a su lado.

—¡Su abuela! —dije en alto.

Por alguna razón, Mario había traído a su abuela a pasar más de ocho horas con nosotros.

—Lo siento, Daniela —se justificó—. Sé que me has llamado, pero no he tenido tiempo, además, he estado esperando hasta última hora para poder dejar a la abuela con alguien de confianza.

Me acerqué a darle un beso a la señora.

—¿Qué tal, Yaya? —Todos la llamábamos así.

—Pues bien, hijita, un poco cansada —se quejó—. Que aquí, al muchacho, en vez de darle por la vena científica y sacar provecho, ahora le ha entrado complejo de cocinerillo televisivo y me tiene todo el día viendo programas de cocina.

Miré a Mario con una sonrisa condescendiente.

—¿Y no te gustan, Yaya?

—Claro que me gustan, muchacha, pero una ya no puede comer todas las cosas que salen ahí, y es peor que estar todo el día viendo «Sálvame». —La acompañé a sentarse en una de las sillas que estaban al lado del *food truck*—. Que yo me comería un solomillo Wellington de éstos, pero vamos, que luego pasaría tres días ingresada por colesterol, triglicéridos e indigestión.

—Venga, Yaya, no seas tan mala conmigo, con lo bien que te trato... —

Mario se acercó a darle un beso.

—Si no digo que no, pero lo que haces conmigo y la comida es tortura. Un día te denunciaré. —Lo señaló con el dedo muy seria—. ¡Y lo sabes!

Nos hizo reír a todos.

Siempre ha sido una mujer muy vivaz y divertida, pero los años y los achaques han hecho mella en su cuerpo.

—Me han dicho que dentro de un rato vendrán a por ella y se la llevarán de nuevo a casa.

—No te preocupes... si no, llamo a Sandra.

—¿Podrías? —Me miró con cara de perro desvalido.

—Sí, tú ayúdame ahora a colocarlo todo y ya la voy avisando.

—¿Habéis visto el último vídeo de la *youtuber* esa que está enfadada con la de «Sálvame»? Es una muchacha un poco rarita, ¿no? —nos comentó Yaya desde su silla, trasteando su móvil de última generación.

—¿En serio que tu abuela tiene un móvil mejor que el mío?

—Es que le enseñé un día el tema *youtubers* y desde entonces creo que la he convertido en una friki.

—Creo que la has *liao* parda.

El ambiente era inmejorable. Para ser un día de noviembre, el sol había decidido salir a saludar a los viandantes que paseaban en aquel sábado. La gente caminaba parándose en los puestos de ropa, en los de música y, sobre todo, que era lo que a mí me interesaba, en los de comida. Puede que el mío no fuera de lo más interesante, viendo cómo alrededor vendían tacos rellenos de pez mantequilla, *pad thai* con ingredientes fusión de otras culturas y hamburguesas veganas. Admito que este último me hizo pupita, teniendo en cuenta que nos pusieron demasiado cerca para mi gusto.

Pero no podía quejarme, la gente se paraba, miraba la cara de los que habían pedido su comida y parecía que eso los hacía quedarse para, como mínimo, pedir una hamburguesa para compartir.

Lo que realmente me gustaba era preguntarle un ratito a la gente, mientras preparaba el pedido, qué tal estaban pasando el día, si habían visto algo que les llamara la atención... Simplemente para poder tomar un poco el pulso de los comensales que luego degustarían mi comida y poder poner en sus

hamburguesas ese ingrediente especial que haría que sus papilas gustativas se volvieran más receptivas a la carne y, sobre todo, a sus preocupaciones.

Quizá no las cogiera todas al vuelo, pues mi conversación con ellos duraba unos pocos segundos, pero para mí eran suficientes para hacerme una idea del momento en el que estaban disfrutando o, quizá, sufriendo.

—¿Así que es la primera vez que vienes a un festival de este tipo? —le pregunté a una chica con una tímida sonrisa.

—Sí —se miró las manos tímidamente—, necesitaba salir un poco.

—La verdad es que con la noche de lluvia del otro día... —intenté sonsacarle un poco más.

—Bueno, eso y que hace poco he roto con alguien y, la verdad, lo estoy pasando mal.

—Vaya —dije cogiendo el bote perfecto para ella—, eso siempre es difícil.

—Lo siento —me miró sonriendo—, pero no sé por qué te cuento esto.

Aliñé sus complementos con un poco de «esperanza».

—Pues porque a veces es bueno contárselo a alguien y soltar lastre. Te lo dice una divorciada.

Le entregué su pedido mientras le guiñaba el ojo.

—Muchas gracias.

La chica cogió su hamburguesa y le dio un mordisco mientras se alejaba.

Aguardé sólo un momento antes de atender al siguiente cliente, pues sabía que se daría la vuelta y sonreiría. No tuve que esperar mucho para ver cómo se detenía de golpe con la boca llena y se volvía para sonreír en mi dirección. Le guiñé de nuevo un ojo.

Sandra, una joven de pelo rubio que había comenzado a trabajar conmigo hacía bien poco, dado de Mario algunas noches no podía a causa de su espectáculo, se había convertido en una pieza indispensable para mí. Sabía desenvolverse dentro de una cocina a la perfección, me enseñaba, me comentaba, ayudaba con acierto y sabía acatar órdenes sin problema. Además, aunque no lo pareciera, tener a mi lado a una mujer ajena a mi vida anterior me estaba ayudando mucho para distanciarme de ese mundo tan «masculino» en el que vivía.

Porque sí, quería mucho a las dos locazas de Gabriel y Mario, pero tener a una amiga con la que poder comentar tus cosas, pues como que ayudaba un poquito. Qué voy a decir yo...

—Daniela —me llamó Sandra—, ¿puedes atender tú a este chico? Es que tengo en el horno un par de...

—Tranquila. —Cerré la nevera y, de pronto, la realidad me golpeó en la cara.

Allí estaba Julián, sonriendo de oreja a oreja, haciendo así más visibles las líneas que salían de sus fabulosos ojos azules.

—Hola, Julián —saludé dándome un aire de diva ofendida, aunque creo que pareció más bien un gesto de loca de manual.

—Hola, Daniela, no sabía que estuvieras en este festival. —Miró el reloj nervioso, no sé si como un tic o porque tenía prisa.

—Ni yo que tú vendrías. —Levanté las cejas dejándole claro que esperaba que me hubiera llamado en algún momento.

—Cierto, te debo una llamada —me respondió de nuevo poniendo esa sonrisa que me desarmaba—. No tengo excusa.

«Por Dios, ¿por qué sonreirá así? ¿Será magia o es que yo soy gilipollas y no tengo remedio?»

—¿Querías algo? —solté de forma automática.

«Vamos, Daniela, que así se liga que te cagas en una isla de la Micronesia occidental. Ellas preguntan por imbecilidades cuando tienen delante al chico que les gusta y normalmente se casan, tienen veinte hijos y son felices como perdices, y a ratos como Pilatos. Para mí que el gen idiota que me salta a veces tiene que ser por parte de padre, porque para decir esas tonterías no hace falta ser una iluminada.»

—Bueno, ya que estoy aquí, ¿podrías ponerme una hamburguesa y así ya...?

—¡Julián! —Una morena despampanante se puso a su lado y le dio un beso en la mejilla—. Menos mal que te encuentro...

—Llegas un poco tarde. —Le acarició la espalda.

«Y en este momento yo le echo un escupitajo en la comida y me quedo tan ancha...»

—¿Quieres algo tú? —le preguntó.

—Sí, mira, una de éstas —terminó señalando una de las hamburguesas de nuestra carta.

«Pues, mira, si esto tiene que ir así, se va a cagar... Mi abuela me lo dejó claro desde el primer día, pero ¿qué queréis que os diga?, si no se pueden usar los conocimientos para uno mismo, ¿para qué los quiero? Bien de enamoramiento para la carne de Julián y nada para la otra. A saber quién es y lo que quiere de mí...

»¿Daniela? Hola... ¿Hay alguien ahí dentro? Relaja la raja, maja, y ponte a trabajar como una profesional.»

—Sandra, una especial y una suave —pedí a mi compañera para dejar de pensar como si fuera una loca de manicomio.

—Oído.

—Me ha encantado volver a verte —dijo él con su comida ya en las manos y su acompañante con la suya—. Prometo buscarte y quedamos.

Vi cómo se marchaba unos pasos por detrás de la marrana de la morena esa que iba con él cuando de repente se giró y me guiñó un ojo, haciéndome con una mano la seña del teléfono.

¿Que me iba a llamar? Pues como no fuera con tantam... «Muerde la hamburguesa y enamórate de mí como si esto fuera una novela de romance entre la desvalida y el machote del *highlander*.»

Desaparecieron de mi vista y yo le di una patada a la caja vacía de las patatas.

—¿Todo bien? —preguntó Sandra.

—Ése era Julián.

—Joder...

No volvimos a hablar del tema en lo que quedaba de día.

## Capítulo 11

Llegué a casa casi a las nueve de la noche.

No tenía ganas de hacer absolutamente nada, así que después de darme la consabida ducha poslaboral, me lancé directa a enamorarme furtivamente de mi sofá. La casa estaba en silencio, toda para mí. Imaginé que Gabriel se habría ido por ahí, así que cogí el mando a distancia y, sin haberme secado el pelo, me dispuse a darles a los botones para ver si ponían alguna película que hiciera que me durmiese antes de que mi mente se diera cuenta.

«Va, en serio, esto es como lo del chiste: “Yo follo una vuelta más y me voy para casa”. Pues eso, otra vuelta más a todos los canales de arriba abajo y si no hay nada me lanzo a la cama. Tampoco es que me vaya a perder mucho, estaba reventada y... El móvil se pone a sonar ahora, lo que me faltaba. Espero que no sea trabajo, porque mañana no quiero trabajar. Sé que lo necesito, pero también descansar un poco.»

—¿Dígame?

—¿Daniela? —Era Julián.

—¿Julián?

—Sí, soy yo. Pensé que el teléfono me lo cogería otra persona. Como he llamado al que está en la tarjeta... —se excusó.

—Bueno, en realidad es el móvil del trabajo y estaba a punto de apagarlo.

—¿Estás trabajando?

—No, ya estoy en casa.

—Bueno, pues nada, ya tienes mi móvil para que me llames cuando quieras. —La tiró directa.

—¿Tienes algo que hacer? —Para directa yo.

—Ando un poco liado, pero podría desliarme un rato.

—No querría molestarte... si no, lo dejamos para otro día.

—¿Es que me vas a invitar a algo?

—Quería invitarte a tomar algo a mi casa.

«¿Qué haces, insensataaaaa?»

—Dame la dirección y estaré allí dentro de un rato.

Pues hale, tirada en el sofá, con el pelo mojado, el pijama calentito bien pegadito al cuerpo, de aquella manera que dice «¡A dormir!», y ahora tendría que vestirme...

Media hora más tarde y tres vaqueros después —no iba a ponerme un vestido—, estaba esperando a que Julián viniera a mi casa. Estaba claro que mi cerebro iba a dos marchas: la normal, que era la que me estaba pidiendo que me quedara tranquilita en el sofá descansando, y la otra, la que no pensaba y se lanzaba de cabeza por cualquier barranco. Cierto es que a esta última la echaba de menos cuando estaba casada, todo era mucho más estricto, pero la de problemas que no había tenido por estar más tranquilita.

El portero sonó y, al preguntar, Julián contestó. Hombre, o era él o tal vez el vecino de enfrente, que siempre se deja las llaves del portal en casa. Sin embargo, siendo sábado, era un poco pronto para que viniera el segundo, pues era un fiestero.

Me mesé el pelo intentando colocar un mechón despeinado invisible al tiempo que me frotaba las manos una y otra vez. Estaba oficialmente nerviosa.

El timbre de la puerta sonó y corrí a abrir, no fuera que se arrepintiera y se diera la vuelta desapareciendo.

—Hola.

«Así me gusta, bonita, que sobre todo seas educada.»

—¿Qué tal?

Llevaba un abrigo de paño gris oscuro a juego con la bufanda que guardaba su cuello. Simplemente me iba a derretir con sólo mirarlo vestido.

—¿Puedo pasar? —indicó con una mano el interior de mi casa.

—Sí, claro. —Me aparté de la puerta para que lo hiciera.

Caminó como si supiera por dónde ir sin que nadie lo guiara, aunque tal



vez fuera porque el pasillo acababa en el salón y se veía desde allí. Sí, la casa era un poco rara, ya que las habitaciones estaban distribuidas por el pasillo y al fondo era la sala donde teníamos la televisión, a ver, digo «teníamos» porque ya era como mi casa.

Seguí sus pasos sin dudarle hasta que allí, de pie en el centro del salón, se paró y se quitó el abrigo y la bufanda para dejarlos en una de las sillas colocadas alrededor de la mesa de comedor. Se volvió para mirarme y, sin dar más que un paso, se colocó a dos milímetros escasos de mi boca, inclinó un poco el rostro y me besó sin más intención que la de saludarme.

Se irguió de inmediato mirando a un lado y otro.

—Es bonita —dijo refiriéndose a la casa.

—Sí, Gabriel siempre ha tenido muy buen gusto para la decoración. Yo no he hecho nada más que ocupar una habitación y, ahora, parte de la cocina —agregué sonriendo mientras le indicaba que se sentara en el sofá—. ¿Quieres tomar algo?

—Lo que tengas estará bien.

No tardé mucho en aparecer con un par de copas de vino, que siempre queda como muy aparentón, y algo de picar.

—¿Te parece bien el vino?

—Perfecto, me da lo mismo, he venido a verte a ti, así que lo demás me da un poco igual.

—Pues por venir a verme... —Levanté la copa a modo de brindis.

—No me gusta dejar las cosas a medias, y creo que el otro día dejamos una conversación así. —Dio un sorbo a su copa mientras yo me perdía en el azul de sus ojos y la forma que sus labios adoptaban al beber.

—¿Por dónde íbamos?

—Si no recuerdo mal... —dejó la copa encima de la mesita que teníamos frente al sofá—, era tal que así.

Se movió para acercarse a mí. Alzó una mano para acariciarme el hueco del cuello y subir con sus dedos por mi pelo con el simple objetivo de aproximar mi rostro al suyo. Poca resistencia encontró al sentir cómo nuestros labios estaban unidos de nuevo en un baile de lenguas. Y entonces me abalancé sobre él, tumbándolo en el sofá mientras su cuerpo soportaba el peso del mío y

nuestro beso se convertía en algo más que una simple continuación de una conversación a medias. Una de sus manos intentaba meterse entre mi ropa, acariciando con toda la palma mi cintura. Las mías estaban ocupadas sujetando su cabeza. Volví a sentir esas cosquillas inexplicables en el paladar cuando su lengua jugaba con la mía posesivamente.

Pero qué bien olía ese hombre a la hora que fuera, mientras yo tenía que procurar no oler a especias en todo momento. Era una mezcla tan fresca que me recordaba al jabón. Olía a limpio.

Sentí que sus manos dejaban de acariciarme y sus labios escaparon del amarre de los míos.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—¿Podemos ir a una cama? —Besó mis labios de nuevo—. No es que sea un mojigato —guiñó un ojo—, pero este sofá no es lo más cómodo en este momento...

Me levanté del sofá, y de su cuerpo, sintiendo un frío por separarme de él que casi me hace llorar. Sí, como ya he dicho, siempre he sido un poco intensita...

—¿Vamos a mi habitación? —ofrecí sin esperar respuesta, pues ya lo estaba alentando a que se levantara al extenderle mi mano.

La tomó sin despegar sus ojos de los míos. Yo, en un ataque de vergüenza, bajé por un segundo la mirada, pero lo que mis ojos encontraron hizo que la timidez se convirtiera en necesidad. Sus ajustados pantalones dejaban a la vista que estaba más que preparado para estar en el sofá, en la cama, en la lavadora o en la misma estantería del cuarto de baño. Sí, su sexo duro casi quería traspasar la tela. Y la mía, la tela de mis bragas, comenzaba a tener problemas para quedarse en su sitio después de haber visto semejante necesidad.

Avanzamos hasta la puerta sin tocarnos.

Sólo era capaz de oír mi propia respiración. Tenía la sensación de que Julián no respiraba: caminaba, pero era como un espíritu silencioso. Estaba totalmente equivocada, la culpa la tenía mi cabeza y la antelación con la que esperaba que volviera a tocarme, cosa que no tardó en pasar en el momento en que crucé la puerta y él me siguió cerrándola. Me volví para mirarlo.

—No quiero que nadie nos interrumpa —justificó el hecho de haberla cerrado. Aunque no tenía por qué haberlo hecho, yo la habría cerrado igualmente.

—Nadie tiene por qué interrumpirnos.

Me acerqué a él, que aún sujetaba el pomo de la puerta. Lo abracé por detrás poniendo las dos manos en sus abdominales mientras apoyaba mi rostro en su espalda. Con mi metro sesenta, casi cualquier cosa me parecía gigante, pero Julián lo era de verdad.

Continuaba disfrutando del abrazo cuando mi mano pasó de posarse en su estómago a hacerlo encima de sus pantalones, primero suavemente, como si hubiera sido mera casualidad, pero su reacción me dio el valor suficiente para apretar con un poco más de fuerza. Sentí cómo su cadera se movía hacia delante. Le estaba gustando lo suficiente como para volverse y agarrarme de las muñecas para que parara de tocarlo.

—Si sigues así, sólo haciendo eso, me voy a correr en los pantalones, y no es exactamente ahí donde me gustaría hacerlo.

Me asió del culo subiéndome a su cintura. Me agarré a su cuello para sentirnos de nuevo como si de dos imanes se tratara, cómo nuestras bocas volvían a chocar sin remedio.

Más de medio año sin tocarlo, más de seis meses sin sentir sus caricias en mi cuerpo y ahí estaba de nuevo esa sensación de necesidad incomprensible. No lo conocía, no le había dado la oportunidad de hacerlo más allá de una «vomitera verborreica» que me ayudó a volver a reencontrarme conmigo misma, con mi cuerpo. No pensaba que volvería a verlo, no sé si quería hacerlo en realidad, pero el destino se había empeñado en que lo que yo sentía era mucho más importante que lo que debería sentir por alguien a quien no conocía de nada.

La cama se interpuso en su camino, pero, en vez de parar, se dejó caer encima de mi cuerpo sin separarnos.

—No he dejado de pensar ni un solo día en ti —susurró mientras sus diestras manos desabrochaban y bajaban mis pantalones—. Te fuiste sin decir adiós, y eso me volvió loco.

—Necesitaba que fuera así —aduje aprovechando para quitarle la camisa

azul cerúleo que llevaba impolutamente planchada.

—No vuelvas a hacerlo. —Se deshizo de mi camiseta.

¿Por qué iba a necesitar irme? Pero, por otro lado, ¿por qué iba a necesitar quedarme? ¿Me había convertido en la obsesión de ese hombre? Sólo nos habíamos acostado una vez, y, sí, había salido corriendo. No pasa nada, ¿no?

—Quítate los pantalones y deja de darme órdenes —le solté mirándolo a los ojos muy seria.

Su respuesta fue de lo más extraña. Se quitó los pantalones, pero, en vez de regresar a mi lado, me cogió de la cintura y me dio la vuelta, poniéndome boca abajo. Cuando quise volver la cara para ver qué hacía, sentí su cuerpo pegado al mío, desnudo, y su pene enterrado entre mis nalgas mientras sus manos apartaban el pelo que cubría mi cuello. Sus movimientos eran los propios de una penetración mientras sus labios y sus dientes daban ligera cuenta de mi espalda. Sentía sus manos por mi cuerpo como si fueran mil en vez de dos, aunque lo único que buscaba era quitarme el sujetador.

Cuando lo hizo, me giró de nuevo en la cama con destreza. Ahora estábamos frente a frente, con nuestras miradas entrelazadas y una mano suya subiendo de la cintura a mis pechos. Los acarició suavemente, pero mi mente sólo estaba pensando en la dureza de su sexo contra mi muslo. Lo quería dentro, lo quería ya, y, aunque él pareció leerlo en mis ojos, dio la impresión de estar pensando en otra cosa cuando con su mano libre me apartó ligeramente el tanga y me acarició con suavidad pasmosa el clítoris. Un escalofrío me recorrió al momento, y Julián sonrió con malicia.

—Sabes que si sigo te correrás, ¿verdad? —me susurró antes de besarme para no dejarme replicar cuando volví a sentir su dedo acariciándome de aquella manera.

Le mordí el labio, no con mucha fuerza, pero sí la suficiente para que me liberara de su «tiranía». Casi sin dejar que se diera cuenta de lo que ocurría, ya tenía su pene entre las manos y había descendido por la cama para situarme entre sus piernas. Lo hice arrodillarse, quise arrodillarme para que, cuando me lo metiera por completo, él pudiera ver mi culo moverse de atrás adelante en un movimiento sensual.

El sonido casi paranormal que salió de su garganta y el modo en que sus

dos manos sujetaban mi rostro a la vez que su sexo entraba y salía de mi boca lo dejaron claro: le gustaba.

—Daniela, si sigues así, seré yo quien me corra...

—Hazlo, no pasa nada —lo reté desde mi posición arrodillada.

—Podría hacerlo sin problemas, pero tengo una edad en que la recuperación...

«¡Cállate!», pensé al volver a chupar con fuerza y masajearlo de arriba abajo mientras con la otra mano acariciaba sus testículos. Estaba cerca y sus movimientos involuntarios lo dejaban bien claro, tanto que lo oí respirar más rápido de lo normal cuando me apartó de él sin avisar y me empujó sobre la cama con cierta agresividad.

Levantó mis brazos por encima de mi cabeza y se restregó por mi cuerpo, dándome a entender que esa vez quería ser él quien mandara. Y yo debía dejarlo. No sé, pero sentía que era él quien estaba poseyéndome por segundos.

—¿Sabes? —me dijo aún sujetando mis brazos por encima de la cabeza—. Estoy por follarte con las bragas puestas.

—Suenas muy sexy —bromeé.

—Aunque casi prefiero romperlas y atarte las manos con ellas para que no vuelvas a estar a punto de hacer que me corra —finalizó soltándome, y, metiendo las manos entre las tiras de mi tanga, las arrancó, lo que hizo que diera un grito de sorpresa.

Luego volvió a cogerme los brazos para subirlos. Su cara se iluminó al ver que la cama tenía un cabecero de barrotes, así que me acercó a ellos, y, tras pedirme permiso con la mirada, me dejó atar a ellos.

«Daniela está desnuda en la cama con un tipo al que casi no conoce, las manos atadas al cabecero con las tiras de un tanga roto... Si lo cuento, no se lo va a creer nadie, eso está claro...»

Pero mis cavilaciones pararon cuando unos labios se posaron en mi sexo. Luego su lengua comenzó a jugar con mis pliegues mientras sus manos separaban mis piernas.

—Ni un pelo de tonta —señaló, sorprendiéndome.

—No creerás que me he depilado por ti... —respondí con la voz entrecortada.

—Me gustaría pensar que sí, no me quites la ilusión —finalizó metiendo dos dedos en mi sexo y moviéndolos de manera maravillosa.

—La que se va a correr soy yo...

Y fue decir eso y dejar de tocarme.

Se levantó de la cama para buscar algo dentro de su cartera: condones.

—Me gustaría pensar que están ahí por mí —jugué con él.

—Están ahí por ti —afirmó sonriendo con malicia mientras los dejaba encima de la cama y volvía a enterrar su rostro entre mis piernas al tiempo que una de sus manos pellizcaba mis pezones de manera diestra.

—Fóllame —le pedí sin miramientos— o quítame esto —señalé las tiras del tanga—, pero necesito correrme.

Si me había oído, estaba claro que se estaba haciendo el sordo, porque a continuación subió hasta mis pechos, llenando el camino de besos.

Yo no podía tocarme ni tocarlo a él. Estaba completamente a su merced para correrme, y lo cierto es que mi cuerpo estaba gritando por ello.

Sentí sus dientes mordiendo uno de mis pezones con dureza, casi dolía, pero no era un dolor que me hiciera apartarlo, sino pedirle que me follara. Me gustaba.

Sus manos se paseaban por mi cuerpo y éste respondía a sus caricias sin reparos.

Su sexo se frotaba libremente por la entrada de mi vagina, se humedecía con mis fluidos para resbalar entre los labios. Juro que si me la metía en ese momento me iba a dar exactamente lo mismo. Necesitaba que me la metiera. Pero, cuando fui a hablar, me tapó la boca:

—Lo haré cuando yo quiera. —«Cabrón», pensé desesperada—. Te amordazaré la próxima vez.

«¿Habrá una próxima vez? ¡Fóllameeeeeeeeeee!»

Julián continuó paseando su pene por mi entrada, creo que llegó hasta a encararla para penetrarme. Yo estaba desesperada por sentirlo, y él debía de ser un budista zen por poder aguantar de la manera en que estaba haciéndolo con tal de ponerme a cien.

Mis manos luchaban por escapar, ése era el juego ¿no?, pero él me controlaba con sus labios, su lengua, sus manos.

Finalmente se puso de rodillas y, agarrando un preservativo, rompió el envoltorio para ponérselo.

—Abre las piernas —me ordenó colocándose encima y guiando con una mano su pene dentro de mi cuerpo.

Al fin... Finalmente noté cómo aquella parte de su anatomía me poseía. Se introdujo suavemente, sin prisa por moverse, y se quedó parado dentro de mí.

—He soñado con volver a hacerte esto todas y cada una de las noches en las que no te he visto.

Mis piernas lo envolvieron mientras él desataba mis manos.

Le agarré la cabeza y bajé sus labios hasta los míos mientras, poco a poco, nuestros cuerpos entrechocaban de forma acompasada. No lo soltaba, no quería que lo que en ese momento estaba sintiendo escapara de mi cuerpo.

—No voy a poder aguantar mucho más —dije separando mis labios de los suyos.

—Hazlo, quiero volver a ver cómo abres la boca cuando te corres, cómo tu cuerpo se tensa bajo el mío, cómo cierras los ojos —repuso, y después aceleró el ritmo sujetándome con fuerza.

Ahí estaba mi orgasmo. Tan cerca, tan anhelado como el hecho de no querer parar nunca de tener a Julián entre mis piernas de aquella manera. Y llegó descontrolado, golpeándome como si se tratara del mismísimo martillo de Thor.

—¡Sí! Ahora no pares.

—No, yo también estoy...

Cuando mi cuerpo comenzaba ya a relajarse después de la explosión de sensaciones, Julián se tensó encima, escondiendo la cabeza en mi cuello y mordiéndolo de manera casi vampírica. Un escalofrío me recorrió al oír cómo un sonido gutural escapaba de su garganta a la par que sus empujones parecían querer llenarme hasta lo más profundo.

Acariciaba su cabello cuando sentí que se desmadejaba entre mis brazos. No hablamos mientras nuestras respiraciones intentaban regresar a la normalidad y el sudor de nuestros cuerpos se mezclaba entre las sábanas. Comencé a sentir cómo su cuerpo laxo volvía a la vida cuando sus manos se dedicaron a acariciar mis pechos y sus labios pasaron del cuello a mi boca.

—¿Estaría mal si me quedara así mucho tiempo? —me preguntó.

—Me temo que sí: tienes que quitarte el preservativo.

—¿Siempre sueles romper la magia del momento? —Levantó su mirada hacia la mía con una sonrisa.

—No suelo, pero... —Mis dos cejas alzadas fueron más que suficiente para que saliera de dentro, pero no se apartó de mí.

—¿Mejor ahora? —Volvió a besarme.

—No, claro que no. —Seguía acariciando su cabello—. Pero no nos conocemos lo suficiente como para hacer locuras.

—Y ¿esto no ha sido una locura? —Se tumbó en la cama boca arriba, llevándome consigo.

—Creo que la peor que he cometido en mucho tiempo —me coloqué entre sus piernas y apoyé los brazos a los costados de su cuerpo—, y mira que desde que estoy en esta casa...

—Me has dejado atarte —tentó.

—Te he dejado entrar en mi casa, en mi habitación y en mi cuerpo...

—Otra vez.

—Otra vez.

De pronto, el teléfono móvil nos despertó de aquella ensoñación que nos estaba llevando a preguntarnos más sobre nosotros y sobre eso que había sucedido.

—Tengo que... —se justificó haciéndome a un lado y bajando desnudo de la cama para coger el móvil del bolsillo trasero de su pantalón.

Lo miré mientras me ponía la ropa. De nuevo la vergüenza injustificada después de tener sexo, pero él pareció no darse cuenta, pues su rostro estaba más preocupado por la conversación que por mí, ya que se vestía rápidamente.

—Sí, voy. No hay problema. Ahora no hay mucho tráfico, llego dentro de diez minutos. —Suspiré, se marchaba—. Lo siento, tengo que irme. Ya te he dicho que...

—Andas un poco liado —comenté vestida con una camiseta y unos pantalones de chándal que tenía por ahí escondidos—. Te acompaño a la puerta.

Creo que después de que yo hablara no me escuchó, o no me habría



escuchado, porque lo cierto es que no le hablé mucho. Más bien nada hasta que llegamos a la puerta de entrada. Tuve la sensación de que pasaba una eternidad, pero la verdad es que no tardamos más de un par de minutos.

—Nos veremos pronto —me dijo dándome un beso en los labios antes de bajar corriendo por la escalera sin dejar que me despidiera.

No sé, me sentí vacía por haberlo dejado entrar tan adentro y verlo marchar así.

Cerré y caminé hasta mi habitación para atrancar la puerta y no salir.

## Capítulo 12

Domingo por la mañana y sin nada que hacer.

Tumbada en la cama, que aún olía a Julián y a mí, o lo que era lo mismo, a sexo recién cocinado... Pensé en esa frase y me pareció más el título de alguna canción que lo que me esperaba esa mañana.

No sé cuánto tiempo había tardado la noche anterior en dormirme abrazada a esa sensación de vacío, mezclada con un poco de culpabilidad por haberlo invitado a entrar hasta lo más profundo de mí. Y no sólo me refiero a su polla, sino por abrirle la puerta de mi intimidad sin pensar en el después.

Soy de extrañas reacciones, soy de las que dicen sí, pero no; de las que cuando lo están haciendo piensan si deberían haber dicho que no, y al revés. ¿Quizá debería haberlo dejado en cuarentena? Y, si lo hubiera hecho, ¿él habría vuelto? Pero si sólo había sido un polvo (bueno, ahora dos) de una noche en el otro continente, ¿por qué lo quería a todas horas en mi cama? ¿Por qué él había dicho que seguía soñando conmigo? ¿Sería verdad? ¿Sería un calentón? ¿Por qué se había ido? ¿Por qué siempre salía corriendo?

Aparecí por el salón con pocas ganas de hablar.

—¿Qué te pasa? —Gabriel me tendió un café—. Si enciendo una vela y me pongo a caminar detrás de ti parecerá una procesión de Semana Santa y tú serás la Dolorosa.

—No me pasa nada. —Me senté en el sofá más cansada que otra cosa.

—Algo tiene que pasarte para que... —Su mano se acercó corriendo a mi cuello y apartó la camiseta—. ¡¿Qué es esoooooo?!

—¿El qué?

Idiota de mí, pensando que sería un bicho, a los que, por cierto, les tengo un asco que no puedo, comencé a darme de manotazos sin ton ni son.

—¡Esa marca!

Imaginando de lo que hablaba, pues recordé el momento en que Julián me lo había hecho, le aparté la mano.

—Nada, hijo, no es nada.

—Joder, pues para no ser nada te ha dejado una marquita la mar de bonita —se rio en toda mi cara—. Anoche alguien tuvo fiesta y hoy por la mañana no está de buenas.

—Pues no, no estoy de buenas. —Me hice una bola en el sofá.

—Pero, hija, después de un buen polvo, ¿siempre te pones tan filosófica?

—No siempre, pero, joder, es que no sé si he hecho bien en volver a tirármelo, así, a lo loco.

—Nena, follas menos que un peluche y ¿te vas a comer la cabeza por hacerlo con un tío que te gusta?

—Es que ése es el problema, que me había mentido a mí misma sin querer recordar y dándome por vencida con todo el tema, y va ahora y vuelve a aparecer, removiéndome, y no sé qué pensar... —me quejé tontamente.

—Pues deja de pensar. Él te gusta y, al parecer, tú a él también, si no, ¿de qué iba a estar detrás de ti?

—Sí, lo sé, pero hay algo que no sé...

—Déjate de chorradas, hija, que los dramas ya están pasados de moda. —Cogió el mando de la tele y comenzó a cambiar los canales—. ¿Vemos «Will y Grace»?

—No, que me recuerda demasiado a nosotros y sabes que yo soy más de «Expediente X» —respondí.

—Lo sé, hija, eres como un alien.

Iba a lanzarle un cojín cuando sonó el tono de WhatsApp en mi móvil. Mi mirada se posó en la pantalla y vi que era Julián:

¿Quedamos para comer? Paso a buscarte.

—¿Ves? Le interesas. —Tenía a Gabriel en el cogote leyendo mis

mensajes.

—¿Sabes que eso que estás haciendo es ilegal? —Le di un empujón.

—Hay tantas cosas ilegales y tan divertidas en la vida... —me respondió dándole al «Play» del capítulo de la serie que íbamos a ver.

Yo respondí a mi vez a Julián para quedar para comer.

\* \* \*

A la hora prevista, allí estaba yo, en la calle, esperando a que mi caballero andante apareciera en su blanco corcel, me ofreciera su mano para subir a lomos de él y, juntos, desaparecer por el bello páramo de...

—Hola, Daniela. —La voz de Julián a mi lado me despertó de golpe de mi recorrido por las Highlands.

—¡Ay! Hola —contesté volviendo de mi viaje astral.

Se acercó despacio e, inclinando su cuerpo hacia el mío, me besó lentamente y con suavidad.

—Te he echado de menos. —Volvió a darme otro ligero.

No dije nada, la verdad, pues probablemente le habría echado en cara por qué había salido corriendo después de tener un sexo fantástico y un poscoito que iba a abrir más puertas entre nosotros.

—¿Qué? ¿Nos vamos? —Creo que se dio cuenta de que no iba a responder e intentó no darle más importancia haciendo que nos marcháramos.

—Sí. ¿Adónde vamos a ir? —Agarré la mano que me ofrecía—. La última vez que salimos me llevaste a una terraza fabulosa desde la que se veía la Casa Blanca y el Capitolio. Es no puede superarse tan fácilmente.

—No sé si podré superarlo, pero por lo menos lo intentaré.

Y otra vez esa sonrisa que me derretía, que hacía que mis rodillas se convirtieran en gelatina pura. Si en ese momento me hubiera pedido que fuera corriendo a coger el sol y se lo bajara, lo habría hecho cual Ícaro, aunque se me derritieran las alas.

—Puedes intentar conmigo lo que quieras.

«¿Veis? Y luego suelto cosas como ésa, sin filtrar.»

—¿Lo que quiera? —Tiró de mi mano para acercarme a él y así colocarme

entre sus brazos.

Me agarró por la cintura y, desde mi posición (no olvidemos que ese hombre me sacaba veinte centímetros como poco), mi cabeza quedó inclinada hacia atrás, viendo cómo la suya bajaba para besarme de nuevo.

Ese beso no era suave, ni delicado, ni siquiera era por quedar bien. Cuando sus labios se abrieron para intentar poseerme, sentí cómo todo su cuerpo lo hacía. Con ese beso dejaba claras cuáles eran sus intenciones mucho antes de ponerlas en práctica, puesto que, poco después de jugar con su lengua, fue su mano la que buscó por debajo de mi vestido.

—Podría hacer cualquier cosa si me dejas. —Se separó consciente del lugar donde estábamos, en medio de la calle, delante de mi portal.

Acarició mi rostro.

—Será mejor que nos marchemos de aquí —apoyé mi frente en la suya, absolutamente abducida por él—, si queremos comer.

—Podría comerte ahora mismo... —Me besó en el cuello—. Pero tienes razón, vamos.

Se apartó y, llevándome de la mano, me condujo al que era más que probable que fuera su coche.

Tardamos mucho más en encontrar aparcamiento que en llegar al lugar en sí. Así que, para cuando dejamos el coche aparcado, ya casi era la hora de comer y no perdimos mucho tiempo en entrar.

Julián saludó a la chica que estaba en la puerta, que parecía conocerlo, y a un par de personas más que andaban por allí.

—¿Conoces a todo el mundo de la restauración?

—Casi, me dedico a ello.

—Pero, si no recuerdo mal, me dijiste que te dedicabas a los números...

—Sí, es verdad. —Caminábamos hacia una terraza—. Pero resulta que son unos números relativos a la industria de la restauración.

—Vamos, que eres contable de restaurantes —intenté averiguar.

—Algo así. Es un poco más complicado que eso, pero sí, podríamos decir que me dedico a hacer números para dar viabilidad a los proyectos de los empresarios.

—¿Les va bien aquí?

La persona que nos acompañó nos ofreció sentarnos bajo una de esas estufas con forma de paraguas a una mesa con vistas al Palacio Real y la Almudena.

El tiempo no era para estar mucho fuera, hacía frío, pero las vistas merecían el esfuerzo y, situados en un sofá en el que ambos estábamos muy cerca del otro, más la estufa, era casi mágico.

—Sí, gracias —respondió Julián ofreciéndome que me sentara—. ¿Vino?

Asentí mientras me acomodaba en el sofá y él encargó el vino al camarero que nos había acompañado a la mesa.

—¿He conseguido que sean estas vistas mejores que las de Washington?  
—Se sentó a mi lado, pasando su brazo por mis hombros y acercándose a él.

Tan cerca, viendo las preciosas vistas que teníamos frente a nosotros, su perfume se me estaba metiendo como la tinta de un tatuaje en la pituitaria. Se estaba convirtiendo en casi una obsesión: en la fiesta de cumpleaños, en la feria de comidas, en mi casa, y ahora... Creo que nunca he olido un aroma que me marcara tanto. Si me preguntarais cuál era el perfume que usaba Manuel, no habría sabido decirlo, ni me acordaría de él, pero Julián se había metido dentro de mí.

Y sin pedir permiso.

—Es maravilloso —respondí cerrando los ojos y volviendo a aspirar su perfume.

—Perfecto, he conseguido superarlo, pues. —Besó mi cabeza de un modo un tanto paternalista, pero yo lo sentí muy cercano.

Nos sirvieron el vino y, antes de empezar a comer, ya nos bebimos más de media botella, así que la verdad es que había olvidado el frío por completo.

—No digo que lo hayas superado, pero sí que es precioso.

—Tendré que esforzarme mucho más la próxima vez.

—¿Habrá una próxima vez? —Lo miré seriamente. Ese hombre me estaba enamorando y no quería que todo fuera una quimera.

—Una próxima y todas las que quieras.

Tomó mi cara entre las manos y me acercó a su boca para besarme.

«¡Ay, Diosito...! Si esto no es enamoramiento del bueno, ¿qué es? Porque este hombre está revolucionando mis hormonas más que a una quinceañera ver

a Justin Bieber en pantalones cortos y sin camiseta, a Mario Casas de cualquier manera y también sin camiseta. A quien sea, pero sin camiseta...»

—Disculpen...

El camarero rompió ese momento de amor profundo y verdadero que yo estaba sintiendo dentro de mis carnes. Y no veas qué fríos se quedaron mis labios cuando Julián se separó de ellos y dio las gracias al idiota del camarero, que había interrumpido uno de los episodios más hermosos de mi vida. De acuerdo, me estaba poniendo un poco intensita, ¿y qué? ¿No trata de eso el amor?

—Bueno, cuéntame más acerca de por qué te dio por montar un *food truck*.

—Julián se colocó ahora frente a la comida mientras el Palacio Real seguía recibiendo los rayos del frío sol que lo iluminaba.

—Fue una auténtica locura, lo confieso. Yo vengo del mundo empresarial, estudié económicas. —Levantó una ceja sorprendido—. Sí, ya te lo conté, creo, en nuestra primera cita, así que no me pongas esa cara.

—Verdad, pero me sorprende el salto.

—Lo sé, a mí también.

—¿De dónde viene entonces el gusto por la comida? Y, por cierto, no te dije lo riquísima que estaba la hamburguesa que me comí.

—¿En serio te gustó? —Asintió tomando un bocado de su plato—. Me alegro de que te gustara. El tema cocinillas me viene por parte de mi abuela. Ella fue la que me enseñó a cocinar de una manera especial, añadiendo a cada plato una parte de uno mismo. Decía que, si hacías eso, la comida sabía a felicidad, a esperanza, a amor, a amistad, a locura... Y necesitaba un poco de locura en mi vida. Salir de la jaula de oro en la que estaba metida en mi matrimonio haciendo lo que realmente me gustaba, cocinar.

—Me encanta la pasión que transmites al hablar.

—Es que me encanta cocinar. —Di un sorbo a mi vino—. Fíjate que estoy pensando en cambiar un poco la carta, hacer algo más atrevido, con caza o alguna mezcla interesante.

—Pero ¿nunca has estudiado cocina?

—Más allá de «MasterChef» y Canal Cocina, no. Pero, a ver, que lo que hago en la cocina sé hacerlo muy bien y, oye, que he estudiado por libre.

—No, si no te juzgo, me parece fantástico que estés haciendo algo en la vida que te guste, que te haga sentir libre. No hagas nunca nada que no te haga ser feliz. —Me besó en la mejilla.

¿Veis? Si es que parecíamos una pareja que llevaba años viviendo juntos. Abrazos, achuchones, besitos, miraditas y..., bueno, no sé qué más, pero me gustaba mucho ese hombre. Muy mucho, mucho muy. Daba igual cómo lo pusiera, estaba convencida de que mi cara sería de auténtica gilipollas.

—Me encanta cuando te abstraes. —Sentí cómo Julián me miraba intensamente.

—Perdona.

«Antes lo digo y antes se da cuenta de mi cara de vaca viendo pasar al tren...»

—Tus ojos se abren cuando te quedas mirando al infinito y las facciones de tu cara se relajan. Te da un aire angelical.

—Me parece que estás exagerando un poquito, ¿no?

—Tienes una cara preciosa que al sonreír se convierte en la de una chiquilla feliz.

—Suelo reír poco —dije pensando en alto.

—Me he dado cuenta, pero deberíamos ponerle remedio, ¿no crees?

—Y ¿qué podemos hacer? ¿Maratón de «La que se avecina» o «The Big Bang Theory»?

—Pues no me importaría, soy muy de series. Son cortas y no has de pasar mucho tiempo delante de la televisión si no quieres.

Saltábamos de un tema a otro. Primero estábamos hablando de mi cocina y de lo que yo le gustaba para darles luego un repasito a las mejores series de televisión y planear cualquier cosa que nos apeteciera sin darnos cuenta. El tiempo pasaba rozando nuestra existencia y nosotros no lo mirábamos.

—Me pregunto qué necesidad hay de tener un rey.

—¿Qué? —dije tomando un sorbo de mi café mientras mirábamos el Palacio Real.

—Pues eso, ¿para qué sirve un rey?

—No lo sé, pero está muy bueno —respondí.

—¿Te parece que Felipe está bueno? —Me miró sorprendido.



—Sí, de toda la vida... —Levanté los hombros a modo de disculpa.

—Bueno, bueno... ¿Y yo? ¿Te parezco guapo?

«¡No me mires así, por favor! No te pongas tú también intensito conmigo, que no respondo.»

—Un poco —contesté haciéndome la interesante.

—Es bueno saber que te acuestas con tíos que te gustan sólo un poco. Así me diste una oportunidad.

—Me gustan tus ojos azules, tu pelo medio revuelto, tus canas...

—Como Felipe —metió baza y yo asentí riendo.

—Pero también me gustan tus manos, tus labios... y lo que haces con ellos.

Esta vez fui yo quien se lanzó a morderle con suavidad el labio inferior, despacio, sin prisa, para soltarlo de igual manera y mirarlo a los ojos.

—Me gusta besarte —continué casi susurrando—, acariciar tu cuello...

Esta vez lo besé con intensidad, enterrando mi boca en la suya mientras mi lengua quería esconderse entre sus dientes. Sus manos sujetaban mi cintura...

—¿Nos vamos? —propuse deseando tenerlo desnudo entre mis brazos ya.

—¿Quieres venir a mi casa? —preguntó tras asentir casi con arrogancia.

—¿Me invitas a entrar en tu santuario?

—Ni que mi casa fuera un lugar de peregrinación —rio a carcajadas.

\* \* \*

Y esa fría tarde volvimos a hacer el amor en su casa.

No fue tan pasional como durante la noche, pero nuestros cuerpos se acompañaron suavemente, acariciándose bajo el edredón de su dormitorio. Nuestras manos se anudaron una y otra vez mientras nuestras lenguas peleaban por lamer la piel del otro. Su boca mordía mis huecos perdidos entre las sábanas y, cuando decidimos que necesitábamos más el uno del otro, acompañamos los vaivenes de nuestros cuerpos en busca de una revelación que llegó en forma de explosión de sensaciones que se tradujo en gemidos y jadeos llenos de sensualidad.

Habíamos vuelto a compartir la calidez de una cama llena de suaves caricias repletas de necesidad.

Sí, había hecho el amor con ese hombre de nuevo y había sido mejor que nunca. No nos exigimos nada, no nos pedimos nada y, a la vez, nos lo dimos todo.

Estaba enamorándome de Julián.

Escondí la cabeza debajo del edredón cuando él salió de mí y fue al cuarto de baño.

—¡Joder! —exclamé en voz alta sin darme cuenta.

—¿Qué te pasa? —Volvió a meterse bajo la calidez de la tela y se acercó para abrazarme.

—Nada, Julián.

—Cuándo una mujer dice «nada» es que le pasa de todo. —Acarició mi estómago con suavidad, acercándose peligrosamente a mi sexo.

—Es que... —a ver cómo lo explicaba sin hacer que saliera corriendo—, no sé... Todo es muy intenso. Lo siento, no sé cómo explicarlo.

—Pues no lo expliques y deja que pase... —comenzó a acariciarme de nuevo el clítoris—, siéntelo.

—¡Dios, Julián...! —Sentí cómo otro orgasmo comenzaba a fraguarse en mi cuerpo gracias a la pericia de sus manos.

—Eso es, dámelo mientras te beso.

Y eso fue lo que ocurrió. Mientras sus manos me llevaban de nuevo al séptimo cielo, sus labios atraparon el aliento que intentaba salir de mi boca al tiempo que todas y cada una de mis neuronas explotaban sin remedio.

—¿Ves? —me dijo—. Es sencillo.

«Dios, qué vergüenza...»

Sentía que el color rojo comenzaba a ascender por todo mi rostro. Si eso no era enamoramiento juvenil con revolución de hormonas, ¿qué era?

De nuevo el sonido del teléfono interrumpió nuestro delirio, bueno..., para ser exactos, mi delirio poscoital.

Julián se levantó de la cama sin pudor alguno y lo cogió. Las únicas palabras que logré oír fueron: «De acuerdo, ahora mismo voy».

Lo miré desde mi estúpida posición en la cama. Y digo «estúpida» porque ahí estaba yo, tapada hasta las orejas, mientras él paseaba por delante de mí con el móvil en la oreja, asintiendo.

—Lo siento, Daniela, he de marcharme —se disculpó.

—No pasa nada, en serio. Yo... —miré la hora— también debería irme. Mañana tengo que hacer inventario, el martes tengo un evento y...

—Tranquila, no pasa nada, puedes quedarte un rato. —Me besó antes de irse al baño.

Pero la verdad es que, de nuevo, después de tanta subida hormonal, ahora sentía que el hecho de comportarme como una quinceañera tenía sus consecuencias. La bajada a la realidad, a la tierra, al mantillo... o como queráis llamarlo.

No me sentía nada cómoda, así que cogí toda mi ropa, desperdigada por la habitación, y me vestí a toda prisa. Salí de aquella casa sin decir adiós. Algunos me llamarían idiota de manual por no controlarme mejor, pero ¿qué queréis que haga? Después de un horroroso matrimonio en el que me había sentido vacía y subyugada, había pasado a la tontería más tonta del enamoramiento adolescente. No debería haberme ilusionado tanto, pero...

Eché a andar en dirección a mi casa sin prisa, aun a pesar del horroroso frío que había calado dentro de mis huesos.

## Capítulo 13

Un mensaje, sólo un mensaje de Julián durante toda esa semana. Ni una llamada ni nada más. Silencio durante una semana entera. Sólo un: «Te has ido sin decir adiós, menos mal que ya sé dónde localizarte». Sí, era un ¡zasca en toda la boca! Pero ¿acaso no merecía yo algo más? ¿O realmente me estaba volviendo una gilipollas de manual? Que si sí, que si no... Sólo me faltaba seguir con «que caiga un chaparrón con azúcar y turrón, que rompa los cristales de la estación». Un poquito idiota sí me estaba volviendo.

Menos mal que, para que la cosa no fuera elevándose a niveles más allá de la normalidad en mi mundo interior, tanto Sandra como Mario estuvieron trabajando a la altura de las circunstancias y me dejaron a mí entre bambalinas, preparando un pequeño cambio en la carta del menú del *food truck*.

Después de varios días tratando de mejorar dos de las recetas por las que finalmente me había decidido —aunque sólo una de ellas formaría parte del menú, la que más sencilla sería de trabajar dentro de la furgó—, ganó por goleada el rabo de toro con un toque de torta del Casar. Su preparación, aunque laboriosa, daba la opción de poder dejar el producto hecho para luego cortar tan sólo lo necesario y marcar en la plancha. Dudamos más a la hora del pan, pero ahí quedó..., en un panecillo al vapor, de sabor suave, para no matar el de la carne.

De nuevo, un viernes por la mañana ya estábamos cargando todos los bártulos para partir rumbo a nuestro nuevo destino cuanto antes.

Una nueva feria nos esperaba, y era maravilloso ver que el tiempo nos

acompañaba.

—¿A qué hora abrimos? —me preguntó Sandra, que se había hecho ya un merecidísimo hueco entre nosotros.

—Pues —Mario miró el reloj mientras se tragaba un trozo de hamburguesa recién hecha—, dentro de una media hora.

—Eso es —convine yo.

—Vale, me da tiempo a ir al baño, es que me ha...

—¿Dado un apretón? —Mario mordió de nuevo su comida.

—No, idiota, me ha bajado la regla. —Se marchó a cambiarse al baño.

—Mira que eres burro a veces —le eché una falsa regañina.

—Hija, ¿y yo qué sé? Yo al baño voy a mear y a cagar, así que...

—Y a follar de vez en cuando, querido, ¿o no te acuerdas de aquella vez que...?

—Uis, calla, que aún tengo miedo de encontrármela.

Nos reímos a carcajadas mientras recordábamos nuestro primer evento y el lío que se había armado.

—¿Y tu Juliancito?

—Pues mi Juliancito, como tú lo llamas..., lo cierto es que no sé qué es de su vida. Hace más de una semana que no me llama ni me manda mensajes ni nada.

—¿Y tú a él? —Se limpió la boca después de terminar su comida.

—Pues no, no le he enviado ningún mensaje.

—Hija, deberías haberlo hecho.

—Hecho ¿el qué? —entró preguntando Sandra.

—Pues que hace una semana que no sabe de su novio...

—¡No es mi novio! —me defendí.

—Bueno, pues tu *polvoamigo*, *follamigo* o como leches quieras llamarlo.

—¿Y por qué no lo has llamado? —Sandra me miró.

—Porque podría haber llamado él —me enfadé.

—Claro que sí, pero ¿y qué más da quién llame si él te gusta?

—Es que hay un problema... —Esperé a que alguno de los dos me cortara o dijera algo, pero no sucedió—. Cada vez que estamos juntos, recibe una llamada y tiene que irse a algún sitio.

—Pregúntale —Sandra era una mujer decidida—, si te molesta que te deje sin darte explicaciones, lo mejor es que se lo digas.

—Pero ¿y si...?

—Y si, nada —Mario tomó la palabra—. Creo que Sandra tiene razón. No puede ser que por eso estés carcomiéndote enterita.

—Qué fácil lo veis todo vosotras, amigas... —suspiré.

—Sí, lo vemos todo tan fácil que tenemos relaciones estables desde hace más de diez años... No te jode, la otra... —se quejó Mario.

—Yo no tengo relaciones estables porque no ha llegado el hombre de mi vida —se defendió Sandra—. A mí me gustan especialitos.

—¿Especialitos? —preguntamos los dos a la vez.

—Peculiares...

Y se dio la vuelta, dejándonos con la palabra en la boca.

—Esta niña es un poco rara —se quejó Mario.

—Pues la conoces tú más que yo —susurré recordándole que había sido él quien la había recomendado para trabajar.

—Ya lo sé, pero no la conozco tanto.

—Dejad de susurrar, que sé que estáis hablando de mí. —Sandra nos lanzó una mirada asesina.

—Pues claro que estamos hablando de ti, si no, ¿de quién íbamos a hacerlo? —se burló Mario.

—Del novio escapista de Daniela.

—Oye, que yo no he dicho que sea así.

—Pero ¿no decías que desaparece como el Mago Pop? —La rubia se puso a preparar panecillos mientras me preguntaba.

—Bueno, sí, pero es que no sé cómo explicarlo. Cuando está conmigo, está. Pero luego, inmediatamente, cuando recibe una llamada, cambia. Desaparece. Se va física y mentalmente —me lamenté.

—Mándale un mensaje, llámalo, dile que quieres verlo —me instó Mario.

—Sí, hazlo.

—No sé..., ¿y si él no quiere verme?

—Pues no te responderá. —Mi amigo se acercó a mí y me dio un abrazo—. Anda, tonta, no todos van a ser como ese gilipollas.

Otra vez la maldita sombra de Manuel paseándose por mi mente. Y lo peor de todo era que los demás también lo sabían, estaba escondido en una esquina de mi gelatinoso cerebro para aparecer cuando menos lo esperaba. Bueno, en realidad creo que nunca se había ido, y de ahí todas las rayadas y comidas de coco que sufría desde que era una mujer libre de cargas.

—¡Vamos! —Sandra me dio un golpetazo en el hombro—. Escríbele si no quieres llamarlo, pero haz algo.

—Algo tendríais que estar haciendo vosotros, ¡so vagos! —Me puse en plan jefa—. A trabajar, esclavos.

—¡Negrera! —gritaron los dos a la vez antes de comenzar a reír.

Pero para pocas risas estaba yo. De nuevo, la mosca de la indecisión se posaba detrás de mi oreja y oía su zumbido como si nunca se hubiera marchado.

¿Quería comparar a Julián con Manuel?

A ver, no tenían absolutamente nada que ver el uno con el otro, ni siquiera físicamente. Julián era alto, con los ojos azules, nariz grande, pelo medio ondulado, canas y esa sonrisa que me mataba. Manuel era sólo unos centímetros más alto que yo, nariz pequeña, pelo oscuro, liso, y tal vez unos ojos vivaces. Sonreía muy poco, ni siquiera en nuestra boda lo hizo.

«Mientras que con Manuel todo lo que ocurría a su alrededor era más importante que yo, con Julián nada existe si estoy con él, a menos que lo llamen por teléfono, y entonces... Tengo que preguntarle... No puedo vivir con esta sensación de angustia tanto tiempo, necesito parar para siempre o lanzarme al abismo. Pero ¿y si lo que sucede es que está casado? ¿Si lo que quiere es tan sólo echar una cana al aire conmigo?»

Tenía el móvil sujeto, lo acariciaba metiendo la mano dentro del bolsillo del pantalón. ¿Debía enviarle un mensaje? ¿Qué perdería? ¿Energía? «Tampoco estaría mal, así bajo un poco de peso, que con esto del *food truck* voy a acabar convirtiéndome en una camarera del Oktoberfest, y no me veo llevando diez cervezas en cada brazo...

»¡Va, venga! Daniela, hija, es sencillo. Saca la mano del bolsillo, eso sí, con el móvil bien agarradito, no sea que se te caiga. Bien, vamos bien. Ahora pones la clave. Número, número, número, número. ¡Desbloqueado! Nos vamos

a WhatsApp y allí... ¿Allí qué coño pongo? Es fácil, bonita. Primero una letra y luego van las otras. Sencillo...»

Pero, aunque mi otro yo me estaba indicando a la perfección qué era lo que debía hacer, mi yo de este lado, el lado real, estaba absolutamente bloqueado pensando en las palabras que irían dirigidas a Julián después de tantos días sin saber de él.

—¡Trae, coño! —Mario me arrebató el móvil y se puso a escribir tan rápido que, cuando quise darme cuenta, ya me lo había devuelto—. Ya está, *drama queen*.

—¿Qué has hecho, loco?! —Me entró un ataque de pánico.

—Pues lo que tú no has hecho: enviar un mensaje —y siguió a lo suyo.

Tenía miedo de mirar la pantalla. Ese loco era capaz de haber escrito cualquier animalada, que era muy burro.

Abrí la pantalla y sólo pude ver un escueto: «Hola, ¿qué tal todo?», y los tics de recibido al lado.

—Vamos —me avisó Sandra—, empieza a sacar tu magia, que ya tenemos a gente preguntando por aquí.

Poco tiempo más me dio a mirar el teléfono. Durante todo el día, la gente se agolpaba para hacernos pedidos y más de uno repitió. Ya hasta reconocíamos las caras de algunos de los que se dedicaban a disfrutar de las ferias gastronómicas que se celebraban al aire libre. Algunos incluso venían a saludar con ganas de preguntar por novedades y, cuando probaban la nueva hamburguesa, nos daban la enhorabuena.

Estaba contenta. Me sentía bien al ver que el negocio estaba funcionando de la manera en que había soñado. Mi pequeña empresa, mi pequeña pasión. Y era mía.

Esa noche simplemente me dejé caer en la cama vencida por el cansancio y el sueño.

Si tenía que pensar en Julián, sería al día siguiente. «Hoy no, mañana.»



## Capítulo 14

—Nena —Deborah señaló a Mario—, ¿podrías ir a por las botellas de agua que he pedido fuera?

—Oye, ¿tú necesitas una cohorte de mayordomos o qué? —se quejó mi amigo, ya con la media para ponerse la peluca en la cabeza.

—Hija, es que estás al lado de la puerta. —Hizo un puchero muy teatral—. Andaaaaa.

—De verdad, yo es que soy demasiado buena.

Salió casi corriendo del camerino donde se cambiaban y de repente se quedó parado, helado, quieto, pegado, anonadado. Frente a él, Julián estaba hablando con Antonio, el dueño. Julián parecía entregarle una serie de documentos que el otro asía con gran felicidad.

—¡Ay, Diosito! —Mario entró de nuevo en el camerino como alma que lleva el diablo, poniendo un acento muy de telenovela.

—¿Y el agua? —se quejó Deborah.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Roncha Velasco.

—¿Os acordáis de mi amiga Daniela? —Todas asintieron a la vez—. Pues resulta que está saliendo con alguien, ese alguien está ahí fuera con Antonio y ella cree que le está escondiendo algún secreto.

—Sal y pregúntale —sugirió Elva Gina.

—No, ni de broma.

—Y ¿qué es lo que propones? —le preguntó Roncha con cara seria.

—Fácil—suspiró Mario—. Seguirlo y ver adónde va.

—Estás absolutamente loca, amiga —replicó Deborah Mela.

—Pues yo me apunto —Elva levantó la mano.

—Pero ¿no os dais cuenta? ¡No nos va a dar tiempo a volver para el espectáculo! —siguió quejándose Deborah.

—Es por un bien superior —sentenció Mario.

—¿Te das cuenta de cómo habla? —Deborah señaló a Mario con un dedo acusador mientras miraba a Elva, que se ajustaba la peluca naranja.

—Pues sí, y me voy con él —respondió la interpelada.

—Os juro que si me quedo sin trabajo os mato. —Deborah se calzó las alzas mientras suspiraba.

—¡Ay, querida! —Mario se colocó la pestaña que le faltaba y se puso a su altura para darle un abrazo—. ¡Gracias!

—No me toques, que ya voy maquillada.

—Ahora, lo que no sé es cómo lo vamos a hacer —comentó Elva Gina abrochándose el bodi de lentejuelas.

—Tengo las llaves del coche del jefe. —Mario sonrió detrás de su maquillaje casi caricaturesco.

—Yo no monto en ese coche si no abres el techo —volvió a quejarse Deborah.

—Pero, si lo abrimos, ¿cómo nos vamos a camuflar? Somos tres *drags* locas, maquilladas y con peluca.

—Me da igual, pero hay que irse ya o Julián se nos escapa. Está esperando un taxi.

—Vamos —alentó Elva apartando a sus dos amigas por el camino cuando abrió la puerta trasera.

Tres pares de tacones resonaron casi como una metralleta disparando sin ton ni son en el callejón vacío. Allí, aparcado casi como si de un vehículo de un narcotraficante se tratara, estaba el coche que usarían para seguir al hombre que siempre dejaba colgada a su amiga.

—¡Mira! —Señaló Deborah con una sonrisa—. Tiene la capota quitada.

—Este coche no tiene capota, se abre por los lados. —Mario intentó meter la llave en la cerradura.

—¡Ay, coño! —Elva comenzó a reír como una loca—. ¡Que es el coche de Michael Knight...! ¡Kitt, ábrete!

—Estás fatal... —dijo Mario.

—Con peluca y carburante, las chochonis tiran *p'alante*.

—Calla, gilipollas. —Deborah le dio una colleja.

Ciertamente, aquel coche negro era exactamente el mismo que aparecía en aquella serie de los años ochenta en la que un tipo que había perdido la memoria después de un accidente era rescatado por una organización contra el crimen que le cambiaba el rostro y lo dotaba con un deportivo con inteligencia propia que hablaba con él y cuyo nombre era *Kitt*.

La serie también había sido bastante famosa entre las señoras de la época a causa de su protagonista masculino, David Hasselhoff, y sus camisas ochenteras abiertas a medio pecho.

—¿No lo sabíais? —preguntó Mario.

—No tenía ni idea... —Elva seguía intentando no llorar de la risa para no estropearse el maquillaje.

—Ahora entiendo las pintas que lleva Antonio y de dónde vienen esos descamisamientos... ¡Por Dios, qué horror!

—Venga, todas adentro —ordenó Mario.

Una a una, cada una de las *drags* fue acomodándose en los asientos del coche. Elva se dejó caer en el trasero, puesto que entre las alzas y su estatura, casi dos metros, sus piernas embutidas en las medias compresoras y el bodi de lentejuelas rojas, sus movimientos estaban bastante limitados.

Deborah se sentó en el asiento del pasajero después de colocarlo en su posición inicial y sacó el casco con plumas por el techo abierto mientras sus piernas se encogían de manera casi esperpéntica.

—Esto no se paga ni con millones... —se quejó tratando de cerrar la puerta.

—Calla, que tú eres rica, querida. Esto lo haces sólo por gusto —le contestó Elva.

—Pero tengo una reputación...

—¡Quédate con el *putación*! —soltó Elva.

—Zorra.

—Callaos, coño. —Mario aún llevaba las zapatillas de deporte puestas mientras su vestido negro de brillos caía por su recto cuerpo—. Y tú, ¿no

podrías quitarte el casco? —señaló a su acompañante mientras encendía el motor del coche.

—*Buenas noches, Michael...* —se oyó de pronto por los altavoces del vehículo. Era la voz del mismísimo *Kitt*, el de la serie.

—¡Hostia! —gritó el trío a la vez.

Las risas comenzaron a resonar más allá del callejón trasero por el que pretendían pasar desapercibidos. Y la verdad es que aquello se parecía más a una serie de humor que a un «trabajo de espionaje».

—Como diga algo de alcanzar la hipervelocidad, o como leches se diga, me meo... ¡Me meo encima! —El maquillaje de Elva estaba ya sufriendo las consecuencias de la misión.

«*Fiu, fiu... Fiu, fiu...*», el característico sonido que el vehículo hacía en la serie, fruto de unas luces que tenía incorporadas en el capó y que se movían de un lado a otro, inundó el habitáculo.

«Este viaje va a dejar de ser secreto en menos que canta un gallo», pensó Mario, que conducía más atento a lo que pasaba en el interior del vehículo que fuera.

—¡Para, maricón! —oyó de pronto—. Que tienes un ceda el paso y no has frenado.

—Pero ¿cómo voy a frenar si esto no deja de hacer cosas raras?

—Sí, el coche es un rato raro, pero vamos, que le va que ni pintado a Antonio... —afirmó Elva.

—Ése es un hortera de los de manual. Sólo le falta teñirse el pelo de negro azabache —se quejó Deborah.

—¡Chis! —ordenó silencio Mario—. Ahí está ese libidinoso de Julián.

Julián subía al taxi en el momento en que el trío, digno de la TIA, la agencia de *Mortadelo y Filemón*, encaraba la calle. Si su intención era mantener lo máximo posible el disimulo, estaba claro que no iba a ser una de sus mejores armas a la hora de perseguir el taxi, que les sacaba unos metros. Si a Julián le daba por volverse en algún momento, vería cómo un casco de color rojo brillante con plumas sobresalía por el techo abierto de un coche en cuyo frontal unas luces de color rojo recorrían un panel de un lado a otro. Sin tener en cuenta que unas botas de color verde manzana, acompañadas de sus

respectivas piernas, casi rozaban las orejas del conductor.

Durante los diez minutos que duró el trayecto, no fueron pocas las fotografías y los vídeos que los viandantes les hicieron. Era algo así como el bus de *Priscilla, reina del desierto*, pero con un punto mucho más cañí. Ya no por la música que sonaba en el coche, la radio que estaba sintonizada era Radio Olé, sino por la idiosincrasia de los tres personajes que ocupaban los asientos. Eso sí, sin tener en cuenta que cada vez que giraban a la derecha o a la izquierda, por los altavoces del maldito coche sonaba la voz metálica de *Kitt* preguntando: «¿Estás seguro, Michael?».

—O el taxi para ya, o soy yo la que va a saltar por la ventana —explotó exasperada Deborah.

—¡Frena! —chilló Elva, que estaba en una posición más propia del *Kama Sutra* o del Twister, el juego ese de hacer contorsionismo.

—¡¿Qué?! —gritó Mario.

—Que ha parado —susurró la otra, agachando la cabeza, y la peluca, tras el asiento.

Por suerte pudieron aparcar cuatro coches más allá de donde se había detenido el taxi. Vieron cómo Julián bajó de él y, después de pagarle al conductor, se quedó parado, esperando.

—¿Qué hace? No lo veo —se quejó Elva.

—Pues sal de detrás del asiento —la instó Mario.

—No, que me va a pillar.

—Mira, si con las plumas de ésta —añadió señalando a Deborah— no nos ha visto ya, te aseguro que no nos va a ver.

—Callad, brujas, que el mochuelo se está moviendo del nido —advirtió la aludida.

—Creo que deberías dejar de ver series de espías pasadas de moda. — Mario le dio un codazo.

—Pues, mira, por lo menos tengo un vocabulario más amplio que el tuyo.

—¡Callad! —susurró Elva—. Se acerca una mujer con un cochecito.

Calle abajo apareció una mujer que iba caminando de manera rápida mientras empujaba un carrito de bebé. Era un cuco, por lo que quería decir que si dentro había un niño debía de ser muy pequeño.

—¡Ay, madre...! —Mario se llevó las manos a la cara—. ¡Ese tío está casado!

—Pobre Daniela —lloriqueó teatralmente Elva—. El amor de su vida está casado y tiene un bebé.

—Por favor, relajaos —intervino Deborah—. Puede que sea su hermana y que vaya a dejarle a su sobrino por algún motivo.

—Ya, sí, claro... —Mario estiró el cuello para mirar por encima del capó—. ¡La ha besado! ¡Miraaaaaaaaaaaaa!

—Ya lo he visto, esto es un drama... Si no tuvo suficiente con el tema de su exmarido zumbándose a una cuando ella iba a hacerse la *in vitro*, ahora éste ya tiene un hijo con otra mientras está con ella.

—Elva, por favor. María —así era como llamaban a Mario cuando estaban vestidos para trabajar—, baja. Seguro que todo tiene una explicación.

—Un drama y me va a tocar contárselo a mí —se quejó Mario.

Julián se acercó al cuco para mirar en su interior. Sonrió con dulzura y echó a andar empujando él el cochecito mientras la mujer lo acompañaba.

Desaparecieron lentamente calle abajo.

—Tenemos que volver o nos van a echar —Deborah alertó a sus compañeras.

—No sé si voy a ser capaz de conducir con este estado de nervios. —Mario comenzó a buscar comida por el interior del coche.

—Pues vas a tener que poner el motor en marcha, porque no llegamos —advirtió Elva.

Mario respiró un par de veces antes de arrancar.

—*Bienvenido, Michael.*

—¡Calla, zorra! —gritaron los tres ocupantes a la voz metálica de los altavoces al tiempo que el conductor metía la marcha atrás.

Poco después, el silencio que reinaba en el vehículo parecía propio de un funeral. De nuevo, de fondo sólo se oía una canción del grupo Camela. Sí, esa que los hizo famosos...

—Un buen pollazo te dio, querida —rompió el silencio Elva.

—¿Qué dices, loca? —le preguntó Deborah.

—¿No dice que no deja de soñar con él y que además no sabe qué le ha

dato...? Pues eso, un buen pollazo.

—Pero qué basta eres, hija —le echó la reprimenda la del casco con plumas.

Mario ni siquiera escuchaba a sus acompañantes; por su cabeza sólo pasaba la imagen que acababa de ver una y otra vez. ¿Cómo le diría a Daniela que Julián era un cerdo? ¿Cómo decirle que la engañaba?

—¡Mario! ¡Mario! —Deborah tuvo que darle un golpe en el brazo.

—¿Qué pasa? ¡Déjame!

—Yo te dejo, pero me parece que nos está siguiendo la policía.

—¿Qué dices?

Mario se sobresaltó y fijó la vista en el espejo retrovisor. A través de él pudo ver cómo un vehículo de la Policía Local con las luces puestas les estaba haciendo señales para que aparcaran a un lado de la calzada. Y eso fue exactamente lo que hicieron.

—Lo que nos faltaba... —Elva intentó meter las botas con alzas en el estrecho habitáculo.

—No llegamos y al final nos quedamos sin trabajo... —se lamentó Deborah.

—Callad, que ya...

Con toda la tranquilidad del mundo, el agente bajó de su vehículo y se llevó la mano a la cinturilla, donde tenía guardado su talonario de multas. Con el bolígrafo en una mano y el bloc en la otra, caminó decidido a comprobar qué era lo que sucedía en aquel coche tan estrafalario.

—Buenas noches, señor... —El policía cerró la boca al ver al trío que viajaba en el interior.

—Sí, puede llamarnos «señores» o «señoras» —indicó Elva.

—¡Chis! —chistó Mario pidiendo silencio.

—¿Documentación? —solicitó el agente de la ley.

—Verá, señor agente, es que hemos tenido que salir por una urgencia y no la llevamos encima —se defendió Mario.

—Es que no tenemos bolsillos —terció Elva.

—Ya... —El municipal se puso a escribir en la libreta—. ¿Podrían darme la documentación del vehículo?

Mario y Deborah rebuscaron en la guantera y en los laterales hasta que encontraron una carpeta que parecía contener los papeles del seguro y los que necesitaban en ese momento.

—Aquí tiene, señor agente —le ofreció el conductor.

—¿Quién de ustedes es Antonio Cántaro?

—Ninguno —soltó Elva sin filtro.

—O sea, que el vehículo no es suyo. —El policía cambió el tono.

—No, mire usted, señor agente —Mario comenzó a hablar—, hemos tenido que salir corriendo por una emergencia y, claro, con las prisas...

Observaron cómo el municipal hablaba por radio a la vez que pasaba la documentación y el número de bastidor del vehículo a la central.

Dentro, el trío calavera se estaba poniendo cada vez más nervioso.

—¿Señor agente? Es que tenemos que ir a trabajar. —Deborah sacó la cabeza por encima de la abertura del techo.

El policía no le hizo ni puñetero caso, pues estaba esperando lo que fuera que tuvieran que decirle desde la central.

Sin que se dieran cuenta, y casi en décimas de segundo, su otro compañero salió del vehículo policial y, cada uno en una puerta y empuñando el arma, los obligaron a bajar del coche.

—¡Salgan con las manos en alto!

—¿Cómo? ¿Qué? —Mario estaba ya de los nervios.

—Salgan del vehículo despacio y con las manos en un sitio donde podamos verlas.

—¿Qué hemos hecho? —preguntó Deborah.

—Se ha denunciado el robo de este vehículo hace una hora.

—¡La madre que parió a Antonio...! Ahora mismo lo llamo y...

—¿Con qué vas a llamarlo, María? ¿Con la punta del nab...?

—Salgan, por favor —repitió el agente.

Mario salió todo lo dignamente que su estrecho vestido negro le dejaba. Deborah, desequilibrada por el casco y las alzas, no cayó encima del policía porque el santo de las *drags* se apiadó de ella. Sin embargo, mucha menos suerte tuvo la pobre Elva Gina. Ella y sus casi dos metros estaban encajados a la perfección en el asiento trasero, y sus intentos para escapar de aquel ataúd



hecho coche fueron de todo menos dignos. Después de un par de empujones, se estampó contra el suelo, arrastrando sus lentejuelas en el camino.

Al levantarse Deborah, que estaba a su lado, trató de ayudarla.

—Tranquila, amiga, he ido a darle un abrazo al suelo, siento cuándo lo necesita —declaró Elva dignamente.

—En serio, señor agente, no hemos robado nada —intentó justificarse Mario.

—Es verdad, sólo que no hemos informado a nuestro jefe de que le cogíamos el coche prestado —de nuevo la verborrea incorregible de Elva se presentó sin avisar.

Por si la situación no era ya de por sí grotesca, los transeúntes comenzaron a arremolinarse a su alrededor, haciendo fotografías o grabando vídeos con sus teléfonos móviles.

—¡Ay, madre, que nos van a llevar a *chipiona*! —lloriqueó Elva.

—¿Qué coño de Chipiona? ¡Deja a la Jurado! —replicó Deborah.

—¿No se dice así en argot carcelario? ¿*Chinchón*?

—¡*Chirona*, gilipollas! Se dice *chirona*... —Le soltó una colleja.

—¡Estense quietos... o quietas! —El agente, que las apuntaba con la pistola, no tenía claro cómo dirigirse a ellas—. Vamos, que no se muevan.

—Llama al furgón, que esta *troupe* no cabe en el coche —indicó el policía que estaba al lado de Mario a su compañero, que a su vez dio aviso por la radio.

—Esto es un esperpento... —se quejó Mario a viva voz.

—Esperpento será cuando el jefe se entere —casi gritó Deborah.

—A mí el naranja no me sienta nada bien... —Elva se miró de arriba abajo.

—Yo creo que el cerebro, así, en general, no te sienta bien —se metió con ella la del casco de plumas.

—Me da la sensación de que tienes algo en mi contra, ¿no? —repuso la otra.

—No, en tu contra, no, en contra de tu cerebro, hija.

—Calla.

—Cállate tú, loca.

—Zorra.

—Callad ya, cojones —se quejó Mario—, que esto si no abre el informativo de las nueve es porque ya es más tarde. ¡Qué vergüenza! Como me vea mi abuela...

—Hale, todos al furgón y a callar.

Y así, con las esposas puestas y vestidas para el espectáculo, fue como María Humpajote, Deborah Mela y Elva Gina entraron en el furgón que las llevaría a la comisaría.

La llamada fue recibida en el teléfono del club donde trabajaban. De los mismos nervios, ninguno de los tres recordaba el teléfono de nadie que pudiera echarles una mano. Un alma caritativa del cuerpo les consiguió el número del club y finalmente lograron pedir ayuda a uno de sus compañeros.

No pasó más de una hora cuando la puerta de la celda se abrió de par en par y de manera sorpresiva. Los llevaron por el mismo pasillo por el que habían entrado y, al entregarles de nuevo sus pertenencias, pudieron ver que en una sala estaban esperando Roncha Velasco y Gabriel.

Con las cabezas bajas, sin ganas de comentar la jugada, el trío pasó por delante de ellos casi sin verlos.

—Gracias —dijo Gabriel mirando muy serio a Mario.

—Y ¿ésta qué hace aquí? —Elva señaló a Roncha.

—Pues ésta, querida, ha sido quien ha conseguido que Antonio quitara la denuncia y que Gabriel viniera a echaros una mano.

—¿Se ha enfadado mucho el jefe? —preguntó Deborah.

—Más que enfadarse, lo que ha hecho ha sido dar un par de patadas a una silla, un manotazo en la barra y ha tirado un vaso al suelo cuando colocaban las mesas —explicó Roncha—. Aunque eso fue sin querer.

—Sigo esperando que alguno me dé las gracias por sacarme de la cama a las doce de la noche —se enfadó Gabriel.

—¿Qué hacías dormido un sábado a las doce? —quiso saber Deborah.

—Vámonos —Mario seguía mirando al suelo—, intentemos regresar a ver si tenemos trabajo.

Después de lo sucedido, la noche consiguió salvarse a duras penas gracias a la mediación de Roncha Velasco y las promesas de Deborah de no cobrar

ese día. Lo que no sabían los demás es que ella sería quien les pagaría, aunque de eso nunca se enterarían.

Mario hizo un espectáculo mediocre. Todo lo que pasaba por su mente era cómo contárselo a Daniela.

A Gabi ya se lo explicaría en otro momento. No era él el importante.

## Capítulo 15

Todo se estaba convirtiendo en una auténtica locura. Ya no sabía si vivía mi propia vida o lo que estaba pasando frente a mis ojos era una astracanada. Aunque, ignorante de mí, estaba a punto de abrir la caja de Pandora, pero a lo bestia, así, sin remilgos.

Aquella mañana mi cuerpo sólo pedía un poco de redención para mis doloridos músculos, así que, sin una alternativa mejor, me tiré en el sofá a hacer la ameba un rato. O, lo que es lo mismo, poner algún programa del corazón, sucesos o lo que fuera que me mantuviera en estado catatónico el tiempo suficiente para no tener que pensar en lo que se me venía encima. Todo funcionaba a las mil maravillas con el *food truck*, pero si pensaba en las próximas fechas, sólo me entraban escalofríos.

Así pues, aproveché para no pensar mucho mientras pasaba canales de televisión para encontrar aquello que hiciera que mi cerebro se derritiera un poquito más de lo normal. Y lo encontré. En la pantalla aparecía una imagen grabada por un móvil con tres *drag queens* alrededor de un coche mientras la Policía Local los retenía. Lo curioso no era eso, que ya llamó mi atención desde el principio, pues me sonaban demasiado, sino que inmediatamente después de salir, la presentadora, la tal María Patiño, dio paso a un vídeo de YouTube. Tuve que respirar un par de veces porque no podía creérmelo. ¡Era la Yaya! ¡La Yaya haciendo de *youtuber* y comentando el vídeo!

«¡Ay, madre del amor hermoso...! ¡Virgen del camino de barro seco...! ¡La del abrigo de pana...! ¡¿Qué coño es eso?!»

Con tanto nervio y tanta gilipollez, me perdí exactamente lo que estaba

pasando en la pantalla, así que cogí el portátil para meterme en YouTube, buscar el vídeo y, sin un segundo de demora, darle al botón de «Play» para ver qué era lo que pasaba por delante de mis ojos. Y la verdad es que no sabía si echarme a reír o llamar a Mario para decirle que su abuela tenía más de medio millón de suscriptores contando cosas cotidianas sobre su vida. Podríamos compararla con una portera de finca que va hablando de los vecinos que suben o bajan por la escalera, pero sobre la vida de su nieto. Lo más gracioso es que algunos vídeos estaban editados. ¿Editados? Alguien estaba haciendo de cómplice de la Yaya y nadie sabía nada. Eso iba a ser la bomba cuando se lo contara a Mario.

¡Madre mía! Pero si estaba el vídeo de la detención de la policía...

—Míralo —decía la Yaya con la vista fija en la pantalla—, vestido como la mismísima Aramis Fuster esa. Y el muchacho pensando que su abuela no sabe nada... A ver, que es buena gente, pero míralo...

«Esto va a ser el apocalipsis. Ya lo estoy viendo...»

—Gabriel —lo llamé antes de poner el grito en el cielo y liarla a más no poder.

—Dime, preciosa.

Y le conté con pelos y señales qué era lo que estaba pasando en ese momento delante de mis ojos.

—Pues, a ver, yo hablaría con Mario. Pero debemos hacerlo con la yaya también, sobre todo si me dices que ese vídeo tiene más de dos millones de reproducciones. Eso es dinero, y habrá que ver dónde está.

—Hijo, tú siempre tan terrenal.

—Sí, pero es que es la verdad. Y no me gustaría que se aprovecharan de una anciana.

—Ya te digo yo que anciana sí es, pero de tonta me temo que no tiene un pelo.

Colgué con la promesa de volver a hablar con él, pero lo que ahora me carcomía era saber cómo iba a decírselo a Mario. No sabía si era mejor acercarme a su casa y encarar el problema de frente o, directamente, llamarlo para hablar a solas sin que la Yaya estuviera delante. Mario era capaz de montar un espectáculo de los suyos, y encima sin público que pudiera

aplaudirlo, sino más bien con una abuela a la que podría darle un disgusto. Aunque, si lo pensaba detenidamente, era más que probable que la abuela ya estuviera curada de espantos.

Esperaría a que viniera Gabriel del trabajo ver los vídeos y luego ir a casa de Mario para hablar con él para así, pasara lo que pasase, nosotros podríamos hacer de parapeto.

\* \* \*

—Madre del amor hermoso... —Gabi se llevó las manos a la cabeza cuando, en uno de los vídeos, la Yaya acababa dando la razón a la *youtuber* esa vestida de leñador con la cara pintada de blanco y metiéndose con la presentadora del programa, que antes era gorda y ahora no—. Esta mujer es una auténtica crack de la comunicación. Pero ¿tú estás viendo la de descargas que tiene? Necesita asesoramiento ya.

—Pero, Gabriel, ¿te estás dando cuenta de lo que dices?

—Claro que me doy cuenta, Daniela. Me parece que la que no es consciente de la dimensión que tiene esto eres tú.

—A ver, hijo, que nosotros seamos unos carcamales de la comunicación no quiere decir que seamos idiotas. Que esto dinero da, pero no sé, tal vez...

—No, no, hija. Nosotros tenemos en el despacho al tío ese que es *youtuber* que hace anuncios de refrescos y no veas la pasta que gana cada vez que se come un plátano boca abajo o intenta esnifar leche por la nariz...

Mi cara de asco lo decía todo.

—Soy una analfabeta de internet, lo confieso, pero si eso es lo que ahora ven los jóvenes, merecemos la extinción.

—Los hay peores, querida, los hay que hasta se dejan picar por bichos.

—Está claro, me gustaba más «Vídeos de primera».

—Eres una *viejoven* —se metió conmigo.

—Lo sé —simplemente me dejé azuzar por él.

\* \* \*

¿De qué manera vas a casa de tu amigo a decirle que su abuela sabe que es gay, *drag*, y que además está contando su vida por YouTube?

En realidad, por mucho que lo estuvimos hablando Gabriel y yo no encontramos mejor manera que hacerlo a las bravas. Sí, como las patatas, con su picantito y todo. Pero bueno, sabiendo que estaría en casa, allí nos colamos, como la canción de Mecano, sin invitación.

—Llama tú —le dije.

—Y ¿por qué no lo haces tú?

—A ti se te da mejor llamar al timbre —solté.

—¿Eso lo dice la Dirección General de Tráfico? —Gabi levantó las manos en el aire.

—No, lo digo yo.

—Ya, la loca del coño que...

—Hola, chicos. —Mario nos pilló en la calle discutiendo—. ¿Qué hacéis aquí?

—Pues nada, que veníamos a verte —le dije sin pensar mucho.

—¿Nos invitas a subir? —le preguntó Gabi.

—Claro, vengo de comprar las medicinas de la Yaya, está con Jerónimo.

—¿Quién es Jerónimo? —exclamamos a la vez Gabriel y yo.

—El chico que desde hace unos meses la cuida, es un encanto —sonrió.

—Ya —dijo Gabriel preocupado.

—Venga, subid y os lo presento.

—Y ¿cómo es que la Yaya nunca nos ha contado nada? —le susurré a Gabriel mientras pasaba por su lado para entrar en el portal.

—No sé, pero no me gusta.

\* \* \*

—¡Yaya, vengo con Gabriel y Daniela! —gritó Mario nada más abrir la puerta.

—Hijo, diles que pasen, que hace mucho que no los veo —oímos de fondo.

La casa era una de esas pequeñitas, construidas en los años sesenta para

acoger a inmigrantes venidos de otras regiones, y constaba de un saloncito, una minicocina y dos habitaciones pequeñas. Lo que me hacía pensar: ¿cómo la abuela y el nieto no conocían los secretos del otro? «¡Ay, Dios! Se avecina un drama... No sé si salir ya corriendo o quedarme para separar a alguien de algo.»

—Hola, Yaya —saludamos Gabriel y yo al entrar al salón para después darle sendos besos en la mejilla.

—Hola, hijos. —La mujer miró a Mario—. Ofréceles un cafecito, hijo. Jerónimo está en la cocina haciendo para nosotros, así que dile que use la cafetera grande.

Mario salió del minisalón, y entonces, tras mirar de reojo a Gabriel, que entendió a la primera lo que iba a hacer, me lancé a hacerle el tercer grado a la anciana. Así, sin vaselina ni nada.

—Yaya, ¿a ti te gusta internet?

—Sí, la verdad es que me distrae mucho. Jerónimo me ha regalado esto —sacó una tableta de esas tan grandes como una televisión de bar para ver el fútbol—, para que pueda entretenerme.

—Ya, entretenerte... —soltó Gabriel.

—Claro, hijo, salgo poco a la calle y, con esto y la tele, pues sé lo que pasa por el mundo.

—Sí, como lo del arresto de Mario... —añadió de golpe.

—¡Gabi! —Le di un golpe en el hombro—. Lo tuyo no son las sutilezas.

—Soy abogado, ¿qué quieres?

—Pues que es una señora de ochenta años y eres un animal —me quejé.

—Ya, pero a los...

—Hijos, niños... —la Yaya nos llamó la atención—. Sentaos aquí —palmeó a ambos lados en el sofá donde estaba sentada.

—Yaya, ¿sabes que Mario se va a morir de la vergüenza?

—A ver, sé mucho más de lo que vosotros pensáis. ¿O creíais que era tan tonta como para no saber que mi nieto es bujarrón?

—¿Quién es bujarrón?

Mario apareció en ese momento por la puerta con una bandeja llena de cosas. Lo seguía un chico alto, moreno y de ojos claros: Jerónimo, supusimos.



—Me temo que es mejor que nos sentemos todos, Mario —dije.

—¿Ha pasado algo? —Se llevó las manos al pecho después de dejar la bandeja, lo que hizo que la Yaya me mirara y pusiera cara de «Hija, ¿en serio?».

—No y sí —continuó Gabriel—. Me temo que tu abuela tiene que contarte algo y tú a ella. Bueno, es por...

—¿Cómo que tiene que contarme algo? —Se lanzó a sus brazos—. Yaya, no estarás más enferma, no necesitas algo que yo no...

—Hijo, soy *youtuber* —le soltó de golpe.

—Ya, claro, y yo *drag queen* —soltó él haciéndose el gracioso.

—Sí, y trabajas en un club por las noches —añadió ella.

—Eso es. —Mario se tomó la respuesta de su abuela a pitorreo.

—Mario, tengo un canal en internet.

—Yaya, pero ¿qué estás diciendo? —Se puso serio.

Nosotros observábamos la escena como si de un partido de tenis entre Nadal y Djokovic se tratara. Aunque me fijé en que Jerónimo estaba casi escondiéndose en una esquina y miraba raro la situación. Le di un ligero golpe a Gabriel pasando mi mano por detrás de la Yaya.

—Pues eso, que Jerónimo me graba las cosas que yo cuento y luego las sube a internet.

Los ojos de Mario pasaron de su abuela al cuidador.

—¡Ay, Dios mío! —Se lanzó a por él—. ¡Que te estás aprovechando de una señora mayor! ¡Dinio...! ¡Eres un Dinio cualquiera!

—Parad —exclamó la Yaya, a la vez que Gabriel, que era como un armario empotrado, se interponía entre ellos para que no hubiera ríos de sangre—. Aquí los secretos corren como la pólvora. Yo te he contado eso de los *youtubers*, pero tú también tienes que decirme algo.

—¿Yo? —dijo Mario separándose de Jerónimo y de Gabriel—. Yo no tengo nada que decir.

—Deberías contárselo. Lo sabe todo —le indiqué.

—Yaya...

—Sí, hijo, sé que eres sarasa y que te gusta vestirme mejor que la Nati Abascal. ¿De verdad crees que una abuela no conoce a su nieto?

—Pero es que yo no quería...

—¿Qué? ¿No querías qué? ¿Darme un disgusto? —Suspiró—. Y luego dicen que los mayores somos unos retrógrados. Cariño, eres lo que eres y te gusta lo que te gusta, pero no por eso no te voy a querer. Además, durante todo este tiempo me has venido tan bien para hacer los vídeos esos que Jerónimo me enseñó...

—Eso es algo que vais a tener que explicar. —Gabriel hizo sentar al aludido mientras todos lo mirábamos.

—Yo, a ver... —Respiró hondo—. Cuando comencé a trabajar ayudando a tu abuela, siempre me contaba tus historias y me preguntaba cosas sobre cómo usar el móvil para ver los vídeos, como ella decía, «de los chavales esos que hablan de cosas». Así que un día le propuse hacer una prueba y ella me dijo que sí. Lo grabamos, lo edité, soy ingeniero de imagen y sonido, y subimos el vídeo a las redes con el nombre de la Yayayeyé y...

—Y lo demás son medio millón de seguidores y millones de visionados, así que ¿dónde está el dinero? —Gabriel fue más incisivo.

—Pues todo lo que está ganando está en una cuenta a su nombre y sólo a su nombre —declaró Jerónimo mirando a la Yaya y pidiendo ayuda.

—Sí, lo tengo todo a buen recaudo. —La anciana se señaló el pechamen sacando una cartilla que dio a su nieto.

—¡Madre del amor hermoso! Y yo matándome a trabajar... —Le entraron hasta mareos.

—Es que yo no sabía nada de estas cosas, y cuando Jerónimo me contó que los vídeos estaban siendo vistos por mucha gente me explicó lo del dinero. Fuimos un día al banco, abrimos una cuenta nueva y allí está todo el dinero guardado para ti, para cuando yo falte.

—Me va a dar un síncope... —Mario se abanicaba con la cartilla poniendo los ojos en blanco.

—¿Veis? ¿Cómo no iba a darme cuenta? —se justificaba la Yaya.

—Y a éste —Mario señaló a Jerónimo— lo voy a matar. Lo juro.

—Pero si yo sólo he hecho lo que tu abuela ha querido.

—No lo digo por eso, sino por no contarme nada —señaló enfadado.

—Ella me pidió que no dijera nada, así que yo... —Con la mano cerró

simuladamente una cremallera en su boca.

—Pues quiero ver esos vídeos, quiero saber las perversiones que hablabas de mí —volvió a ponerse melodramático.

—Me conformo con que nos explique cómo consiguió el vídeo de tu detención, y yo quiero saber qué estabas haciendo —afirmé con una sonrisa, inocencia mía.

Me di cuenta de que Gabriel y Mario se demudaban de golpe, mirándome esta vez a mí.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté sintiéndome el centro de atención.

—Mario, estaría bien que se lo contaras —dijo Gabriel.

—¿Qué pasó? ¿Por qué os detuvieron? Y ¿por qué ibais vestidas para actuar? —Me estaba poniendo muy nerviosa.

—Es que no sé por dónde comenzar...

Sentado de nuevo en una de las sillas del salón, Mario comenzó el relato con todo lujo de detalles. Desde que vio cómo Julián entraba en el club para pedirle al jefe la documentación que necesitaba, hasta el momento en que comprobaron que bajaba del taxi, una mujer joven y morena se acercaba a él con un cochecito de bebé y ambos se besaban. Después vino todo el caos de la policía, la detención y la puesta en libertad gracias a Gabriel.

Y la verdad es que, mientras recreaba los hechos en mi mente, todo a mi alrededor parecía ir cada vez más y más lento. Las palabras sonaban como en las películas: graves, silabeadas, subrayadas... No podía ser. No tenía por qué ser así, no debía ser así. Las piezas encajaban a la perfección. La voz de la mujer en el teléfono cada vez que lo llamaban. El irse corriendo sin dar explicaciones. Lo hermético que era sobre su vida privada...

—¿Tú lo sabías? —Miré a Gabriel.

Asintió lentamente, como con miedo. Y, sí, debía de tenerlo, pues el Demogorgon que vivía en mí iba a desplegar toda su ira.

—Lo sabías... —Me levanté—. ¡Lo sabías y no me dijiste nada! —grité—. ¡Tú! —Lo señalé con el dedo—. ¡Tú, que estabas al corriente de lo que me pasó con Manuel! ¡Me cago en la puta! ¡Joder!

—Daniela, no quería contarte nada hasta saber exactamente qué pasaba.

—¡Y una mierda! —Miré a todos los que estaban en el salón—. Eso es lo

que hacen los amigos cuando se enteran de algo que el otro no sabe y que podría hacerle daño, se lo ayuda. ¡Sois... —ahora miré sólo a Mario y a Gabriel— sois un par de cabrones!

Me dirigí hacia la puerta de salida gritando.

—Que si estaba dolida por lo de Manuel. Que si tenía que dejarme llevar. Que si le estaba dando demasiadas vueltas... ¡A tomar por culo todos! ¡Vosotros y él! ¡Todos!

Y salí corriendo del piso, largándome en mi moto de mierda, con mi casco de mierda, a lamerme las heridas de mierda en la casa del traidor que me acogía, dejándole tirado.

## Capítulo 16

En esos momentos me sentía como un habitante de aquella pequeña aldea gala en la que Astérix y Obélix vivían plácidamente a pesar de los intentos de incursión por parte de los romanos: el cielo había caído sobre mi cabeza. Eso era lo que ellos más temían, en realidad, lo único a lo que le tenían miedo, pánico, horror. Todo lo demás no existía.

Vale, puede que me esté pasando un poquito al expresarme de esa manera, pero que la persona con la que de nuevo volvía a tener una ilusión estuviera jugando a dos bandas me hacía ser un poquito melodramática.

Enumerar mis fracasos personales tampoco es que ayudara mucho a mejorar mi estado de ánimo: mi primer amor había descubierto que era gay después de acostarse conmigo, mi exmarido, el día en que comenzábamos la carrera para ser padres, se había tirado a la cajera, y él, Julián, el hombre con el que estaba empezando a sentir más que cosquillas en los bajos, tenía una preciosa familia. De esas con mamá, bebé y él.

El numerito que monté cuando Mario me lo dijo fue tan espectacular que luego nadie llamó a mi móvil o se presentó en casa. Después de destrozarme el corazón, de haber rasgado hasta mis músculos más duros y haber aguantado mis gritos, habían huido...

«¿Qué voy a hacer? ¿Voy a buscar a Julián y le monto un numerito? ¿Lo sigo hasta su casa para ver a su mujer y que ella se entere de que es un cabrón? Sí, eso.»

Seguía dando vueltas como un animal encerrado en una triste jaula de un zoo abandonado. Necesitaba tranquilizarme, así que abrí el armario donde

guardábamos los licores más fuertes. Ahí estaba la bomba de hidrógeno que necesitaba, un copazo a la antigua.

—Daniela, seguro que con un lingotazo de coñac la cosa se relaja un poco —me dije en voz alta, tratando de justificar mis pensamientos más acosadores.

»¿Alcohólicos Anónimos? ¡Ja! ¡Cobardes! ¡Todos unos cobardes!

Cogí un vaso acorde con el contenido del líquido destilado y lo llené hasta arriba.

Miré dos veces la copa pensando si quizá me había pasado un poquito echando tanto. Pero si ahora me enfrascaba en disertaciones sobre la cantidad correcta de coñac que había que echar en un vaso de ese tipo, perdería todo el fuelle de locura que en esos momentos me consumía, así que... «A la de una, a la de dos y a la de tres. ¡*To' pa' dentro!*!»

Mientras el licor recorría mi garganta para aposentarse finalmente en mi estómago noté cómo quemaba. El líquido ardía despacito, haciendo daño, y el alcohol que se evaporaba por el camino luchaba a su vez por salir de mi cuerpo a base de estertores, toses, lagrimones por los ojos y ciento y un espasmos, algo más parecido a una posesión del mismísimo Satán que a un lingotazo a la vieja usanza. No obstante, no contenta con eso, cuando el demonio ya escapó de mi cuerpo, volví a llenar la copa para tomar el último aliento de fuerza e ir a por aquel cobarde poncuernos. «Mal padre y bárbaro mentiroso... Bueno, esto último debe de ser por culpa del alcohol, porque me ha salido un poco en plan telenovela.»

Y así, con la ropa que llevaba, dejé la copa encima de la mesa del salón y la botella al lado, por si al regresar la necesitaba a mano.

Cogí el autobús, no me atrevía a conducir el coche de Gabriel, puesto que la mezcla de cabreo, coñac y odio maligno podía ser mortal. Lo que no tuve en cuenta es que, entre los vaivenes del susodicho, el calor de la calefacción y que a esas horas la gente regresaba del trabajo con los alerones más cargados que nunca, las arcadas hicieron acto de presencia.

Una arriba, yo la bajaba. Otra arriba, yo la castigaba. La última, que por poco se escapa, la metí a empujones... «¡Que llegue ya a la parada o moriré! ¿A quién se le ocurre beber coñac como los viejos de tasca? Gilipollas es lo que soy, un poquito retrasada.»

Y pasó lo que tenía que ocurrir, la siguiente arcada que sentí en mi predispuesto cuerpo no pudo esperar más y quiso liberarse sin contar conmigo. Aparté a todos los que estaban en el bus y salí escopeteada por la puerta en cuanto abrió. Casi muero por el traspie, pero entre dos coches logré «liberar a Willy». Quien dice eso dice casi todo el contenido del estómago. En resumen, el coñac del infierno.

—Daniela, ¿estás bien?

«¿En serio? ¿De verdad? En estos momentos no podría pasarme otra cosa, ¿verdad?»

—¿Daniela? —Sentí la mano de Julián sujetándome por el hombro.

Me puse tiesa como una vara.

—Sí, gracias, muy bien. —Metí la mano en el bolso y saqué un chicle para disimular el olor putrefacto que supuse que debía de salir por mi boca.

—Pues acabo de ver que vomitabas nada más bajar del autobús. ¿Te encuentras bien, cielo?

—¿Cielo? Tu cielo está de puta madre y no es gracias a ti. Así que deja de llamarme así, amancebado.

«Hale, ahí, sacando tu cultura.»

—Daniela, ¿qué pasa? —Se acercó para acariciar mi rostro.

—Que eres un abarraganado.

«Otra así y lo ganas.»

—¿Me puedes explicar qué está pasando? —Ahora se apartó cogiéndome del brazo para subir a la acera.

—¡Que no me toques, amancebado! ¡Que lo tuyo no es ni medianamente normal!

—Por favor, Daniela, ¿puedes explicarme qué haces aquí y por qué me tratas así?

—No me da la gana, que eres un guarro, un cerdo... —Le di un empujón en el pecho que lo hizo trastabillar y casi caer.

—¡Daniela! ¡Para! O me explicas qué es lo que está pasando o...

—¿O qué? ¿De qué tienes miedo? ¿Te da miedo que ella te vea? ¿Que se entere de lo nuestro? —grité.

—¿Qué ella?

Volvió a acercarse demasiado. Al final le iba a soltar un sopapo del que me iba a arrepentir en el momento en que la mano tomara dirección a su atractiva cara.

—No tienes vergüenza.

Su incomprensión se tornó en enojo. En su frente, las arrugas adoptaron una forma más profunda. Se estaba enfadando, y en vez de asustarme me gustaba, me estaba poniendo toda cachonda. Y, de no ser porque mi cerebro recordaba que era un adúltero, lo habría tirado al suelo y me lo habría zumbado.

—Daniela, basta ya —dijo contenidamente—. Estás montando un espectáculo deplorable. Y hueles a... alcohol.

—Sí, para decirte que te vayas a la mierda y que vivas feliz tu vida matrimonial he tenido que tomar algo de «valor».

—Ya. —Suspiró—. Sube a casa, te preparo una manzanilla.

—¿No se va a enfadar tu mujercita? —lo provoqué con ganas.

—Sube ahora mismo a casa.

Me agarró del brazo sin contemplaciones y me arrastró los metros que separaban la parada del autobús, donde habíamos dado —bueno, yo había dado— un espectáculo dantesco, de su casa.

—¿Vamos a hacer un trío?

«Dale, Daniela, que al final la lías más.»

Sólo lo oí suspirar mientras abría el portal. No sé qué extraña reacción tuvo mi cerebro, pero al entrar en el ascensor prefirió callar. Si me subía a su casa, digo yo que debía de ser por algo. Pero si Mario y los demás habían acabado en comisaría por eso, no creo que me estuvieran mintiendo.

—Pasa —no dijo más cuando abrió la puerta y a su encuentro salió una señora mayor, que lo saludó.

—Hola, Julián, ¿qué tal el día? —Le dio dos besos.

—Muy bien, Angustias.

—Ha llamado tu madre, que mañana va a venir ella. Yo tengo que ir con Jorge al médico.

—Perfecto, ya hablo con ella. ¿Está dormido?

«Ahí está, el bebé.»



—Sí, acaba de dormirse, así que hasta dentro de un par de horas como mínimo no tendría que despertarse.

—Perdona, Angustias —me miró a mí—, es Daniela. Una amiga.

La mujer levantó una ceja de manera inquisitorial, pero educadamente se acercó y me saludó con un par de besos. Julián me explicó que era ella la que lo ayudaba entre semana con el niño y la casa.

—Un placer —le respondí con la misma fórmula, y con ésas recogió sus cosas para marcharse.

—Siéntate —dijo Julián autoritariamente.

—¿Dónde está ella?

—Cállate y escucha.

Su rostro ya no era amable, ni siquiera comprensivo. Nunca le había visto esa expresión en el tiempo que llevábamos juntos. Así que sellé mis labios con pegamento ultrafuerte y esperé sentada a que volviera de donde hubiera ido. Sentadita en el salón, allí me quedé, sintiéndome un poco mejor después del bochornoso espectáculo callejero.

Julián volvió con una cerveza para él y una manzanilla para mí. Habría preferido otra cerveza, pero mis labios no podían abrirse, estaban cosidos con doble puntada.

—Si quieres alguna cosa más —me ofreció, pero yo negué con la cabeza.

«Daniela, recuerda, los labios sellados.»

—¿Por dónde empiezo?

Levanté los hombros indicándole que hiciera lo que considerara.

Y entonces, de sopetón, me contó toda su historia, que comenzó el día en que conoció a Luisa, una chica preciosa con la que estuvo saliendo durante tres años antes de decidir irse a vivir juntos una idílica vida: casa en las afueras, perro y unos fines de semana llenos de amigos y diversión. El amor llenaba todos y cada uno de sus poros el día que decidieron casarse. Fue al atardecer, en un precioso campo de golf, con toda la gente a la que amaban a su alrededor. Dos años más y se encontraron preparados para ser padres, así que durante otro más dejaron que la naturaleza siguiera su curso. Sin embargo, cuando el hijo deseado no llegaba, pidieron ayuda profesional, pero fue imposible, así que cuando comenzaron todo el papeleo para adoptar a un

recién nacido, la cosa fue bastante difícil. Tuvieron tres entrevistas antes de que les dieran la idoneidad como pareja y un día les llegó la propuesta aceptada para ser padres de un bebé. Por desgracia, en aquel mismo mes recibieron también la noticia más terrorífica de su vida: Luisa tenía un tumor inoperable.

Yo lo miraba sin pestañear siquiera mientras me contaba aquella historia, tratando de encontrar algún atisbo de rabia u odio en su relato, pero sólo hallaba un profundo amor en todas y cada una de sus palabras. En ese momento me odié a mí misma por el espectáculo que había montado en la calle.

Julián continuó después de darle un trago a su bebida. Y finalizó diciendo que Luisa había fallecido hacía dos años y, que antes de morir, le había hecho prometer que él continuaría con el proceso de adopción, que ése sería su hijo, el hijo de la pareja, pasara lo que pasase. Y pasó: el pequeño Luis Andrés, pues no quiso quitarle su nombre de nacimiento, había llegado hacía tres meses a su vida.

Así que Julián era padre, era viudo y quería seguir conociéndome.

—Ya conoces mi vida —suspiró—. Soy un padre soltero que pasa la mayor parte de su tiempo entre el trabajo y ejerciendo su deber como padre —sonrió.

—Lo siento —fue lo único que salió de mi boca.

—No lo sientas. Gracias a lo que sucedió, a lo que Luisa me enseñó durante ese tiempo, soy quien soy y disfruto del momento de diferente manera.

—¿Cuando nos conocimos no eras padre? —Lo de mis preguntas era *pa'* darme un palo.

—No, ni siquiera tenía esperanzas en ese momento —respondió.

—Me siento gilipollas.

—Eres un poco gilipollas, para qué negarlo —replicó.

—Que yo me insulte a mí misma tiene un pase, pero ¿que seas tú? —me puse mínimamente a la defensiva. Una cosa es que una fuera imbécil de manual y otra dejar que los demás, aparte de creerlo, te lo dijeran a la cara. Y menos el tío que te gustaba más que los flamenquines con patatas y mayonesa.

—Bueno, si hubieras preguntado por qué me iba siempre corriendo, es

probable...

—Es probable que hubieras puesto cualquier excusa —lo corté—. No creo que un tío que acaba de ser padre, de la manera que sea, le diga a su futurible a la primera de cambio que tiene un hijo estando soltero.

Se acercó a mí en el sofá.

—¿Te consideras una futurible conmigo?

—Bueno, sí... —Me puse colorada—. Pero no me cambies de tema y responde: ¿me lo habrías dicho?

—Me gustaría que fueras mi futurible —siguió con su juego—, ¿quieres?

—No sin antes conocer la respuesta a mi pregunta.

¿En serio me estaba haciendo una proposición de lo que fuera que pudiéramos ser con un tema tan intensito de por medio?

—No, no te lo habría dicho hasta después de un tiempo. Primero quería saber si estabas enamorada hasta las trancas de mí como yo lo estoy de ti.

—¿Estás enamorada hasta las trancas? ¿De mí? Es todo taaaan bonito. — Me levanté del sofá.

—Y ¿ahora qué pasa? —preguntó abriendo las manos.

—Pues pasa que no sé si era mejor que tuvieras una mujer y sentirme sólo la otra. Ahora es todo mucho más complicado.

—¿Complicado? Pero si sólo tengo un hijo. —Se levantó airado—. ¿Ves cómo no tenías que saberlo aún?

—A ver, no me malinterpretes, pero venía a montarte un pollo por ser la otra y ahora soy la única. Sí, ¿no? —pregunté, y él asintió—. Pero tú tienes un bebé de meses y entonces nosotros seremos los... ¿padres?

—No. Aquí el único padre soy yo —se enfadó, encarándome.

—Sí, pero compréndeme. Salí escaldada con el tema hijos y no sé...

—¿Quieres dejarme? —Se acercó a acariciarme el rostro.

Cerré los ojos al sentir sus manos en mis mejillas.

—Sí. Bueno, no. No quiero dejarte, pero esto me queda grande. Yo no quiero...

—¿Quieres conocerlo?

Me besó suavemente y yo asentí como una tonta.

«¡Daniela! ¿Qué haces? ¡Holaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! Que te estás metiendo en

la boca del lobo. Que tú no querías niños y ahora tienes un “novio” con un bebé. Que esto se te está yendo de las manos y...»

Y cuando abrió la única puerta que siempre había visto cerrada cuando había ido a su casa, vi una habitación toda decorada con conejitos, elefantitos y todos los -itos que quisieras encontrar. Dentro olía a bebé, a colonia y a potingues varios. Lo admito, en ese momento sentí una punzada por lo que podría haber sido con mi ex y no fue..., menos mal.

—Está despierto. —Julián se acercó a él y lo cogió, ofreciéndomelo—. ¿Quieres cogerlo?

—Deja, que yo...

«Que yo, nada.»

No hubo ningún tipo de explicación más, pues ya tenía al pequeño entre mis brazos antes de poder negarme. Que si se me dan mal, que si tengo miedo a hacerles daño, que si lloran conmigo, que si... Tenía ya pensadas mil excusas para que no llegara ese momento, pero ni una pudo salir de mis labios. Y ahí estaba, con un bebé recién nacido entre mis brazos, acurrucándose para dormirse, el muy maldito...

—Se te dan bien. —Julián se puso a mi lado y me cogió por la cintura—. Suele dormir mal si yo no estoy cerca.

—Por eso salías siempre a la carrera.

—Por eso seguiré saliendo a la carrera —replicó.

—Estará más cómodo en la cuna.

Pero cuando intenté dejarlo de nuevo se removió y abrió los ojos.

—¿Por qué no vas al salón y...?

—Que no, de verdad. No me siento muy bien y casi preferiría irme a casa —mentí como una bellaca—. El estómago se me ha revuelto demasiado.

—Bueno, lo entiendo, pero mañana podríamos salir un rato.

—No sé, te llamo y te digo algo —finalicé volviendo a dejarle al niño en los brazos.

Estaba claro que quería escapar de esa casa, de su casa. No es que no quisiera estar con él, ni verlo, ni follármelo hasta la eternidad. Pero saber que tenía un hijo adoptado que era un bebé... como que tenía que pensarlo un poco. Aunque fuera sólo un poco, debía ver los pros y los contras de mantener una

relación con un padre soltero que estaba más bueno que el pan tostado y que estaba haciendo lo indecible para poder estar con su hijo. Eso sí, yo no sé si quería implicarme...

«Daniela, para un poquito...»

—Daniela, ¿estás bien? ¿Estamos bien? —Julián me acompañaba a la puerta con el bebé en brazos.

—Sí, tranquilo. Mañana te llamo, te lo prometo.

Le di un beso y me fui de allí con el alma más por los suelos que nunca.

## Capítulo 17

Los golpes en la habitación resonaban por toda la casa. No habían parado de hacerlo desde hacía más de tres minutos, insistentemente y sin darme tregua. Habrían entrado en ella como una tormenta tropical de no ser por el pestillo, que anteriormente había echado. No tenía ganas de hablar con nadie, pero la pandilla basurilla se había puesto de acuerdo para joderme un poquito más de lo que ya lo estaba.

—Sal ya de ahí —me ordenó la voz grave de Gabriel.

—¿Puedes dejarme en paz? —pedí.

—No, no voy a dejarte en paz. Llevas cuatro horas encerrada en la habitación y he oído cómo estás poniendo esa canción de Lana del Rey con The Weeknd una y otra vez. ¡Me vas a volver loco!

—A mí me gusta —oí por detrás la voz de Sandra.

—Calla, estoy negociando la liberación del rehén —la silenció Gabi.

—Saca el whisky y verás cómo sale —soltó Mario.

—¡Si me queréis, *irse!* —acabé diciendo medio en serio medio en broma.

—¿Veis?, no está tan mal —dijo Mario en voz alta.

—No la conozco tanto, pero si lleva cuatro horas sin comer, bien no está —opinó Sandra.

—No, no está bien. Yo la conozco, y cuando entra en bucle con una canción es que la cosa está fatal. Con su divorcio le dio por poner todo el tiempo a Duncan Dhu con la de las gaviotas.

—¿En serio? —Mario casi gritó por el susto—. No sé, me la imaginaba más con el tema de Rocío Jurado: «Ahora es tarde, señora... Ahora nadie

puede apartarlo de mí...».

—¿Y eso? —preguntó Sandra.

—Es que pilló al marido montandoselo con la cajera del súper, ¿no te lo contó?

Imaginé que respondió que no, porque Mario se lo relató todo con pelos y señales. Y, claro, para él lo más lógico habría sido que yo llorara por las esquinas escuchando esa canción que habla de cómo robar maridos.

—¿Queréis callaros ya? —Gabriel quiso poner orden—. Id al salón a beber algo, yo la saco.

Oí pasos que se alejaban hacia el fondo de la casa.

—¿Ya se han ido? —susurré desde dentro de mi búnker.

—Sí, abre, anda.

Me levanté sin ganas de la cama, en la que estaba, como mandan los cánones de las depresiones amorosas, hecha un ovillo escuchando esa canción una y otra vez. Me recordaba a nosotros, a Julián y a mí, cada vez que hacíamos el amor.

—¿Qué te pasa, pequeña? —me preguntó finalmente Gabriel cerrando la puerta y el pestillo, pues no se fiaba de Mario.

—Nada.

Así comenzaban todas nuestras conversaciones importantes.

—Si no te pasara nada, no estarías de esta manera. —Me acurrucó entre sus brazos.

—¡Ay, Gabi! Qué difícil es todo...

—¿Julián te ha dejado? —Negué—. ¿Lo has dejado tú?

—Aún no lo sé. —Ésa era la verdad verdadera y egoísta.

—Pero ¿te ha hecho algo? O, peor aún, ¿no te ha hecho nada? Hija, cuenta ya...

Y se lo solté a base de lagrimillas idiotas. No lloraba desconsoladamente, porque no era para hacerlo, pero sí me salía alguna que otra tontería por el ojo, casi sintiendo más pena por mí que por él. El caso es que me sentía casi peor que al divorciarme de Manuel por culpa de los cuernos, puesto que me estaba planteando dejarlo por tener un hijo.

«Imbécil...»

—Imbécil —oí que decía Gabriel.

Así que no, no era mi cerebro el que me estaba diciendo que era tonta *perdía*, sino que también lo hacía mi mejor amigo.

—¿Perdona?

—Pues eso, que eres una imbécil si estás pensando en dejar a ese ejemplar de macho sólo porque tenga un hijo.

—Pero es que yo no sé si quiero tener hijos, con Man..

—Mira, si todo el problema que tienes es el hecho de que esta situación te recuerda a lo que sucedió con Manuel, o, mejor dicho, a lo que no sucedió, puedes darle las gracias. Ahora estás divorciada de él en vez de estar criando un hijo sola. Porque sabes que antes o después te habrías enterado, ¿no?

—Sí, pero...

—Pero probablemente seguirías casada con él, porque estarías apartada del trabajo, de tus amigos y te refugiarías en tu hijo, ¿no?

Yo asentía con vehemencia a todas las preguntas de mi amigo.

Estaba volcando mi frustración, la de querer que el hijo de puta de Manuel y yo fuéramos padres, en esta situación. No tenía nada que ver, no se parecía en lo más mínimo, pero como tengo un gen *drama queen*, el pánico a mi desgraciado pasado llegó de golpe.

«Un hijo rompe parejas, un hijo pone nervioso a las parejas, un hijo separa, un hijo es...»

—Daniela, si te gusta, olvídate de que tiene un niño. Lo quieres a él, y si quieres estar con él, todo lo suyo, antes o después, será parte tuya también. — Me besó en la cabeza.

—Lo sé, pero es que es todo mucho más dramático. El bebé sólo tiene tres meses y fue adoptado por una promesa que él le hizo a su mujer fallecida hace dos años.

—Pues sí, lo cierto es que todo es más enrevesado de lo que parece, pero ¿no te ha demostrado que quiere estar contigo? —Asentí tontamente—. Si te mira con cara de cordero degollado..., bueno, más bien te mira como si fueras un filete al que le va a meter un buen meneo.

—Eres un idiota.

—Yo también te miré así alguna vez —recordó nuestros principios como



pareja.

—Pero se te pasó en cuanto mordiste la carne. —Le di un golpe en el brazo.

—Pensé que me gustaba y al final soy más de pescado. —Me guiñó un ojo.

—¿Y tú? ¿Y tu Ken? —Hacía demasiado tiempo que no hablábamos a solas de nuestras cosas.

—Anda —me cambió de tercio como los toreros—, que las dos locas que están ahí fuera querrán saberlo todo.

—¡Ya lo sabemos! —gritó Sandra desde el otro lado de la puerta.

—¡Qué fuerte me parece todo! —coreó Mario.

—Sois unas viejas —les regañó riendo Gabriel mientras se ponía en pie ofreciéndome la mano para levantarme de la cama.

—Tenemos una conversación pendiente, solos tú y yo —le dije recordándole lo poco que hablábamos.

Abrimos la puerta y, misteriosamente, ya no había nadie allí. En el salón, dos locas nos esperaban sujetándose el pecho por la minicarrera con unas cervezas en la mesa.

—¿Qué hacemos? ¿Lo celebramos o no? —Mario me miró.

—Siempre es tiempo de celebrar —respondí.

## Capítulo 18

Dicen que salir a hacer deporte despeja la mente. Y la mía llevaba tiempo bastante embotada entre decisiones que no era capaz de tomar con respecto a la «no relación» que «no estaba» manteniendo con Julián por culpa de mis comidas de olla.

Me puse unas zapatillas que hacía años tenía guardadas en una caja. Recuerdo que las compré con toda la ilusión del mundo para ir a hacer deporte cuando aún estaba casada. Tampoco se me olvida la cara que puso Manuel cuando le dije que quería apuntarme al gimnasio fue todo un poema. Sólo le faltó decirme que iba a tirar el dinero porque sabía que no iba a ir ni un solo día. No hizo falta mucho más, las guardé pensando que algún día le iba a dar en los morros con ello. Pero, de nuevo, tenía razón, nunca las saqué. Hasta hoy, que ya estaban fuera y hacían juego con mis preciosas mallas color Naranja y una camiseta de Rosendo. ¿Qué pasa? A cada uno le va lo que le va.

Cierto es que el tema correr a mí me va más en horizontal, lo de correrme y tal, que salir a la calle a desplazarme velozmente poniendo un pie delante del otro. Siempre he pensado que correr es de cobardes y que, si un día me veían correr, era más que probable que un ejército de zombis estuviera persiguiéndome como si fuera la última mujer sobre la faz de la Tierra. Humana, quiero decir.

Pero no, la boba de Daniela había oído en un canal que el *running*, que es así como se llama ahora eso de correr, despeja la mente.

Pues nada, que me puse los cascos con una lista de Spotify cuyo nombre

era *Run* (muy original todo), le di al «Play» y lo primero que me saltó fue un tema de reguetón. Paré en seco (no, que aún no había comenzado a correr) y lo cambié por otra que se llamaba *Spartan runners*. «Va, venga, Leónidas, que no soy del mismo Esparta, sino de un pueblito que anda más bien pegado a Arcadia, ten compasión...», pero bueno, le di al «Play».

Salí a la calle, moví las piernecitas un poco para calentar (eso también lo había visto en el vecindario), y venga, una pierna detrás de la otra, una detrás de la otra.

«¡Estoy corriendo!», me dije a lo loco, aunque más bien me imaginé que la gente que me estaba viendo debía de pensar que me habían echado un avispero en la espalda. Ya sabéis: levantando las manos como una avioneta de un lado para el otro mientras las piernas se movían en un extraño espasmo sacando los pies hacia fuera mientras las rodillas se quedaban para adentro.

«No sé *pa'* qué coño salgo a correr, si no sé...»

Pero lo cierto es que nadie me miraba, ni siquiera cuando pasaba por su lado. Así pues, pensé que no debía de hacer movimientos tan raros y que todo estaba en mi cabeza, como las voces esas que me dicen «Mata a...». Bueno, no tanto, éstas me hacen creer que pertenecen a mi otro yo, aunque soy yo misma cuando me enfado mucho.

Lo que no sé es cómo entre tanta tontería en mi cabeza, y corriendo, llegué hasta la puerta de casa de mis padres.

Paré un momento a tomar un poco de aire o a buscar si había una botella de oxígeno cerca; también me habría valido un desfibrilador, que todo hay que dejarlo clarito, no sea que una vaya a morirse y digan eso de: «Pues no dijo nada de un desfibrilador...».

Pero ahí estaba yo, frente a la casa de mis padres, llamando al timbre para ver si había alguien. Lo dicho, lo de correr no es bueno y, al faltarme el oxígeno, que es vital para el corazón, por si alguien no lo sabe, se me habría cruzado y me apetecía ver a mis padres. «¡Oxígeno, ¿por qué me abandonas?!»

Me abandonó de mala manera, dejándome a merced de mi madre, que me acogió con los brazos abiertos invitándome a entrar en sus dominios...

—¡Mamá, no quiero ir! —Me tiraba de la mano mientras me hacía recorrer todo el pasillo de la casa hasta su «sala de meditación».

—Lo necesitas, lo veo en tu aura —me dijo mientras me pasaba las dos manos por la cabeza y los hombros para terminar en mis manos. Así como hacen los gurús esos que salen por la tele.

No sé por qué accedí. Sabía que tenía mucho por arreglar en mi vida, pero ya podía decir bien alto que esas cosas no eran lo mío. Y menos si iban de la mano de mi madre, que me temía que lo que estaba era más colgada que un jamón en Jabugo.

—Mamá, de verdad, que no necesito nada de esto. Que yo sólo he venido a ver cómo estabas.

—Lo sé, pero yo he visto que lo necesitas. Mi maestro en la lectura del aura me lo ha enseñado. —Señaló un cojín—. Descálzate, siéntate ahí y espérame, no te muevas.

—Mamá, estoy sudando como un pollito... Por cierto, ¿dónde está papá?

—Con la nueva novia esa —dijo marchándose de la habitación.

Y allí estaba yo, con los calcetines de deporte, que, por cierto, eran monísimos, a punto de hacerse un tomate en la zona del dedo gordo del pie derecho y mirando aquella sala.

Nunca me había parado a observarla con tranquilidad, siempre había pensado que era el lugar donde mi madre fumaba lo que fuera que la tuviese así y se tomaba lo que hacía que viera auras y lo que se le ponía por delante, pero no se estaba mal. La luz era tenue, de color anaranjado, el suelo estaba cubierto por una alfombra de color rojo salpicada de cojines, había un aparato de música con un incensario encima, y figuras de budas y mandalas en las paredes. Se respiraba tranquilidad.

Mi madre había hecho de aquel lugar su refugio de la locura que la rodeaba. Ella en sí misma era una locura, pero estar en aquel lugar me ayudaba a entender por qué era su resguardo vital.

Respiré un par de veces y acabé no sólo sentándome en uno de los cojines, sino que agarré unos pocos más para prepararme algo parecido a una cama. Cerré los ojos y me dejé llevar por la música y el olor del incienso.

—Bienvenida —oí que decía la voz de mi madre mientras me acariciaba el pelo.

—¿Me he dormido?

—Eso parece, has descansado.

Me incorporé un poco y ella me ofreció un brebaje de los suyos.

—¿Qué es?

—Son unas hierbitas que harán que te sientas mucho mejor. El mal de amores deja agotado el alma.

—¿Cómo sabes que es mal de amores? —Abrí los ojos como platos.

—Primero, eres mi hija. Después, ya te lo he dicho: te he leído el aura.

—Manda cojones —solté dándole un sorbo a la infusión, que, por cierto, estaba buenísima—. ¿Ahora te preocupas?

—Ahora me has llamado. —Tomó un poco de su taza.

—Mamá, yo sólo pasaba por aquí y quería ver cómo estabas.

—¿Ves? Me has llamado —repitió.

«Lo dicho...»

Y yo que pensaba que iba a volver a recuperar a mi madre, que esa madre normal iba a estar en algún rinconcito de su cocorota...

—Mamá, déjalo, de verdad. Cuando me separé de Manuel, ni preguntaste ni te preocupaste. Tuve que irme a casa de Gabriel —dije con una extraña tranquilidad.

—No me necesitabas. Pero ahora estás enamorada y sí que me necesitas. En aquel momento sabías cómo salir del atolladero, ni siquiera pensaste en nosotros. Hoy has venido aquí sin darte cuenta y has llamado. Me necesitabas.

—Trucos baratos de tarotistas de medio pelo, ¿no?

—Daniela..., ¿sabes por qué te llamas así? —Negué—. Significa «justicia de Dios». Y tú, en algún momento de tu vida, tendrás que dictar justicia. Puede que éste sea el momento. Has de ser justa contigo misma, tienes que dictar sentencia de una vez por todas y acabar con el juicio que te está volviendo loca.

—Mamá...

—Daniela, date una oportunidad y abre tu corazón. No todo el mundo es malo.

—Me ha mentido.

—¿Te ha traicionado? ¿Ha sido desleal? —Negué como respuesta a esas preguntas—. Pues, hija, el problema es tuyo, no suyo.

—Pero es que...

—Pero es que nada, estás cagada. —De golpe se levantó del suelo y comenzó a bailar la nueva canción que sonaba por los altavoces—. Baila conmigo, hija. Suelta energía negativa.

—Yo no...

—Baila.

Y eso hice.

Las dos haciendo el indio en aquella habitación mientras una música imposible de clasificar nos llenaba.

Hacía mucho tiempo que no sentía esa conexión con mi madre, a pesar de su raro comportamiento. Me sentía libre. Y no sé si tenía que ver con la carrerita que me había echado, con la siesta, con el extraño brebaje que estaba tomando (luego le preguntaría qué llevaba) o simplemente con estar con ella.

Bailando con mi madre.

—Tengo que irme, mamá —le dije un rato después.

—Lo sé, no te preocupes y... hazlo.

Me dio un abrazo y un beso y siguió bailando mientras yo me iba.

Cerré la puerta de la casa y lo pensé. Tal vez debería llamar a Julián y hablar con él.

Quizá debería volver...

\* \* \*

Miré el móvil antes de entrar en casa, esta vez no regresaba corriendo, y, al no mirar hacia delante, por poco me comí la mierda de moto que tenía y que estaba aparcada en el portal. Posé la mirada en el teléfono, tonta de mí, pensando que quizá Julián hubiera notado mi indecisión y me hubiera llamado.

Lo dicho: tonta. Llevaba más de dos meses sin hablar con él por decisión propia e iba a estar esperando a que insistiera. Era idiota, YO era idiota.

Recuerdo que al día siguiente de irme de su casa, cuando le dije que lo pensaría, estuvo mandándome mensajes a diario, y, después de no responderle durante una semana, dejó de hacerlo. No lo culpo, no fue doloroso, pero sí como si tuviera una herida que no quería cicatrizar. No obstante, la verdad es

que no quería que cicatrizase así, yo lo que quería era poder hablar con él. Quería decirle que deseaba intentar ver adónde nos llevaba todo eso. Que estaba dispuesta a salir con él y ya veríamos qué pasaba con el pequeño.

Al final, lo único que había en mi móvil en ese momento eran un par de mensajes. Dos de Gabriel, diciéndome que estaba pasándolo muy bien y que regresaría el domingo de su viaje a Estados Unidos. Sí, su Ken particular lo tenía loco. El otro era del desquiciado por amor de mi padre, que insistía en que fuera a visitar el local *swinger*, que era espectacular.

«¿Cómo voy a ser yo normal en el amor si tengo los padres que tengo?»

Suspiré.

Respiré.

Cogí una bocanada de aire y lo hice:

Hola, Julián, soy Daniela. Quiero verte. ¿Quieres tú?

Guardé el móvil en el bolsillo de las mallas y así subí a casa. Tenía que hacer inventario y pedidos.

—Hola —oí a mi espalda.

—¡Hostia! —Me llevé las manos al pecho.

—No pretendía asustarte.

—¿Qué haces aquí, Julián? Acabo de mandarte un mensaje —dije frunciendo el ceño.

—Lo sé, por eso me he acercado a hablar contigo. Yo también quiero verte. Llevo mucho tiempo queriendo verte, pero...

—Pero no me has dicho qué haces aquí...

—La verdad es que no sé por qué lo he hecho. Esta tarde he salido antes de la oficina porque necesitaba verte, aunque fuera de lejos. Lo siento, te echo mucho de menos. No pensaba decirte nada.

—Esto suena un poco raro..., eres un acosador. —Sonreí por dentro.

—Si quieres, me voy. —Tenía las manos en los bolsillos de los pantalones.

Seguía tan guapo como lo recordaba. Sí, sólo hacía dos meses que no lo veía, pero nunca me cansaba de mirarlo, de tocarlo...

—No te vayas. —Miré al suelo mientras me colocaba el pelo un poco—. Quería hablar contigo.

—Te repito que, si no me hubieras enviado ese mensaje, no me habría acercado. Yo también quiero hablar. Te echo de menos. —No sacó las manos de los bolsillos cuando subió los hombros a modo de disculpa.

«Guapo.»

—Yo... ¿Subimos? —Indiqué con la cabeza mi casa.

—No. Vamos a dar un paseo, por favor. Es que no quiero subir a un espacio cerrado contigo.

—Vengo de correr —pasé mis manos como si fuera una azafata de televisión sobre mi modelito—, y la verdad es que me está entrando un poco de frío.

—Es que...

—Bueno, si quieres te quedas aquí esperando hasta que me duche, me seque el pelo y...

—Vale, subiré contigo y te esperaré, pero luego vamos a tomar algo a algún sitio que sea neutral —dijo, y puso una cara tan divertida que tuve que sonreír.

—Venga, no tardaré mucho.

Abrí el portal y, cuando iba a adentrarme en él, sentí su mano en la parte baja de la espalda. Un gesto tan simple, sin ningún tipo de compromiso, hizo que la piel se me erizara. Lo había echado mucho de menos, lo echaba de menos y no había querido admitirlo.

—Siéntate. Como si estuvieras en tu casa. La nevera la tienes ahí, el mando encima de la mesa y... y yo vuelvo dentro de un momento.

«Vuelvo dentro de un momento, porque si me quedo más tiempo ahí me lo voy a comer con patatas fritas.» Tan guapo, tan callado, con unas ligeras ojeras que se escondían cuando sonreía y unas arruguitas que se dibujaban en sus ojos...

Me metí en mi habitación sin esperar a que dijera absolutamente nada. Cerré la puerta y me apoyé en ella. Tenía claro que quería volver con él, no sabía qué pasaría con su paternidad y la implicación o no que yo tendría en esa situación, pero quería estar con él. Quería volver a sentir cómo sus ojos se



posaban en los míos y me decía esas cosas que me derretían. Necesitaba que sus manos me acariciaran cuando hacíamos el amor y sin palabras me atravesaba. Anhelaba su aliento cuando sus besos pasaban de los labios a otras partes de mi cuerpo. Echaba de menos el simple amarre de su mano cuando paseábamos...

Desperté de mi ensoñamiento cuando, ya desnuda y en la ducha, abrí el agua, y, como mi mundo era tan particular, ni siquiera miré al girar el mando, dejando caer un chorro helado encima de mi cuerpo.

Creo que nunca había gritado más en mi puñetera vida, ni cuando me encontré una araña gigante y peluda escondida en la maleta del viaje de novios. Y eso que me dijeron que no era peligrosa... si llega a serlo, es probable que aún anduviera con la medicación a costas por el trauma.

Conseguí regular el agua y relajarme...

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Julián entró en el cuarto de baño como una exhalación, abriendo la puerta como si fuera a encontrarse al mismísimo Kim Jong-un o una plaga de ratas devoramujeres en pelotas en el servicio.

Me vio en la ducha, tras una cortina de agua caliente (ahora ya sí), completamente desnuda, mientras una cascada caía sobre mi cuerpo. Vale, en cualquier otro momento, con cualquier otra mujer o en una serie de televisión, esto habría sido un instante muy sensual, pero en mi caso ya os digo yo que no. Tal como estaba incidiendo a toda leche el agua en mi cara, entre que no podía hablar y los pelos de la cabeza me tapaban la poca visibilidad que tenía, estaba segura de que Julián pediría perdón y saldría corriendo de nuevo.

—Veo que estás bien, me he asustado —se justificó sin quitar la mirada de mis ojos en ningún momento.

—El agua salía demasiado fría —dije abriendo un poco la mampara.

—Perfecto, tu grito me ha parecido demasiado bestia. Te espero fuera.

Pude ver cómo bajaba la mirada al suelo. Sabía que estaba pensando lo mismo que yo en ese momento.

—Ahora está perfecta —dije para después lanzarme sin pensar en nada más que en nosotros—. ¿Quieres probarla?

—No sé si...

—Hay espacio para los dos.

«Eso es, Daniela, las cosas se solucionan “corriendo-se”.»

No dijo nada más.

Su ropa quedó hecha un gurrño en el suelo.

Lo siguiente que ocurrió fue que su cuerpo, frío, chocó contra el mío de manera necesitada y, bajo el agua de la ducha, nos abrazamos. Mi cabeza apoyada en su pecho, sus brazos rodeando mi cuerpo y sus labios besando mi pelo mojado.

—No era esto lo que yo quería —señaló.

—Pero yo necesitaba volver a sentirte de esta manera. Sólo los dos, piel con piel.

Apartó mi rostro de su cuerpo para levantarme la mirada. No podía perder de vista sus labios, su boca acercándose a la mía. Dos meses sin sentirlo, dos meses de puro castigo autoinfligido sin disfrutar de sus besos...

Y el beso que me dio, el beso que me daba, el beso que me estaba regalando era indescriptible. Era él, su sabor, su esencia, sus caricias.

Era él.

Sus manos bajaron por mi cuerpo alcanzando las caderas, recorriendo mi contorno hasta llegar a la curva de mi culo para, desde ahí, izarme a su cintura y que yo amarrase mis piernas en ella. Después nos empujó hasta que mi espalda se pegó a la helada pared de la ducha.

—¡Joder, qué frío! —Separé mis labios de los suyos.

—Verás cómo dentro de nada te olvidas de eso.

Aprovechando que ya habíamos separado nuestros labios, bajó el rostro hacia mis pechos y los lamió, succionando mis pezones y mordiéndolos hasta ponerlos duros como piedras.

—Así me gusta, que cuando nos rocemos los tengas duros. Me gusta ese contacto con tu cuerpo.

—Tienes puntos un poco raros —me burlé.

—No conoces ninguno de los buenos. —Puso cara interesante.

—¿Me los enseñarás?

—Poco a poco me los irás pidiendo. —Pasó de un pecho a otro, esta vez mordió directamente el pezón e hizo que un pequeño grito saliera de mi

garganta—. Sé que no te ha dolido y volverás a pedírmelo.

Apretó de nuevo mi cuerpo contra la pared mientras mis piernas se agarraban con fuerza a su cintura. Sus manos ahora apretaban mis pechos, masajeándolos con ímpetu. Sentía su pene duro contra mi entrada y estaba a punto de dejarme caer sobre él cuando me detuvo.

—No tengo preservativos —me dijo mirándome a los ojos.

—Yo tampoco. —Mi tono era de decepción—. ¿Has estado con alguien durante este tiempo? —pregunté rezando para que su respuesta fuera negativa.

—No, no he estado con nadie. ¿Y tú?

—Yo sólo he estado contigo desde hace más de un año —confesé con un poco de vergüenza.

—Me correré fuera.

Sentí cómo entraba por completo dentro de mí, y en ese momento mi cuerpo decidió soltar un suspiro al aire húmedo de la ducha.

—Te he echado tanto de menos...

—Yo también, preciosa.

Se movió lentamente, sin la intención de correrse, sólo por el placer de estar dentro y yo de sentirlo. Lo miré directamente a los ojos mientras mis brazos se amarraban a su cuello y él me devolvía la mirada, abrazándome por la cintura. Nos movíamos despacio, sin prisa, sin necesidad de llegar a ninguna parte. Nuestros cuerpos se mecían, obedeciendo tan sólo a la necesidad de estar juntos después de tanto tiempo.

—Me vuelves loco, Daniela, me has vuelto loco.

—Yo ya lo estaba, así que tú me haces estar más cuerda. —Besé su nariz.

Desenrosqué mis piernas de su cintura dándole a entender que quería separarme de él. Lo entendió sin problemas, separándose un poco.

Cuando puse los pies en el suelo de la ducha me di la vuelta mostrándole mis nalgas para que me penetrara sin ningún tipo de remilgo. Ya no quería tanta dulzura, lo que necesitaba era que me poseyera sin miramientos.

El agua caía en mi espalda y sus manos me agarraron por la cintura, lo había comprendido. Una de ellas desapareció de mi cuerpo para agarrar su pene y guiarlo hasta mi entrada.

—Te he echado mucho de menos —confesó justo antes de hundirse en mí

con suavidad.

Su mano volvió a mi cintura para sujetarme con fuerza contenida. Su cuerpo se movía muy lentamente, saboreando cada embestida como si fuera un manjar bajado de algún lugar del Olimpo, o eso imaginaba yo, mientras mis manos se apoyaban en la pared húmeda intentando contener la respiración en cada una de sus acometidas.

—Tu cuerpo es mi casa, Daniela...

Si seguía así, me correría sólo con sus palabras.

—Necesito que me...

No tuve que decir mucho más cuando sentí su mano en mi clítoris, a la par que sus movimientos dejaron de ser como las olas de un mar en calma para convertirse en una verdadera marejada. Sentía sus dedos resbalando en mi sexo con pericia mientras su pene me completaba de una manera que nunca habría soñado, ni en las mejores novelas eróticas.

—Córrete ya, Daniela, hazlo y déjame oír tu gemido a través del agua. — Se había agachado, apoyando el pecho en mi espalda, y me susurraba al oído.

—¿Y tú? —dije.

—Quiero que termines tú antes que yo.

Era consciente de que no podíamos corrernos a la vez, no teníamos preservativos, y sabía que se estaba conteniendo para no cometer una locura.

Pero, aunque mi mente racional aparecía por momentos, a la otra, a la loca *perdía*, le importaba más bien poco lo que pudiera pasar. Julián, él, siempre pensando en todo.

Aceleró un poco el ritmo frenético de sus dedos en mi clítoris, pasando de la suavidad de jugar alrededor a presionar directamente mientras sus caderas me golpeaban con fuerza. Su cuerpo sabía cómo hacerme gritar cuando y como él quisiera. Y lo hizo tan rápido que no recuerdo cuándo mis gritos comenzaron a salir de mi garganta mientras sus dedos me llevaban a convertirme en la mujer más electrificada del planeta para después caer desmadejada contra la pared.

Y me sentí vacía, Julián había salido de mi cuerpo.

Miré inmediatamente para ver qué ocurría; se estaba masturbando.

—No me iba a correr dentro —se justificó sin parar.

Le quité la mano y comencé a tocarlo, a acariciarlo lentamente mientras me arrodillaba, acomodándome de la mejor manera en la ducha.

—Daniela, no es...

No dejé que siguiera con su tontería, pues antes de que terminara tenía su sexo dentro de mi boca y su garganta llena de gemidos. Sus manos acariciaban mi cabeza mientras el agua, ahora, le daba a él de pleno. Jugué con la lengua en su cabeza, mis labios repasando desde la base hasta la punta, mis manos acariciando sus testículos, hasta que el ritmo acompasado que llevaba se aceleró. La fuerza que imprimía a mis chupadas hizo que Julián se tensara rápidamente y...

—Daniela, para, no es necesario que... ¡Dios...!

Quise que se corriera en mi boca, sintiendo cómo su cadera se meneaba de manera intermitente a la vez que sus glúteos y sus piernas se tensaban. Su sabor, entre amargo y dulzón, inundó mi boca.

Sus manos me tomaron por las mejillas, obligándome a levantarme de la posición en la que me encontraba y encarándome para que nuestros cuerpos se juntaran. Aún tenía el pene duro, se coló entre mis piernas, y sus labios furiosos se lanzaron desesperados contra mi boca. Sentí su lengua arrebatadora irrumpiendo sin permiso en mí, le respondí de la misma manera, uniéndolas de esa forma.

No sé cuánto tiempo pasamos bajo el agua con nuestras bocas unidas, nuestras manos acariciando la piel húmeda del otro. Yo sólo quería estar con él, sólo quería sentir a Julián a cada momento, a cada instante, cada minuto de mi vida.

Y la palabra *amor* aparecía centelleante en mi cerebro sin que yo quisiera admitirlo.

—No saldría de la ducha en la vida —le dije abrazada a él.

—Yo tampoco, pero, si no, la factura del agua y el gas os va a dejar tiritando —se rio.

—Has aprendido rápido a romper la magia del momento. —Levanté la mirada para mirarlo a los ojos.

—He tenido un par de meses para perfeccionarlo.

—*Touché!* —me quejé.

Cerré el grifo y abrí la mampara. La primera que salió fui yo, para buscar en el armario una toalla para Julián después de haberme puesto el albornoz. Sí, soy una de esas que adoran ponerse la «batamanta» del baño por excelencia. Mientras buscaba, estuve a punto de darle una pequeña para que sólo se tapara lo imprescindible, pero finalmente mi yo bueno salió en su defensa. Le pasé una grande. Una verdadera lástima.

Nos vestimos en la habitación, rápido y en silencio.

Él se puso la ropa que llevaba, lógicamente. Yo, unos vaqueros y un jersey de lo más normal.

—Aún pretendo salir a tomar algo contigo —dijo al verme vestida de una forma tan de andar por casa.

—¿Pretendes llevarme al Ritz?

—No, pero te lo avisaba por si ahora te ponías las pantuflas calentitas...

Se acercó por primera vez para agarrarme de la cintura y lanzarme contra la cama, comenzando a hacerme cosquillas por el cuerpo.

—¡Para! ¡Para, por Dios! —Mis risas resonaban en toda la habitación.

—Eso no me lo decías antes... —Besó mi cuello sin parar de hacerme cosquillas.

—Es... que... esas... cosquillas... me... gustaban... más... que... éstas...

Y, así, sin resuello, me dejó encima de la cama al levantarse y ofrecerme su mano.

—Anda —me dijo—, sécate un poco el pelo y vámonos.

—A sus órdenes, mi capitán de fragata.

Acepté su mano y, de un salto, mientras aún intentaba recobrar la compostura, me fui de nuevo al baño.

No tardé mucho en volver a salir, pues me dejé el pelo algo húmedo: ya se secaría al aire. «Espero no resfriarme, que yo para esto soy muy yaya...»

—Me gusta cómo te has dejado el pelo. —Se levantó del sofá para recibirme.

—A mí me gustas tú.

—Tenemos que hablar.

—No mola cuando alguien te dice eso —solté.

—Lo sé, pero tenemos que hacerlo —repuso.

—Vamos —lo alenté para marcharnos.

Cogí el abrigo que estaba en el perchero de la entrada y cerré la puerta al salir.

Acabamos en un café que estaba cerca de mi casa. No era plan de ir lejos, y tampoco íbamos a tener una cita al uso.

El sitio era de aquellos que invitan a quedarse sentado todo el día con un café caliente entre las manos y un bollito en un platillo al lado. De iluminación tenue, colores cálidos y asientos para recogerse. Había estado un par de veces allí, y la verdad es que el concepto siempre me ha gustado. Quién sabía, si algún día si las cosas me iban bien...

—¿Qué quieres? —Me despertó su pregunta.

—Un té con leche y algo dulce.

Miré al camarero, que, después de enumerar una retahíla de dulces, me tomó nota.

—Este sitio es muy bonito. —Julián miró a uno y otro lado.

Nos habíamos sentado en un sofá, con la mesa frente a nosotros. Parecía que, a pesar de todo, no podíamos estar muy lejos el uno del otro cuando estábamos juntos. Y eso me gustaba.

Me cogió la mano entrelazando sus dedos con los míos y la apoyó en su pierna de manera natural.

—¿Qué te pasó? —me soltó sin miramientos.

—No lo sé. —Lo miré.

—Sabes que eso no es verdad. Entiendo que estar con un padre soltero asusta a cualquiera, pero a ti ha tenido que pasarte algo más.

—Bueno, me entró el miedo.

—Eso es natural. Yo también me cagué cuando me dijeron que el pequeño iba a llegar a mi vida. Podría haber dicho que no, pero...

—Sí, lo sé. El miedo es algo natural y todo eso..., pero yo no quería...

—No querías acabar como con Manuel.

—¿Te acuerdas de su nombre? —Me sorprendió.

—Me acuerdo de todo lo tuyo, Daniela. —Me apretó la mano y en ese momento llegó nuestro pedido.

Di un sorbo a mi bebida.

—Julián, he sido una cobarde. Pero no sé si quiero tener un hijo.

—Daniela, tú no vas a tener un hijo. Lo tengo yo.

—Lo sé, pero si estoy contigo, en un momento u otro, tendré que estar con él. ¿No crees?

—Sí, está claro. Pero te repito que el padre soy yo.

—¿Podremos salir solos? ¿Tener vida de pareja? ¿No saldrás corriendo?

—Podremos estar solos —declaró sonriendo—. Tendremos algo parecido a vida de pareja. Y si salgo corriendo, podrás venir conmigo, si quieres. Pero tendrás que tener claro que soy padre y Luis es importante. Es lo más importante ahora.

—No sé si podré. —Fui sincera. No quería mentir.

—Es una pena. —Su mirada lo decía todo—. Tú...

—Calla —lo corté—. He dicho que no sé si podré, pero quiero intentarlo. Quiero que seas la persona que me haga olvidar lo de antes. Quiero sentir que puedo confiar en alguien y que me deje la libertad de decidir lo que deseo.

—Daniela. —Soltó mi mano para llevar las suyas a mis mejillas—. Yo también quiero que seas tú.

Me besó de nuevo. Pero no como en la ducha. Este beso sabía diferente, sabía a promesa. A futuro. A ganas. A ilusión.

—No quiero volver a encerrarme en mí misma. No quiero abandonar a los míos. Necesito saber que están ahí y que sepan que yo estoy siempre para ellos.

—Eso sólo puedes decidirlo tú, Daniela. —Volvió a posar sus labios ligeramente en los míos.

—Gracias. Gracias. Gracias... —dije, sólo salía esa palabra de mi boca.

—¿Por qué, tonta?

—Por esperarme, por aguantarme y por querer estar conmigo.

—No te esperé, es que no iba a entrar nadie que no fueras tú. Y no es difícil aguantarte, sólo hay que pillarte el tranquilo.

—Payaso.

Lo abracé de todo corazón. Y lo sentí más adentro de lo que nunca habría imaginado que nadie estaría.

—Perdón... Hola, Daniela.



Me volví al oír una voz que había pensado que nunca más volvería a oír.

—Manuel...

Sentí que la mano de Julián buscaba la mía, no me levanté.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—¿Qué haces aquí?

—He quedado con un amigo, ya me marchaba.

Seguía igual. El mismo corte de pelo, la misma mirada desconfiada, aunque ahora tenía la sensación de que sus labios estaban más apretados de lo normal. Nunca había sido un tipo que sonriera mucho, pero ahora era como si su contención fuera más fuerte de lo habitual.

—Genial —repuse.

No quería hablar con él, no tenía que estar allí en ese momento. «Este momento es para Julián y para mí. ¡Vete!»

—Perdón, no me he presentado —dijo—. Soy Manuel, el marido de...

—*Exmarido* —salté de inmediato. Pero ¿qué coño se había creído ése?

—Lo siento, es la costumbre.

—Deja de pedir disculpas —escupí recordando aquel asqueroso día en el que le dio por repetir mi nombre una y otra vez.

—Hola. —Julián se levantó de manera natural, serena y convencida, al sentir que me temblaba el brazo—. Soy Julián, su novio. ¿Qué tal?

Yo los miraba desde aquel sofá y tenía una sensación extraña.

Si bien mi respiración estaba acelerada y una bola se había establecido por cuenta propia en mi estómago, miraba a Manuel y no sentía más que el deseo de que desapareciera. Si se iba, yo volvería a ser la de siempre. Si se marchaba, Julián y yo construiríamos una burbuja transparente que nos dejaría vivir sin necesidad de los demás.

Se miraban, Manuel y Julián. Era como si dos animales buscaran su posición en la manada. La manada era yo, por si no se notaba. Yo lo tenía claro, estaba decidido, pero parecía que ellos no tanto. Aunque había algo que me sorprendía de Julián: sonreía. Siempre sonreía, y con eso lo calmaba todo.

Manuel tenía que mirar hacia arriba para hablar con él. Julián le sacaba una cabeza.

«¡Vete!», grité en mi mente.

—Bueno, ha sido una casualidad que nos encontrásemos. —Asentí. «Al fin se va...»—. Te veo muy bien.

—Gracias, adiós —dije, terminando la conversación de la misma manera como la había comenzado, seca.

No quería que me viera mal, ni que sintiera que ese encuentro me había perturbado más de lo normal. No.

Oí cómo caminaba hacia la salida.

Julián aún se mantenía de pie, mirándolo. Cuando se marchó, volvió el rostro hacia mi posición en el sofá.

No iba a llorar, no iba a hacerlo... No iba a ponerme triste por un hijo de puta que había hecho de mí su particular premio para buscar otro mejor cuando yo ya no le convenía. «No voy a llorar por un tipo que me hizo creer que los dos íbamos a hacer lo que fuera para ser padres. Que...»

—¿Estás bien? —Julián volvió a sentarse a mi lado, apartando las manos de mi cara. Me la había tapado sin darme cuenta.

—Sí —mentí—, no pasa nada.

—Para no pasar nada, no dejas de llorar.

«¡Mierda!» Levanté las manos rápidamente para limpiarme los ojos, para retirar las lágrimas que estaban cayendo sin ningún tipo de cortapisas.

—Bueno, sí. No sé...

Me cogió entre sus brazos. Me hundí en ellos y en ese momento mi cuerpo comenzó a temblar, dejando que el llanto se abriera paso sin remedio.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, pero no se movió en su abrazo. No me habló, no me consoló con palabras. Sólo él y su cuerpo rodeando mis lágrimas desconsoladas, llenas de la rabia y los recuerdos dolorosos de aquella persona que despierta dándose cuenta de que ha perdido demasiado tiempo de su vida haciendo el idiota con el hombre equivocado.

—¿Mejor? —oí su voz como un bálsamo.

—No. Podría decirte que sí, que ya estoy mejor... —Me sorbí la nariz.

—Es normal que te sientas así. No pasa nada, tenemos sentimientos y todos nos rompemos.

—¿Por qué siempre tienes las palabras adecuadas? ¿Por qué nunca te cabreas con la vida? —Me soné.

—Las palabras están ahí para todos. Y, sí, me cabreo como todo el mundo, pero un día me di cuenta de que no servía para nada. Si te caes, levántate y sigue adelante. Lloro, pataleo, golpeo un cojín si hace falta, pero sigue.

—¿Nunca lloras a Luisa? —pregunté con mi cabeza apoyada en su hombro sin querer separarme de él.

—Lo hice. Y mucho. Tal vez demasiado —se quejó acariciándose.

—¿Nunca más has vuelto a llorarla? —Intentaba encontrar consuelo en palabras que me hicieran creer que era lógico que me sintiese mal.

—Sí. El día que fui a por Luis y me lo dieron, lloré. Lloré mucho por ella, por nosotros. Pero después supe que, viniera lo que viniese, tenía que estar por él. Y lo admito: cuando ocurrió todo eso no pensé mucho en ti, pero luego, un día volví a encontrarte...

—Y ¿eso fue bueno?

—Eso es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

## Capítulo 19

Las locuras, dicen, son esas cosas que uno hace para sentirse vivo.

En realidad, yo creo que las locuras se hacen porque no se miden las consecuencias de lo que vas a hacer. Y lo dice una loca que un día se puso el mundo por montera y, después de pensarlo mucho, montó una pyme para la que no le quedó más remedio que empeñar hasta las bragas.

Entre las manos tenía una de ellas cuando pensaba en lo que se me venía encima. Si bien es cierto que no me estaban yendo nada mal las cosas, al cabo de un mes debía pagar la mitad del *food truck* para terminar con la deuda. Sí, había hecho la locura de prometerle a la dueña de la misma que le pagaría la furgoneta en dos veces para que me la diera. Ningún banco me había concedido un crédito para poder liquidarla en varios meses y no tener que afrontarla en dos grandes pagos. Así nos va en este país, quieren que emprendamos, pero no nos dan la oportunidad de poder autogestionarnos con la ayuda de créditos.

Nunca me habían dado tanta pena unas bragas como en ese momento..., sentada en la cama de mi habitación y escuchando cómo Gabriel le estaba dando al mambo con su novio el americano. Sí, se lo había traído unos días, de vuelta a España ya había venido con él. Y lo peor de todo era que hasta me estaban poniendo cachonda. Lo malo es que, con las preocupaciones que tenía encima, pocas ganas de hacer nada tenía.

Habían pasado dos semanas desde que Julián y yo —en realidad, yo, ya lo sabéis— decidimos que íbamos a intentar tener algo juntos. Y ahí estábamos, intentándolo con mucho empeño. Vamos, que nos veíamos casi todos los días

en los que yo no trabajaba o él salía pronto. Cierto es que el buen tiempo estaba ayudando a que él pudiera venir a verme a los festivales gastronómicos a los que acudía con mi *food truck* y, además, se trajera al pequeño Luis.

Y lo cierto es que el pequeñajo era un encanto. Tenía una piel muy blanquita, con unos ojos oscuros grandes como sartenes. No paraba de moverse y de hacer monerías dentro del cochecito con el que Julián iba a todas partes. Le estaba cogiendo cariño al *jodío* del niño, y la verdad es que cada vez que me veía sonreía. «Imagino que será porque me reconoce de alguna vez que me he quedado a dormir en casa de Julián...»

No, aún no ejercía de madre oficial. Sólo era la acompañante del padre de Luis, y aunque jugaba con él y le hacía monerías, aún no le había dado de comer ni le había cambiado ningún pañal. No lo había pedido, también es cierto, pero ¿quién quiere enfrentarse a una caca de bebé?, y tampoco es que Julián me hubiese dado la oportunidad. Él siempre estaba presto para cambiar al bebé, darle de comer, calmarlo... Nunca había visto a un hombre tan comprometido con algo como a él con su hijo.

Y ahí estaba yo ahora, oyendo follar a mi compañero de piso con las bragas en la mano y preocupada por mi negocio.

Tenía que solucionarlo ya y sólo se me ocurría una cosa.

Busqué en internet el número de teléfono que necesitaba, marqué y, después de un par de tonos, al otro lado de la línea telefónica me respondió aquella voz:

—¿Sí?

—¿Manuel?

—¿Eres tú, Daniela? —Parecía hasta contento—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. Pero no te he llamado para que te intereses por cómo me encuentro. Necesito que nos veamos.

—Oh, perfecto. Cuando quieras podemos vernos. Será fantástico volver a verte. Me apetece mucho. ¿Dónde quedamos?

—¿Recuerdas el café donde me viste? —Oí cómo asentía al otro lado del hilo telefónico—. Pues hoy mismo, a las seis, te espero allí.

—Genial, allí estaré.

—Adiós.

Y colgué el teléfono sin más miramientos.

Me sorprendió sobremanera la forma en la que me había hablado; era como si realmente le apeteciera verme, como si se alegrara de saber que iba a verme. Pero lo que él no sabía es que a mí llamarlo me había puesto mala, había notado como si, cuando su voz salía por el aparato, mi cuerpo enfermara. No era algo físico, sino más bien psicológico, como si mi piel se erizara sólo de oír ese tono casi agudo con el que hablaba siempre. No lo habría llamado si realmente no fuera a pedirle lo que era mío. Quería que me diera el dinero de mi parte del piso donde habíamos vivido, era de los dos... De no ser por eso... No obstante, si no quería dármelo, tal como habíamos quedado en el juicio, lo demandaría. La intención era venderlo, pero allí estaba él, apoltronado como siempre, sin necesidad de cambios en su vida más allá de ponerme los cuernos. ¿Cuántas veces no lo habría hecho antes de aquella rubia?

No quise pensarlo mucho más. Estaba en los papeles y el tío no había movido ni un dedo para que todo terminara. Era como si no quisiera dejarme ir, aunque fuera manteniendo aquel piso y agobiándome a mí sin él saberlo. ¡Qué asco!

Al final, las bragas fueron a parar al lugar cuyo destino tenían desde el primer momento en que las cogí entre mis manos. Terminé de vestirme y salí a la calle para hacer unas compras de última hora para tenerlo todo preparado en el *food truck*. Después iría a comer con Julián, me acercaría a su oficina.

Me subí en mi *truñomoto*. «Un día de éstos iré montada en ella y perderé una rueda por el camino... Lo peor de todo es que me veo como los Picapiedra, o como en los triciclos de los niños, sacando las pierrecitas por fuera y dándome impulso con los pies.»

\* \* \*

Miraba el reloj una y otra vez.

Miraba la cristalera una y otra vez.

Miraba mi bebida una y otra vez.

No concebía el hecho de volver a quedar con Manuel a solas para

absolutamente nada. Pero allí estaba yo, bebiendo un sorbo y consultando el reloj para poder cerrar del todo ese odioso capítulo de mi vida de una vez por todas.

«Y lo peor de todo es que pensé que el amor que nos teníamos iba a ser para siempre... Ilusa de mí. El amor es algo que sólo unos pocos saben apreciar y unos muchos se pasan la vida buscándolo de cama en cama. Los peores somos los que creíamos que, si amábamos lo suficientemente fuerte, todo lo demás habría merecido la pena. Pero no, no merece la pena amar si sabemos que eso que creíamos que nos haría felices sólo nos trae conformidad y rutina. No, eso sí que no es amor. ¿Es lo que ahora siento por Julián? Probablemente sí. ¿Es lo que él siente por mí? Eso quiero creer. Aún ninguno de los dos ha abierto la boca para decir ese tipo de palabras. Los dos nos comportamos de manera cariñosa con el otro, pero decirnos palabras dulces el uno al otro es difícil más allá de la cama. ¿Nos dará vergüenza? ¿Tendremos miedo?...»

Había almorzado con él y, aunque nos habíamos comido a besos antes y después, ninguno de los dos había llamado al otro de una manera que no fuera por su nombre. «Temo que tiene mucho que ver con el muro invisible que yo levanté desde el principio y que yo misma, en el momento en que me deshaga de todo lo viejo de mi vida, tendré que derrumbar de una vez por todas. Sé que el paso tendré que darlo yo, pero ¿estoy preparada para decirle “te quiero”? ¿Y si sale corriendo? Ahora los dos estamos muy bien como estamos, o eso creo. Él tiene su casa, yo la mía. Nos vemos cuando nos apetece y yo no hago de madre, ¿qué más quiero?...»

—Hola —oí mientras mi cerebro estaba con Julián.

—Hola, ¿quieres sentarte? —invité a Manuel, que acababa de llegar.

—¿No me vas a dar dos besos? —preguntó haciendo el amago de dármelos.

—Si te vas a quedar más tranquilo... —Se los di sin levantarme de la silla.

—Te veo muy guapa. Más delgada, y con un brillo en los ojos especial.

—Debe de ser el trabajo. Por el contrario, yo te veo exactamente igual que la última vez que firmamos los papeles en el abogado.

—¿Hoy no te acompaña tu novio?

Lo miré a los ojos, preguntaba con malicia.

—No es mi apósito, sabe darme la libertad que necesito.

«Ahí va ésa, gilipollas.»

—Yo no dejaría que pasaras tanto tiempo sola.

Abrí los ojos como platos. No podía estar oyendo lo que estaba oyendo...

—¿Perdona? —Levanté una ceja—. ¿En serio has dicho lo que he oído?  
Es increíble.

—Sí. —Bajó la mirada al suelo—. Ahora, pasado el tiempo, me he dado cuenta de que erré con lo nuestro. No debería haberte hecho daño.

—No he quedado contigo para hablar del pasado —lo corté en seco—. Sólo quiero hablar del futuro y de algo que necesito.

—¿El futuro? Si aún quieres, puedo dejar a Carol y volver contigo... Te echo mucho de menos.

—Pero ¿qué dices, insensato? —Ya no podía seguir oyendo más tonterías—. ¿En serio crees que las cosas se solucionan así? ¿Llevamos más de un año separados y vienes a contarme estupideces?

—No son estupideces, Daniela. Sé que tú eres la mujer de mi vida y que durante todo este tiempo que no te he tenido en casa me he sentido el hombre más infeliz del planeta.

—Te juro que no me voy porque aún no te he pedido lo que necesito, pero...

—Por favor, Daniela. —Me cogió de las manos suplicando.

—No, Manuel. —Las aparté de mala manera—. Ya no soy aquella Daniela. Ahora soy yo, la de siempre, la que tiene un negocio, la que quiere salvarlo y la que quiere que le des ¡ya! —alcé la voz— el dinero de la mitad del piso.

—Pero no haría falta si volvieras conmigo. Yo te doy el dinero que necesites, pero...

—Pero nada —suspiré antes de levantarme—. Te doy dos semanas para que me des lo que es mío o te pondré una demanda por incumplimiento.

Salí por la puerta alucinando, echando humo por las orejas a causa de la desfachatez de aquel hombre.

¿Cómo me pedía, después de todo lo que había pasado, que regresara con



él?

—Daniela... —Noté su mano agarrándome el brazo—. Lo siento, tenía mucha presión por lo del bebé. Ella era lo que tenía más cerca. Es cierto que nos hacíamos ojitos en el súper, sí que tonteaba, pero lo que empezó como una broma...

—Acabaste metiéndosela hasta el fondo el día que comenzaba el tratamiento. —Aparté su mano de mi brazo—. Todo muy maduro, Manuel. ¿Sigues con ella?

—Sí, vivimos juntos.

—En el piso, ¿no? —Asintió—. Dos semanas para que me des mi dinero.

—Daniela...

Me sujetó ahora por ambos brazos. Y se lanzó a besarme, llegando a poner sus labios encima de los míos. Sin embargo, no le di la oportunidad de profundizar mucho más, pues una mano se lanzó a por su cara. El sonido me asustó hasta a mí. Le había dado un bofetón en plena calle mientras la gente paseaba a nuestro alrededor, haciendo que un par de transeúntes se pararan y se acercaran a preguntar.

—¿Estás bien? —me dijo un joven.

—Llamo a la policía. —Otra mujer sacó el móvil de su bolso.

—No, este hombre ya se marchaba a su casa, ¿verdad?

Manuel no dijo nada, se llevó la mano a la cara y se volvió para meterse en su coche. Arrancó y se fue.

Yo di media vuelta y salí corriendo en dirección a mi casa. ¿Qué no entendía de la palabra *fin*? ¿De verme feliz con otro hombre?

\* \* \*

—¡Mujer, ya estamos en casa, haznos la cena! —Gabriel entró de la mano de su novio americano—. ¿Daniela?

Como una auténtica bola de pelo de aquellas que se encuentran debajo de las alfombras estaba yo. En el sofá, con las piernas contra el pecho y la barbilla apoyada en las rodillas. «Si ahora mismo alguien me empujara por la espalda, estoy segura de que rodaría por el salón hasta la cocina.»

Había pasado un buen rato llorando y ni siquiera era consciente de la hora que podía ser. Además, no me apetecía dar explicaciones a nadie.

«Pero, claro, como soy medio gilipollas —me empeño en poner “medio”, pero cada día estoy más convencida de que es “del todo”—, no me voy a mi cuarto, sino que me quedo ahí, en el ágora pública, para que cualquiera que entre en casa pueda tirarme piedras acusatorias.»

—¿Qué te ha pasado? —Gabi soltó la mano de su chico y se acercó a mí.

—Tú estar llorando, eso no ser *good* —añadió Mike.

—No, no estoy nada bien. Estoy a punto de perder el *food truck* y...

—Pero ¿qué ha pasado? —Gabriel deshizo mi cuerpo que estaba hecho una bola para sentarme como una persona normal.

—Pues que, como soy una idiota de las de manual, quedé con la dueña de la furgoneta en que se la pagaría en dos veces. Pensé que podría conseguir el dinero durante este tiempo, pero tengo demasiados gastos como para poder ahorrar si quiero hacerlo todo bien.

—Pero ¿por qué no me lo habías contado? ¿Se lo has dicho a Julián? —Su expresión se tornó de enfado—. Ya sabía yo que al final algo saldría mal, mira que eres...

—No, Gabriel, no te confundas —me defendí—. No estoy así sólo por eso.

—Deja que Daniela cuente problema —lo paró Mike sentado frente a mí en el suelo del salón.

—He visto a Manuel.

—¿Qué has hecho qué?! —gritó Gabi.

—No es lo que crees. —Le puse una mano en el muslo para tranquilizarlo—. ¿Recuerdas que te dije lo del piso, que cuando lo vendiera tendría que darme la mitad? —Asintió—. Pues aún no lo ha hecho, y necesito ese dinero. Lo necesito ya.

—Pero podría dejártelo yo, o...

—Gabriel, de verdad, no es cuestión de que nadie me saque las castañas del fuego. Ese dinero es mío y realmente lo necesito para seguir con mi negocio. Podría haber aguantado si me hubieran dado el crédito que pedí.

—Si me hubieras dejado firmar como aval...

—¿Y si las cosas hubieran ido mal? No, Gabi, ésta es mi historia y esto lo voy a salvar yo.

—Bueno, tranquila, puedo dejarte el dinero hasta que ese mamón suelte la pasta.

—Le he dado dos semanas, a mí me queda un mes para pagarlo todo.

—Cualquier cosa que pase, avísame.

—Sí, tú avisar. Nosotros ayudar sin problema, bonita. —Mike se acercó a mí para poner su mano en mi muslo cariñosamente.

—Pero lo peor no es eso... —añadí. Los dos esperaban a que siguiera con mi relato—. Me ha dicho que quería volver conmigo. Que, si yo le decía que sí, dejaba a la tía del súper y podríamos vivir como antes.

—¡Qué morro tiene el desgraciado ese! Lo habrás mandado a tomar por culo, ¿no?

—Sí, pero luego, en la calle, me ha besado. He sentido tanta impotencia que...

—¡Me cago en su vida! —Mi amigo se levantó haciendo el amago de marcharse—. Voy a su casa ahora mismo, le voy a partir la cara.

—Bueno, eso ya lo he hecho yo.

—Tú ser chica muy lista. —Acto seguido, Mike se levantó para calmar a Gabriel—. Tranquilo, *love*, Daniela ser fuerte.

—Sí, soy fuerte. Pero necesitaba llorar, soltar toda la rabia y lamerme las heridas. Pensé que ya estaban cerradas, pero veo que aún no.

—Yo cocinar hoy —se ofreció el novio de mi amigo—, vosotros ahí con un *wine* que yo poner y tranquilos.

\* \* \*

Esa noche tardé bastante más de lo normal en dormirme. No dejaba de darle vueltas a mi insulso encuentro con el hombre que en otro momento fue mi marido. El desgraciado que no sólo me había roto la vida a mí, sino que pretendía, de paso, rompérsela a otra persona. Debería advertir a aquella pobre infeliz de a quién tenía por pareja, pero ¿quién era yo para avisarla de que estaba con un hijo de puta? ¿Y si pensaba que lo hacía todo por venganza?

Qué cosa más complicada era ver que una persona iba a hacer daño a otra sólo por egoísmo.

Abrí el ordenador para cuadrar algunas cosas en mi agenda.

El próximo evento que teníamos era una boda, así que quería que estuviera todo perfecto para que los novios se sintieran complacidos con nosotros y la comida que sirviéramos.

Si lo pensaba de manera desapasionada, esas subidas y bajadas de ánimo en las que vivía constantemente me estaban enseñando que la vida no era para conformarme. Si antes pensaba que lo único a lo que podía aspirar era a vivir una vida familiar con mi exmarido, ahora el mundo me estaba dando un montón de posibilidades para que me sintiera segura de mí misma. Con mis equivocaciones, con mis aciertos y, sobre todo, con mis inseguridades. Estas últimas se estaban convirtiendo en parte misma de mi piel. Si hacía una cosa u otra, nunca estaba segura de que fuera a ser la correcta, pero ¿no dicen que el que no arriesga no gana?

Miré el reloj, eran más de las dos de la mañana cuando terminé de hacer todo el inventario. Y, aunque seguía sin sueño, decidí que ya era hora de apagar el ordenador e intentar, por lo menos, echarme un rato en la cama para dejar de pensar en todo lo acaecido. «¿Debería contarle a Julián lo que ha pasado? ¿Y si se pone celoso?»

Le envíe un whatsapp para ver si estaba despierto, simplemente me apetecía hablar con él. En otro momento le contaría lo de Manuel, no era necesario que ahora supiera nada. ¿Qué ganaría con eso?

El teléfono móvil comenzó a vibrar; no me respondió al mensaje, sino que directamente me llamó.

—Hola —dije.

—¿Qué te pasa? —Su voz sonaba somnolienta—. ¿No puedes dormir?

—He estado trabajando hasta hace un rato en la boda que tengo este fin de semana. ¿Te he despertado?

—No, en realidad estoy con Luis, que se ha despertado y no hay quien vuelva a dormirlo. Tiene ganas de jugar.

—Oh —sonreí un poco—, me sabe mal.

—Pues a mí no. Si no, habrías enviado el mensaje y no lo habría visto.

—Ya...

—Te noto rara, ¿qué te pasa?

—Nada, es simplemente cansancio. De verdad que estoy un poco harta.

—Es normal. Trabajar en la restauración y hacerlo bien es mucho trabajo y mucha responsabilidad.

—A veces me pregunto si era necesario que me metiera en este embrollo —suspiré.

—No, nunca es necesario, para qué mentir, pero es algo que te hace ilusión, que te mueve por dentro y te hace sonreír cuando me hablas de recetas, de cambios... ¿No merece eso la pena?

—Siempre tienes las palabras adecuadas para cualquier momento, lo sabes, ¿verdad?

—Eres una pelota...

Oí de fondo el sonido del pequeño Luis.

—Te voy a dejar, que estás liado con el niño.

—Tranquila, ya está en su cuna —ahora oí pasos—, pero tengo un remedio para que duermas bien esta noche.

—¿Sí? No será venir a verme y hacerme el amor, ¿no?

—No, pero se parece mucho, ¿quieres? —Su voz adoptó un tono más seductor.

—¿Qué me ofreces?

—Que te quites los pantalones del pijama y las bragas.

—Eso está hecho.

—Perfecto. Ahora, mientras te estoy hablando, abre las piernas e imagina que soy yo quien se está acercando a tu sexo. Pasea la mano por tu clítoris suavemente... —Gemí al teléfono—. Perfecto. Ahora, para que sientas que es mi lengua la que está jugando contigo, chúpate los dedos, humedécelos y vuelve a pasarlos por tu sexo. Juega con tus pliegues, recórrelos con tus yemas como si fuera la punta de mi lengua... ¿Te gusta?

—Me encanta todo lo que me haces, pero te quiero aquí, dentro.

—Anda, saca eso que guardas en la mesilla y que crees que no sé que está ahí.

—Pero ¿cómo...?

—Tú sácalo. Vas a necesitar las dos manos, así que ponle el altavoz al teléfono o unos cascos.

—Espera. —Fui a poner unos cascos al móvil para no despertar a nadie—. Ya.

—Genial. Pues ahora apriétate con una mano los pezones y pasea el consolador por la entrada de tu sexo. Juega a meterlo un poquito y luego sacarlo... —Yo seguía gimiendo—. Así es, Daniela, es mi polla la que se divierte haciéndote sufrir. Pasea tus dedos por el clítoris mientras lubricas tu juguetito con tus fluidos.

—Lo necesito dentro... —logré decir mientras sentía cómo se construía mi orgasmo.

—Yo te diré cuándo lo vas a meter, y ahora no será. Déjalo a un lado e introduce tus dedos de nuevo en la boca, muérdelos mientras te pellizcas con la otra mano los pezones.

—¡Dios, Julián...!

—Lo necesitas, ¿verdad? —Oyó algo parecido a un «sí» en su móvil—. Pues ahora métete el consolador y estimúlate el clítoris. Córrete conmigo. Soy yo quien te está llenando.

—¡Oh, sí...! Sí, Julián..., sí...

Un orgasmo casi aterrador recorrió por completo mi cuerpo dejándome laxa, destrozada, sin músculos para moverme.

—¿Daniela? —oí al otro lado.

—¿Sí?

—¿Estás bien? Es que te he llamado un par de veces y no me has dicho nada.

—Tranquilo —sonreí—, es que has conseguido tu objetivo. Que me relajara un poco.

—¡Ja, ja, ja! —rio con ganas—. Me habría gustado estar ahí.

—Me habría gustado que estuvieras aquí.

»Julián...

—Dime, Daniela.

—Buenas noches...

No, no iba a ser capaz de decirle lo que sentía en ese momento.

—Buenas noches, bonita, recuerda que esta semana estoy de viaje.

—Te echaré de menos.

—Y yo.

Pero ninguno de los dos dijo lo que realmente pensábamos. O, por lo menos, lo que yo pensaba y creía que él también.

## Capítulo 20

—Abuela, déjame ver lo que estás haciendo —suplicó Mario.

—No, Jerónimo aún no lo ha puesto bonito *pa'* que se pueda ver.

—Pero si yo soy tu nieto favorito... Andaaaaa.

—¡Jerónimooooo!

—Yaya, coñe, que parece que vas a atacar al Séptimo de Caballería, como en las películas esas de indios y vaqueros que te gustan.

—¡Jerónimooooo! —La Yaya pasó de su nieto vilmente—. Sálvame de este loco.

El pobre muchacho apareció por la puerta con cara de cansancio.

—A ver qué pasa ahora entre Pin y Pon.

—Esta anciana desagradecida no quiere enseñarme su último vídeo. Dice que aún no lo has puesto «bonito».

—Eso es verdad, estoy trabajando en ello. Pero esta vez nos va a costar un poco más.

—¿Y eso? No me la habrás liado y os habréis puesto a hacer un *challenge* de éstos, ¿no? Mira que la mujer no está para echarse cubos de agua helada por encima o beber tequila por los ojos..., ¡que me quitan la custodia!

—Mira que eres idiota, hijo. —La Yaya le dio una colleja.

—Qué manía con darme cogotazos, Yaya.

—Sí, Mario, porque a veces eres *mu* tonto. No sé cómo pudiste salir así, con lo listos que eran tus padres...

—Yaya, es que si me lo enseñaras algún día antes de que lo subieras a internet, podría darte mi opinión artística.



—¿Me puedo ir ya a seguir haciendo cosas? —preguntó el pobre de Jerónimo.

—No, quédate un poquito. —Mario le guiñó el ojo—. Yo tengo que irme dentro de un ratito a una boda.

—¿Tienes una boda? —preguntó su abuela.

—Tengo que ir a trabajar con Daniela a una boda. —Se acercó un poco más en plan *Vieja'l Visillo*—. Es de esas con mucho de todo.

—Pues tienes que contármelo con pelos y señales. Me encanta el glamur.

—Yaya, ¿desde cuándo hablas tú como una de las de la tele?

—Pero ¿tú te has creído que tu abuela es tonta? Pocas collejas te he dado, pocas...

—No seas así conmigo, Yaya, es que desde que eres famosa ya no me quieres.

—Yo me voy —anunció Jerónimo saliendo por la puerta del salón.

—Anda, idiota —dijo su abuela—, ve y dile algo.

—¿Tanto se me nota?

Mario salió corriendo detrás de él, alcanzándolo en el pasillo.

—Esto...

—Dime, Mario. Tengo que terminar una cosa para tu abuela, que dentro de un rato tenemos que ir a la farmacia para que le tomen la tensión.

—Nada, es si..., bueno..., que si te gustaría salir alguna vez conmigo.

—Mario, yo...

—Oye, que no. Que lo siento, que quizá no debería haberte dicho nada. Ya sé que cuidas a mi abuela y tal, pero...

—Joder, lo siento. No sabía que te había dado esa impresión —Agachó la cabeza un poco—. Pero voy a tener un hijo y...

—Ah. Lo siento, perdona..., no quería entrometerme. ¿Es subrogado?

—No. —Jerónimo levantó una ceja—. Mi chica y yo vamos a tenerlo de forma natural.

—¿Tu chica? —Mario se escandalizó.

—Sí, ¿qué pasa?

—Pues nada, hijo, que pensé que eras del mismo gremio que yo.

—¿Perdona? ¿En serio? —Agachó la cabeza un poco—. Si al final Rosa

va a tener razón...

—¿Ya te lo habían dicho?

—Sí, mi mujer me ha dicho más de una vez que parecía un poco afeminado. Pero te prometo que no lo soy.

—Uy, cariño, a mí no me prometas nada. Yo últimamente debo de tener el radar estropeado.

—¿Los gais tenéis radar? —preguntó asombrado.

—Claro, somos como las máquinas que etiquetan: vemos a un tío y dentro suena un «pip». —Los ojos de Jerónimo se abrieron como platos—. Que no, hombre. Santísima Virgen del Cupón de la Once... —suspiró Mario por no reírse en su cara—. Me he confundido yo, pensando que al mirarme tanto te gustaba.

—Lo siento, no pretendía... Pero...

—Pero ¿qué?

—Te miraba tanto porque creo que podrías presentarte a un concurso de talentos.

—Claro, al plumífero más pluma. Anda, que el otro... —Levantó la mano de forma teatral.

—Bueno, tiene que ver con eso. Es el concurso de RuPaul.

—¿RuPaul? ¡Tú estás loco! Pero si ese concurso es una animalada, se presentan las mejores *drags*.

—Pues eso... No sé, inténtalo. Si quieres, yo te grabo el vídeo. Y hasta podemos hacer un seguimiento con tu abuela. Tal vez... A ver, que es una idea.

—Madre mía, estos *millennials* estáis locos.

—Piénsalo. Voy a terminar eso. —Acto seguido se dio media vuelta y entró en la habitación de la abuela.

—RuPaul... Vamos, la mismísima RuPaul va a querer que esté en su concurso. Un españolito con «olor a ajo»...

Mario regresó al salón con su Yaya, que lo esperaba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Tú lo sabías todo, ¿verdad, loca? —se le encaró divertido.

—Sí, lo sé todo. Conozco hasta a su mujer, ha venido alguna vez.

—Eres mala, muy mala... —Se acercó a abrazarla.

—¿Te vas a presentar? —preguntó.

—No lo sé, abuela, es muy gordo.

\* \* \*

—¿Cómo que te vas a presentar al concurso de *drags* de RuPaul? — Sandra lo asaltó nada más llegar al *food truck*.

Nosotras habíamos llegado media hora antes de lo previsto, necesitaba que ella me echara una mano con una serie de preparativos que a las dos se nos daban bien. Sandra había estudiado cocina, y sabía perfectamente que en el momento en que encontrara otra cosa me dejaría. Aún estudiaba para ser una gran chef, pero nunca la había oído decirme nada sobre mi forma de trabajar. No obstante, no cabía duda de que en algunas cosas, como colocar instrumentos u optimizar espacios para trabajar, su ayuda había sido más que bien recibida, y, claro, cuando yo intentaba mejorar alguna receta, ella siempre estaba para echarme una mano.

Y ahí estábamos, terminando de preparar una salsa agripicante para salsear una de nuestras nuevas carnes en pan de Viena.

—¿RuPaul? —exclamé yo.

—Sí, hija, el de la canción con Elton John —apostilló Sandra.

—Coño, que sé quién es, pero me ha dejado ojiplática.

—¡La leche! Y ¿cómo sabéis eso vosotras? —inquirió Mario mientras se ponía el mandil.

—Tu abuela lo ha puesto en su canal de YouTube. Dice que van a grabar todo el proceso de tu ascenso al «Olimpo de las diosas». Así lo ha llamado ella... —Sandra rellenó un par de botes más mientras hablaba.

—No me voy a presentar a nada. —Mario se llevó un trozo de pan a la boca—. Están locos ella y el «no gay» de Jerónimo.

—¿Qué Jerónimo no es gay? —pregunté yo.

—Para nada...

Y ahí, entre bocado y bocado de pan que se llevaba a la boca el «fideo» de Mario, nos contó todo lo que había sucedido en su casa un rato antes. Y, claro, entre las risas con respecto a lo de Jerónimo y los ánimos que le dábamos para

que se presentara al concurso, nos dio la hora de comenzar a trabajar.

Estuvimos cerca de tres horas dando de comer a la gente antes de cerrar e irnos. Eché un vistazo al reloj y vi que eran casi las cuatro de la madrugada. Sandra y yo nos miramos con cara de cansancio mientras aguardábamos a que Mario regresara de tirar la basura. Nos sentamos en la furgoneta a esperarlo y a estirar un poco las piernas.

—Estoy hecha una mierda —dije en alto.

—A mí me pasa lo mismo, estar de pie tanto tiempo mata —convino Sandra.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro. —Se volvió a mirarme.

—¿Cuánto hace que nos conocemos?

—Conocernos de verdad... Pues nos vimos un par de veces antes de que te casaras y luego retomamos de nuevo el contacto. Son años, pero así, de forma intermitente.

—Sí, lo recuerdo. Recuerdo, además, que las dos veces que nos vimos siempre hablabas de cocina. Yo no, a Manuel no le gustaba.

—Bueno, no te preocupes, hija. Eso ya pasó, los hombres son unos gilipollas..., menos Julián... —Me guiñó un ojo.

—Y ¿tú no tienes a nadie? —pregunté sin más.

—No.

—Pero si eres preciosa. Alta, con carita de ángel...

—Sí, va, venga, lo que quieras. Pero no. Y no soy lesbiana, sólo que aún no he encontrado al tío adecuado para salir con él.

—¿El tío adecuado existe?

Ahora era cuando nos poníamos filosóficas.

—Seguro que sí, tú lo tienes. —Se quitó un momento las zapatillas para darse un masaje en los pies.

—No sé yo si lo tengo o él tiene una pesadilla conmigo.

—Anda, no seas tonta...

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! —Mario entró en el *food truck* como un torbellino.

—¿Qué has hecho ahora? —Me levanté del suelo de inmediato.

—Bueno, pues nada... —Miró a un lado y a otro buscando comida que

llevarse a la boca—. Que estaba tirando la basura y, nada, un tío se ha puesto a hablar conmigo. Una cosa ha llevado a la otra y eso...

—¿Cómo que «eso»? Mario, por favor, me vas a llevar a la ruina. Verás...

—Sólo si se entera la novia.

—¿Cómo?! —gritamos Sandra y yo a la vez.

—Pues nada, que después de hacernos un trabajito el uno al otro y salir del baño, él primero para no despertar sospechas, he oído: «Vamos, Javier, que te está buscando tu recién estrenada mujer».

—Joder, joder, joder... Si es que no tienes remedio.

—Esta vez, por suerte, creo que no se va a enterar nadie. —Se metió lo primero que encontró en la boca.

—Mario, tío, lo tuyo es de traca —sentenció Sandra—. Anda, vamos, que te llevo en mi coche. Daniela va a guardar el *food truck* y se va a su casa.

—Venga, sí. Vámonos, que no quiero encontrarme con él. Qué vergüenza...

—¿Te da vergüenza? —pregunté sorprendida.

—A mí no. Me da vergüenza que no haya salido del armario, el muy idiota.

—A lo mejor le va la carne y el pescado... —Sandra lanzó al aire.

—Yo me piro de aquí antes de que esto se nos vaya de las manos. —Abrí la puerta del conductor y me puse al volante de la furgoneta—. Menos mal que he cobrado todo antes de irnos.

Llegué a casa a las cinco de la mañana con ganas de lanzarme sobre la cama y hacer un agujero en el colchón.

Echaba más de menos a Julián de lo que yo misma creía. Echaba de menos hasta ver al pequeño Luis y sus sonrisas. Pero qué mejores manos para quedarse con él que las de sus abuelos, los padres de él.

Me quité la ropa y me quedé desnuda bajo el edredón. Aunque el buen tiempo se iba acercando, aún me gustaba estar calentita en mi cama.

Recordé nuestra última conversación antes de marcharse de viaje, al cabo de un par de días regresaría, pero su profunda voz susurrándome, animándome a masturbarme pensando en él, me encendió. Cómo me decía cómo hacer las cosas, cómo con su voz me acariciaba... Cerré los ojos, bajé la mano y...

\* \* \*

El tiempo sin Julián se me estaba haciendo eterno.

Las mañanas las pasaba casi ensimismada en el ordenador y sin parar de teclear para ajustar cosas, enviar e-mails a los proveedores y rezar para que el hijo de *fruta* de Manuel me diera el dinero que me debía.

Por lo menos, no había vuelto a dar señales de vida y eso era algo que me tranquilizaba muchísimo. No sé si habría tenido fuerzas para enfrentarlo otra vez de la manera que lo hice. Quería, necesitaba, cerrar esa etapa de mi vida de una puñetera vez por todas. Y, además, hacerlo de la mejor manera posible. No podía pasarme toda la vida odiando a alguien a quien durante un tiempo amé. Eso debía terminar bien, el rencor no podía continuar en mi vida.

¿Me había dicho yo misma esas palabras? ¿Tendría mi madre razón? ¿Y si el odio que sentía era lo que estaba bloqueando mi relación con Julián? Tenía la sensación de que todo iba bien, no obstante, había algo que no me encajaba. Como si ninguno de los dos quisiéramos hablarlo y estuviera revoloteando sobre nuestras cabezas. Y no creo que fuera el decirnos o no un «te quiero». Tenía que ver conmigo, con mi forma de actuar.

Me desperté de mis ensoñaciones cuando recibí una llamada. Pensé que sería él, que tal vez su regreso se hubiera adelantado por la razón que fuera y que llegaría ese mismo día. Pero no, era mi padre. Y una llamada de mi padre era lo más parecido a un problema.

—¿Sí? —respondí sin ganas.

—¿No sabes quién soy, hija? ¿No te sale el nombre en la pantalla?

—Sí, papá, pero es la costumbre.

—Bueno, bonita, que tu madre me ha contado que tienes novio nuevo. Que me alegro mucho de que ya hayas mandado a tomar por saco al imbécil de Manuel...

—A ver si ahora nadie iba a querer a Manuel.

—Pues no, hija, no nos gustó nunca. Pero era tu decisión y eso siempre lo respetaremos.

—Pues muchas gracias, qué quieres que te diga —solté borde.

—Anda, no te enfades. —Me mandó un beso—. Si te llamo es para que vengas un día con tu novio a visitarnos al club.

—Papá, no voy a llevar a Julián a un club de intercambio de parejas.

—Vaaaaaaaaaaaaa —se me puso a hacer pucheritos—. Unas copas, os dais una vuelta y lo pasáis bien.

—Pero, papá, ¿cómo voy a llevar a Julián a esoooo? ¿Cómo voy a ir yo?

—Me escandalicé por la ligereza de mi padre—. Y, además, ¿tú estarás ahí? No, no...

—¿Le has preguntado? —me contestó tranquilamente.

—Pues no, no le he preguntado porque no pensaba ir ni yo.

—Pues pregúntale y, si dice que sí, me avisas y te lo enseño todo.

—No lo sé, papá, no te lo aseguro. —Tenía que quitármelo de encima de cualquier manera.

—Va, díselo, que seguro que le encanta. Además, así te veo, que tu madre dice que vas por casa, pero yo no estoy cuando lo haces.

—¿Sigues con tu novia?

—Claro, pero somos modernos. Cada uno vive en su casa.

«Gracias al cielo», me dije pensando en la tranquilidad de mi madre.

—Bueno, papá, ya te diré algo.

—Vale, mi niña. Un besote, te quiero.

—Y yo, papá.

«A ver cómo coño soluciono yo esto...»

## Capítulo 21

—Pero ¿tú estás seguro de lo que has hecho? —le dije seriamente cerrando la puerta de mi casa.

—Claro, ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Que nos llamen y tengamos que regresar?

—Pues qué quieres que te diga, yo no dejaría a ese angelito en manos de las tres locas que hay ahí dentro. —Mike, el novio de Gabriel estaba pasando unos días en España con nosotros.

—Si tú confías en Gabriel y en Mike para vivir en su misma casa y en Mario para trabajar..., ¿por qué no voy a dejar al pequeño una noche con ellos?

—Pues porque probablemente esas dos se tiren de los pelos o, peor aún, conociendo a Mario, puede hacer que pase la noche viendo vídeos de Raffaella Carrà. —Me lo imaginé bailando *Caliente, caliente* delante del pequeño Luis, y a Gabriel y a Mike haciéndole los coros.

—Relájate —Julián tiró de mi mano para salir del portal y entrar en su coche—, va a estar muy bien. Y, además, si queremos pasar una noche tranquilos, será lo mejor.

—No estoy yo tan segura —suspíré poniéndome el cinturón de seguridad.

—Bésame y calla.

Y eso, y en ese orden, fue lo que hice antes de oír cómo el motor del coche arrancaba.

Ojalá no pasara nada...



\* \* \*

—¿Qué es estoooooo? —Mario agarró un artilugio en el que cuatro compartimentos separaban las medidas exactas de leche que tomar—. ¿Una maraca para el bebé?

—Suelta, insensato —Gabriel puso su voz de *El señor de los anillos* para asustar a su amigo—, es un dispensador de leche en polvo.

—¿Y esto? —Sacó un bote de crema.

—Una crema para los hongos...

—Ains, tan chiquitico y con esos problemas de...

—Ni se te ocurra seguir hablando. —Le quitó la bolsa donde estaban todas las cosas del pequeño.

—Si tengo que cuidarlo, necesito saber qué es lo que hay en la bolsa esa.

—No necesitas nada. Sólo tienes que estar calladito hasta que sea la hora de comer o dormir o cambiarlo o lo que sea.

—A ver, listo, ¿cuántos bebés has cuidado tú? —Mario puso los brazos en jarras.

—Tengo dos hermanas mayores, idiota —se le encaró—, y ellas tienen dos hijos cada una, así que echa cuentas.

—De todos modos, no me fío de ti. —Se colocó delante de la sillita mecedora donde Julián lo había dejado durmiendo.

—Si no dejas de hacer el gilipollas, te echo... —A Gabriel se le estaba acabando la paciencia.

—A que llamo a Julián...

—Señor, dame paciencia, porque si me das más hormonas masculinas, lo hostio.

En ese instante, el telefonillo comenzó a sonar.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Mario haciéndose el interesante.

—Pues no. Tú no habrás dicho nada a nadie, ¿no?

—Bueno, quizá se lo comenté esta tarde a Sandra y ayer en un whatsapp...

—¿En serio? —Gabriel miró de nuevo al cielo—. Señor, ¿recuerdas lo que he pedido?, pues ya no lo quiero. Dame hormonas, dame...

El telefonillo volvió a sonar y por la cámara vio que era Sandra.

—Hola, chicos, he traído refuerzos —dijo entrando por la puerta con un montón de comida.

—¡Gracias! ¡Gracias! Comida, cantidades ingentes de comida... —Mario le quitó las bolsas de las manos.

—¿Éste es el bebé? —Sandra se acercó a la mecedora—. Pero qué cosa más bonita, qué *pesiosa*, qué *chuchichuchi*...

—Está dormido —Gabriel la cortó en seco.

—No hace falta ser tan borde. —Se sentó al lado del bebé.

—Lo siento, pero es que éste —repuso él señalando a Mario, que había abierto varias bolsas de patatas y comía a dos manos— me pone de los nervios.

—Bueno, pues ya he llegado yo para poner paz y amor —sonrió Sandra.

—Ni que fueras la madre Teresa de Calcuta, hija —Mario habló con la boca llena.

—Pero soy mujer y se supone que de bebés he de saber.

—Otra gilipollas —bufó Gabriel.

—Que estoy delante —se quejó la aludida.

—Lo sé, por eso lo he dicho.

—Vale, a ver. Un poquito de por favor... —Mario intentó poner algo de orden después de tragar todo lo que había comido—. Estamos aquí reunidos como buenos hermanos para echar una mano a Daniela. Si comenzamos con estas gilipolleces, vamos a matarla.

—En eso tienes razón —afirmó Sandra volviéndose a mirar con cara de embobada al bebé.

—Sí, pobre. Han sido un par de meses muy jodidos; además, llevaban una semana sin verse. Se lo merece.

Gabriel comenzó a colocar el avituallamiento encima de la mesa y recogió los pedazos que Mario había escupido al hablar.

—¿Y si ponemos una peli? —propuso este último.

—Sí, una de amor —replicó Sandra.

—Poner lo que os rote, me temo que la noche va a ser intensi...

El telefonillo volvió a sonar y Gabriel echó una mirada asesina a los dos personajes que tenía a su derecha.

—A mí no me mires, que yo no tengo la agenda de éste —dijo ella señalando a Mario.

—Pero, tío, ¿has puesto un puto anuncio?

—No, pero si hoy no iba a currar al club, tenía que avisar —se excusó él.

—Ya... —Gabriel miró la pantalla del interfono para comprobar cómo Antonio, su jefe, venía con Deborah Melo y Elva Gina—. Pues me parece que si la cosa sigue así voy a comenzar a cobrar entrada.

Ni siquiera esperó a que llamaran a la puerta, sino que simplemente la dejó abierta para que los tres personajes entraran en casa y la cerraran a su paso.

—Daniela me va a matar —se quejaba.

—Hola a todas, amigas *puters* —saludó Deborah Melo.

—¿Qué hacéis aquí? —inquirió Mario.

—Pues, hija, muy fácil, nos dijiste que tenías una emergencia en casa de Gabriel y, como Antonio ya no nos deja el coche —no sé por qué, la verdad —, nos ha traído a echarte una mano.

—Lo que no sabíamos —apuntó Elva Gina— es que esto iba a convertirse en una putifiestaaaaaaaa.

—Calla, coño, que hay un bebé dormido —silenció Sandra.

En ese momento Antonio, el jefe del local en el que trabajaban las tres *drags*, se abrió paso con su brillante camisa roja de chorreras.

—Hostia, quita, que haces daño a la vista. —Deborah le echó una miradita cuando la apartó.

—Discúlpenme —dijo Antonio, hablando con modales de otra época—, ¿nadie va a presentarme a esta belleza?

El silencio se instaló de pronto en el atestado salón y, como si de una imagen a cámara lenta se tratara, el hombre se acercó a Sandra, en el sofá, y, arrodillándose, le tomó la mano para besársela.

—Antonio Cántaro a su servicio, querida.

Sandra mudó el color de su rostro del rosadito palidillo de la temporada invernal a un carmesí más intenso que el de la camisa del hombre, lo que ya es decir, pero ahí estaba ella, azorada y encantada por las atenciones que estaba recibiendo por parte de aquél.

—Hola —tragó saliva—, Sandra. Un placer.

—Me encantaría sentarme a su lado para poder conocerla un poco mejor.

—Sin problemas.

Tan atónitos estaban los asistentes a aquella escena sacada de otra época que en la estancia sólo se oía su conversación

—Yo voy a llevarme al niño de aquí —apuntó Mario—. Me da miedo esta situación.

—A mí el que me da miedo es Antonio. —Elva se tapó los ojos como si estuviera viendo una película porno.

—Bueno, lo dicho, la cosa es cuidar a un bebé, así que podéis iros si queréis —dijo Gabriel, el único cuerdo aparentemente.

—No podemos, Antonio nos ha traído, y hasta que él...

Volvieron de nuevo su rostro hacia el sofá, donde Sandra y Antonio estaban hablando...

—Pero ¿qué es esssssooooooooo?! —gritó Mario recién llegado de la habitación de Daniela, donde había dejado al pequeño Luis.

—¿Qué pasar aquí? —intervino Mike, que acababa de salir de la ducha ya vestido y todo.

—¿En qué segundo hemos dejado de mirar? —Deborah no podía apartar los ojos.

—La hostia, qué lengüetazo le ha enchufao ella. —Elva abrió las manos como si de un niño con miedo se tratara.

—Esto se está convirtiendo en algo muy raro... —Gabriel se llevó las manos a la cabeza mientras Mike se puso a su lado.

—Españoles ser muy pasionales. —Le agarró del culo divertido por el espectáculo.

Sandra y Antonio habían pasado de las palabras a las acciones en menos de lo que canta un gallo, y ahora eran sus manos y sus bocas las que hablaban por ellos. Sin saber cómo ni de qué manera, estaban en una esquina lejana del sofá, dándose el lote.

—Deberíamos decirles algo, ¿no? —señaló Deborah con cara de asco.

—Pues como no se lo digas tú, yo no lo voy a hacer.

Los sonidos de un bebé los despertaron de aquella escena digna de

cualquier película porno con ropa y todos salieron corriendo hacia la habitación de Daniela.

—¡El bebé está llorando! —Elva comenzó a dar saltitos de puntillas y a señalar.

—Nena, lo tuyo es inteligencia de la buena —le respondió Deborah.

—Bueno, por lo menos me he dado cuenta.

—Deja, Mario, lo cojo yo... —se ofreció Gabriel, pero entonces sonó su teléfono y tuvo que dejárselo igualmente.

—Yo pueda —Mike habló pero nadie le hizo caso.

Después de unos minutos esperando y tratando de calmar al pequeño, Gabriel apareció con el rostro desenchajado.

—Tengo que marcharme, una puta urgencia de un cliente. Espero estar aquí en menos de dos horas. —Miró su reloj—. Dentro de una hora le toca comer. Ya sabes cómo se hace. ¿Vienes, Mike?

—Sí, yo ir contigo. Esperar en oficina. Aunque no ser tan divertida como esto.

—Sí, vale —respondió Mario a su vez poniendo cara de hastiado por su poca confianza.

—Y a ésta, ¿qué le pasa ahora? —preguntó Deborah con toda la seriedad que un vestido de lentejuelas podía darle.

—El amor la está volviendo gilipollas —soltó Mario mientras mecía al bebé en brazos.

—¿Está enamorado de ése? —quiso saber Elva.

—Me temo que desde que volvió de aquel viaje con Daniela, lo está. Ya has visto que el novio de las Américas está aquí.

—Sí, Gabriel, aunque serio, siempre ha sido un tío muy divertido.

Se oyó cerrarse la puerta de la entrada, síntoma de que el aludido se había marchado. Así que, poniendo rumbo al salón, las tres amigas descubrieron que allí no sólo no estaban Gabriel y Mike, sino que en la casa faltaban dos personas más. Y no es que faltaran, sino que se temían que era probable que se hubieran metido en la habitación del que se acababa de ir.

—Ve tú a ver, que no quiero que el niño oiga esas barbaridades —Mario instó a Elva.

—Ya, y como yo soy la tonta que se deja, he de ir, ¿no?

Caminó unos pasos por el pasillo... Cloc, cloc, cloc... Los tacones resonaban por el corredor como si de martillos percutores se tratara. Echó la vista atrás y pudo ver cómo sus dos amigas la estaban advirtiéndole de que sus pasos fueran un poco más silenciosos o la descubrirían. Elva levantó los hombros a modo de disculpa y señaló su indumentaria: unos fabulosos *leggings* de leopardo verdes con una camiseta de *brilli-brilli* y unas plataformas de escándalo, de esas que a más de una le gustaría llevar puestas sin andar como un pato mareado.

Dignamente, levantó un poco las puntas de los pies e intentó arrastrarlos de manera más sigilosa. Cuando llegó frente a la habitación de Gabriel, se volvió para mirar a sus cómplices, que le exigieron que pusiera la oreja en la puerta. Deborah abrió las manos con impaciencia, haciéndole saber que estaba tardando demasiado, y Mario levantó las cejas de manera exagerada mientras aún mecía al pequeño Luis entre sus brazos. Elva apoyó las manos en la madera, y cuando iba a acercar la oreja a la puerta...

Otra llamada telefónica que los sobresaltó a todos.

—¡Será mariconas Roncha Velasco! —gritó Deborah al ver quién era.

—¿Dónde estáis, perras del infierno?

Puso el altavoz.

—En una misión imposible —contestó Mario.

—¿Otra de esas? Cuidado, que la última acabó de puta pena, nenas —les recordó.

—No, ésta es más en plan *Tres putarronas y un bebé* —soltó Deborah.

—¡Calla, que hay un niño delante, desgraciada! —Mario le dio un cachete en el culo.

—¡Ay, perra! Qué sensiblonas estás desde que eres madre.

—¿Madre? ¿Quién ha parido? —se oyó al otro lado de la línea.

Unos tacones corriendo desanduvieron el camino recorrido.

—¡Como leonas...! ¡Como jodidas leonas!

—¿Que han parido como leonas? ¡Ay, Dios santo! ¿Alguien quiere explicarme qué es lo que pasa?

—Joder, ¿en serio? —Deborah abrió los ojos como platos.

—Cuando se entere Gabriel, va a llamar a un desinfectador —dijo Mario mientras cómicamente intentaba tapar los oídos del bebé—. Tú no escuches nada de esto, que todas estas están muy locas.

—¡EEEEEEEEEH! —volvió a sonar un grito a través del altavoz del móvil—. ¿Me va a explicar alguien qué es lo que pasa?

—No te lo vas a creer —comenzó a decir entre resuellos Elva Gina—. El jefe está tirándose a la amiga de Mario en la habitación de Gabriel.

—Anda, hija, que te explicas tú también de cojones —soltó Mario, pero de inmediato se dio cuenta de lo que había dicho y miró de nuevo al niño—. Lo siento, Luisito.

—Será mentira... —se defendió Elva.

—No lo es, pero vamos, que se puede explicar de mejor manera.

—A ver, Deborah Mela, toda... tuya... —Señaló el móvil.

—Qué mala eres, hija. A ver, niña, que hemos venido porque hoy la loca de María Humpajote ha dicho que no podía ir al club por una emergencia. Que estaba en casa de Gabriel y punto. Como nos preocupamos un poco, le pedimos el coche a Antonio, y, por supuesto, no nos lo dejó. Así que nos trajo él y al llegar estaba Sandra, una amiga de Mario y de Gabriel, la que trabaja con Daniela, y el bobo de Antonio se ha quedado *atontinao* al verla. Lo peor es que ella también se ha quedado así con él, y ahora están follando como leones —miró a Elva—, LE-O-NES. No leonas, boba.

—Lista —replicó la aludida.

—Pero ¿la amiga de éstos está mal? ¿Es tuerta? No sé..., ¿tiene problemas o algo? —preguntó Roncha.

—¡Qué va! Si encima es una perra de esas rubias monísimas.

—Lo dicho, lo mismo tiene un retrasito —sugirió Elva.

—El retraso te lo voy a dar yo a ti como no te calles de una vez. — Deborah levantó la mano para darle un cogotazo.

—Parad, leche, que me asustáis al niño.

—Bueno, eso —Roncha seguía pidiendo explicaciones—, ¿y lo del bebé?

Cuando Roncha Velasco obtuvo una explicación con todo lujo de detalles, puso toda la artillería en marcha para que el club estuviera a punto para la hora en la que Deborah Mela y Elva Gina llegaran. Su espectáculo comenzaba

a la una de la madrugada y, si Gabriel volvía a tiempo, Mario, o María Humpajote, saldría como colofón sin anunciar. Lo único que no cuadraba era lo de Antonio, más que nada porque nunca habían abierto el club sin que él estuviera presente. Muy fuerte debía de haberle dado con aquella chica. Muy fuerte.

\* \* \*

—Yo no sé si llamar a la puerta o no hacerlo. —Deborah miró el reloj, llevaban encerrados más de una hora en la habitación sin salir para nada.

—Pues la valiente no voy a ser yo, ya te lo digo. —Elva se estaba comiendo los Lacasitos como si de pipas se tratara.

—Deja de comer esa mierda o no vas a caber en el vestido, ¡gorda! —le espetó la del vestido de lentejuelas.

—Envidiosa —se metió otros cuatro Lacasitos de golpe—, sabes que tengo un metabolismo mejor que el tuyo y eso te mata.

—Al final, quien te va a matar seré yo. ¡Que no te soporto! —Bufó al aire.

—Las que se pelean se desean. —Otros tres Lacasitos más para adentro.

Mientras las dos amigas de Mario discutían, como siempre, él le estaba dando el biberón al pequeño en el cuarto de Daniela. Allí, después de que lo tomara, haría que expulsara el aire como había visto en un tutorial de YouTube (a los que se estaba aficionando demasiado por culpa de Jerónimo, el cuidador de su abuela) y lo metería en su cunita para que descansara.

Cuando ya había acabado con toda la parafernalia del bebé y se disponía a acostarlo un desagradable olor salió de su culito.

—No, dime que no te has cagado —le habló directamente al pequeño—. Por favor, un pipí te lo cambio; un popó, no...

—Mírala —en la puerta de la habitación, apostadas en el umbral, estaban las dos *drags*—, la pobrecita ya habla sola.

—Imagino que debe de ser la soledad.

—O las drogas...

—Dejad de decir gilipolleces y despejad la mesa del salón. Tenemos un contingente tóxico.



—¿Tóxico? —inquirió Elva.

—¿Nuclear? —se rio Deborah.

—Peor que si al gordito de Corea del Norte le da por lanzar petardos —apostilló Mario.

—¡Mierda! —saltaron las dos.

—Efectivamente, mierda —asintió—. ¡Vamos, abran paso y dejen despejada la zona!

—Yo no lo voy a cambiar, que voy monísima esta noche —soltó Deborah.

—Y yo tampoco, pero porque no me da la gana.

—Así se habla, esto es amistad pura y de corazón. —Mario les lanzó una mirada asesina.

—Hombre, tan amigas no somos...

Con la mesa despejada, dejaron los seis meses de bebé encima de una toalla y, con todo lo necesario para poder cambiarlo, procedieron a la operación como si de desactivar una bomba lapa se tratara.

—Esto no va a salir bien... —Elva se movía nerviosa de un lado a otro.

—Si no paras, claro que no —se quejó Deborah.

—Dadme un segundo y jugad un momento con el niño, voy a por un par de cosas.

—¿Cómo se juega con un bebé? —preguntó Elva.

—Mira, hija, a veces tengo la sensación de que tienes diez años. —Deborah le dio finalmente la colleja que tanto tiempo llevaba deseando—. Se le hacen monerías e intentamos que no se caiga de la mesa, so tonta.

—Joder, que duele... —Se llevó la mano a la nuca—. Vamos allá, voy a cantarle: «Yo soy esa que pone la polla tiesa...».

—Tú eres tonta, en serio. —Deborah la apartó—. Que hay que hacerle monerías, hablarle como si te habláramos a ti.

—Bueno, pero eso es fácil.

—Sí, ya verás. —Deborah comenzó a hacerle gestos y muecas graciosos y a hablarle en «balleno»—. Hoooooaaaaaaaaaaaa, beeeeeeeeboooooote...

—¿Así me habláis a mí?

—Mira, nena, a veces hasta más despacio...

—Idiota.

—*Retarder.*

—¡Hostia! ¡Nos invaden! Han venido los del otro lado a comernos como en la serie esa que ve Elva...

—¡*Osú*, qué susto, María! —exclamó Deborah.

Mario apareció desde la cocina con un par de guantes amarillos de fregar los platos, un delantal y una mascarilla para cuando cocinaban para el *food truck*. Ciertamente tenía una pinta bastante extraña, y uno se habría imaginado que podía ponerse a hacer cualquier cosa menos cambiar el pañal a un bebé.

—Así tú no te acercas al crío. —Deborah se interpuso entre los dos.

—Y ¿cómo lo hacemos? Tú no quieres cambiarlo porque te manchas, y la otra porque no.

—Ya, pero, alma de cántaro, que es un bebé, no una vajilla llena de macarrones quemados.

—¿Qué es esto? —Una voz masculina resonó detrás de ellos—. ¿Qué ha pasado?

Los tres se dieron la vuelta y vieron cómo Sandra y Antonio, con la cara aún congestionada por el desenfreno vivido, aparecían recomponiéndose la ropa por el salón.

—Pues no sé, tal vez deberíais explicarnos vosotros algo.

—No sin antes decirme vosotros qué pretendéis hacer con ese bebé, ¡salvajes! —Antonio tenía cara de enfado mientras apartaba a las *drags* de su camino.

—Que no, que sólo vamos a cambiarle la caca que se ha hecho —se defendió Mario.

—Y ¿vais con estas pintas? ¿Creéis que esto es Fukushima? ¡Apartad, idiotas!

Si la cara de los tres era para ponerlos en un marco, Sandra destilaba admiración hacia su reciente «polvo». Era como si en ese instante estuviera mirando al mismísimo Superman mientras salvaba al planeta Tierra. Embobada.

—¿Habéis visto qué decisión? Destila...

—Lo que destiláis es un pestazo a polvo que no veas —la cortó Mario apartándose—. ¡Lávate las manos antes de tocar al niño!

—Calla, idiota —lo apartó Antonio.

Con determinación y presteza, cogió todos los enseres del bebé y, en un visto y no visto, ya estaba con su cremita, su pañal limpio, su bodi abrochado y su pijamita bien colocado. Al momento, lo cogió, arrullándolo en su regazo y dejándolo dormido enseguida.

—¿Dónde está el cochecito o la cuna? —Le señalaron el lugar, se fue hasta allí y al momento apareció sin el bebé. Acto seguido, y con cara de pocos amigos, se dispuso a dar órdenes—. Vamos, que hay trabajo por hacer, esta noche hay espectáculo.

—Espectáculo es el que habéis dado a los vecinos, ¡que folláis como leones! —soltó Elva sin filtrar, haciendo que Sandra se pusiera colorada como la camisa de su recién estrenado «amante».

—Eso es verdad verdadera—convino Deborah.

—Va, venga, a trabajar. —Antonio se acercó a Sandra—. ¿Te llamo mañana? ¿Me llamas tú? ¿Vendrás a verme un día?

—Sí, iré. —Se despidió con un ligero beso en los labios mientras las tres *drags* los miraban con una cara más tiesa que la de la Preysler recién operada.

—Tú no hace falta que vengas hoy, no dejes sola a mi Sandra. —Antonio le guiñó un ojo a la aludida y salió por la puerta de la misma manera que había entrado, arrasando.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —preguntó Mario quitándose los guantes y la mascarilla.

—Ha sido amor a primera vista, me he enamorado. Estoy enamorada.

—Estás gilipollas —suspiró—. Una tía como tú con un tipo como ése.

—¿Qué tiene de malo? Es galante, atractivo y deliciosamente misterioso.

—Oye, al nacer te faltó oxígeno, ¿verdad?

—Y a ti delicadeza. No entiendes del amor, de la vida, del sexo...

—Tú directamente no entiendes, Sandra —sentenció Mario llevándose las manos a la cabeza al tiempo que se dejaba caer en el sofá y la puerta se abría.

—Hola, chicos, ya lo he solucionado todo. —Gabriel y Mike se quitaron el abrigo y lo dejaron en el perchero de la entrada—. ¿Ha pasado algo?

Sandra se puso colorada como un tomate y Mario suspiró.

## Capítulo 22

Llevábamos una semana sin vernos y necesitábamos estar un rato sin nadie alrededor. No es que no nos apeteciera estar con nuestros amigos o pasar la noche en brazos el uno del otro y con el pequeño, pero queríamos reencontrarnos a solas.

Yo no estaba muy segura de que fuera buena idea dejar al niño en manos de unas locas del tamaño de una granja de vacas lecheras. No había ayudado mucho que sus padres estuvieran de viaje para tener unas niñeras normales, pero, claro, si Julián confiaba en ellos, con las pocas veces que se habían visto, ¿quién era soy yo para negarle la mayor?

Había estado fuera sólo una semana, pero se me había hecho eterno. Aunque hablábamos todos los días y nos contábamos nuestras cosas, me faltaba su mano sujetándome por el hombro, sus labios besándome la mejilla, sus susurros al oído... Me faltaba él. No estaba tan lejos, ya que se había marchado a Londres para hacer una consultoría específica al chef Dabiz Muñoz en su nuevo restaurante de aquella ciudad. Al parecer, algunos números se habían salido de madre y no encontraban exactamente dónde estaba el problema. No era de extrañar, pues a ese hombre le gustaba todo lo más, lo mejor, lo fabuloso.

—¿Adónde quieres ir a cenar? —le pregunté.

—Me da igual, podemos ir donde tú quieras.

—¿Te apetece que probemos aquel restaurante del centro? —sugerí uno que hacía tiempo habíamos visto en una revista.

—¿Ceviche? —Abrió los ojos sorprendido—. Me apetece.

—Podríamos probar a ver si aún hay mesas.

Y al cabo de un rato allí estábamos, sentados en un restaurante peruano probando todas las exquisiteces que se nos antojaban: ceviche, ají, lomo saltado...

—No puedo más, Julián, esto es un festival de sabores.

—Yo lo que tengo es un festival visual. Hoy no te he dicho que estás guapísima.

—Eres un adulator. —Noté cómo me estaban subiendo los colores.

—Me encanta cuando te ruborizas, es como cuando te corres. Estás preciosa.

—No me digas encima eso, que me pongo más colorada aún.

—¿Pido la cuenta y nos vamos a mi casa? —Me guiñó el ojo.

—Sí, pero a ver... Es que no sé cómo decírtelo, y ni siquiera sé si debo, porque es una auténtica locura.

—Me tienes en ascuas. —Abrió los ojos como platos.

—A ver, mi padre...

Y, sin darle muchas explicaciones sobre mi disfuncional familia, le comenté con pelos y señales las locuras de mi padre para poder salir adelante en la vida y que, después de mucho tiempo tranquilo, se había echado una nueva novia que le había propuesto un negocio, según ella, infalible: sexo. Cuando dije esa palabra, Julián abrió la boca desmesuradamente, me imaginé que pensó que se dedicaban al porno o algo de eso. Tuve que sacarlo de su equívoco inmediatamente, contándole que habían montado un club de intercambio de parejas, un club *swinger*.

Al finalizar mi explicación, mi cara volvió a ponerse rojo carmesí simplemente al pensar qué debía de pasar por la cabeza de Julián sobre mi familia o sobre mí misma al tener un padre tan «peculiar». No obstante, su respuesta de nuevo me mostró que era una persona mucho más abierta de lo que nunca habría pensado.

—Tu padre es un emprendedor de los buenos. —Levantó la mano para pagar la cuenta—. No desiste pase lo que pase.

—Y ¿no te escandalizas? —pregunté extrañada.

—No. Cada uno ve el negocio donde lo ve. Hay gente que tiene más visión

de éxito y otros a los que les cuesta más.

—Me dejas alucinada.

—¿Por qué? ¿Por no llevarme las manos a la cabeza y decir que tu padre es un depravado? —Asentí—. Pues te contaré un secreto —bajó la voz—: yo he ido a un par de ellos alguna vez.

Ahora fui yo quien abrió la boca al darme cuenta de que tenía muchas ideas preconcebidas acerca de las personas. Y en este caso con Julián me pasó exactamente lo mismo. No quería comentarle lo de mi padre por «el qué dirán», y resulta que él ya había ido a sitios como éstos y me lo comentaba de manera natural.

—Es que hay muchos prejuicios con según qué cosas —me justifiqué.

—El sexo es diversión, Daniela. Y si dos personas o más están de acuerdo en pasarlo bien, ¿por qué no? —Levantó la ceja una y otra vez, tentándome.

—¿Me estás proponiendo algo?

—¿Yo? No, qué va. —Se echó para atrás en la silla sonriendo—. Pero me gusta ponerte nerviosa.

—Pues ahora soy yo quien tiene que proponerte algo. —Cogí aire.

—Suelta, ya sabes que estoy abierto a todos los planes que me propongas.

—Puesquemipadrequierequevayamosaverelclub. —Ahí lo solté, de golpe y sin respirar.

—¿Cómo? —Se acercó a mí.

—Que mi padre quiere que vayamos.

—Ah, ¿era eso? Por mí encantado, ¿vamos hoy? —propuso de lo más natural.

—¿Hoy? ¿Ahora? Yo no he ido en mi vida a esos sitios... ¡Qué vergüenza! No me he depilado —mentí llevándome las manos a la cara.

—Anda, no seas... Si tu padre quiere que vayas, será porque es algo que su hija puede ver, ¿no?

«Tú no tienes idea de cómo es mi padre, está loco», pensé para mí.

—¿Gente follando por todas partes? Nada..., de lo más normal —dije justificando mi vergüenza.

—No es tan así.

—¿Y eso lo sabes tú porque...?

Entonces me habló de las dos veces que había estado en un club de intercambio, las dos en Estados Unidos. Le sorprendió, sobre todo, que el ambiente era de lo más distendido. Me contó que existen varias clases: los que son tipo pub, en los que entras, pagas una consumición mínima y, si vas con pareja, entras en la zona mixta y, si vas solo, tienes que esperar a que una pareja te invite a entrar con ellos, y otros locales donde pagas una entrada y en los que sólo dejan pasar a parejas y chicas solas. Al parecer, se controla mucho el hecho de tener a hombres sin pareja por el establecimiento, más por una cuestión de seguridad que por otra cosa.

Había ido, confesó, hacía tiempo, y fue invitado por un compañero de trabajo y su novia. Al principio Julián declinó la invitación, sobre todo por no mezclar unas cosas con otras, pero cuando le dijeron que invitarían a su vez a una amiga para que se sintiera más cómodo, aceptó. Me contó que todo surgió de manera natural, ya que de un principio aquella chica y él tuvieron buen *feeling*, y luego allí lo pasaron bien, sin más.

El local donde estuvo la segunda vez fue con la misma chica, la llamó para preguntarle si le apetecía y ella no dijo que no. Así que volvió y pasó también un buen rato. Lo que me dejó muy claro es que allí todo es muy natural y que las parejas tienen un código ético y de comunicación que nunca ha de ser obviado. Ellas, o sea, nosotras, somos las que decidimos si queremos o no seguir adelante con un juego a dos o tres o cuatro. Nadie puede obligar a nadie, y hasta puedes ir a tomar una copa con tu pareja, darte una vuelta y regresar a casa sin más.

Me lo vendió tan bien que hasta tenía ganas de ir a ver qué había hecho mi padre en aquel lugar para dar rienda suelta a las fantasías sexuales de las parejas.

—¿Qué?, ¿vamos? —Me guiñó un ojo.

—No te separes de mí —le pedí.

Mandé un sms a mi padre diciéndole que íbamos a visitar el club, aunque dejé muy claro lo de «visitar», no fuera que la liara parda y me preparara una habitación roja como la del Grey ese del que todos seguían hablando.

Tardamos bastante rato en llegar, pues el club estaba justo en el lado opuesto de la ciudad, en —sorprendentemente— un chalet de grandes

dimensiones y tres plantas. Tenía hasta un torreón, y en la zona en la que se encontraba no destacaba ni más ni menos que los demás. Eso sí, imagino que el ir y venir de coches o taxis daría alguna idea de lo que allí se cocía, ¿no?

—No puedo entrar, Julián. —Le apreté la mano.

—A ver, que no es obligatorio hacerlo, pero...

Me lancé al abismo llamando al timbre. Un momento más tarde, un gran portalón de hierro se abrió para dar paso a una escalera que nos llevaría a otra puerta en la que esperaba una espectacular chica morena que nos dio la bienvenida. El acceso era el recibidor de la casa, así que no podíamos ver más allá de las cortinas que tapaban la entrada.

Avisé al chico que estaba en el ropero para que llamara a mi padre, que bajó en menos que canta un gallo para dar un gran abrazo a su hija y a su acompañante, lo que venía siendo a Julián.

—Hola, preciosa mía. ¡Al fin has venido a ver mi castillo! —dijo a voz en grito todo ilusionado.

—Papá, por favor... —Yo quería esconderme—. Éste es Julián.

—Un placer —dijo él.

—El placer va a ser el que vas a encontrar aquí, muchacho... —Mi padre rio a mandíbula batiente y a mí no me hizo ni pizca de gracia: estaba cagada.

Guardamos las cosas en la entrada y nos dieron una pulsera; creo que mi padre dijo que éramos invitados vip y que estaba todo pagado. Con ello, nos hizo pasar detrás de las cortinas de raso rojizo y, a nuestra izquierda, encontramos un bar tipo discoteca con una barra en el centro para hacer *pole dance* y una sala más pequeña en la que había una falsa chimenea y una gran cama.

Yo sólo apretaba la mano de Julián de manera casi dolorosa.

—Tranquila, es tu padre y nos está enseñando esto.

—Por eso estoy nerviosa —susurré—, me da miedo mi padre.

—Venid por aquí. —Nos hizo pasar al lado de una escalera para recorrer un pasillo acristalado—. Por esta puerta se va a la piscina, y aquí, en la discoteca, está Svetlana. Quiero presentártela.

—Papá, de verdad, no es necesario.

¿Para qué cojones quería yo conocer a la novia de mi padre, teniendo en



cuenta que mi madre y él seguían casados y estaban viviendo en el mismo piso?

Abrió una puerta que daba paso a la discoteca, como había dicho él, donde la gente bailaba desinhibida. Llegué a ver a una pareja que estaba en ropa interior, los dos, dándolo todo en la pista. Y, en uno de los sillones, a una chica abierta de piernas con un tipo escondido bajo su falda. Imagino que no debía de estar buscando sus lentillas.

«Uff..., ¿qué es esto?»

Mi padre levantó la mano llamando la atención de una espectacular chica, quizá hasta de mi edad, rubia, con unos cristalinos ojos azules. Su mirada gélida me dio un poco de repelús.

—Mira, mi hija y su novio —nos presentó.

—Un placer. —Nos dio dos besos—. Espero que lo paséis bien, tu padre no deja de hablar de ti.

—Igualmente. —No pensaba decir ni una palabra más, no fuera a ser usada en mi contra.

—¿Una bebida? —preguntó.

—Sí —Julián rompió el hielo—. Yo querría un gin-tonic. ¿Y tú? —Asentí—. Pues dos gin-tonics.

—Bueno, más o menos ya conocéis esto. Ya sabéis, podéis ir a cualquier parte, la pulsera lleva un número, que es el de la taquilla, por si queréis hacer algo más que mirar. —Le guiñó un ojo a Julián y yo quise morirme—. Arriba están las taquillas y, más arriba, en la tercera planta, la torre; es fantástica.

—Vale, papá, si necesito algo te buscaré —mentí. Quería irme.

—Aquí tenéis, chicos, no hace falta que me deis la pulsera. —Svetlana sonrió amablemente.

Vi cómo mi padre y ella desaparecían con rumbo desconocido. Imagino que para seguir con sus quehaceres empresariales, saludando a clientes o vigilando que los empleados no se empalmaran demasiado. «Vale, no estoy nada cómoda. Y eso que aún no he visto nada.» Estaba cagada sólo con ver a dos personas bailando en ropa interior y a otra chica cuya pareja le estaba comiendo el sexo.

—Relájate —me aconsejó Julián cuando ya estábamos solos—. Tómate

esto como una discoteca. ¿No habías visto nunca cómo alguien follaba en algún rincón oscuro?

—Sí, ¿quién no lo ha visto? Pero de ahí a que aquí se pueda hacer en todas las esquinas...

—Va, venga, vamos a darnos una vuelta por arriba, a ver qué hay.

—Estoy muy incómoda —confesé.

—Estás conmigo y necesitas un traguito de gin-tonic para relajarte.

—Tú lo que quieres es emborracharme, echarme burundanga y que satisfaga todos tus deseos sexuales —solté.

—Ya los satisfaces cada vez que nos acostamos. —Besó mi cuello sensualmente y un cosquilleo me recorrió el cuerpo.

Retomamos el pasillo acristalado para volver a la primera sala, donde había una escalera que subimos, yo con la mano de Julián apoyada en mi cintura. En ese primer piso estaban los vestuarios y una sala grandísima con vistas a la ciudad en la que había una cama, un arnés y, al fondo, una cama redonda. La oscuridad lo invadía todo, y al principio sólo oía sonidos de cuerpos rozándose, chasquidos, gemidos. No obstante, cuando la vista se me acostumbró, los sonidos cobraron vida. Cuerpos desnudos se retorcían los unos con los otros en una orgía desenfadada.

Una chica le comía la polla a un chico mientras un hombre la penetraba por detrás. A su lado, otra chica, tumbada a su vez, alargaba la mano para acariciar el clítoris de la chica que estaba siendo penetrada, mientras que a ella otra mujer, que a su vez también estaba siendo sometida por otro hombre, le lamía el suyo.

A su lado, dos chicas se masturbaban mutuamente mientras sus bocas estaban siendo invadidas por dos hombres. Creo que logré ver cómo una mujer estaba en el balancín mientras un tipo se la follaba y, a su lado, otra le lamía los pechos. Después apareció un hombre que comenzó a comerle el sexo a esta última.

Joder, me estaba poniendo más nerviosa aún. Aunque ese nerviosismo me temo que tenía que ver más con el calentón que estaba pillando que con otra cosa.

—No es tan malo, ¿no? —Julián restregó su polla contra mi culo.

—¿Estás caliente? —Me hice la sorprendida.

—Si metiera la mano en tus bragas, creo que me llevaría una sorpresa.

—He de confesar que me está poniendo.

—Lo sabía. —Mordió mi lóbulo—. De todas las chicas que hay aquí, ¿quién te gustaría ser?

Dejó la copa en un lado de la habitación y metió la mano bajo mi vestido. Apartó mi ropa interior, llevaba medias con liga autoadherente, y comenzó a acariciarme el clítoris.

—¿Ves? Estás muy húmeda... Te pone —sentenció acariciando despacio mi tan sensible punto—. ¿Quién te gustaría ser?

—Aquélla —apreté mi culo contra su sexo duro—, la que está tumbada con dos tíos.

—¿Te ponen los tríos? ¿Has hecho alguno?

Negué.

Que nunca lo hubiera hecho no significaba que no fantaseara con tener a dos tíos a mi plena disposición. Dos esclavos sexuales que me dieran placer por horas, combinándose por turnos y también a la vez. Todo para mí.

—Algún día, si quieres, haremos uno. Algún día. —Un dedo se introdujo en mi vagina, provocando que tuviera un espasmo.

—Dios, Julián, me voy a correr aquí mismo si no paras.

Y, extrañamente, me hizo caso. Sacó su dedo de mi sexo y, sin dejar de mirarme, lo chupó. Me provocó, así que le tomé la mano y me la llevé a mi vez a la boca para, también, lamerle el dedo que había entrado en mí.

—Me pones tanto... —Me besó con pasión, enseñándome con su lengua lo que tenía ganas de hacer con su polla en mi cuerpo.

Cuando nuestro arranque sexual terminó, por el momento, decidimos ir a la planta de arriba a ver qué era lo que nos esperaba allí.

Mientras subíamos la escalera, Julián, que se puso detrás, no paraba de meterme mano en el culo y tocarme. Al mismo tiempo, yo fingía estar molesta, quitándole la mano y jugando por el camino.

La otra planta albergaba una barra, una terraza, un cuarto con una cortina, en esos momentos cerrada, y, en la torre, había otra cama redonda, esta literal, desde donde se veía la ciudad completa en todo su esplendor nocturno.

Nuestras bebidas hacía rato que se habían terminado, y fuimos a la barra a tomar otra ronda. Sentía que otras parejas nos miraban, no sé si por curiosidad...

—Julián, ¿por qué nos miran tanto?

—Pues porque puede que nos estén valorando como pareja para jugar. ¿Quién sabe?

—Ya estamos con tus acertijos. —Le di un sorbo a la bebida.

No sé si sería por la segunda copa o no, pero me sentía un poco menos nerviosa y quizá también algo más atrevida. Me acerqué a Julián provocativamente, sentándome a horcajadas sobre él en el taburete en el que se apoyaba en la barra.

—Me pones mucho —le confesé.

—¿Sabes que podría bajarme la cremallera y metértela? —soltó de pronto, haciendo que la poca sangre que me quedaba bajara de golpe a mi sexo.

—Sabes que eso me podría mucho... —Saqué la lengua para recorrerle el cuello.

—Para. —Ahora era él el que se había puesto nervioso.

Yo había puesto la directa, y eso de no controlar el momento lo sobrepasaba. Me gustaba no ser la única que se ponía nerviosa en esas situaciones.

—He visto algo que me gustaría probar contigo —le confesé.

Le había echado el ojo desde que había entrado en aquella tercera planta, una pequeña habitación en la que había visto un arnés colgado del techo. Julián me miró y le indiqué el sitio. Ni siquiera nos dimos cuenta del par de parejas que nos seguían con los ojos para ver qué dirección tomábamos.

Entramos en aquella habitación relativamente pequeña, donde sólo había un sofá «del amor», uno de esos con forma ondulada, una cruz de San Andrés y un arnés colgado del techo.

—¿Esto es lo que quieres? —Julián me rodeó acariciándome por completo.

—Sí, me gustaría probar eso. —Señalé el gancho del techo.

—¿No crees que esto es empezar fuerte? —Se rio al tiempo que observaba que allí había látigos, fustas y cuerdas.

—Sólo si tú lo haces fuerte —lo insté.

Se preparó mirando una y otra vez todo lo que podría necesitar. Acercó la cuerda y el látigo de varias colas.

—¿Quieres que cierre la cortina o prefieres que la deje entreabierta para que puedan mirar?

—Lo dejo en tus manos.

Vi cómo se acercaba a la cortina y la dejaba lo suficientemente abierta para invitar a mirar pero no a entrar, regresando al momento a mi lado para acariciarme de los hombros hasta las manos.

—Voy a tener que desnudarte. —Su voz era ronca.

—¿Toda?

Asintió mientras levantaba la falda del vestido y me lo quitaba por la cabeza de una certera vez.

—Es mucho mejor así. —Besó mi espalda al darme la vuelta para quitarme el sujetador.

Cuando lo dejó a un lado, se puso delante bajando la cabeza para lamer mis pezones, chuparlos y pellizcarlos ligeramente.

—¿Me dejarás el tanga? —¿Para qué preguntaría...?

—No.

Puso las manos a los lados de mis caderas para bajármelo por las piernas sin quitarme las medias ni los tacones. Imaginé que ésa iba a ser sólo la ropa que llevaría. Y no me equivoqué, pues agarró la cuerda y comenzó a hacer un par de nudos. No eran como los que salían en las películas o en las imágenes de *bondage*, pero a mí me valía. Vamos, que a mi sexo en ese momento le valía cualquier cosa... Temblaba, pero era de excitación.

—Tranquila, verás cómo no te hará daño. Si no es así, me avisas.

Julián me besó antes de pasarme la cuerda por las muñecas, ciñéndola lo suficiente para que mis manos no se escurrieran. Tiró de ella con fuerza, llevándome como si fuera un esclavo de la antigua Roma, para acercarme a su cuerpo vestido. Choqué contra él con dureza y, mientras con una mano sujetaba la cuerda, con la otra me agarró del cuello para besarme con mucha necesidad.

—No sabes lo que me pones, Daniela... Ni siquiera sé lo que estoy haciendo en este momento —me confesó.

—¿No habías hecho esto antes? —le pregunté.

—Es la primera vez, pero si seguimos así, me parece que no va a ser la última.

Maniobró un poco más con la cuerda, que, por cierto, era bastante suave, para, sin mediar más palabra, levantarme los brazos y engancharla en el arnés que colgaba del techo. Un par de movimientos, un par de ajustes y allí estaba yo, con los brazos en alto, estirados y a punto de quedar casi de puntillas de no ser por los tacones.

—Estás preciosa.

Llevó una mano a mi sexo, notando que mi excitación iba en aumento. Mi respiración cada vez era más entrecortada y el rubor se extendía por todo mi cuerpo. Él, tal vez para estar más cómodo, se quitó la camisa. Se le marcaban los músculos de manera prominente, imagino que tensos por la expectativa de lo que iba a suceder.

—Chis... —Seguía tocándome con la mano—. No quiero que digas nada, déjate llevar por las sensaciones.

—Me gusta —logré decir.

—Eso es. —Metió un dedo dentro de mi vagina moviéndolo rápidamente.

Me revolví en mis ataduras, sabiendo que no podía apartarlo con las manos y que en cualquier movimiento equivocado podría quedarme colgando más a merced de sus deseos. Se puso a mi espalda, girándome para que viera hacia la entrada.

—Hay gente mirando, quieren verte disfrutar. ¿Los dejamos?

Asentí con sus dedos dentro, sintiendo su sexo en mi culo, duro y apretado.

Me separó más las piernas, bastante más, tanto que me costaba no dejarme colgar del arnés. No debía, no me rendiría a sus deseos. Pero ¿acaso no era de eso de lo que se trataba? Sentí cómo sus dedos se alejaban de mi cuerpo y seguí sus pasos hasta el látigo que había dejado preparado. Lo paseó por mi cuerpo, sentí un par de descargas contra mi culo. Una y otra nalga. Suaves, ligeras. Para que me fuera acostumbrando, me dijo al oído. La siguiente fue algo más fuerte, no mucho más. Y las otras dos, contra mis pechos, muy suave, casi para que siguieran erectos. No, no dolía, no lo hacía fuerte.

O, por lo menos, eso era lo que yo creía que haría, hasta que se paró

mirándome cara a cara y comenzó a excitarme el clítoris. Lo tenía hinchado, a punto de reventar, y entonces cogió el látigo y me lo plantó con más fuerza en mi sexo.

Grité, pero fue más por la sensación que por el dolor en sí. O no. No lo sé, estaba en sus manos, estaba excitada, estaba con ganas de que me follara de una vez.

—No voy a aguantar mucho más, Daniela. Tengo ganas de follarte así, colgada.

—Hazlo, necesito sentirte dentro.

—Tenemos público, hay que seguir dando espectáculo.

—Que se vayan a follar a otro lado. —Me la soplaba—. Fóllame ya.

Sentí un par de latigazos más en los costados que me hicieron moverme de mi posición. Alguien había entrado en la sala y no me había dado cuenta. Miré a Julián, que pedía con los ojos mi permiso. Entendí que lo había invitado él, así que asentí.

No me quedaba muy claro cuál sería el papel de aquel hombre, al que no llegaba a verle la cara, pero lo descubriría al cabo de pocos segundos. El tipo me agarró por la cintura para que no me moviera tanto y puso las piernas entre las mías para abrirme por completo. Tocó un poco mi sexo antes de darme otro latigazo, nada que ver con los de Julián, y él, frente a mí, se arrodilló para comerme entera. Así que, mientras él me lamía todos y cada uno de los rincones de mi sexo, el otro hombre me tenía totalmente expuesta a él. Necesitaba urgentemente que alguien me follara, me daba igual quién fuera de los dos. Era vital que alguien me metiera una polla hasta el fondo.

—Julián... —me quejé.

—¿Qué quieres? —Apartó su rostro de mi sexo para mirarme lascivamente.

—Follar, necesito follar.

No sé cómo lo hizo, ni qué dijo, o si dijo algo, pero aquel tipo salió de la sala de la misma manera que había entrado, sin hacer preguntas ni tan siquiera hablar.

Julián terminó de quitarse la ropa y la dejó encima de la mía, en una esquina. Luego rasgó el envoltorio de un preservativo que sacó de su cartera,

se lo puso y, sin darme más explicaciones, me cogió de los muslos, me izó hacia su cintura y me atravesó con su envarado pene. Mis piernas se enredaron en su cintura. Él de pie, agarrándome. Yo, con los brazos colgando por encima de mi cabeza. Y los dos follando como locos. Sin control y con la necesidad de desfogarnos por demasiada excitación acumulada.

—Me voy a correr —avisó Julián.

—Hazlo, dámelo.

Cuando embistió por última vez, se tensó, se quedó un momento quieto y luego lentamente se estremeció en su orgasmo.

Un segundo después me dejó en el suelo, se quitó el preservativo, lo tiró a una papelera que había cerca y se arrodilló.

—No irás a pedirme matrimonio... —sonreí.

—No, te voy a comer el coño hasta que te corras.

Y escondió su cabeza entre mis piernas jugando con su lengua en mi clítoris y metiendo un par de dedos en mi vagina. Tampoco tardé mucho más, tal vez medio minuto en notar cómo por todo mi cuerpo se iba formando un orgasmo que necesitaba ser liberado. «¡Oh, sí! ¡Oh, sí! ¡Oh, sí!», grité mientras me retorció, me dejaba caer y los espasmos se sucedían en mi sexo.

Había subido al cielo, me había dado una vuelta y había regresado.

Maravilloso.

Julián se levantó y cerró por completo la cortina. Luego volvió a donde yo aún colgaba y me besó. Me besó con dulzura, con cariño, con suavidad, casi con devoción. Agarró mi cuerpo por la cintura y me soltó del arnés, después deshizo el nudo y me abrazó. Los dos desnudos, de pie en medio de una sala de un club de intercambio. ¡Guau! Demasiadas emociones.

—¿Qué tal estás? ¿Te ha gustado? ¿He sido muy duro?

—Ha sido perfecto. Aunque no sé si querré repetir esto muy a menudo.

Nos echamos a reír.

Aquella noche dormimos en mi casa, todo estaba en calma chicha, y el pequeño esperándonos dormido en mi habitación. Gabriel nos había dejado una nota:

*Luis ha sido un angelito. Dormid bien, demonios.*



No tenía ni idea de lo bien que íbamos a dormir.  
Nos abrazamos al tumbarnos en la cama.

## *Capítulo 23*

Las dos semanas de plazo terminaron y Manuel no se puso en contacto conmigo en ningún momento. Así que dejé un mensaje en el contestador del teléfono del trabajo, diciéndole que aquella misma tarde lo esperaba en el café de la última vez y que, si no aparecía, emprendería acciones legales. Vamos, que llamaría a Gabi para que me echara una mano y poder solucionar eso de una vez por todas. No iba a dejar que mi nueva vida se fuera al garete por culpa de mi pasado.

Estaba claro que toda esa situación me estaba atenazando el futuro. Lo había intentado de mil y una maneras, pero que aún tuviera esa ligazón con Manuel, aunque fuera económica, me estaba anclando a un pasado que necesitaba olvidar de una vez por todas. En el momento en que todo se solucionara, me sentaría con Julián e intentaría plantearle un futuro juntos. Sí, un futuro en el que, en vez de ser dos, seríamos tres. Ese ladronzuelo de Luis, aunque me empeñara en aparentar lo contrario, me estaba comiendo el corazón a cachitos gigantes con sus risas, sus bracitos, sus mordisquitos y sus babas.

Tenía que cerrar ya ese aciago capítulo de mi vida. Estaba durando demasiado tiempo, y sé que yo también tenía la culpa, por no dejar las cosas claras desde el primer momento de nuestro divorcio, aún no sé por qué. Si todo lo que teníamos juntos Manuel y yo se hubiera finiquitado desde el primer momento, no habría tenido la necesidad de volver a verlo. No. Nunca más.

Así que allí estaba yo, de nuevo, esperando al idiota de mi exmarido mientras miraba una y otra vez la hora en el móvil.

Julián me había llamado ese mismo día para quedar a tomar algo después

de salir del trabajo, pero tuve que mentirle diciendo que estaba enfrascada con un envío de productos nuevos para un evento que teníamos ese mismo fin de semana y además debía hacer inventario para ponerlo todo en orden. Como es lógico, mentí. Esa misma mañana, Sandra y yo habíamos terminado de hacer todo el trabajo necesario para el fin de semana, sólo nos faltaba recibir alguna mercancía el mismo viernes por la tarde. Nada que no tuviéramos ya controlado.

Volví a mirar el teléfono móvil: un mensaje de Julián. Era una fotografía suya y de Luis poniendo carita de pena. «Te echamos de menos», decía. ¿No era para comérselo? Nos habíamos visto la noche anterior, había dormido en su casa, pero andábamos como dos tontos sin poder separarnos el uno del otro. Si eso no era amor adolescente, ¿qué era? No lo sé, pero tenía ganas de cerrar esa puerta de una puta vez y comenzar a volar con las alas bien abiertas.

—Hola, Daniela.

Manuel ya había llegado. Esta vez ni hizo el amago de acercarse para saludar, sino que se sentó directamente. Levantó el brazo para pedir algo al camarero.

—¿Quieres algo? Veo que aún no has pedido.

—Te estaba esperando —respondí muy seria.

—¿Cerveza?

—Sí, por favor.

El silencio que se respiraba en la mesa era más que tenso. La calma previa a la tormenta que preveía podía abalanzarse sobre nosotros.

En cuanto nos sirvieron las bebidas, los dos, a la par, dimos un largo trago, cogiendo fuerzas para la batalla.

—Tú dirás, Daniela. —Sacó Manuel.

—Te lo dejé muy claro en el mensaje. —Devolución directa.

—Creo que no era necesario que llegáramos a este punto. —Globo defensivo.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, pero tú has sido el que no ha cumplido su promesa. —Liftado a la esquina derecha de la pista.

Se nota que siempre me ha gustado el tenis, ¿no? Y, sí, parecía un partido en el que los dos dábamos respuestas cortas y concisas. Menos mal que no era

una fan del ajedrez, si no, esa conversación se habría convertido en mi cabeza en un batiburrillo de letras y números en cada movimiento de piezas que hiciéramos.

—No quería hacerlo... —Me pilló a contrapié y metió punto.

—¿Cómo que no querías hacerlo? —Dejé el partido de tenis a un lado y me centré en el tema.

—Ya te lo dije, pensé que si mantenía esa ligazón contigo podríamos volver... No sé, que me perdonarías.

—Manuel, ya no. Ya no puede ser. Han pasado demasiadas cosas en mi vida durante este año para que quiera volver contigo. Lo nuestro ya pasó, fue y ya no está.

—Lo sé, Daniela. Pero ha sido ahora cuando me he dado cuenta de lo imbécil que fui cortándote las alas. Intentando cambiar a la persona de la que me enamoré y, al hacerlo, dejé de querer a la persona en la que te habías convertido por mi culpa. —Bajó la cabeza tratando de coger fuerzas para decir cuanto necesitaba.

—Y yo hice todo lo que tú me pedías por amor —le tomé la mano—, pero eso que teníamos no era amor. Era posesión.

—Yo amaba a la Daniela de la universidad, la loca, la divertida, la atrevida, la disparatada y un poco disfuncional. No a la mujer en la que yo te convertí.

—He tardado un año en volver a recomponer los pedazos de aquella mujer, Manuel. Ahora soy la de antes, bueno, no exactamente —sonreí al recordar a Julián—, pero necesito cerrar este episodio lo antes posible para llegar a serlo.

—Lo siento mucho, Daniela. —Me miró a los ojos—. Te miro y veo a aquella chica de la que me enamoré, no a mi mujer. Pero veo que tú ya te has ido.

—Comencé a caminar en el momento en que me engañaste —apreté su mano— y no he parado. Por eso necesito que me des ese dinero, quiero parar.

—Tenía pensado decirte que volvieras conmigo, que hicieras con tu vida lo que quisieras y que no tenías que preocuparte por el dinero, que yo te ayudaría a conseguir tu sueño.

—He conseguido mi sueño, Manuel. Soy libre. Necesito cerrar esta puerta de una vez y pensar que si un día te veo por la calle te saludaré feliz de verte.

—No quería que terminara así.

—Deberías ser honesto contigo mismo y hablar con Carol.

—He roto con ella.

Su confesión me sorprendió, él era de esos hombres que no sabían estar solos.

—Lo siento. —No sabía qué más decir.

—No lo hagas. Nuestro último encuentro me hizo pensar mucho, demasiado. —Sacó un sobre de la chaqueta dejándolo encima de la mesa y lo acercó a mi posición—. No me he puesto en contacto contigo antes porque estaba de mudanza. Aún no se ha vendido la casa, pero ésta es tu parte, entera.

—Gracias. —Cogí el sobre y me lo metí en el bolso sin mirarlo.

—¿No vas a abrirlo?

—¿Me has mentido esta vez? —Vi cómo negaba con la cabeza—. Pues para qué desconfiar más.

—Se acabó, ¿verdad? —Y su mirada hasta me dio pena.

—Sí, ahora sí se acabó, Manuel.

Me levanté de la mesa y él me acompañó en el acto. No me dijo nada cuando me acerqué a su lado para rodearlo con los brazos. Un último acto de redención en mi lucha, un cierre perfecto para mi nuevo futuro, el instante en el que mis pasos ya no volverían para atrás, sino que tan sólo irían para delante, sin mirar hacia mi pasado más que para recordar las cosas buenas.

—Adiós, Daniela —me susurró al oído.

—Hasta siempre, Manuel.

Me separé de lo que en otro momento era la calidez del abrazo de un amor que podría haber durado para siempre y que se rompió de la manera más desastrosa posible.

Lo miré a los ojos y, no sé por qué, le di un beso en los labios, como una caricia, antes de marcharme.

\* \* \*

Lo que ninguno de los dos sabía en aquel momento es que desde el otro lado de la cristalera los ojos castaños de Carol nos miraban con desprecio y celos.

«Hija de puta... Sabía que todo era por su culpa. No han sido en vano mis pesquisas.»

Se volvió por el mismo camino por el que había perseguido a Manuel un día más. Estaba convencida de que finalmente descubriría por qué él la había echado de casa y dejado en la estacada.

Juró que haría pagar por todo a aquella mujer.

La haría sufrir, la dejaría en la miseria.

\* \* \*

—Hija, qué cara de muerta viviente traes. —Gabriel me recibió de esa manera en casa.

—Ya tengo el dinero, finalmente me lo ha dado Manuel —le dije.

—Pero eso no es una mala noticia, eso es para celebrarlo, ¿no crees?

—Sí, pero verlo ha sido raro, y la despedida... Lo he besado.

—Hombre, eso sí que es raro..., e innecesario, pues la última vez que lo viste le cruzaste la cara por aprovecharse de ti. Pero bueno, finalmente has cerrado la puerta que necesitabas y puedes solucionar tu problema con el *food truck*.

—¿Qué problema tenías con el *food truck*? ¿De qué dinero habla Gabriel?

—La voz de Julián apareció por el pasillo—. Y ¿qué es eso de que Manuel se aprovechó de ti?...

—Se me había olvidado decirte que Julián estaba aquí...

Creo que la sangre se me heló, o algo parecido, ya que sentí cómo de la cabeza al estómago me recorría un escalofrío. No sé, sentí que el tiempo se detenía cuando nuestros ojos se encontraron. Y, la verdad, no me gustó nada lo que vi. Tenía el ceño demasiado fruncido y las manos sujetándose con fuerza entre sí formando un puño.

—¿Qué le has dicho? —pregunté por lo bajo intentando encontrar alguna excusa.

—Ya no importa, te ha pillado —me susurró mi amigo levantando los hombros.

—Hola. —Me acerqué a besarlo, pero me puso la mejilla—. ¿Y el peque?

—Está con mi madre, vino a verme por sorpresa y aproveché a mi vez para darte una a ti. —Se había demudado—. Aunque, por lo que veo, la sorpresa me la he llevado yo...

Menudo dardo envenenado acababa de soltarme, y yo sin el escudo en la mano. Sí, vale, le había mentido, pero era por un bien mayor. Necesitaba ese dinero y necesitaba conseguirlo por mí misma. Desgraciadamente, la lotería se había olvidado de mí y, por mucho que quisiese que me tocara, siempre pasaba de largo sin mirarme siquiera. Así que mis problemas eran míos y no necesitaba contárselos. O no, al menos, hasta que estuvieran solucionados.

—Me apetecía verlo —solté sin pensar, intentando desviar la conversación.

—Ajá. —No había cambiado su posición, seguía con las manos en puño, bajo el dintel de la puerta de entrada al salón—. ¿Qué problema tenías y qué pasaba con el dinero? —insistió.

—Esto... —Gabriel echó a andar por el pasillo hacia su habitación—, tengo un Skype con Mike justo a esta hora.

—Estoy esperando. —Julián continuaba de pie mirándome.

Me tentó sobremanera lanzarme a por él e intentar, vilmente, mediante el sexo, que la conversación cambiara de tercio. Estaba tan guapo e irresistible allí parado, esperando a que le diera una explicación, que iba a tener que reprimirme y no saltar a por él.

No obstante, intenté, por una vez, ponerme seria: era mi vida la que trataba de solucionar y cuando estuviera preparada él lo sabría todo.

—No es nada, Julián. Además, ya está arreglado.

—¿Cómo que no es nada? Tu cara no dice exactamente lo mismo. ¿Y eso del beso?

—El beso no es nada —me defendí.

—Quizá no sea nada para ti, pero para mí sí. Sigo esperando explicaciones sobre un tema que me preocupa.

—No creo que deba darte ninguna.

«Pero ¿por qué respondes así? ¿Qué haces, gilipollas? La vas a liar sin necesidad. Aparca el orgullo, ¿me oyes? ¿Hola?»

—¿En serio? Pues yo pensaba que teníamos una relación y que las relaciones se basan en la confianza y en poder contárnoslo todo.

Se acercó al lugar donde yo aún estaba de pie. Sentía que me había metido en la boca del lobo y que ahora toda su energía corporal se dirigía a mí sin que yo pudiera escapar. Una sensación de desprotección se apoderó de mí, asustándome. Julián me impresionaba por su postura, su rostro y las palabras que probablemente saldrían de su boca. Me estremecí.

—Puede que las relaciones que hayas tenido anteriormente sí, pero ahora...

—¿Ahora qué, Daniela? Mide tus palabras porque te estás jugando mucho —se enfrentó a mí.

—Julián, no soy Luisa, lo siento. Yo no soy como ella, no soy idílica, no soy abierta, soy disfuncional, no soy un sueño, no soy nada parecido a ella — me defendí alzando la voz, aun a sabiendas de que eso no era lo que quería decir.

—Te lo he advertido. Te he advertido que midieras tus palabras. —Señaló con el índice mi rostro de manera acusadora—. Nunca te he comparado con nadie, eres única, especial y diferente en mi vida. Pero lo que estás haciendo es ilógico. Necesito una puñetera explicación.

—No necesitas que te explique mis problemas financieros con mi negocio. Necesito superar esto sola. No necesito un caballero andante que me defienda de agresiones externas, sé hacerlo por mí misma.

Estaba comenzando a hiperventilar. El salón, antaño gigante para mí, en esos momentos se estaba convirtiendo en una cárcel que aprisionaba mis pensamientos. Éstos no fluían y se contagiaban de una rabia ilógica que comenzaba a salir por todos y cada uno de los poros de mi piel. Estaba empezando a marearme.

—Eres una puñetera egoísta —acusó Julián.

—Soy tan egoísta como para acceder a todos tus deseos sexuales...

«¿Y ahora? ¿En serio has dicho eso, Daniela? Eres lo más tonto que te has echado a la cara, y mira que eres tú misma. No puede ser que le recrimines cosas que te han encantado. ¿A qué viene esa verborrea diabólica? No es una



competición, y como sigas así...»

—Estás entrando en terreno pantanoso. Soy un tipo muy paciente y sé que lo que acabas de decir es fruto de tu lengua desbocada. —Suspiró—. Pero todo tiene un límite.

—No puedo, Julián... No podía contarte nada porque quería solucionarlo sola. Quiero comenzar de una puñetera vez a ser autosuficiente. Quiero demostrarme a mí misma que puedo hacerlo.

—Daniela, claro que puedes. Te he apoyado y nunca me he metido en tu vida. Pero no puede ser que estés pasándolo mal y que yo no lo sepa. Y que encima me entere de que tu ex ha querido propasarse contigo.

—Eso no es relevante —aduje.

—Lo es mucho más de lo que crees, porque eso se llama confianza.

—Ya está, Julián, está todo solucionado y cerrado —intenté calmarlo.

—Lo siento, Daniela, no puedo más. He soportado más de lo que cualquier hombre habría hecho. Te he dado tu espacio, he aceptado que sólo quisieras formar parte de una parcela de mi vida ignorando la otra, he dejado que hicieras lo que quisieras. Pero ya no puedo más. No puedo con tus desconfianzas, con tus miedos y, mucho menos, con la mentira.

—Pero, Julián, no es así, no... Nunca me habías dicho nada.

—¡Nunca te había dicho nada porque nunca has preguntado! —Finalmente levantó la voz—. Nunca has preguntado a qué me dedico, te conformaste con la primera respuesta que te di porque estabas tan absorta en tu vida que no te interesaba la de los demás. No tienes ni idea de quién soy, te conformaste con lo primero que te dije y esperé pacientemente a que quisieras saber más de mí.

—Te dedicas a las finanzas en el mundo de la restauración —traté de justificarme—. De ahí que conozcas tantos sitios...

—No, Daniela, no es sólo eso. Soy inversor en restaurantes —suspiró decepcionado—, por eso conozco a tanta gente. Soy accionista en muchos restaurantes de España y Estados Unidos.

—No lo sabía. —Agaché la cabeza avergonzada.

—Ya sé que no lo sabías, no te importa nada... —Se enjugó una lágrima que aún estaba en su ojo—. Daniela, de verdad que lo he intentado. Juro que te quiero —fue al final él quien dijo las palabras que yo nunca me había atrevido

a pronunciar en alto—, pero no voy a dejar que lo nuestro se convierta en un sinsentido extraño en el que yo lo acepte todo sin más.

—Déjame que me explique, deja que te diga que no es así, que lo que he intentado ha sido cerrar una puerta para poder...

—¿Y si un día queremos vivir juntos? ¿Me lo contarás todo? ¿Podré estar seguro de que me dices la verdad? ¿No tendré que ver cómo son otros los que te ayudan? ¿Tendré que encerrar a Luis en un cuarto para que no lo veas? —Las lágrimas ya no se escondían—. Lo siento, Daniela, pero no voy a poder. Creía que lo que sentía por ti era mucho más fuerte que todo lo que había aguantado, pero no. No puedo más, pensé que podría...

No estaba entendiendo nada, Julián no entendía nada de lo que me pasaba. No era justo. No comprendía que quería estar con él sin ataduras, libre y sin cargas de mi pasado que pudieran estropear mi futuro como lo estaban haciendo en ese momento. Lo de Manuel, lo de mi *food truck*, la ayuda de Gabi... Todo era para comenzar de cero, para ser yo de nuevo y darle todo mi ser.

—Julián, te prometo que esto no tiene que ver con nosotros. Y yo a Luis quiero...

—No lo nombres. A él déjalo a un lado, como siempre has hecho. —El rencor apareció en sus palabras—. Te di la oportunidad, *me* di la oportunidad, para ser más exactos, de poder construir algo. Pensé, imbécil de mí, que poco a poco podríamos formar algo juntos y que finalmente seríamos una familia. Pero no me daba cuenta de lo egoísta que has sido todo este tiempo que he estado esperando a que dieras el paso.

Las lágrimas ya no pugnaban por salir: simple y llanamente, estábamos mirándonos a los ojos llorando los dos. Ninguno hacía nada para intentar consolar al otro. Yo sabía que, si no hacía nada, lo perdería para siempre. A la parte más importante de mi vida, la parte que siempre había estado a mi lado a pesar de esa forma disfuncional mía de vivir la vida.

—Julián, lo siento.

—Sí. Y podrás sentirlo por el tiempo que quieras. —Pasó por mi lado sin tocarme y agarró el pomo de la puerta—. Soy paciente, soy comprensivo, soy todo lo que quieras que sea, pero no gilipollas. Se acabó, Daniela. Me voy

para no volver.

—No te vayas. —Me llevé las manos a la boca intentando reprimir un lastimero quejido.

—Nunca lo has dicho, siempre has guardado esas palabras que te da tanto miedo pronunciar muy dentro de ti. Guárdalas con cariño, pues puede que sólo ellas en un momento dado sepan consolarte.

Y salió por la puerta sin mirar atrás. Y allí me quedé yo, de pie, llorando como una idiota contemplando el vacío que Julián había dejado al marcharse sin que yo pudiera decirle mirándolo a los ojos lo que siempre me había guardado para mí, que lo quería. Que quería estar con él para siempre. Que todo lo que había hecho había sido por miedo a que él también me dejara. Ilusa de mí, no se había dado cuenta de que lo que teníamos era eso, libertad y amor.

—Julián, te quiero... —dije entre sollozos, sabiendo que él nunca lo oiría.

Como tampoco oiría nunca que quería a Luis en mi vida, que quería que formáramos una familia, del tipo que fuera, que quería que viviéramos juntos, que quería que me ayudara a salir adelante con mi negocio, que quería que fuéramos felices. Que lo quería...

Me dejé caer al suelo de rodillas con las lágrimas comiéndome el alma.

—Ay, Daniela..., ¿cuándo dejarás de complicarte la vida?

Gabriel se acercó al salón y se agachó para abrazarme y acunarme durante un tiempo indeterminado.

—Yo no quería, Gabi, juro que no quería que esto fuera así. No me ha dejado explicarme, no he podido decirle nada.

—Pero aceptarás que has sido un poco egoísta ignorando muchas cosas de su vida, ¿no? —Me conocía tanto que dolía.

—Sí, pero no ha sido a propósito. Sé que todo en su vida me abrumó, pero no podía estar al cien por cien con él, con todo su entorno, sin que cerrara mis problemas. Desde el primer momento yo tenía lo de mi empresa, el peso del dinero, el saber que podía desmoronarse todo. Y él..., Manuel siempre estaba ahí, sin dar señales de vida pero atándome con el jodido piso.

—Daniela, sabes que son excusas para no querer volver a comprometerte y que te hagan daño. Es una mentira lo que te estás contando. —Su suave voz

se metía en mi cerebro para dar puñetazos a mis muros invisibles.

—No sé si voy a poder volver a querer a nadie como a Julián...

Me abracé a él llorando como si el mundo hubiera acabado para mí.

—Deja que pase algo de tiempo y verás cómo todo se arregla. —Acarició mi cabello—. Deja pasar esta noche y mañana lo verás todo de diferente manera.

—Lo he perdido... —Seguía llorando.

—Sólo si tú te rindes, cariño.

## Capítulo 24

—¡Que me han seleccionadoooooo!

Y se desató la locura en aquel triste *food truck* en el que me disponía a preparar una bandeja repleta de rollitos vietnamitas rellenos de verduras.

No sabía cómo había podido sobrevivir durante las tres semanas que habían pasado desde que Julián había salido por completo de mi vida. No me llamaba, no me enviaba mensajes, no aparecía por ningún sitio en los que yo trabajaba, porque estaba segura de que sabía en qué lugares plantábamos el *food truck*. Pero, como era lógico, ni me llamaba ni me enviaba mensajes en respuesta a los que yo, durante la primera semana, le había mandado. Prometo que intenté ponerme en contacto con él de todas las maneras posibles, hasta pensé en hacer lo que él había hecho, esperarlo un día en su portal. Pero ¿para qué? ¿Para que llamaran a la policía diciendo que una loca se había apostado delante de la puerta y que temían que fuera una ladrona de bebés o una pirada echa ácido en la cara? No.

Mi vida se había convertido en una sucesión de días que pasaban por ella. No me importaba lo más mínimo lo que ocurriera a mi alrededor. Me daba igual que Sandra estuviera enamorada hasta las trancas del raro del dueño de La Cobra, que Gabriel estuviera pensando en traerse definitivamente a Mike a España o que la Yaya tuviera un canal propio en una cadena de televisión. Yo sólo quería que al respirar no me doliera tanto el alma. Necesitaba que ese dolor desapareciera.

El negocio iba cada vez mejor, la gente se agolpaba frente a la furgoneta cuando veía nuestro cartel. La cuenta de Twitter tenía infinidad de seguidores,

nuestro Instagram se había convertido en la tendencia *foodie* del momento, y en mi agenda de compromisos no había ni un hueco libre en seis meses. Pero yo no era feliz, así no lo era. Y eso se notaba a mi alrededor, hasta mi madre me visitaba de vez en cuando. Había llegado a pedirme que me fuera a vivir con ellos, que la tristeza pasaría mejor rodeada de amor. Pero yo no quería, yo quería vivir sola.

Sí, hacía unos días que me había mudado a una pequeña casa a las afueras de Madrid. Gracias al dinero de mi antiguo piso, había podido saldar todas las deudas que acarreaba y ahora estaba consiguiendo tener un sueldo digno para mí. Sé que Gabriel se enfadó cuando le dije que me mudaba, pero era lo mejor. Él iba a comenzar una nueva vida con Mike, y lo último que necesitaba era tener un alma en pena vagando por la casa como si fuera el fantasma de la chica de la curva. No tenía ganas de que al doblar una esquina de la casa viera mi cara de ajo y gritara como si hubiera visto a Massiel sin maquillar. No. Así que mi apartamento era suficiente para dejar todas mis provisiones, el arcón, los materiales y mi mierda de vida.

Echaba de menos a Julián a cada momento, a cada instante, a cada segundo. Necesitaba tenerlo a mi lado y lo había dejado perder.

Tres semanas que a mí me habían parecido tres años. Dolía y dolería.

—¿Cómo? —Sandra gritó a su vez al oír a Mario.

—¡Que me voy a Estados Unidos! ¡Voy a conocer a RuPaul! —chillaba él como un loco en el ínfimo espacio en el que nos encontrábamos los tres.

—¿Te han seleccionado para el programa de televisión? —pregunté con los ojos como platos.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —repetía una y otra vez.

—Pero ¿y tu inglés? —le planteó Sandra.

—Mi inglés es cojonudo, maravilloso, fantástico... Me han dicho que les encanta el acento tan peculiar que tengo. —Se llevó la mano a la frente de manera teatral—. Madre..., que me mareo y todo.

—Anda, siéntate en la escalera de fuera —le dije—, respira y bebe un poco de agua.

Le acerqué una botella; estaba sudando y tembloroso.

—Van a morir de envidia esas víboras del trabajo. —Dio un sorbo al agua.

—¿Cuándo te vas? ¿Qué tienes que hacer? ¡Que eso es fama segura! Ay, Dios, Mario, que todo esto es mucho... —Sandra, que de dar tantos botes se había despeinado, volvía a rehacerse el rubio moño con el que había venido a trabajar—. Es que estoy muy nerviosa.

—¿Queréis calmaros un poco? —dije poniendo algo de cordura—. A ver, ¿qué te han dicho exactamente?

—Pues me han dicho, ¡ay, qué calores!, que dentro de unas semanas tengo que estar allí para comenzar las pruebas, y me quedaré hasta que me echen o gane el concurso.

—¡Diossssssss! —gritó entusiasmada Sandra—. Yo quiero ser quien te defienda en plató.

—Hija, que esto no es «Supervivientes» —le dije—. Es más como «OT».

—Voy a tener que imitar, cantar, hacer monólogos de humor...

—Vamos, lo que ya llevas haciendo desde hace años —aseveré.

—Eso es —volvió a abanicarse de manera escandalosa—, pero a lo grande. ¡Ay, qué vahído!

—Bebe un poco —lo instó Sandra—, no sea que del susto te deshidrates y no puedas ir.

—¡Ah, no! Eso sí que no.

Y de golpe se estaba bebiendo todo el contenido de la botella que yo momentos antes le había ofrecido.

«Otra persona más a mi lado que es feliz y no puedo compartir sus sentimientos. No me nace, no sale nada de mi desfigurado corazón mordido por la angustia y la soledad.

»*Gilipollas*. Una bonita palabra que acabaré tatuándome en el brazo a modo de corazón con la frase “amor de madre” que los rudos marineros llevan a todas partes. Yo lo haré cruzando uno roto que se esté desangrando...»

—Vamos, que comenzamos dentro de un ratito —avisé calmadamente—. Mario, descansa un poco y, cuando te encuentres mejor, te apuntas al carro..., reinona —finalicé guiñándole el ojo simulando una alegría que era incapaz de sentir.

Ese día, el sol decidió asomar en todo su esplendor, dejando un precioso escenario donde la gente paseaba con sus hijos, sus parejas y sus animales de compañía mientras reían, comían y pasaban una formidable mañana de mediados de mayo.

En nuestro caso, el día se nos estaba dando bastante bien, como ya he dicho anteriormente. Era ver nuestro *food truck* y la gente quería probar nuestras hamburguesas especiales de caza o, con el buen tiempo que se acercaba, algunas cosas más frescas y sencillas. Recuerdo que en la última entrevista que me habían hecho —sí, también nos hacían entrevistas para revistas de tendencias— me habían preguntado por el secreto del éxito... Fue gracioso, lo único que supe contestar fue: «La dedicación». ¿A qué otra cosa podía dedicarme si no tenía más vida que ésa? Trabajo, cocina, trabajo, cocina, dormir mal.

—Nena, aquí hay un señor que quiere verte —me dijo disimuladamente Mario.

—Dile que ahora mismo no puedo —tenía las manos metidas dentro de un papel de arroz para hacer un rollito—, que si puede esperar a que acabe.

—Creo que deberías salir, me ha enseñado un carnet de Sanidad.

—¿Cómo que de Sanidad? —preguntó Sandra mientras servía un par de hamburguesas de rabo de toro—. Se habrán equivocado. ¿Quieres que vaya yo?

—Deja —me lavé las manos rezando—, puede que sea el permiso que pedí para poner el equipamiento nuevo.

—Pues mira si son eficientes, que vienen hasta aquí —se sorprendió Mario.

—La verdad es que sí. Para unas cosas no los encuentras, y para otras te persigu... —Sandra cerró la boca de inmediato al verme subir de nuevo—. ¿Qué ha pasado, Daniela?

—Nos dejan sin trabajo —balbuceé.

—¿Cómo que nos dejan sin trabajo? —Me quitó el papel de las manos—. ¡Hijos de puta! ¿Por un jodido defecto de forma? Éstos se van a enterar como que me llamo Sandra Barnela.

—Para. —La detuve con la mano para que no saliera del *food truck*—.



Tenemos que cerrar.

—Y una mierda *pa'* ellos...

Mario la retuvo.

—Sandra, para, por favor. Tenemos que avisar a los clientes.

—No puede ser, no hemos hecho nada fuera de la legalidad, lo sé de sobra.

—Pone «cierre inmediato» o, además, me pondrán una multa de doce mil euros —respondí automáticamente.

—Es un puto defecto de forma —se quejó de nuevo.

Mario la cogió de la mano y los dos salieron del *food truck* dejándome sola durante un momento. Mi mente quedó absolutamente paralizada, así como mi cuerpo. No podía reaccionar. Mis músculos habían quedado agarrotados. ¿Qué podía hacer? ¿Qué debía hacer?

Cuando vi que las personas que esperaban haciendo cola se marchaban y cerraban la persiana metálica delantera, me desplomé en el suelo de la furgoneta y me deshice en llanto. Ya sólo podía pasarme eso...

—Cariño, ya está. —Sentí los brazos de mi amigo rodeándome para, después, ayudar a que volviera a una postura menos embarazosa. Estaba en posición fetal.

—No, no está, Mario... Mi vida es una puta mierda, y encima ahora esto. —Le lloré en el hombro—. ¿Qué voy a hacer?

—Vamos a luchar. —Sandra cogió el papel—. Esto no se va a quedar así, porque lo digo yo.

—Llama a Gabriel ahora mismo —le indicó Mario a la rubia.

Ella salió de la furgoneta con el móvil en la mano y la oímos meter más de uno y más de dos gritos.

—Con Sandra así, fijo que en dos días podemos estar montándolo todo otra vez. Verás. —Volvió a abrazarme con fuerza.

—Mario, ¿qué hago yo ahora sin mi trabajo? Era lo único que tenía, lo único... —Los mocos inundaban mi cara.

—Aún estamos nosotros, cielo. Piensa que Sandra, Gabi y yo vamos a estar siempre.

—No me sirve de consuelo. —Hice un mohín tonto.

—Desagradecida —me soltó riendo y dándome un beso en la cabeza—. Cuando sea la reina de las reinas, juro que me vengaré.

—Payaso —contesté sorbiendo por la nariz.

—Sí, pero sabes que lo haré.

—Gabi me ha dicho que estará aquí dentro de un momento —nos informó Sandra metiendo la cabeza por la puerta trasera—. Mario, apaga los fogones o, al final, acabaremos cerrando porque nos lo hemos cargado todo.

Parecíamos tres almas en pena sentados en un pasillo enano esperando a que llegara Gabriel. Se nos oía soltar algún suspiro (Mario), algún impropio (Sandra) y un sorber de mocos intermitente por las lágrimas que no cesaban de salir (esta última era yo). Con la cabeza entre las piernas, teníamos más pinta de perros apaleados que de tres adultos que intentaban mantener el tipo. Bueno, tres no sé, pero dos de ellos sí que lo intentaban; otro, como era mi caso, sólo quería meterse en la cama y no volver a salir.

—No lo entiendo —Sandra se quejaba de vez en cuando—. No tiene sentido.

—Tranquila, vamos a esperar a ver lo que nos dice Gabriel.

—Esperaremos lo que haga falta, pero lo miré todo. Lo miré con Daniela hace un par de meses. Estaba todo correcto. No tiene sentido.

—Si alguien nos ha denunciado, habrá que ver por qué —le respondió Mario.

—Me niego a quedarme aquí. —Se levantó hecha un basilisco—. Me voy a Sanidad.

—¿Adónde vas un sábado, alma de cántaro? —dije hablando con la cabeza entre las piernas.

—Pues si vienen un sábado a dar por culo aquí, allí tiene que haber alguien por cojones.

Ni siquiera me dejó contestar, ya que, hecha una verdadera furia, salió corriendo no sé adónde. Al haber estudiado cocina, Sandra sabía a la perfección los pasos que debía dar para tenerlo todo en orden. Cuando comencé me asesoré de manera exhaustiva, pero hasta que ella comenzó a trabajar conmigo no supe lo que era tener al lado a una persona que sabía lo que había que hacer en cada momento, qué tecla pulsar en el móvil para hablar

con la persona adecuada o qué e-mail enviar para resolver una duda. Sin ella no podríamos haber estado trabajando de aquella manera durante todo ese tiempo, por tanto, dejaría que hiciera lo que su mente pensaba que debía hacer. Aunque fuera salir corriendo a meter cuatro gritos en medio de la calle.

—Nena... —Mario me agarró de la mano.

—Dime. —Ni siquiera levanté la mirada.

—Gabriel te ayudará.

—No sé si quiero que me ayude. Tal vez esto debía pasar. Quizá sea mi castigo por haber sido tan imbécil.

—Deja de decir gilipolleces. Mereces ser feliz.

—¡Ja! —Me reí lastimeramente, más por deje que por otra cosa.

Sonó la puerta trasera del *food truck*, vamos..., la única que teníamos. Mario se levantó despacio y abrió sacando la cabeza para ver quién era.

—Pasa.

—Daniela... —La voz de Gabriel inundó la pequeña estancia.

—Lo tienes encima de la nevera —dije indicándole dónde estaba la orden de cierre del negocio.

El silencio se instaló de nuevo en el pequeño espacio. Me daba igual, de verdad, como si ninguno de los que estábamos allí volvía a hablar nunca más. ¿Qué iban a decir? ¿Que todo se iba a solucionar? Pues, fuera así o no, en ese instante me importaba menos que si quitaban de la televisión el telediario de las nueve de la noche. No me interesaba nada una mierda. «¡Quiero irme a mi casa a lamerme las heridas! ¡Quiero rebozarme en mi mierda! ¡En mis lágrimas! ¡En una botella de chinchón de las caras!» O de las baratas, no iba a ponerme exquisita ahora que no tenía lugar para sacarme un sustento digno.

—Daniela, te han denunciado por tener un proveedor no inscrito en el RGSA.

—¿Eso qué es? —Levanté ligeramente la cabeza.

—Es el Registro General Sanitario de Empresas Alimentarias y Alimentos, en el que deben estar todas las empresas por Real Decreto desde 2011.

—Pero todos mis proveedores son legales —me quejé.

—Pues, al parecer, uno de ellos no. Y lo peor de todo es que dicen que te

han estado mandando requerimientos y que no te encuentran, que por ello te cierran el negocio indefinidamente. Que si quieres hacer alguna alegación...

—No he recibido ninguna notific... —Levanté la mirada interrumpiéndome de repente.

—¿Dónde estabas empadronada antes de irte de mi casa? —Gabriel puso cara de enfado.

—¡Oh, Dios! —Lancé un pie contra el armario de metal que tenía delante.

—En tu antigua casa, ¿verdad?

—Sí. —Volví a dar otro golpe—. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

—Para, chiqui, o te vas a cargar el *food truck* —Mario trató de tranquilizarme.

—¿Cómo he podido ser tan gilipollas?

Y lo peor no es que hubiera sido tan gilipollas, sino que ni me había preocupado por las posibles cartas o lo que fuera que me enviaran allí. Siempre pensé que cuando el piso se vendiera lo volvería a cambiar, o que simplemente Manuel me remitiría las cartas a la dirección de Gabriel. «¿En serio? ¿Que lo tenía todo controlado? ¿Que nunca iba a necesitar de Gabriel? Me cago en toda mi existencia. Lo más importante de todo y resulta que soy tan tonta como para no dar importancia a eso. Pero si es que ni siquiera pensé en cambiarlo a mi nueva casa...» ¿Dónde vivía yo? ¿En qué puñetero planeta?

—Y, para colmo, la domiciliación y constitución de la empresa estará en el mismo sitio, ¿no?

Asentí de nuevo a la pregunta de Gabriel.

—Gabriel, acompaña a Daniela a su casa —terció Mario—. Yo me encargo de llevarme el *food truck*. —Se acercó al oído de su amigo—. Me han seleccionado para el programa de RuPaul.

Los ojos de Gabriel se abrieron como platos, asombrado a la par que feliz.

—Te llamo luego.

—Venga, te llevo a tu casa para ver las opciones que tenemos.

Y las opciones no llegaron de inmediato, ni siquiera llegaron aquel aciago sábado por la tarde, en el que Gabriel, al dejarme en casa y coger toda la documentación de la empresa, se marchó a su casa para poder estudiar las posibles soluciones.

¿Soluciones a qué? ¿A mi cerebro? ¿A la idiotez que había cometido? «Pero si es que no se puede ser tan tonta, no se puede... Bueno, visto lo visto, sí que se puede. Si no, no estaría metida en este jodido embrollo.»

Sandra me llamó un par de veces para indicarme que todo estaba cerrado y que no conseguía hablar con nadie. Yo la tranquilicé haciéndole ver que no íbamos a conseguir nada y logré convencerla para que se marchara a su casa a descansar, que Gabriel tenía toda la información necesaria. No se quedó muy convencida de ello, pero cedió a mi petición cuando le comenté mi gran metedura de pata con respecto a mi domicilio social. Mi empadronamiento como persona física.

Sabía que recibiría una extraordinaria bronca por parte de Gabriel cuando considerase que debía hacerlo. Por el momento, tal como yo estaba, seguro que iba a dejar que me revolcase en mi culpabilidad. ¿Por qué no había usado la casa de mis padres? ¿Por qué no me había empadronado allí? «Puñetera locura por salir adelante rápidamente y convencer a la gente de que podía hacerlo sin necesidad de nadie. Pues mira, hija, sí que necesitabas a alguien, a alguien que tuviera un poco más de sangre fría para poder hacer las cosas con cabeza...»

¿Cuántas cartas no habrían recibido en mi antigua casa? ¿Y los nuevos dueños? ¿Dónde estarían mis notificaciones? «¿Adónde voy yo ahora?... De momento, a la nevera, a beberme todo el alcohol que pueda encontrar en ella. Y, sí, apagaré el móvil escondiéndolo en algún lugar para no cometer una locura mientras la neblina del embotamiento alcohólico decida tomar mi cerebro a su voluntad y llamar a alguien indebido.»

Tomé el primer sorbo.

\* \* \*

—Mira qué cosita más bonita, Mario. —Su abuela le mostró al bebé que tenía en los brazos.

—Un bebé, no, ¿eh? Que como se enteren los de Asuntos Sociales te cierran el chiringo de los vídeos. ¿Le has hecho contrato?

—A ti te falta un cocimiento, ¿no? —Colocó al bebé mejor en su regazo.

—¡Hola, Mario! Veo que ya conoces a mi pequeño Jerónimo Júnior.

—¿Le has puesto Jerónimo? —inquirió él sacudiendo la cabeza.

—¿Qué pasa con mi nombre? A mí me gusta mucho. —Mario frunció el ceño—. Pero bueno, ¿a que es una monada?

—Un bebé más —soltó sin pensar para ponerse casi a gritar—. Pero eso no es lo importante, lo extraordinario es que me han elegido. ¡Voy a ir a Estados Unidos a concursar en la tele para ser la mejor *drag queen*!

—No grites, que vas a despertar al niño, so zopenco —lo riñó su abuela.

—Jolín, no seas tan expresiva con la alegría. —Mario cruzó los brazos enfadado.

—Eso es genial. —Jerónimo cogió a su hijo y lo llevó a su cuco—. ¿No estás feliz por ello?

—Yo sí, pero veo que vosotros no.

—Es que nos han cerrado la cuenta de YouTube...

—¿Cómo? —Mario se sentó junto a su abuela—. Yaya, ¿cómo ha sido?

—Pues no sé, hijo, recibimos una notificación por no sé qué derechos y hale...

—Nos la han cerrado por culpa de derechos de autor. No habíamos contado con eso a la hora de editar algunos vídeos —explicó Jerónimo.

—Y ¿ahora qué? ¿Qué vas a hacer, Yaya?

—¿Yo? Nada, seguir como siempre. ¿No ves que ahora tengo dinerito en el banco? No he gastado ni un centimillo, así que tengo un colchoncito majo para los restos.

Mario los miraba atónito a ambos. No podía llegar a creer que en un solo día hubiera recibido la mejor de las noticias aderezada con dos malas. Sabía que el mundo era una balanza: por cada cosa buena siempre pasa una cosa mala, pero ¿así?

—Pues no sé si alegrarme más de lo mío.

—¿Cómo que no te vas a alegrar? —Su abuela miró a su cuidador—. Jerónimo, saca el chinchón, que nos vamos a meter un par de lingotazos.

—Yaya, que ya sabes lo que te dijo el mé...

—Un mojón *p'al* médico, sácalo y a celebrarlo.

## *Capítulo 25*

Una puñetera semana metida en casa. Siete días con sus siete noches, llenitos, cada uno, de sus veinticuatro horas en las que había estado encerrada sin hacer absolutamente nada más que autocompadecerme por ser tan gilipollas.

Había llegado un momento en el que me daba absolutamente igual todo. Sí, aquí, la todo poderosa y empoderada Daniela había tirado la toalla. Me lo imaginaba como aquellas películas en las que alguien pide al entrenador que lance una toalla blanca con manchas de sangre al ring, donde dos armarios empotrados se lanzan puñetazos. Muy en plan Rocky Balboa. Me había caído al suelo y no tenía ninguna gana de levantarme. Que sí, que muy bien, que todo pasa. Quizá necesitaba mi período de duelo para volver a tener ganas de hacer algo..., pero es que ni siquiera me apetecía ducharme. Lo sé, soy una cochina, una marrana, una piojosa con el pelo más graso que una de esas campanas extractoras en las que Chicote mete la mano.

No había respondido a ninguna llamada telefónica durante ese tiempo, y mucho menos a ninguno de los cientos de e-mails que llenaban mi buzón de correo electrónico. «En algún momento deberé ponerme frente a la pantalla y dar explicaciones, pero ahora mismo sólo quiero encender la televisión y ver la mierda que toque ver.»

Llevaba un par de horas dormitando en el sofá cuando un estruendoso ruido comenzó a importunarme sobremanera. El timbre estaba sonando sin cesar, acompañado por unos porrazos constantes en la entrada.

—¡Seas quien seas, mete el mensaje o lo que sea por debajo de la puerta!  
—grité.

—¡Abre de una puñetera vez! —La voz de Gabriel resonó en el rellano de la escalera e inundó parte de mi minúsculo habitáculo.

—¿Por qué no te vas y me dejas en paz? Si no te he contestado ni al móvil ni al correo, será por algo, ¿no?

—Abre o echo la puerta abajo, así que tú misma. —Siguió aporreando la madera.

Me levanté del sofá con tantas ganas como de que me arrancaran los dedos meñiques de los pies. Y, hablando de ellos, ni siquiera caminaba, sino que los arrastraba lastimeramente mientras me dirigía a la puerta. Agarré las llaves que había dejado puestas en la cerradura aquel sábado aciago y las giré con una lentitud pasmosa.

Nada más oír el clic de la cerradura al abrirse, Gabi entró hecho un rayo.

—¿A qué cojones huele aquí? —Arrugó la nariz husmeando de un lado a otro—. Eres tú. ¡Pero ¡qué marrana eres!

—Déjame en paz. —Caminé de vuelta al sofá y me tumbé en él de nuevo.

—No, no voy a dejarte en paz. Haz el favor de vestirte, que tenemos que ir... —Paró un segundo mirando mi aspecto de arriba abajo—. No, vas a ir a la ducha echando hostias.

—No voy a ir a ningún lado.

Se acercó a mí y, sin ningún miramiento, se agachó para agarrarme por la cintura y cargarme en su hombro como si de un saco de patatas se tratara. Me pilló tan de sorpresa que sólo supe defenderme dándole puñetazos de chicle, no tenía ni ganas de pegarle, para que me soltara. Lo único que conseguí, aun a pesar de gritarle las cosas más feas que nunca se me habían pasado por la cabeza, es que me agarrara más fuerte y me llevara corriendo al baño. No contento con eso, abrió el grifo de la ducha y, menos mal, tuvo la delicadeza de regular la temperatura. Ahora, lo que no pensó (o sí lo hizo, para cabrearme un poco más) fue en quitarme la ropa antes, y me lanzó directamente bajo el chorro con el chándal puesto.

—¡Cabrón! —fue lo único que grité cuando el agua comenzó a mojarme por completo, ropa incluida.

—Estoy seguro de que ese chándal también necesita un agua. Te espero fuera, te quiero limpia y preparada para marcharnos.



—¡Te odio!

—Lo sé —concluyó cerrando la puerta del baño.

¿Necesitaba una ducha? Sí, sin lugar a dudas. Pero, joder, puede que me hubiera convencido si lo hubiésemos hecho de otra manera, ¿no?

Había olvidado lo bien que sentaba estar bajo un chorro de agua calentito cuando al fin me pude deshacer de toda la ropa empapada. Sé que no estaba siendo muy racional, pero había llegado un momento en que hasta la ducha me recordaba a él. Todo muy maduro, la verdad. Y también sé que, si ahora hubiera estado con él, el drama de lo sucedido habría sido menor. «Una ducha... La ducha que volvió a unirnos...» De nuevo me eché a llorar, ahora bajo el agua.

Media hora más tarde aparecí por el salón vestida con unos vaqueros, zapatillas y camiseta.

—¿No vas a secarte el pelo? —me preguntó como si no hubiera pasado nada.

—No. Y ¿ahora qué?

—Pues ahora te vas a venir conmigo porque tengo una idea de lo que ha podido pasar.

—¿Voy a poder recuperar mi vida?

—No lo sé, pero creo que podrás denunciar a alguien por lo que te han hecho.

Y, sin muchas ganas, la verdad, salimos a la calle para coger su coche. Mi moto, la destartalada, seguía acompañándome como un perro fiel. Aún estaba allí, esperándome en la acera a que nos fuéramos un día a dar un paseo. ¡Pobre! No sabía que ya no podía circular con tranquilidad.

—Algún día vas a tener que tirar esa moto —me advirtió Gabriel al verme mirándola—, es un peligro andante.

—Lo sé —suspiré.

—Anda, sube.

—¿Adónde vamos?

—A tu antigua casa, quiero hacer una cosa —respondió sin decirme más.

El silencio llenaba el habitáculo. El rugido del motor al acelerar era lo único que se oía en el interior. De verdad, no tenía ganas de hablar. Pero fue

en el momento en el que vi que estábamos acercándonos a mi antiguo barrio cuando tuve que preguntar:

—¿Gabriel?

No hizo falta más.

Me explicó que lo más sencillo para averiguar qué era lo que posiblemente hubiera pasado era preguntar a los nuevos inquilinos. Tal vez ellos supieran algo o tuvieran conocimiento de las cartas. Él ya se había puesto, muy a su pesar, en contacto con Manuel para hacerle la misma consulta, sin contarle el porqué, y él le contestó que nunca llegaron cartas a nombre de Daniela en el tiempo que él estuvo viviendo allí solo. Así que pensó que tal vez los nuevos inquilinos supieran algo, o quizá ellos las tuvieran. Si era así, en ese momento y con las leyes en las manos, intentarían acelerar el proceso de apertura lo más rápidamente posible. Si es que se podía volver a abrir.

—¿Estás seguro de que podremos averiguar algo? No sé, es que no me apetece nada pasar por aquí —señalé el supermercado al lado del portal.

—Tranquila. Creo que es lo único que podemos hacer para indagar.

Desgraciadamente, como me temía, al aparcar el coche y acercarnos al portal pude ver a Carol, la rubia, sentada en la silla de la caja mientras pasaba los productos de una clienta. Pensé que me iba a doler mucho más, pero no sentí nada. Me sorprendí a mí misma sonriendo al ver que ella seguía en el mismo lugar donde yo la había dejado y yo había, para bien o mal, cambiado mi vida radicalmente.

—Vamos.

—¿Eh? —Me despertó de mi ensoñación.

—Que te toca hablar a ti cuando nos abran la puerta.

—¿Cómo que a mí? —me quejé.

—Podría haber venido solo, pero necesito que estés conmigo para demostrar que eres tú.

—¿Cómo? —Acababa de soltar un trabalenguas fijo.

—Que necesito que estés conmigo como mi representada y, si hiciera falta, darles tus datos.

—No es verdad —protesté—. De leyes sé poco, pero esto me suena a

truco.

—Bueno, en realidad lo que ocurre es que, si vienes tú, es más efectista —  
rio.

—Cabrón.

—Sí, pero ya has salido de casa, vamos.

El portal se abrió y aprovechamos para colarnos.

—Eres maquiavélico.

—Soy abogado.

No me había dado cuenta de lo mucho que había cambiado mi vida desde que había salido por aquella puerta llorando desconsolada a buscar refugio en casa de Gabriel. Ahora que regresaba, aunque fuera de manera circunstancial, sentía cómo mi estómago se encogía ligeramente recordando todo lo que viví en aquella casa. Cómo todas las ilusiones que tuve allí siempre fueron eso, ilusiones. Y que tuve que salir de esas cuatro paredes para volver a encontrar a la Daniela que se había escurrido entre el gotelé y los muebles de diseño regalados por sus padres.

Desperté de mi ensoñación cuando sonó el timbre de la puerta. Estaba frente a lo que un día pensé que sería el hogar de una familia feliz, de *mi* familia feliz.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarlos?

Un hombre de unos setenta años abrió la puerta. Delgado, bien vestido e impolutamente bien peinado. Me sorprendió ver que no nos cerró en las narices a la primera de cambio y, pacientemente, escuchó todo lo que Gabriel le explicó. Desde que yo era la antigua dueña del domicilio, hasta el problema que se había presentado por culpa de no recibir las cartas que estaban llegando a mi nombre.

El hombre abrió unos ojos como platos sorprendido por la situación.

—¿Tú eras la dueña?

—Sí —contesté tímidamente—. Y entenderá el problema que me ha causado no recibir esas cartas —expliqué rápidamente— por mi mala cabeza.

—Puedo imaginarlo, pero me sorprende mucho porque, sí, sí hemos recibido cartas certificadas a nombre de Daniela Quintana, pero se las hemos ido dando a Daniela.

—Bueno, pues, como puede ver, Daniela yo soy y esa otra que dice usted no lo es.

Gabriel y yo nos miramos casi sonriendo por haber descubierto que mis cartas estaban siendo recibidas por otra persona.

—¿Sabría dónde podemos localizar a esa persona? —preguntó Gabi.

—Claro que sí —sonrió—, además, tengo que darle otra carta certificada.

—¿Le importaría dármela a mí, que soy yo la verdadera?

—Claro. —Gabriel ya le había enseñado anteriormente mi documentación.

Después de darme la carta, nos contó que, poco después de entrar a vivir en el piso su mujer y él, una joven se presentó en la casa diciendo que era Daniela —o sea, yo— y les preguntó si no les importaba guardarle la correspondencia hasta que se solucionara lo del cambio de residencia. Ellos aceptaron sin problemas pensando que sería temporal, así que a veces ella iba a recoger las cartas o ellos las bajaban al supermercado, que es donde trabajaba.

—¿Cómo?! —Hice ademán de bajar corriendo por la escalera, pero Gabriel me agarró—. Será hija de puta...

—¿Se conocen?

—Sí, es la hija de...

Gabriel me hizo callar hablando por encima de mí:

—Bueno, muchísimas gracias por su ayuda. Ha habido una suplantación de identidad que tendrá que ser denunciada. ¿Podría contar con su testimonio? — Sacó un documento que el hombre firmó sin problemas.

—Claro, no tengo nada que esconder.

Luego cerró la puerta de su domicilio mientras Gabriel se despedía de él. Mientras tanto, en el despiste de mi amigo, salí corriendo escaleras abajo con más ganas de matar que el propio Charles Manson. Por mi mente no hacían más que pasar imágenes de tormentos propios de la Santa Inquisición española. No sabía si colocarla primero en el potro de tortura e ir tensando las cuerdas para que se descoyuntara su cuerpo, untarle los pies con miel y que una cabra se los lamiera hasta que no quedara nada de ellos, o sentarla directamente en el garrote vil y estrangularla tan lentamente que me pidiera que la matara de un tiro para no sufrir más. Aunque lo más probable es que la

enganchara de los pelos para apartarla de la silla de la caja y después me liara a darle de puñetazos en la cara por ser tan hija de puta. Sí, le tenía ganas desde el primer día que me enteré de todo, aunque sabía que no debía, que el único culpable era Manuel... Aun así, si le zumbaba y desfiguraba su precioso rostro sería por mi trabajo, no por mi exmarido. Ése ya no me importaba, pero lo de mi trabajo, lo de dejarme sin empleo se lo haría pagar con sangre.

La misma que no me estaba llegando al cerebro. Vamos, estaba segura de que la circulación se había detenido en algún momento y que era la falta de oxígeno la que estaba haciendo que en mi mente sólo aparecieran escenas descalabradas dignas de cualquier capítulo de «The Walking Dead». Había más sangre en cada una de ellas que en cualquier matadero y, no, eso no era bueno para mi salud mental. O para la poca que me quedara al cruzar la puerta del supermercado hecha una verdadera furia e ir directa a donde se encontraba Carol.

No recordaba haber pasado la puerta y caminado los escasos metros que la separaban de ella. Ni tampoco me acordaba de los tres clientes que se iban apartando a mi paso viendo la cara demudada que traía. Pero sí me planté allí, frente a ella.

—¿Qué has hecho con mis cosas, hija de puta?! —Levanté la mano para lanzarle un puñetazo digno de Jackie Chan.

Gracias al cielo, o a mis malos reflejos, y los buenos suyos, mi mano sólo llegó a rozar el hombro de la susodicha, que, casi como digna sucesora de cualquiera de los protagonistas de *Matrix*, echó su cuerpo para atrás saltando de la silla para esconderse bajo la máquina registradora.

—¡Socorro! —oí que su chirriante voz pedía auxilio desde debajo.

—¡Sal de ahí, perra del infierno! —Me alcé para subirme encima de la plataforma de acero por donde se pasaban los productos.

—¡Está loca y quiere matarme!

Sentí cómo unas manos me agarraban por la cintura justo antes de saltar al hueco donde se escondía la cajera robacartas.

—¡Para, Daniela! ¡Por Dios, para! —Era la voz de mi amigo, que había llegado corriendo poco después.

—¡La mato! ¡Juro que voy a matarla! Esta hija de puta ha jugado con mi

futuro... —Se me iban a salir los ojos de las órbitas.

A nuestro alrededor se arremolinaban un montón de curiosos y un par de cajeros más que intentaban separarnos.

Estaba segura de que el espectáculo que se estaban llevando gratis los clientes de aquel supermercado sería de antología. Una tranquila mañana de compras convertida en una auténtica escena de locura en la que una desquiciada entraba hecha una furia a zumbarle un buen *torrao* a la cajera.

Logré detenerme un segundo y respirar un par de veces antes de volverme a ver el desaguisado que se había formado a mi alrededor. Más allá de la gente, había tres huevos rotos en el suelo, una lechuga medio pocha sentada en la silla que antes ocupaba Carol y una lata de refresco en el suelo. ¿Por qué había llegado hasta ese punto? ¿Por qué me sentía como una gilipollas entre los brazos de Gabriel? ¿Qué cojones había pasado con mi vida?

Y me eché a llorar desconsoladamente sin importarme que la gente me mirara como la verdadera loca de manual que era.

—Ya está, Daniela —me consolaba mi amigo—. Lo vamos a solucionar.

—¡Llamad a la policía! —gritó a pleno pulmón la cajera saliendo de su escondite.

—Sí, por favor. Llamad a la policía, que tenemos que hacer una denuncia por suplantación de identidad —indicó Gabriel.

—Pero ¿qué dices?

—Has estado yendo a la antigua casa de mi clienta diciendo que tú eras ella para llevarte todas sus cartas, incluidas las certificadas, y eso es un delito.

—Estáis locos.

—¡Tú sí que eres una puta loca! —salté intentando darle un tortazo que Gabriel detuvo.

—¿Loca, yo? Loca tú, que me arruinaste la vida. Manuel me dejó por tu culpa, me dijo que no estaba enamorado de mí y que se había confundido al irse a vivir conmigo. Me echó de casa y luego la vendió. Os vi en aquella cafetería tan acarameladitos..., vi cómo os abrazabais. Lo teníais todo planeado para hundirme y volver juntos.

—A mí déjame en paz. Me has jodido la vida, me has jodido mi negocio y

prometo que voy a ir a por ti.

—¿Sabes? No me das pena, no sé qué coño son esas cartas, pero no me arrepiento de nada, y si las quieres —sacó una caja de debajo de la máquina registradora y se la lanzó a Gabriel—, ahí las tienes, loca. Ahora sí estoy segura de que te he hecho daño.

—¡Esto no va a quedar así! —grité mientras salíamos del establecimiento.

—¡No tenéis testigos! —seguía chillando ella a la par que algunas clientas se le acercaban para consolarla.

Y era normal que la consolaran, se suponía que la desquiciada que la había agredido era una extraña para sus clientes habituales. Lo que ella no sabía es que la denuncia que recibiría en su domicilio, o donde fuera que se la enviáramos, iba a ser de órdago. Testigos incluidos.

Sentados ya en el coche de Gabriel, y, sobre todo, mucho más calmada, comenzamos a mirar todas y cada una de las cartas que yo no había llegado a recibir. Las primeras avisaban del problema con el proveedor, instándome a dejar de trabajar con él; más tarde, un par de avisos por no hacerlo, y luego multas que derivaron en el cierre provisional hasta presentar las alegaciones necesarias.

A pesar de haber montado el escándalo de mi vida, me sentía bastante mejor por dentro. Ya no tenía la impresión de que todo era un desaguado sin solución, aunque Gabriel me había dejado claro que era posible que todo eso llevara más tiempo del que probablemente quisiéramos. La Administración solía tardar mucho en responder a las alegaciones y, sobre todo, las resoluciones definitivas podían tardar incluso años. Sin embargo, vi un rayo de esperanza al decirme que quizá podríamos intentar algo provisional.

Gabriel me contó, ya más calmado el tema, que todo eso que habíamos hecho estaba más que meditado. Que se olía que algo debía de ocurrir con el tema de las comunicaciones. Lo normal en esos casos era rechazar la comunicación e intentarlo de otra manera, tal como cuando me entregaron en mano el cierre en el *food truck*. Lo que no podía esperarse es que fuera la tipa con la que Manuel me había engañado, despechada, la que quisiera arruinar mi vida.

Sin saber realmente lo que tenía entre manos, estaba seguro de que ella era

consciente de que, al ser certificados, en un momento u otro eso acabaría afectándome. Lo que ella no tenía ni idea era del menoscabo que había causado a mi vida.

Hay gente que pretende hacer daño, eso está claro, pero esa mujer encontró, sin saberlo, el peor de los castigos que podría haberme causado. El fin de mi carrera.

—Daniela —el vehículo se detuvo—, vamos al cuartel de la Guardia Civil a poner una denuncia.

—¿Es necesario que vaya yo?

—Me temo que sí. Van a necesitar tu firma.

—¿Y si me quedo en ese bar tomando sol y sombras? —solté.

—Vale, y me pides un carajillo para mí. ¡Anda, no seas gilipollas! — profirió cerrando la puerta de su lado y abriéndome la mía para entrar en el cuartel.

Pasamos un montón de horas allí metidos, entre la espera y el papeleo. Estaba hambrienta, cabreada y dolorida por el golpe que me había llevado en la mano por hacer el gilipollas. Y lo peor de todo es que no le había dicho a Gabriel nada con tal de no preocuparlo. Lo que no necesitábamos ahora era un parte médico que tuviera que explicar el porqué del golpe, pero me dolía horrores y casi no podía moverla, aunque lo disimulaba muy bien. Como casi todo en mi vida.

Necesitaba una bolsa con hielo ya. Sabía que (o eso esperaba) no tenía ningún hueso roto, pero si no me aplicaba algo que me bajara la hinchazón, la mano se me iba a poner más negra que el futuro de Risto Mejide en una clase de risoterapia con mi madre.

Finalmente nos hicieron pasar a un despacho en el que tramitamos, con todo tipo de detalles, la denuncia contra Carol y recibimos la documentación acreditativa para, a la mañana siguiente, salir corriendo a poner toda mi documentación en regla y solucionar lo ocurrido.

—Te llevo a casa, Daniela —me dijo un cansado Gabriel.

—No te preocupes —quería pasar por una farmacia sin que se enterara—, ya cojo un autobús.

—Ya no vives en el centro. Entra en el coche y vamos.



\* \* \*

Quizá por primera vez en mucho tiempo me sentía esperanzada, aun sabiendo que ese hueco de soledad que se había instalado en mi corazón no iba a desaparecer nunca.

Abrí el congelador del frigorífico para ponerme en la amaratada mano un paquete de guisantes y sentarme en el sofá a ver la tele.

El día, finalmente, no había sido tan malo como podría haber esperado.

Y allí me quedé, con mis guisantes congelados, mi mando a distancia y dejando pasar la tarde.

## *Capítulo 26*

La noche fue un verdadero infierno.

Al no poder ir a la farmacia —bueno, en realidad, al estar ya metida en casa me dio bastante pereza—, sólo me puse el frío y me tomé unos ibuprofenos cada ocho horas, o lo que es lo mismo, hacerle cosquillitas al daño. Los pinchazos que me daban a cada instante hicieron que me resultara difícil conciliar el sueño. Me temía que, si no iba al médico, la cosa se me iba a poner peor de lo que ya estaba. Así que me arreglé, sí, y me duché como pude, para marcharme a urgencias.

Llamé un taxi. Tal como tenía la mano, coger la moto era una auténtica locura, así que la opción más normal, que no la más barata, era que me llevaran. Así pues, diez minutos después de pedir uno por una aplicación de móvil, estaba camino de la entrada de urgencias.

Y allí me planté, después de dar mis datos y el porqué de mi visita, en uno de esos «comodísimos» bancos a esperar que mi nombre sonara por los altavoces. A mi lado, una persona con un ojo tapado en plan pirata con un montón de gasas. Frente a la silla donde me aposentaba, una madre acompañaba a su hijo adolescente, que parecía arder de fiebre. Y, así, casi una docena de personas que esperaban a ser atendidas por el médico de urgencias que les tocara.

Llevaba esperando cerca de una hora sin saber cómo colocarme ya para que no me doliera el culo. «Estas sillas de hospital son un infierno... Creo que deben de hacerlo a propósito para que vengamos poco al médico... es que, si no, no se entiende. Esto es como una tortura. Pobre, mi culo...»

—Daniela Quintana.

Oí mi nombre por los altavoces, así que me dispuse a pasar por la puerta que me correspondía pensando que podría ya contarle mi problema al médico. Pero no, simplemente me atendió un enfermero para valorar mi malestar y considerar la urgencia de mi dolor. Así que, después de que me tomara la tensión, tocara un poco mi mano —para que yo gritara por lo bajini— y me tomase también la temperatura, me indicó que saliera de nuevo y que volverían a llamarme en el momento en que pudiera atenderme un médico.

—Me cago en la leche —solté al salir por la puerta.

—Ya veo que no has cambiado mucho.

Y esa voz se me clavó en el corazón, justo en ese huequito que aún no había sido capaz de cicatrizar.

En un principio no quise levantar la mirada del suelo, sabía que si lo hacía volvería a despegar la costra figurada que aún estaba en mi corazón. No, no tenía vergüenza, para nada, pero no necesitaba sentir mucho más dolor en ese momento. Aunque, claro, una es débil, como la mineralización del agua, y finalmente mi mirada subió del suelo a su cara, pasando por su maravilloso cuerpo. Las firmes piernas revestidas por un par de pantalones vaqueros claros, una camisa también clara y en sus brazos el pequeño Luis, dormitando. Su mirada era la de siempre, clara y llena de vida, aunque ahora las arrugas de sus ojos se marcaban más, tal vez por la preocupación que a mí también se me presentó al ver al pequeño con una herida ya cicatrizada en la frente.

—Hola. —Me quedé absolutamente de piedra—. ¿Qué haces aquí?

—Me han llamado de la guardería para avisarme de un pequeño percance con Luis.

—Pero ¿todo bien? —Alargué la mano que tenía bien en un amago de querer acariciarlo, pero me detuve al instante, dejándola parada en el aire de manera tonta.

—Sí, un pequeño susto. ¿Y tú? Estábamos saliendo ya para casa y me sorprendió oír tu nombre por los altavoces.

Su mirada ahora había cambiado, había algo en ella que hacía unos segundos no estaba, un pequeño brillo, tal como cuando se preocupaba por cualquier cosa que me ocurría. Yo no tenía fuerzas para mantenérsela, me

dolía horrores. La bajé.

—Me he dado un golpe en la mano. Y estoy esperando a que me visite el médico. Nada importante.

No obstante, él seguía sin quitarme la vista de encima. Sus ojos tenían el mismo color que la primera vez que cruzamos nuestras miradas después de hacer el amor. Cómo me estaba doliendo estar tan cerca de él y no poder tocarlo. El pequeño estaba dormido en sus brazos, había crecido muchísimo. Estaba comenzando a resquebrajarme.

—Espero que no sea nada. —Se colocó mejor al niño en sus brazos.

—Bueno, esto no es nada, la verdad. —Encogí los hombros sabiendo que mentía, pues dolía demasiado para «no ser nada».

—Ya, bueno, sí... —Lo oí suspirar—. Me he enterado.

—Cómo corren las noticias, ¿no? —Levanté los hombros con un falso aplomo que no sé de dónde salió.

—Es la comidilla del mundillo. —Él no sonreía.

—¡Daniela Quintana! —Mi nombre volvió a sonar por los altavoces de urgencias.

—Y qué no vas a saber tú, ¿verdad? —le dije sin acritud—. Tengo que entrar.

—Que no sea nada lo de tu mano.

—Cuida de Luis.

Caminé hacia las puertas, donde me esperaba el médico.

—Verás cómo al final todo se soluciona —se despidió.

Yo sólo giré el cuerpo para que el dispositivo de la puerta automática reconociera el «bulto» y se abriera. «Ojalá pudiera solucionar todo lo que he perdido con él, ojalá pudiera solucionar lo nuestro, ojalá Julián me perdonara y volviéramos a estar juntos... Pero ahora desaparezco por esta puerta como si fuera a participar en “Tu cara me suena” y, luego, la otra Daniela se quedara en la camilla del médico tratando de curarse mientras la nueva sale. Ésa quiero ser yo, con las palabras adecuadas para que Julián regrese a mi lado. Ridículo, ¿no? Pues no quiero ni imaginarme cómo estaré en el momento en que el médico me dé una pastillita para el dolor. Que, oye, una va de dura, pero esto duele un huevo...»

Y tanto dolía que al final el médico, traumatólogo, para más señas, tuvo que enyesarme la mano. Tenía un huesecillo, según me dijo, el pisiforme, que más bien sonaba a chiste que a hueso, roto. Se sorprendió mucho al ver el tipo de rotura, dijo que ese hueso era muy difícil de romper a menos que se le diera un golpe directo. Me reí, no me quedaba otra, tuve que explicarle que en un arranque de locura le di un golpe a algo muy duro. Intentó ligar conmigo —sí, en esa situación también se puede ligar—, y la verdad es que estaba un rato bueno, pero yo no tenía muchas ganas de fiesta. En fin, a lo que iba, que quiso ligar conmigo cuando comenzó a decirme lo típico de «¿Cómo una chica como tú tiene esos arranques? Con lo tranquila que pareces». Sonreí, porque como mi lengua viperina comenzara a escupir, se iba a enterar hasta de la marca de láser que usé para depilarme el... Bueno, eso.

No le di mucha más bola, pedí al cielo que terminara pronto y, al rato, ya estaba yo en casa, drogada y con el brazo en cabestrillo con un hueso de la mano roto. Y si abría el *food truck* ahora, ¿quién cocinaría?

Y así, con ese ronroneo mental, el calmante que tomé nada más llegar a casa comenzó a hacer más efecto del que habría deseado.

\* \* \*

Agarré el teléfono móvil de manera automática. El sonido estaba metiéndose directamente en mi cerebro reptiliano, haciendo que instinto de supervivencia se activara de manera inmediata.

Conseguí sujetarlo entre las manos, pero no era capaz de darle al botón que aparecía en la pantalla para descolgar. La noche me había pillado en el sofá del salón y allí tenía el último recuerdo consciente. Mi sueño, sumido en un mundo de drogas legales, había hecho que pasara toda la noche mal dormida en aquel mueble. Automáticamente, me llevé la mano a la boca (la tenía llena de babilla por la profundidad del descanso inducido) sin recordar que tenía la escayola, y me di un golpetazo en la boca. Esta vez, haciéndome hasta sangre en el labio.

—¡Me cago en la puta! —grité enfadada conmigo misma.

Finalmente me senté en el sofá para poder centrar la mirada y descolgar el

teléfono móvil. Entre una nebulosa, creí leer el nombre de Gabriel en la pantalla, así que descolgué.

—Hola.

—Qué voz, hija... —Él, en cambio, rebosaba energía—. Parece que vas drogada.

—Es que voy drogada —respondí.

—¿Qué has hecho, insensata?! —oí el grito de Gabi en mi oído, lo que hizo que separara el móvil de la cabeza.

No necesitaba en ese momento monsergas de nadie, pero vamos, me iba a tocar explicarle que iba más drogada que Lindsay Lohan de fiesta en Ibiza por culpa de la rotura del hueso de la mano.

—Tranquilo, Gabriel, aún no me ha dado por meterme de todo menos miedo.

—¿Entonces? —pidió explicaciones.

Tuve que contarle mis andaduras por las urgencias hospitalarias por culpa del dolor de la mano. Le comenté, con todo lujo de detalles, la llegada, el dolor y, finalmente, el diagnóstico: un mes con la mano escayolada sin poder hacer nada.

—Pues yo iba a darte una buena noticia, pero no sé si ahora con la «mano pipa» te va a gustar.

—Suelta ya —me puse nerviosa.

—He conseguido entregar toda la documentación a Sanidad en un tiempo récord y me han dicho que es posible que sepamos algo en el plazo de una semana.

—¿Pero...?

—No sé qué ha pasado, pero al llevar la documentación parecía que nos estuvieran esperando. —Gabriel tomó aire—. Entregué los papeles y me pidieron que esperara. Salió un tipo de un despacho y se quedó con toda la documentación. Al rato salió, habló con el de la ventanilla y me dijo eso, que dentro de una semana tendría respuesta.

Estaba hiperventilando por la noticia. Medio mal sentada en el sofá, intenté llevarme la mano herida a la cabeza, dándome un golpe de nuevo. Iba a tener más de un problema hasta que me acostumbrara a la mano del «capitán

Garfio».

—Ayer me encontré en urgencias con Julián... —solté. Había pensado en él cuando todo lo que me contaba Gabriel eran buenas noticias.

—¡Ah! —Noté que buscaba las palabras adecuadas—. ¿Todo bien?

—Sí, fue porque Luis se cayó en la guardería. Pero todo controlado. —Suspiré—. Ya sabía lo mío.

—¿Quieres decir que...?

—No quiero decir nada, Gabriel, pero es mucha casualidad, ¿no?

—Pues no tengo ni idea, Daniela, pero si quieres salir de dudas, llámalo.

—Ya estamos...

—Daniela...

—Gabriel...

—Puñetera cabezona, tía.

Colgó el teléfono dejándome con él en la oreja escuchando la nada. Y lo peor de todo es que tenía razón, más que un santo.

Había aceptado sin más que Julián quisiera apartarme de su vida sin oponer ni un ápice de resistencia. Me había dejado llevar por el día a día sin pensar si podía o no hacer algo para que volviéramos a estar juntos. Lo echaba de menos cada día que pasaba, cada momento en el que no estaba a su lado, cada vez que respiraba, y me ahogaba sabiendo que no iba a poder acariciarlo.

Pensé en mandarle un mensaje, un sencillo mensaje preguntándole cómo estaba el pequeño Luis. Algo sencillo y poco personal (aunque más personal que un hijo no existe nada), que podría servirme para intentar volver a crear un mínimo vínculo que...

El móvil sonó en mi mano y leí un nombre en la pantalla que me dejó sorprendida: Julián. Admito que me dio un vuelco el corazón cuando lo vi. Era como si hubiera leído mi mente y se hubiera adelantado a mi acción, como siempre, él más atento que yo. Aunque esta vez sólo había sido cuestión de segundos.

Abrí el WhatsApp. Era parco, simple y directo; me preguntaba por mi estado. De igual manera, le respondí. Bueno, no es verdad, yo me explayé un poco más. Le hablé de la rotura, le pregunté por Luis y le di las gracias por preocuparse, aparte de decirle que lo había visto muy bien. No esperaba que

su respuesta fuera igual de rápida que la mía, pero sí que lo fue:

Luis se encuentra perfectamente, hay que quitarle la mano de la herida cada dos por tres, pero bien. Hablando de manos, espero que la tuya se cure rápido, por tu trabajo. En cuanto a ti, estabas como siempre.

¿Qué quería decir con eso último? ¿Que estaba igual de idiota? ¿Igual de insoportable? ¿Igual de estúpida? Y en cuanto a lo del trabajo... ¿Qué sabía él que yo no supiera? ¿Realmente Julián estaba detrás de la rapidez en los trámites? Desde que no estábamos juntos me había informado bien sobre su empleo y sabía que no era un simple asesor e inversor. Su mano estaba en la mayoría de los establecimientos de restauración de moda en España y en algunos de Estados Unidos. Su trabajo no sólo consistía en aconsejar, sino también en dar el punto justo para que todos y cada uno de esos locales llegaran a lo más alto gracias al equipo que trabajaba con él: asesoría, marketing y mucho más. No conocer a Julián en el mundo de la restauración era no conocer este último, y eso era lo que me pasaba a mí hasta hacía muy poco.

¿Sería él el que estaba detrás de la velocidad en cuanto a mis documentos?  
Respondí:

Me alegro de que Luis esté bien, está grandísimo. Por cierto, ¿has tenido algo que ver con la rapidez en la tramitación de mi documentación? ¿Y lo de «como siempre»? ¿Estoy igual de tonta que siempre? 😊

Me arrepentí justo en el momento en que le di a «Enviar». No suele gustarme mucho, o nada, hablar de temas serios por el móvil. Normalmente, en vez de solucionar problemas, suele traerlos. Un punto mal puesto, una coma en un lugar donde no se debe, una sonrisa no enviada. Ese tipo de cosas me dan un poquito de yuyu, ya que al final siempre alguno de los interlocutores acaba mosqueado sí o sí.

—Debería haberlo llamado por teléfono —me quejé en alto.

Pero ¿para qué? En ese instante, el móvil comenzó a sonar y en la pantalla vi de nuevo aquel nombre que hacía tanto tiempo que había desaparecido de



mis redes sociales: Julián.

—Hola, Julián —dije; habría sido tonto preguntar quién era.

—Hola, Daniela. Te llamo porque, con los mensajes, al final una u otra persona acaba confundiendo cosas y quería dejar claro el sentido de los míos.

—No te preocupes. —«Siempre tan parecidos.»

—Sí, sí me preocupo, porque no quiero que confundas nada de lo que he dicho. —Tomó aire—. Y hablar por teléfono es muy frío igualmente. En cuanto a lo que te he dicho de «siempre», significa igual de guapa que siempre.

—Oh, gracias.

—No malinterpretes mis palabras.

«¿Está justificando haberme llamado guapa? Eso no es bueno...» Suspiré.

—Tranquilo, hacía mucho tiempo que no nos veíamos, y lo mismo nos recordábamos como orcos de Mordor.

—¡Ja, ja, ja! —Echaba de menos su risa—. Oye, me acerco a tu casa en un momento y te explico.

—Ya no vivo con Gabriel —repuse.

—¿Ah, no? —Se sorprendió—. Bueno, pues pásame tu dirección y me acerco. Hoy estoy con Luis, no iré a la oficina.

—Déjalo, ya me acerco yo y así no tienes tanto lío.

—Perfecto, ven en cualquier momento, no me moveré de casa.

—Adiós —finalicé ya nerviosa pensando que iba a verlo de nuevo.

—Nos vemos.

Miré el reloj y, entre una cosa y otra, la mañana ya se había puesto en marcha sin contar conmigo. Vamos, ni conmigo ni con mi mano pipa ni con la noche toledana, o eso creo, en el sofá, gracias a los calmantes cuyos efectos aún coleaban.

Tardé cosa de hora y media en poder salir de casa más o menos decente. Una camiseta, unos vaqueros, zapatillas y una cazadora conjuntaban a la perfección con mi bonito cabestrillo, eso sí, totalmente profesional. No había querido ponerme ningún pañuelo, así que el cabestrillo me lo compré en la farmacia, junto con los calmantes maravillosos que habían hecho de mi noche algo olvidable.

Vivir en las afueras tiene su punto bueno y su punto malo. El positivo,

claramente, es estar alejado de la locura del centro y de la ciudad que nunca duerme. El negativo, que has de coger el transporte público si no puedes ir en tu propio vehículo y tardas un montón. Y yo, con esas pintas —me miré la mano—, no iba a poder coger mi *mierdermoto*, vamos, que estaba más que descartado.

De manera que me planté en su casa, bueno, en el portal, casi tres horas después de haber estado hablando con él. Era casi la hora de comer, y no sabía si a él le importaría que me presentara justo en ese momento. Bueno, había sido él quien había dicho que fuera a cualquier hora, y claro... «¡Ains, no sé!»

Llamé a la puerta de su apartamento y oí unos pasos que se acercaban al otro lado. Estaba más nerviosa que don Quijote en un parque eólico. Respiré un par de veces, ya no había marcha atrás.

—Hola, Daniela, pasa. —Se apartó de la puerta.

Me recibió con unos pantalones vaqueros gastados, una camiseta blanca que se le pegaba a los pectorales más que la última vez que nos vimos, despeinado y sin afeitarse.

—Hola, siento llegar a estas horas. Entre la escayola y que vivo lejos, ahora tardo un montón en estar lista. Si ves que te va mal puedo regresar en otro momento, me bajo a tomar algo y, cuando estés listo, cojo y subo...

—Pasa, Daniela. —Cerró la puerta a mi espalda, parando así mi verborrea.

La casa que yo conocí había cambiado por completo. Bueno, no tanto, era exactamente la misma, pero el salón estaba lleno de juguetes por el suelo y en él había un parque con un niño que llamaba a su padre:

—Papá, *peté*.

—Espera un momento. —Se separó de mí indicando que pasara hasta dentro—. Luis, si tiras el chupete fuera lo vas a perder. Y, si yo no estoy aquí, no voy a poder dártelo.

—¡*Peté!* —El niño se puso feliz cuando vio a su padre devolverle el chupete que se le había caído.

—Cuánto ha crecido, ¿no? —pregunté, aunque era evidente.

—Sí. Está a punto de andar y se pasa el día agarrándose a todo. De ahí que se cayera.

—Pobrecito. —Me dio penita.

—Bueno, sólo tuvieron que darle un punto. Si hubiera sido más profundo, tal vez habrían tenido que ponerle dos, pero no es nada.

Estábamos de pie. Yo aún ni siquiera me había quitado ni la cazadora, ni mucho menos el bolso. Allí estábamos los dos, mirándonos como dos desconocidos que necesitan ser presentados para poder mantener una conversación más allá de lo obvio: el tiempo.

Me sorprendía la luz que entraba por la ventana. Nunca había estado allí en ese tiempo, y la luminosidad del salón me encantaba. Le daba una vida y una calidez que hacía mucho que no veía. Ni siquiera en mi pequeña casa, decorada por Sandra y Mario, ya que en ese momento a mí me importaba más bien poco.

Recuerdo que el sofá de Julián estaba colocado en otro sitio. Era lo único que había cambiado, más allá del parque y las cosas que Luis pudiera necesitar.

Y su olor. Éste era aún el mismo, ahora mezclado con el del bebé, pero su perfume seguía haciéndome recordar tiempos mejores.

—Siéntate, Daniela. Dame un momento, que acuesto al monstruito y hablamos.

Sacó al niño del parque para llevárselo a su habitación. Al pasar por mi lado quise acariciar al pequeño.

—¿Puedo? —pedí permiso.

—Claro.

Le acaricié la carita con cuidado de no tocarle la frente, que era donde tenía la herida. Sus grandes ojos se abrieron y comenzó a reír echándome los brazos para que lo cogiera. En un principio me asusté, pero no por mí, sino porque quizá Julián se enfadara y me lo retirara, pero no, la que se confundió fui yo. No sólo no lo retiró, sino que me lo entregó directamente y sin preguntar.

—Me parece que no quiere estar conmigo —dijo mientras yo lo cogía.

—Soy la novedad y quiere controlar el terreno —lo justifiqué riendo.

—*¡Aniella!* Papá, *Aniella...* —Me dio palmaditas en la cara.

Fue una extraña sensación ver que el pequeño Luis quería estar conmigo.

O, por lo menos, eso era lo que yo quería creer mientras lo tenía entre mis brazos.

—Sí, cariño. Lo es.

—¿Es qué? —pregunté.

—El enano este, que no para de hablar. Me ha salido charlatán. —Me lo quitó de los brazos—. Vamos a dormir ya.

—No, no... *Aniella* —se enfadó.

Sin darle más pábulo, lo llevó a su habitación para que durmiera la siesta. Cinco minutos más tarde oí cómo se cerraba la puerta del dormitorio y los pasos de Julián se acercaban despacio al salón. Al aparecer en él, en vez de sentarse, se aproximó a la mesa dejando allí el vigilabebés para después agarrar una de las sillas que estaban alrededor de ella y sentarse justo frente a mí. La verdad es que me removí un poco en el sofá, pues me sentía incómoda al ver que se colocaba en una posición totalmente diferente de la mía.

Estaba claro que quería dejar patente que lo que íbamos a hablar era totalmente profesional. Nunca antes, cuando estábamos juntos, se había separado de mí tanto si no era necesario.

—Bueno, tú dirás —disparé, visto lo visto.

—Oye, siento todo lo que te está pasando —comenzó a decir con cara de preocupación.

—Se agradece.

Lo miré frunciendo el ceño de manera expresiva. No entendía a qué venía esa frase. Lo miré directamente a los ojos para que siguiera hablando y me explicara más. Su rostro cambió, se secó las palmas en los pantalones vaqueros. Tenía la sensación de que había dicho más de lo que debía.

—Bueno, que, vamos... Que entre lo del negocio y la mano..., no sé, que...

—Julián, por favor. ¿Puedes dejarte de rodeos? Tú nunca has sido una persona de medias tintas. Por lo menos, no conmigo.

—Tienes razón, Daniela. —Se colocó bien en la silla—. He llamado esta mañana a Gabriel después de hablar contigo. Quería saber cómo estaba realmente la situación, y me lo ha contado todo.

Me revolví de nuevo en mi sitio. Si no hubiera sido por la puñetera escayola, me habría llevado las dos manos a la cara. Pero sólo pude hacerlo

con una, la otra se quedó en el cabestrillo, bien quietecita.

—¿Qué te ha contado exactamente? —pregunté.

—Todo. —Lo miré con cara de pocos amigos—. Bueno, me ha contado por qué nunca recibiste las comunicaciones, cómo fue el cierre y el suceso del supermercado.

Acabó su relato señalando el garfio que tenía por mano.

De inmediato, me levanté del sofá como un resorte, enfadada, haciendo que Julián hiciera lo mismo asustado por mi rápido movimiento. Comencé a caminar de un lado a otro del salón mientras él me miraba sin decir nada. Esperaba a que yo diera el primer paso, en este caso, que dijera la primera palabra, para poder entender qué me había sucedido. Pero lo único que yo podía hacer en ese momento era pronunciar por lo bajini los insultos más soeces en contra de mi amigo. ¿Quién era él para contarle nada? ¿Por qué no me había preguntado antes a mí? «¿Es que no comprende el concepto de la privacidad abogado-cliente? ¿Ese tío es gilipollas?...»

—¿Daniela?

—¡Calla! —Lo señalé con el dedo.

—¿Qué ocurre?

—He dicho que te calles. —Continué caminando de un lado a otro.

Julián seguía parado en medio del salón mirando cómo me movía de acá para allá mientras trataba de calmar mis instintos más básicos, siendo el principal, en ese momento, el de asesinar. ¿Quién era Gabriel para contar mi vida?

—Puedo ayudarte...

—¿Que puedes ayudarme? —Salté finalmente—. ¿Que ahora el magnánimo de Julián puede ayudarme?

—Deja que te cuente...

—No, deja que yo te cuente yo a ti. Deja que te cuente que me he pasado todo este tiempo tratando de olvidarte, intentando borrarte de mi vida para que ahora vengas a decirme que puedes ayudarme, ¡que quieres ayudarme! ¿Serás mi caballero andante? ¿Mi Superman? Pues he de decirte que yo he sido siempre más de Batman... —Tomé aire—. ¿A qué viene ahora todo esto si no me aguantabas? ¿Si ya no podías soportarlo más? ¿Sigues pensando que te

tocó la lotería conmigo?...

Estaba saliendo toda la rabia que tenía escondida dentro de esto que algunos llaman corazón irracional. Yo lo llamo dolor, necesidad de resistir las embestidas de la vida. Lo llamo estar enamorada hasta las trancas y no saber demostrarlo.

Julián quería hablar, pero no lo dejé. Seguía en pie mirándome.

—No, ahora no vas a hablar tú. Seré yo quien te explique todo lo que me pasó. Por qué no pude formar parte de tu vida al cien por cien como tú querías, que me implicara en todo lo que era tuyo. Pero no es que no me implicara, sino que quería estar LIMPIA para comenzar desde cero. —Lo señalé malamente con la mano en cabestrillo—. No era que no hablara, no era que no quisiera... Necesitaba cerrar mi etapa con mi exmarido, necesitaba salir adelante por mí misma sin que nadie me ayudara. Había pasado tanto tiempo a la sombra de alguien que me decía que sin él no podía hacer nada que tal vez me escondí demasiado para no explicar nada a nadie. Sólo quería hacer las cosas por mí misma, sólo quería no implicarme demasiado si las cosas no me salían como yo quería. Necesitaba solucionar mi vida anterior para comenzar la nueva. En ese momento, contigo.

Y extrañamente no lloré, no salió ni una lágrima por ninguno de mis ojos. Notaba el rostro congestionado de rabia, de enfado, pero me sentía tranquila por dentro. Sentí, en el momento en el que silencié mi soliloquio, que había soltado toda la mierda que llevaba dentro, que finalmente había dejado salir todo aquello que estaba anquilosado dentro de mi alma. Había gritado la pena a los cuatro vientos y eso me dejó mejor que haber cagado después de una comilona. Sí, muy gráfico, pero bien entendible.

—Lo siento —fue lo único que dijo mientras se sentaba ahora en el sofá.

—A veces, Julián, es cuestión de saber escarbar en las personas. Y sé que yo no he sido una fácil. Más bien lo contrario. Pero, joder, estábamos bien. Nos divertíamos juntos. Podríamos haber sido... —Me callé.

—No sé qué decir, Daniela. Te lo digo en serio. —Se llevó la mano a la nuca, acariciándosela.

—De verdad, Julián, ya no digas nada. Sólo quiero saber qué ha pasado...

Agachó la cabeza y se frotó la cara.

—¿Con nosotros?

—Lo nuestro es evidente. —Me senté en la silla.

—Bueno, ya... —Suspiró—. Supe del cierre el *food truck* dos días después de que sucediera. Y, no sé, quise enterarme un poco más de lo ocurrido. Cuando me comentaron las circunstancias me pareció todo muy raro, así que, al imaginar que Gabriel te ayudaría, pedí un par de favores a un par de amigos.

—¿Favores? Lo que me faltaba...

—No, nada raro. Esto funciona así: tú me das algunas cosas y yo soy rigurosísimo con lo que Sanidad te pide. Y como conozco a mucha gente...

—Julián, tranquilo. Ya sé quién eres, a qué te dedicas y lo que tienes... He tenido mucho tiempo libre desde que no estamos juntos. —«Ésta va directa a la yugular.»

—Ah... —Puso cara de circunstancias—. Pues nada, Daniela, sólo pedí que miraran bien tu documentación y las alegaciones de tu abogado, pues estaba seguro de que todo había sido una equivocación.

—Anda, qué bien —solté todo lo sarcástica que pude—. Así que si ahora le dan todos los permisos a mi *food truck* es por ti.

—Mi intención no era hacerte sentir así. Sólo quería que aquello por lo que habías luchado tanto no se hundiera. No te lo mereces.

Cuando los nervios me habían atenazado antes al llegar frente a su puerta por el hecho de volver a verlo no pensé que finalmente acabaría tan enfadada. Y en realidad no sabía si era enfado, decepción con todo lo que nos había sucedido a ambos o los mismos nervios que llevaba escondiendo durante tanto tiempo.

—Hay tantas cosas que no merecía...

«Eso va por ti, Julián, directamente por ti.»

—Ahora no sé si he hecho bien... —Alargó la mano para apoyarla en mi rodilla.

Volver a sentir el calor de su cuerpo, aunque fuera separado por la tela de la ropa, hizo que diera un respingo. Él lo tomó como si lo rechazara y apartó la mano inmediatamente. Lo que él no sabía era que había echado demasiado de menos que me tocara.

—Julián, me voy a ir. —Me levanté de la silla.

—¿No quieres quedarte a comer? Puedo hacer cualquier cosa rápida. Podríamos hablar...

—Ya lo hemos hablado todo. Sólo me queda darte las gracias por tu ayuda.

Recogí la cazadora y el bolso y me marché hacia la puerta sin esperar a que me acompañara. Tenía un largo camino hasta mi casa, lo suficiente para que mi mente se despejara un poco o decidiera qué clase de tortura sería la indicada para matar a Gabriel por ser un bocachancla. ¿Por qué había tenido que contarle lo de Carol? ¿Por qué dejarme como una loca desquiciada? ¿Qué necesidad tenía de mostrarle mis debilidades, mis peores sentimientos?

Al poner la mano en la manija sentí en mi hombro la suya.

—Deja, por lo menos, que te ayude a colgarte el bolso.

—Gracias, pero...

—Pero nada, sé que es difícil hacer las cosas por uno mismo. Y la cabezonería no siempre es buena.

Ya estaba el Julián de las frases lapidarias.

—Estoy sola, Julián, no cuento con nadie, así que he de hacerlo sola.

—Eso es lo que tú crees, que estás sola, pero tienes un montón de gente que te quiere.

—Pero el que quiero que me quiera ya no lo hace. —Lo miré directamente a los ojos cuando sus manos estaban alrededor de mi cuerpo ayudándome a colgarme el bolso.

—Sigo pensando que contigo me tocó la lotería...

—Algún día conseguiremos ser amigos —le dije agachando la mirada y escapando de su abrazo forzado por el bolso marchándome.

Mientras bajaba en el ascensor, recordé su frase y lo único que pensé fue lo que siempre respondía:

—Olvídate de la lotería y deja que te toque yo...

Suspiré emocionada y con ganas de llorar. Pero no, tampoco esa vez lo hice.



## Capítulo 27

—¿Puede explicarme alguien cómo esa perra va a ser famosa y yo no? —se lamentaba Deborah Mela en el centro del escenario refiriéndose a Mario.

—Pues porque, cariño —Elva salió en su defensa—, ella se ha presentado al concurso y tú no.

—Lo tuyo es la lógica pura, ¿verdad? —replicó Deborah.

De repente, un foco se encendió iluminando directamente el rostro de la *drag*.

El escenario estaba engalanado de manera que cualquier espectáculo pudiera realizarse en cualquier ocasión. Si bien era uno de los locales más divertidos de la noche madrileña, no era uno de los conocidos por su gran decoración. Un telón de flecos metálicos con los «originales» colores del arcoíris, un escenario con una pasarela a cuyos lados se colocaban las mesas y las sillas, que en esos momentos estaban del revés sobre las primeras después de la limpieza de cada mañana. Y, a la derecha, una larguísima barra de bar en la que se servían todo tipo de bebidas imaginables.

El foco volvió a apagarse de igual manera que se había encendido.

—¡Marichocho, ilumínate tú el chichi! —gritó Deborah al técnico—. Me acabas de quitar tres capas de retina en el ojo.

Roncha Velasco, a medio vestir, con el casquillo de la peluca colocado, el maquillaje a medias, con la cara blanca y la raya del ojo recién pintada, y el vestido de lentejuelas ya puesto, apareció por la izquierda del escenario escandalizada.

—Pero ¿se puede saber a qué vienen estos gritos y tan pronto? —se quejó.

—Hija, pero ¿cómo es posible que salgas así? —preguntó Deborah, que ya iba perfectamente maquillada, vestida y preparada para comenzar la actuación en cualquier momento.

—Nena, que tú seas doña perfecta no quiere decir que los demás tengamos que serlo también. Somos humanos, no extraterrestres como tú.

—¡Te ha llamado gorda! —soltó Elva Gina.

—A ti sí que te voy a dar con la gorda, con la que tengo entre las piernas —respondió Deborah Mela.

—No seas tan basta, hija, que con lo pija que eres tú...

—Pero que la loca esta —añadió señalando a Elva— me ha dicho que me llamas gorda.

—Pues claro, ¿no ves que te ha llamado E. T.? Y E. T. era bajito y barrigón.

Deborah hizo un amago de bajar por la escalera y liarse a mamporros con su compañera, que estaba perfectamente maquillada y con la peluca puesta pero aún sin vestir, sentada a una de las mesas frente al escenario mientras veía cómo ensayaba.

—Parad ya, que sois muy cansinas.

—Y una envidiosa de María Humpajote —añadió Elva.

—¿Qué te pasa a ti ahora? —Roncha señaló con la cabeza a Deborah, alentándola a que hablara, pero fue Elva, de nuevo, quien se adelantó.

—Pues que dice que por qué tenía que ser María y no ella la que va a hacerse famosa. Pero, claro, ella no se da cuenta de que lo quiere todo: fama y dinero.

Deborah se colocó en el centro del escenario y, haciendo la cabriola que el vestido ajustado que llevaba le permitía, adoptó una postura teatral para decir:

—¿No se supone que la vida va de eso?

Elva, finalmente, subió al escenario para unirse a las otras dos mientras aplaudía el movimiento dramático de su compañera.

—Qué *drama queen* estás hecha, querida —rio Roncha Velasco.

—Eres rica, *amore*, ¿qué más necesitas? —le echó en cara cariñosamente Elva.

—Sabéis que soy envidiosa por naturaleza y siempre quiero lo de los demás.

—Pues quiérenos un poquito más a las demás —soltó Elva.

—Tiene razón, por primera vez le doy la razón a esta descerebrada —convino Roncha.

—Venid a mis pechos, amigas.

Las tres se fundieron en un abrazo un poco *tróspido* por las circunstancias.

—Deberíamos hacerle una fiesta de despedida.

—Deberíamos...

La magia del momento quedó disipada justo cuando unos pasos fuertes comenzaron a resonar en el local. Las tres *drags* se dieron la vuelta para mirar quién osaba interrumpir aquel mágico instante, pero al ver las chorreras de la camisa supieron inmediatamente que era Antonio el que había entrado a fastidiar.

—¿Qué coño estáis haciendo? —gritó desde lejos.

—Lo tuyo es la dulzura y el amor... —replicó Deborah.

—Vamos, en marcha, que dentro de un par de horas comenzamos.

—Hijo, parece que no has follado en mucho tiempo —le recriminó Elva.

—¡A trabajar ya!

Se dio la vuelta metiéndose por una de las puertas que llevaban al almacén, donde tenía su pequeño despacho.

—Me temo que ya no está con Sandra —comentó Roncha a media voz.

—¡¿Qué dices?! —gritaron las otras dos.

—Pues me da mucha lástima. —Elva puso voz de madre compungida—. Yo estaba allí cuando todo comenzó.

—¡Cojona! Tú y todas —soltó Deborah.

—Ya, lo sé. —Hizo un amago de puchero—. Pero yo mucho más. Oí sus primeros suspiros de amor entre las sábanas...

—Bueno, hija, quien dice suspiros dice gritos desbocados por los meneos que se estaban zumbando el uno a la otra y la otra al uno —sentenció Deborah.

—Pero esto se veía venir —aseguró Roncha—, no pegaban ni con cola. Esa niña es preciosa comparada con el hortera de Antonio.

—Bueno, tampoco seamos tan perras. Antonio lo único que tiene es un

problema con la moda y su concepto del tiempo. Los ochenta ya pasaron y él cree que aún seguimos allí —Deborah, extrañamente, lo defendió.

—Bueno, y ¿cómo te has enterado? —le preguntaron a Roncha.

—Oí una conversación y creo que fue ella la que lo dejó.

—Mario va a tener que contarnos muchas cosas antes de irse.

\* \* \*

No había abierto siquiera la puerta de casa cuando recibí una llamada. En ese instante no podía coger el teléfono. Imaginad: bolso, llaves, cazadora, cabestrillo... «Soy el capitán Garfio y estoy intentando entrar en el País de Nunca Jamás para asaltar a Peter Pan... ¡Eo! ¿Daniela? ¿Estás ahí? Aún no me he vuelto loca, bueno, no del todo, pero estoy intentando volver a aterrizar en el planeta Tierra.»

—*Aquí Minglanilla... [Ruido blanco.] Todo preparado para el aterrizaje. [Más ruido blanco.]*

—*¡Bip! [Pitido del cambio y corto de la radio.]*

—*Daniela a base en Minglanilla, todo en orden en la nave. Bip. Esperando órdenes.*

*[De nuevo el «bip» y el ruido blanco esperando respuesta de la base de la SANA.]*

—*Preparamos espacio de llegada en cuatro, tres...*

Y el teléfono, que no paraba de sonar, me devolvió a la Tierra, otra vez, a base de insistentes timbrazos que se metían en mi cerebro. Nota mental: «Cambiar el sonido de mi móvil por otro menos agujereante tipo Philip Glass». ¿Qué pasa? Una tiene su culturilla musical y no siempre va a estar escuchando lo que ponen en la radio... Hombre, ya, hombre...

Al final, casi como si asaltara un castillo medieval —aquí no diré nada, no sea que la cosa dé ya para escribir un artículo en *Historia y Vida*—, pude entrar en mi casa, aunque el jodido teléfono siguiera insistiendo en que lo descolgara. Así que, sin medias tintas, en cuanto entré por la puerta agarré el

bolso y vacié todo su contenido; sería mucho más fácil encontrar cualquier cosa en la mesa del salón. Allí estaba él, el de brillante pantalla y cimbreante movimiento, sonando como una charanga de pueblo. En la pantalla, la cara de mi madre aparecía cual fantasma de curva nocturna y lluviosa. O, lo que es lo mismo, sus llamadas siempre eran horripilantes.

—Hola, mamá —la saludé después de descolgar.

—Hija, tienes que venir a casa, esto es una hecatombe... —Oí de fondo los lamentos y los llantos de mi padre.

—¿Ése es papá? —pregunté lo obvio.

—Sí, lo ha dejado la novia y está insoportable.

—Vale, y a mí me ha dejado Julián hace un mes y nadie se ha preocupado por mí —le eché en cara.

—Hija, no seas rencorosa. Eso no es importante.

—¿Cómo que la salud mental y anímica de tu hija no es importante?

—No, porque no estamos hablando de eso. Hablamos de que el gilipollas de tu padre avaló el local con la casa y ahora la novia se lo ha quitado todo...

—¿Perdona?

Noté un rugido en el estómago y no sabía si era porque no había comido nada desde la mañana (cuando había salido de casa de Julián había ido directamente allí), o que mi cuerpo reaccionaba de manera involuntaria ante la llamada de mi madre.

—Lo que has oído. Que el gilipollas de tu padre pidió un crédito al banco y puso la casa como aval. Y ahora me entero de que el muy... —respiró tres veces—, de que tu padre lo puso todo a su nombre por amor. Es que juro que lo mato... ¡Ni zen, ni meditación, ni hostias! ¡Lo mato! ¡La casa de mi madre! ¡Lo mato!

—Mamá, voy para allá.

Y, tal como había entrado por la puerta, salí sin pensarlo mucho.

Dicen que las desgracias no vienen nunca solas, pero eso ya pasaba de castaño oscuro. Mi padre tenía el mismo gen de la gilipollez que yo, aunque, gracias al cielo, el mío estaba mezclado con los de mi madre... Tampoco sé si eso era bueno del todo, pero por lo menos sólo tenía el cincuenta por ciento de la tontunez endémica de él. Sabía que me iba a costar una pasta, pero paré un

taxi. Estaba demasiado cansada y dolorida, me había dejado la medicación en casa, para ir a ver a mis padres en transporte público.

Mi primer instinto fue llamar a Gabriel, pero no quería asustarlo hasta que tuviéramos claro qué era lo que pasaba. Bueno, lo que sucedía estaba más que claro, que, de nuevo, el *tontolapolla* de mi padre la había cagado por pensar con la de abajo y no con la de arriba. «Mamá, ¿por qué no te divorciaste de él?...»

Media hora más tarde y veinte euros menos, me plantaba en su casa hecha un basilisco. Podía asegurar que, como el bicho mitológico, mi mirada en ese momento era capaz de matar. Llevaba rumiando durante el trayecto qué decir, qué hacer... «Pero ¡cómo voy a decir nada si lo único que sé es que mi padre es idiota?!» Que nos cogiera confesado todo el calendario astrológico del año, porque lo que Nerón hizo con Roma se iba a quedar en una mera anécdota en la historia. Mi madre no sabía lo que había hecho al llamarme. Llevaba yo un tiempito bueno como para hacer ahora de mediadora con esos dos...

—Hola, cariño. —Mi madre me abrió la puerta y, dándome un beso, me hizo pasar.

—¿Dónde está? —pregunté sin más preámbulos.

Me acompañó por el largo pasillo que nacía en la puerta hasta una pequeña habitación; la que un día había sido la mía se había convertido ahora en el despacho de los horrores. Algo sabía, no en vano era mi casa, pero lo cierto es que anteriormente mis visitas (últimamente iba demasiado) no eran ni muy seguidas ni por mucho tiempo. Aquel sitio estaba lleno de papeles por todas partes. Una pequeña mesa era lo que te encontrabas nada más entrar, con su ordenador y su correspondiente silla. A los lados, una estantería llena de libros que hablaban sobre liderazgo, cómo hacer dinero, cómo tener éxito en los negocios y todas esas mierdas para creyentes del *coaching* de pacotilla. A la izquierda, un póster tamaño gigante de Donald Trump. ¡El puto Donald Trump en mi casa! Sí, en ese momento quería morirme, ahora sólo faltaría que mi padre tuviera un calendario con la foto de Vladimir Putin detrás de la puerta y me lanzaba al abismo de las locuras a tres.

—¿Y papá?

Mi madre, solícita y cabreada igual que yo, señaló debajo de la mesa y se

largó de allí sin decir nada más, aunque el portazo que dio al irse creo que dijo mucho más que cualquiera de las palabras que pudiera pronunciar. Estaba tan quemada que ni cuenta se dio de que llevaba la mano en cabestrillo.

Me senté en el suelo acercándome a la posición en la que él, mi padre, del que aún no he dicho su nombre (Antón), estaba. Y allí, hecho una bolita en el suelo, se lamía las heridas no sé si por otro amor fallido o por el negocio y la posible pérdida de la casa.

—¿Papá? —lo llamé.

Lo intenté un par de veces más, pero parecía ignorarme a propósito, así que no se me ocurrió otra cosa mejor que hacer más que darle un cogotazo con la escayola.

—¡Ay! —gimió—. ¿Tú también quieres matarme?

—El que va a matarnos a nosotras eres tú. ¿Es que no escarmientas, papá?

—Soy un inútil, ¿verdad?

—No vas a encontrar compasión en mí, lo siento. —No estaba yo como para curar las heridas de nadie.

—¿Entonces?

—Entonces deberías comenzar por el principio y decirme qué coño ha pasado para llegar a esto, papá...

Resumiendo mucho, y según su versión, Svetlana lo había estado engañando todo ese tiempo para que él le pusiera un negocio con el que finalmente podrían irse a vivir juntos. Él se lo había dado todo: avales, dinero, ayuda, y cuando todo estaba encarrilado, ella le había dicho que no quería volver a verlo. Vamos, la típica historia de la tía buena que engaña al sesentón para sacarle hasta los higadillos. No es que me confortara mucho su explicación, pero era una y bastante creíble, de esas que salen en los programas de sucesos en la televisión. Sin embargo, el problema no era ése, sino saber si la rusa de turno pagaría religiosamente o no el aval para no dejar en la calle a mi madre.

«Qué dolor de cabeza, ¡por Dios!»

—Mamá, ¿tienes algo para el dolor? —pregunté saliendo de la habitación.

—Sí, una infusi...

—¡No, cojones! —Salió la bestia que intentaba reprimir en el momento

menos adecuado—. ¡Drogas! ¡Quiero una puñetera droga!

Le enseñé el cabestrillo, levantándolo a la vista.

—¡Ay, hija! ¿Qué te ha pasado? Por Dios, siéntate.

La vi irse para regresar al rato con una caja llena de medicinas tradicionales, pero no chinas, sino de las de farmacia: Nolotil, paracetamol, ibuprofeno, ¡Lexatin!...

—María Remedios —ése era el nombre de mi madre, muy propio, ¿no?—, ¿qué es eso?!

—Pero ¿de verdad creías que tu madre era una flipada de la vida?... — replicó sin mirarme mientras rebuscaba en la caja de las drogas legales algo que pudiera servirme para calmar el dolor de mano, que ya subía a niveles inaguantables.

—Mamá, no me hagas contestar o vas a salir malparada.

—Hija, busco la tranquilidad a través de la meditación, pero viviendo con tu padre muchas veces he tenido que encontrarla mediante la medicación. — Levantó la mirada y sonrió con una pastilla en la mano.

—No te entiendo, juro que no te entiendo.

—¿Adónde va a ir el desgraciado de tu padre sin mí? —Se levantó de la silla en la que estaba sentada y dejó la caja en la mesita del salón.

—Pues a la puñetera calle. ¡Vas a perder la casa!

—La casa es lo de menos, hija, se vende, que vale una pasta, pagamos el crédito y punto. Pero...

—Pero ¿qué? Cuando me has llamado parecía que se acabara el mundo. Te preocupaba perder la casa...

—Daniela, en realidad, me da igual. Lo que quiero es que tu padre se dé cuenta de que sus actos tienen consecuencias y, aunque no me voy a divorciar de él, finalmente lo voy a echar de casa.

—A mi casa que no venga... —le advertí.

—No. Dejaré que encuentre un trabajo normal y que se vaya a vivir al Congo si quiere. Pero que se vaya —lo dijo de la manera más serena posible—. Y ¿a ti qué te ha pasado?

Y se lo conté. Desde aquel tipo de Sanidad llamando al *food truck* con su puñetera carta hasta la conversación de esa misma mañana con Julián. Lo



admito, estar con mi madre me desarmaba. Las dos en el sofá hablando; yo hecha un ovillo en su regazo y ella acariciando mi melena. Dos tontas que se quieren y se repelen a la vez, bueno, yo soy la que más la repele, porque si por ella fuera estaría todo el día en su casa.

—Cariño, ese chico te quiere y no sabe cómo decírtelo.

—Me echó de su vida. —Una lágrima cayó lentamente por la comisura de mi ojo, recorriendo parte del rostro y perdiéndose en la pierna de mi madre, donde yo apoyaba la cabeza.

—Te encontró en un momento que no era bueno para ti, no estabas preparada para asumir la responsabilidad de ser la pareja de nadie.

—Ni tampoco madre...

—Eso es una excusa.

«Qué lista es la *jodía* de mi madre... Claro, por algo es madre. ¿Me pasará algún día a mí?»

—Pero, mamá...

—No, Daniela. Una vez estuviste dispuesta a todo por ser madre y ahora me dices que por eso mismo también tienes miedo. El mundo es miedo, miedo a vivir. Hay que disfrutar de lo que venga, decir que sí, luchar por lo que uno quiere.

—Tengo miedo.

—Ése es el principio del fin del miedo, admitirlo. —Me besó la cabeza.

—¿Y el piso? ¿Y tu piso?

—Tranquila, está todo arreglado.

—Tengo hambre.

—Vamos a comer.

Y salimos las dos de la casa dejando atrás a mi padre.

## Capítulo 28

Después de aquella larga tarde con mi madre, que se convirtió en noche de confesiones, había pasado una semana y aún no tenía noticias de nadie. Bueno, sí, del médico que me estaba viendo, que decía que la recuperación del huesecillo estaba yendo a las mil maravillas. No esperaba menos, pues llevaba desde aquel día en el que pasó de todo sin moverme de casa. Me sentía como cuando un superhéroe se esconde en su guarida hasta que vuelve a recobrar sus superpoderes y sale de nuevo a salvar el mundo. Pero, vamos, con salvar el mío me valía y me sobraba.

A lo que iba, mi madre, que es más lista que los ratones *coloraos*, me confesó de lo que había estado viviendo realmente todo ese tiempo. Siempre había pensado que, aunque más mal que bien, el dinero de mi padre, de lo que sacaba de sus raros inventos o negocios fallidos, les había dado para tirar, pero no. En realidad, durante todo ese tiempo mi madre se había hecho maestra de meditación y la tía estaba dando clases de *mindfulness* a ejecutivos y hípsters de toda calaña cobrándoles una pasta. Lo dicho, una lista. Y lo mejor de todo es que le iba de lujo y siempre tenía seminarios de fines de semana y clases por la mañana. Ya veis, y la tonta de su hija sin enterarse de nada. Si Julián ya me lo había dicho, que sólo pensaba en mí. Bueno, pensaba, ya no. O eso quiero creer. *I want to believe*, como decían en «Expediente X»... «Mulder, a ése sí que le daba yo un buen meneo... Joder, ya estoy otra vez...» Lo dicho, que mi madre es tan lista que fue a hablar con la exnovia de mi padre y ésta le contó toda la verdad, que el pichabrava de mi padre le había puesto los cuernos y que lo había echado del negocio por eso. Pero que en

ningún momento ella iba a dejar de pagar en el banco. Le hizo firmar una serie de papeles, ayudada por su abogado, para que eso no pasara. Y ella, la rusa, los firmó encantada, pues el negocio le estaba funcionando de lujo. Y no me extraña, ya que el sitio era exquisito. Esa mujer sabía hacer negocios.

Y nada, entre chupito de orujo de hierbas mi madre y chupitos de licor de manzana sin alcohol yo, por la medicación que había tomado, las confesiones fueron pasando y el tiempo también.

No me había sentido tan bien desde hacía mucho. Ni tan en paz conmigo misma como esa vez.

«Cómo se nota que trabaja haciendo que encontremos nuestro yo interior...»

\* \* \*

Pasaron los días y allí estaba yo, en casa, sin hacer mucho más que vegetar y tomar conciencia del hoy y del ahora. Mi padre, por su parte, ya estaba currando en un sitio que mi madre le buscó y vivía en un apartamento la mar de mono. Se veían más ahora que cuando vivían juntos... y no pensaba preguntar más. Ya eran mayores.

«Puñetero teléfono...» El sonido volvió a metérseme en el cerebro. ¿Por qué no le había cambiado el tono?

—Hola, Sandra.

—Hola. ¿Puedo ir a verte a tu casa?

—Claro, ¿pasa algo?

—No..., bueno, sí. Pero quiero contártelo en persona.

—Vale, estoy en casa, no te preocupes.

Colgó sin ni siquiera decir adiós. Algo muy propio de ella si le corría prisa, como debía de ser el caso.

Me dispuse a esperar a Sandra, que tal vez viniera después del reparto a domicilio del supermercado (es lo que tiene estar con hueso de la mano roto, que ni la compra puede hacer una).

Quince minutos más tarde, Sandra llegó a casa (se adelantó al del súper).

—Pasa —la invité.

—¿Tienes algo de beber? —preguntó dejando el bolso en la mesa.

—Mira en la nevera, algo debe de quedar. Estoy esperando al del súper.

—Cerveza, me va bien. ¿Quieres una?

—Venga, tráela. Y creo que hay algo para picar en el armario de arriba — le dije.

—¿El azul?

—Sí.

No tardó más de cinco minutos, pero cómo se notaba la mano de los que trabajamos en hostelería, y la suya mucho más, pues en ese tiempo había colocado unas tostaditas con paté y pepinillos y unas aceitunas al lado.

—Chica, ¿no descansas nunca? —le planteé riendo al ver los platos.

Encogió los hombros sin darle importancia.

—Deformación profesional —me guiñó el ojo—, me temo.

Alargué la mano buena para coger la lata de cerveza, abrirla como podía con la otra y darle un trago. A la mierda los vasos. Sandra sí vertió el contenido de la lata en el suyo para darle inmediatamente un buen trago.

—Daniela... —Tomó aire—. Es que no sé cómo decírtelo.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —Me asustó.

—Sí, no es eso. Me marchó.

—¿Cómo que te marchas? —No me atraganté con la cerveza porque acababa de dar el sorbo, pero, si no, se me habría quedado en la garganta.

—Necesito dar un cambio en mi vida, Daniela. Sé que confiabas en mí — me cogió de la mano que no tenía yeso—, pero no puedo seguir esperando a que lo del *food truck* se solucione.

Sentí que con cada una de las palabras que salían de sus labios la losa que pendía sobre mi cabeza iba acercándose cada vez más. Tan sólo con erguirme un poquito podía tocarla, la notaba muy cerca.

—Te entiendo —dije haciendo de tripas corazón.

—No es que quiera dejarte colgada, pero tengo que irme ya —se justificó y dio un gran trago a su bebida para después alargar la mano y comer un panecillo.

—A ver, si es que, aunque me duela, lo entiendo. —Era la verdad—. Tenía la esperanza de que el tema del *food truck* se solucionara antes.

—Yo también, pero, de todas formas, han pasado cosas que me hacen pensar que es mejor marcharme un tiempo, y claro...

Sentadas en el sofá de mi salón, Sandra me confesó la ruptura con Antonio. Dijo que la decisión la tomó mucho antes de querer marcharse, pero que ese hecho la animó. Dejarlo, dijo, no fue algo fácil, pues sentía que él se deshacía en halagos y parabienes con ella. Pero que después de la explosión inicial de su relación, se había dado cuenta de que aún sentía un vacío que no podía llenar. Tenía la impresión de que él no era el hombre que estaba buscando. Así que lo dejó y, días después de aquello, recibió una llamada desde Ibiza, desde un nuevo restaurante que abría justo en primera línea de playa, en el que necesitaban un chef. La llamada no venía de la nada: un antiguo compañero de estudios era chef de un restaurante de renombre en la isla y, cuando le preguntaron, no lo dudó y recomendó a Sandra.

Y ¿qué podía hacer yo cuando le habían puesto el trabajo de sus sueños en la cara? Nada, sólo seguir bebiendo con ella, emborracharnos para agradecer a la vida la buena suerte que había tenido y que probablemente, según ella, comenzaría a tener yo en breve.

Por desgracia, yo sólo pensaba que de nuevo volvía a estar sola con mi *food truck*. Sandra en Ibiza, Mario en Estados Unidos y Gabi con su Mike a punto de venirse a vivir a España. ¿Suerte? Dinero era lo que necesitaba para poder escapar y no volver más. ¡Un billete de lotería, cojones! ¡Ya!

\* \* \*

Me levanté con un ligero dolor de cabeza. Y, sí, tenía que ver con las cervezas que había tomado la noche anterior. Por mucha comida que le echara al buche, el alcohol era alcohol, y mis ganas de no seguir pensando en Julián —ya lo había llorado lo suficiente con Sandra— hicieron que la mano girara demasiado en dirección a mi boca. Finalmente conseguí mi cometido, ayudada también por la medicación, y me quedé profundamente dormida en cuanto mi amiga se despidió con un abrazo y me dijo que me llamaría pronto. Yo tenía que enviar la documentación a la asesoría para que la dieran de baja como asalariada..., pero ese día no tenía ganas. Pensé que mejor me pasaba la

mañana en la cama, vagueando, como desde hacía ya varias semanas llevaba haciendo. Pero ¿qué podía hacer? Estaba atada de pies y manos (en realidad, de mano) para poder hacer cualquier otra cosa. «¿Emprender? Ya lo hice, y ahora estoy esperando a que la burocracia decida qué hacer con mi vida. ¿Estudiar? Paso, ya lo hice en su momento y otro máster lo único que va a hacer es rellenar más pared. Además, no tengo suficiente dinero... ¿Buscarme un curro? ¿Deporte? ¿Comer? ¿Follar? ¿Llorar?...»

Finalmente, la cama no era una opción, así que, después de tomarme un café y un paracetamol para el dolor de cabeza, me puse en marcha. No sé para qué, pero al mirar por la ventana vi que el tiempo era perfecto para pasear. Dar una vuelta. No estar todo el jodido día encerrada.

«Sandra, ¿qué voy a hacer sin ti?!

»Lo intento, pero no puedo, la positividad ha desaparecido de mi vida. He ganado fortaleza, sí, pero ¿qué quieres? Ahora sólo me falta que me digan que han conseguido arreglar lo de mis papeles y que puedo comenzar a trabajar... Pues como no cocine con la punta del moño...»

Salí por la puerta para despejarme un rato y caminé...

Y lo hice tanto que hasta que sentí un ligero pinchazo en un costado del pie no me di cuenta de que acababa de hacerme una rozadura. Sí, hacía mucho calor a mediodía y por eso había salido con sandalias, pese a que no era un calzado cómodo para andar mucho. Así que me senté en un banco para mirar el alcance del destrozo y vi que no había sido para tanto, pues era más la picazón que sentía que la herida en sí. No obstante, decidí quedarme un rato sentada en ese parque, en un banco situado entre el sol y la sombra que un árbol ofrecía sobre él. Sentada escuchando a los pájaros a través del sonido de la ciudad...

—¿Puedo sentarme aquí?

Las cosas más imposibles parecían hacerse realidad.

—Hola, Julián, ¿qué haces aquí? —Aunque debería haberme sorprendido, no sé por qué, pero no lo hice—. Voy a pensar que me sigues.

—Podría contarte una mentira, pero sí, hoy te he seguido. Y no veas lo que me ha costado. —Se sentó a mi lado.

—¿Perdona? —Ahora me había recorrido un escalofrío.

—Tranquila, había ido a tu casa y...

—Mira, creo que es peor, puesto que yo no te he dado mi dirección... —  
Suspiré al caer en la cuenta—. Gabriel, ¿no?

—Sí. —Agachó un poco la cabeza—. Pero deja que me explique.

—Adelante —moví la mano buena, dándole paso.

—Quería pedirte disculpas por lo del otro día y por eso he ido a tu casa.  
Al aparcar el coche he visto que salías y te he seguido.

—La explicación es más escalofriante aún. Podrías haberme parado,  
pero... ¿me persigues?

—Creo que no lo estoy mejorando, ¿verdad?

Su mano pasó con suavidad por su cabello mientras cavilaba cuál sería su próxima frase, su siguiente pensamiento en alto para que lo que dijera tuviera un mínimo de sentido. Se mordía el labio inferior; lo conocía un poco y eso quería decir que tenía miedo de cagarla o de no saber que decir.

Admito que yo no iba a ayudarlo en lo más mínimo.

Si las cartas de lo nuestro ya estaban sobre la mesa, al menos por mi parte, que él fuera quien manejase ese extraño encuentro.

—Daniela, te he seguido porque al principio tenía muy claro lo que quería decirte, pero al verte caminando de la manera en que te he visto, todas mis justificaciones se han caído como un castillo de naipes.

—Pues deja que ese castillo siga en el suelo, Julián.

—Necesito que volvamos a hablarnos, a vernos... —Suspiró mirándome directamente a los ojos.

«¡Vamos, Daniela! Está aquí, diciéndote que quiere volver a estar contigo...»

—¿Eso qué quiere decir, Julián? ¿Que vamos a olvidar lo que ha pasado?  
¿A obviar lo que nos hemos dicho?

«¿Qué haces? Pero ¿tú no querías estar con él?»

—No sé lo que quiero decir, Daniela. Sólo sé que no deseo que volvamos a estar incómodos cuando estemos juntos.

—¿Juntos? ¿De qué manera, Julián? ¿Cómo o dónde vamos a estar juntos?  
¿En una feria? ¿En un restaurante? ¿En la cama?... —Más claro imposible.

—No lo sé. Ni siquiera sé por qué me he sentado aquí contigo. Podría haberme marchado y nunca habrías sabido que había ido a verte.

—¿Por qué no lo has hecho? —Lancé el dardo sabiendo que la explicación podría ser mucho más dolorosa que el silencio.

Y ahí vino el balazo, un largo silencio sin respuesta de ningún tipo.

Me levanté de golpe.

—Me marchó, Julián. Cuando sepas exactamente qué es lo que quieres, mándame un mensaje. No me sigas más, no me vigiles. Déjame ir si no quieres estar, pero hazlo bien.

«Ole tú, Daniela... Y ¿no habría sido mejor pillarlo por banda y besarlo como si el mundo no existiera? ¿Tocarlo y abrazarlo hasta que todo se volviera un borrón? No, ahora te conviertes en una digna actriz de una mala telenovela y le sueltas que ahí estás tú. Sólo faltaría que de banda sonora a esta actuación estelar se oyera la canción de Marta Sánchez poniendo los puntos sobre las íes y diciéndole al ex de turno que fue él quien la dejó.»

Pero no, cogí y me largué sin mirar atrás. Aunque esta vez paré un taxi, que los pies me dolían un montón.

Dentro del coche estuve a punto de ponerme a llorar como una gilipollas por hacer lo contrario de lo que mi corazón me decía: echarme en sus brazos y no soltarlo en la vida. Sin embargo, ese puñetero ego recién aparecido en mi vida iba a darme mucho por saco. «¡Soy gilipollas!»

Sonó mi teléfono, un mensaje. Extrañamente, lo encontré a la primera. En la pantalla aparecía el nombre de Julián. Le había dicho que me enviara un mensaje, pero ¿estaba yo dispuesta a leer qué era lo que quería decirme?

No me dio tiempo siquiera a leerlo, pues en ese instante me entró una llamada de un larguísimo número que no reconocía.

—¿Dígame? —respondí extrañada.

Después de preguntar por mí, me dijeron que al cabo de una hora me esperaban en la oficina de Sanidad para darme toda la documentación correcta de mi negocio. Que el error cometido había sido subsanado antes de lo esperado.

«¿Error? Serán hijos de la gran Rusia... Error, dicen, y se quedan tan anchos sin pensar que han destrozado mi negocio. Me he quedado sin nadie por su culpa. Pero, como dijo Escarlata O'Hara cuando Rhett desapareció de su vida al final de *Lo que el viento se llevó...*, ¡ya lo pensaré mañana!»



Tomando un poco el control de mi enervada fantasía de nuevo, comencé a manipular el teléfono móvil y, antes de llamar a nadie, cambié las instrucciones que en un principio le había dado al taxista para que ahora me llevara a la nueva dirección. Después de tres infructuosos intentos, Gabriel me cogió la llamada. Cuando medio se lo conté, ya que estaba nerviosa perdida, no me dejó hablar y sólo me pidió la dirección. Nos veríamos en la puerta.

\* \* \*

—¡Vamos! Llegas tarde, Daniela. —Se apresuró a abrirme la puerta del vehículo.

—Joder, vengo desde las afueras y encima me estoy gastando una puta pasta en el taxi —salí ayudada por él—, así que ten un poquito de compasión.

—¡Calla! —Soltó un billete de cincuenta euros y esperó el cambio—. Esto ya te lo cobraré en la minuta.

—Serás...

Casi no dejó que terminara ni la palabra cuando me agarró de la mano buena para tirar de mí e introducirme en el edificio.

Nunca me han gustado los edificios oficiales, están todos cortados por el mismo patrón, con un tipo de arquitectura fría, sin alma, y la mayoría de ellos son más dignos de otra época más «monumental». La luz tenue y los espacios demasiado oscuros. Pero entre el olor a papel viejo que allí se respiraba y el de la lejía de lo recién fregado, casi se me olvidaba para qué Gabriel y yo estábamos subiendo por la escalera de aquel lugar, que me recordaba a la de una universidad.

—Creo que es esa puerta. —Gabriel señaló una anodina de color camel.

—Pues será —le di la razón sin más.

Llamó un par de veces y, al rato, salió una mujer impolutamente vestida, rubia como una jodida nórdica de las de anuncio y de gélida mirada azul. Creí, durante un segundo, que iba a hablarnos con un acento extranjero para mandarnos a otra puerta, que ésa sólo era para reservas en el restaurante Noma de Copenhague. Pero me equivoqué, como no podía ser de otra manera. Cuando comenzó a hablarnos, un ligero deje me hizo notar que podría ser

extremeña. Nos invitó a entrar en su despacho y nos pidió que nos sentáramos.

—Siento mucho todo lo sucedido —comenzó disculpándose—, mi nombre es Susana Cobos.

Y, así, con ese principio, paseó su largo, delgado y elegante cuerpo por el despacho, haciendo sonar sus tacones en el íterin, rodeándonos para sentarse en la silla que quedaba delante de nosotros tras su mesa. A continuación, rebuscó bajo una columna de carpetas de indescriptible color amarillento para sacar una de ellas, imaginé que la mía.

—Aquí está. —La abrió—. Usted debe de ser la dueña..., ¿Daniela? —Asintió mientras me miraba—. ¿Y usted es?

—Gabriel Fernández, su abogado.

—Un placer —le sonrió sinceramente—. Teniendo a su abogado aquí podremos terminarlo todo mucho más rápido.

—¿Voy a poder abrir mi negocio? —pregunté nerviosa, sin esperar.

—Bueno, tal como tiene la mano no sé si va a poder hacer mucho —respondió y sonrió de nuevo.

—Perdón —tomó la voz cantante Gabriel—, lo que queremos decir es si ya toda la documentación está en regla.

—En realidad, la documentación siempre ha estado en regla, de ahí mis disculpas. Se ha tratado más bien de un exceso de celo que pretendemos solucionar de inmediato. —Ahora me miró directamente—. Se codea usted con lo mejor del sector.

—Eh, bueno, no sé...

—Julián Sáenz y Conde no es un hombre que apueste por la nada.

Gabriel y yo nos miramos sabiendo que no sólo había hecho alguna llamada, sino que se había implicado en el caso totalmente.

En ese instante me sentí algo mareada al intentar poner sentido a todo el recorrido que él y yo habíamos tenido como pareja. ¿Sólo quería echarme una mano? ¿Era su manera de decir que lo sentía? ¿Lo hacía para demostrarme algo? ¿Quería echarme algo en cara? «¿Por qué lo haces, Julián? ¿Por qué?... Ojalá todo fuera mucho más sencillo que todo esto, una palabra, una mirada, un “lo siento” por ambas partes y un beso que sellara nuestro compromiso. Pero la realidad es diferente, las novelas de amor acaban con ellos diciéndose

que se amarán para siempre y nunca hablan de las discusiones por la compra, las facturas y la tapa del inodoro levantada o los pelos en la ducha...»

—Bueno, aquí tiene toda la documentación en regla —se la entregó a Gabriel—. Échele un ojo y mire si las nuevas direcciones están correctas, los datos de los proveedores y todo lo que desee.

—¿Quiere decir esto que ya puedo sacar mi negocio a la calle? —pregunté regresando a la Tierra, aún nerviosa.

—Quiere decir que tiene toda la documentación en regla desde este instante para hacer lo que le venga en gana —afirmó sonriente levantándose de la silla y tendiéndonos la mano para despedirse de nosotros.

Pero ¿cómo una mujer como ésa podía estar escondida en una oficina? Como poco debería ser ejecutiva de grandes empresas... No sé, quizá me confundiera, pero tenía un aura de grandiosidad que sentía que estaba siendo desperdiciada. Pero bueno, era tan dada a darle demasiadas vueltas a la cabeza y a veces volaba más de lo normal.

—Ha sido un placer. —Gabriel le dio la mano—. Veo que todo está correcto, si hay algún problema...

—No creo que lo haya, pero si lo hubiera —abrió un cajón, del que sacó una tarjeta—, pueden llamarme. Es mi teléfono directo.

—Gracias por todo —ahora me despedí yo.

—Gracias a ustedes por la paciencia y por haber confiado en los trámites legales.

—No me quedaba otra —me quejé.

—Ahora, no decepcione a Julián. —Me guiñó el ojo—. Si apuesta, va a por todas.

—¿Decepcionarlo? No creo —contesté casi con sarcasmo.

«No creo que pudiera decepcionarlo más de lo que él piensa que ya lo he hecho. Decepcionarlo como persona, como amiga y como amante. ¿Hay algo más decepcionante que eso? Pues para mí no. Pero ya lo dije, “el que quiera peces...” que se acuerde del refrán, que yo ya no tengo ganas de hacer más, a pesar de que lo amo. Aunque en este momento gana más el orgullo que el amor. Y ¿qué si soy gilipollas? Sí, y además de los de manual...»

—¡Ya lo tenemos! —gritó Gabriel en la calle.

—Sí, mañana mismo podría trabajar.

—No te veo nada contenta. —Levantó la mano para parar un taxi.

—Estoy contenta, pero ahora tengo que pensar en reactivar los eventos, si es que hay hueco, y comprobar si algunos de los que eran privados no han encontrado sustituto.

—Hay algo más...

Un taxi paró justo a nuestra altura. Gabriel miró el reloj en su muñeca izquierda. Marcaba la hora perfecta para ir a tomar algo antes de comer, así que me asió del brazo y me metió dentro.

—Vamos, nos tomamos algo y comemos. Creo que hay muchas cositas que tienes que contarme y que aún no has soltado por esa boquita de piñón que tienes.

—¡Ay, Gabriel! Cuánto te he echado de menos en mi vida...

Se metió detrás de mí en el vehículo y, al sentarse, después de indicarle la dirección al taxista, me dio un beso en los labios. Largo y lleno de cariño.

No, si al final sí que iba a echar de menos sus besos... Sus besos, sus abrazos, sus palabras nocturnas en el sofá viendo una película, sus caricias en la cabeza cuando la apoyaba en sus piernas... Echaba de menos vivir con él, pero ahora Gabriel tenía otras prioridades. Mike se vendría a vivir a España en menos que canta un gallo y su vida sería otra. Su prioridad sería él, no Daniela. Sólo esperaba tener un huequito en su vida y ser la madrina de su primer hijo. Porque yo quería que tuvieran mil hijos..., qué locura, ¿no?

Como siempre, después de pasar la tarde hablando con él y contándole toda mi odisea, acabé haciendo mi propia catarsis y llorando en sus brazos. ¿Qué iba a hacer ahora que estaba sola? Mario se marchaba a Estados Unidos y Sandra a Ibiza al cabo de dos días para hacerse cargo, ella sola, de la dirección de la cocina de una nueva oferta gastronómica en la isla. ¿Cómo me lo montaría?

—Tranquila, Daniela. ¿Recuerdas cómo lo hiciste cuando abriste por primera vez? —Asentí sorbiéndome los mocos y dando un trago al café de la sobremesa.

«Creo que en algún momento de mi torpe vida actual he olvidado la vergüenza, porque estoy en medio de un restaurante llorando (bueno, estaba) a

moco tendido y sonándome los mismos con la servilleta del local. Todo muy higiénico. Mientras, mi amigo trata de infundirme el valor que yo creía haber perdido... Pero ¿cómo no lo iba a perder? Mis dos pilares se marchan, mi novio..., fuimos novios, ¿no?, no hace más que actuar de manera un poco rarita, y mi mano..., ¿adónde cojones voy a ir yo con la mano pipa? Si parezco el capitán Garfio...»

—Gabriel, ¿puedes entender que en este momento me encuentre más perdida que las Champions del Atleti? —me quejé.

—Al Atleti ni nombrarlo —señaló casi cómicamente.

—Si quieres puedo decir «más perdida que el balón de Sergio Ramos», ¿mejor?

—Mucho mejor, hija. —A su Atlético de Madrid, ni tocarlo.

—Pues eso, que estoy perdida y necesito quejarme un poco. Necesito que me hagan mimitos, que estoy muy solita, Gabi. —Volví a hacer pucheros.

—Seguro que lo arreglaremos. Tú encárgate de poner día de apertura, de decirlo por las redes sociales, a los medios de comunicación, a Ana Rosa Quintana, «Sálvame» y «Sálvame Deluxe» —puso voz teatral—, si es necesario. Yo me encargaré de que no estés sola en tu estreno.

—¿Estarás tú? —pregunté.

—Si es necesario, estaré y me traigo a Mike antes de tiempo de Estados Unidos para que nos ayude.

Me entró la risa. Mi cara en ese instante era un poema. Mientras Gabriel pedía la cuenta y me adentraba en un templo *afterwork* —ya sabéis, de esos llenos de oficinistas deseando tomarse la primera después del curro— para terminar la tarde, mis ojos rojos delataban las lágrimas y mis risas, un principio de estado de locura.

## Capítulo 29

El tiempo pasaba bastante más rápido de lo que yo habría querido. Hacía ya un par de días que había recuperado la posibilidad de volver a trabajar y los nervios me comían por dentro.

No había tenido ni un segundo de tranquilidad. Mi móvil ardía por la de cientos de llamadas que había tenido que hacer a proveedores, a clientes, a periodistas y a toda una corte celestial para anunciar a los siete vientos que Daniela había regresado con su *food truck* y estaba esperando la confirmación de un evento gastronómico para poner fecha de reinauguración. Algunos, sobre todo los periodistas, querían saber qué había sucedido para que la actividad cesara. Los rumores de todo tipo habían corrido como la pólvora y, como yo no quería dar explicaciones, lo más sencillo fue contarles una medio verdad: que había habido un error con Sanidad y que tuvimos que solucionarlo, por ello preferimos dejar la actividad en *stand by* durante un tiempo para no tener más problemas. Al estar todo solucionado y con las disculpas de los técnicos por el error, podíamos volver a la carga.

Después de varios e-mails cerrando un par de pedidos, cogí mi bolso y me marché rumbo al parking, donde tenía la furgoneta. Debía comprobar que todo funcionara y echarle un limpiadillo «de aquella manera» por la imposibilidad de usar las dos manos. Por lo menos le haría un lavado de cara.

\* \* \*

—¡Yaya! —gritó Mario desde su habitación—. ¿Sabes dónde está la

maleta grande?

—Sí, hijo, la tengo yo llena de bañadores y bikinis —soltó ella desde el salón.

—¿Cómo? —Mario fue hacia allí.

—Que sí, que la tengo yo con ropa para irme a São Paulo. —Puso los ojos en blanco.

—Ains, Yaya —se lanzó a sus brazos—, que estoy muy nervioso y ya no sé dónde están la mitad de las cosas.

—Céntrate, hijo, que vas a irte unos meses, no toda la vida. —Lo abrazó.

—Pero me juego mucho. ¿Te imaginas que gano y soy una *superdrag*?

Se levantó de la posición en la que se encontraba abrazando a su abuela y comenzó a girar por el saloncito esquivando la mesa, las sillas y un mueble que habría hecho las delicias de los asiduos a las tiendas de los chinos lleno de pequeñas figuritas de cristal.

—¿Y si te imaginas que te golpeas y resulta que te quedas tonto?

—¡Jo, Yaya! No seas así conmigo. —Paró de golpe.

—No soy de ninguna manera, corazón, pero es mejor ir con los pies en la tierra y así no llevarte una decepción grandísima.

—Pero soy bueno en lo mío. —Se sentó en una silla frente a ella.

—Claro que lo eres, y hasta puede que ganes. Pero ¿y si no lo haces?

—Quiero ganar para que vivas una vida de reina. —Mario cogió las manos de su abuela.

—Si ya vivo con una reinona... —rió ella, levantándole las manos y llevándoselas a los labios para besarlas.

—Eres una bruja. —Mario le acarició la cara después de que ella lo besara.

—Por mí no te preocupes, estoy bien con Jerónimo, y me trae al pequeño de vez en cuando. Me entretengo. Y por el dinero tampoco, bien sabes que con lo que gané podríamos hacernos un chalet en la sierra —comentó la anciana, risueña.

—Te prometo que te lo haré.

—Anda, ve a por la maleta, que está debajo de mi cama. En el canapé.

Y Mario salió corriendo para meter los trajes que le habían hecho ser la

mejor de las *drags* en cada noche de espectáculo.

\* \* \*

Cuando abrí la furgoneta, un olor a cerrado me golpeó directamente en la pituitaria. Era una extraña mezcla de rancio, a pesar de que no había absolutamente nada de comida, y humedad. Seguro que tenía que ver con los aparatos eléctricos y las neveras. Pero eso en un rato lo dejaba yo más brillante que la calva de Kiko Matamoros. Un poco de agua, un cubo y las maravillas que la lejía podía hacer.

Me quité la chaqueta fina que llevaba y, junto con el bolso, lo dejé en el asiento del conductor. Ahora tenía que meterme en faena y lo mejor era estar ligerita de ropa. Suspiré al pensar en estar ligerita de ropa pero en otras circunstancias: necesitaba sexo, necesitaba sexo con Julián...

Aparté esa idea de mi mente en cuanto el olor a lejía asaltó mi nariz. Así que me remangué y comencé por las neveras.

Una hora más tarde, y creo que cinco kilos menos, había conseguido limpiar y secar todos los aparejos, los armarios, las neveras y los fogones de mi minicocina ambulante. Así que ya sólo quedaba encender los aparatos eléctricos para comprobar que funcionaran a la perfección y comenzar a cargar cosas inmediatamente.



## Capítulo 30

Y el gran día llegó.

Llevaba despierta desde las seis de la mañana y he de confesar que había dormido a trompicones. Había pasado la noche repasando una y otra vez la lista de cosas que debía meter en la furgoneta: la comida, los utensilios, los productos de limpieza...

Acabé levantándome antes de lo normal y, sí, necesitaba la ayuda de alguien para que me trajera la furgoneta a casa y comenzar a meterlo todo dentro. Faltaba una semana para poder hacer uso de mis dos manos como un ser humano completito: con sus deditos, sus muñequitas, sus codos y todo eso. Ahora sólo podía contar con una de ellas y necesitaba las dos.

Mario no podía venir, por razones obvias, pues estaba preparando toda la documentación para el viaje, el contrato, asegurándose de dejar a su abuela en la mejor de las manos (aunque eso estaba más que asegurado) y hacerse tres o cuatro pruebas de vestuario que debía recoger durante el fin de semana.

Sandra llevaba dos días en Ibiza. Había conseguido, milagrosamente, alojamiento en un pequeño apartamento. Me contó que todo era un maldito caos y que, como la gente en la cocina no se pusiera las pilas, lo más probable es que el día de la inauguración fuera el primero y el último de su carrera como chef. «Se infravalora... Es buena, muy buena, y artífice de algunas de las creaciones que vendemos en el *food truck*.»

Desayuné ligero, sólo un té. No quería tomar café, seguro que era una tontería, pero pensaba que probablemente me pusiera más nerviosa de lo que ya estaba. Bueno, seguro que no era una tontería, ya que sabía que algunos de

los «modernos» que tenían blogs e Instagram estarían allí para vigilar nuestros movimientos.

Suspiré dos, tres y diez veces antes de darle el primer sorbo a mi bebida caliente. Me reconfortó, a oscuras en el salón de mi casa, sentada en pequeño pero coqueto sofá que lo presidía. Miré a un lado y a otro tratando de despejar un poco la cabeza, pensando que podría darle un aire nuevo cambiando la decoración. Moviendo una silla hacia la izquierda, girando la mesa para dejar más espacio y poniendo algún adorno sobre la mesita de café, frente a la tele...

No sirvió de nada. Sólo pensaba en la hora a la que llegaría Gabriel para poder comenzar a meterlo todo en la furgoneta. Me levanté, me asecé, me puse la ropa para trabajar y, con una mano, poco a poco y apoyándome con el otro brazo, fui sacando cosas de las neveras que tenía en la terraza interior para ir dejándolas en la puerta para ayudar a Gabriel.

«Menos mal que sólo servimos comida, si también tuviéramos bebidas... Aunque, pensándolo bien, podría ser el siguiente paso. Podría llegar a un acuerdo con alguna cervecería artesanal que...»

El portero automático sonó despertándome de mi ensoñación empresarial matutina.

—Vamos, florecilla de bosque primaveral. —Gabriel entró todo sonrisas.

—¿Florecilla? ¿Qué te has tomado?

—Pues la verdad es que me he tomado un café y una bebida energética. — Pasó por mi lado dándome una palmada en el culo—. ¿Esto hay que bajarlo? Pues venga, ea.

Y, sin decir más, cogió un par de cajas y salió de nuevo por donde había entrado. Ni un «buenos días», ni un «¿cómo estás?», ni un «¿lo tienes todo?». Me estaba dando un poquito de miedo tanta energía. «¡Que no sean drogas, Dios mío!»

Subió y bajó tres veces más, cargándolo todo en un visto y no visto.

—Venga, ya está.

—¿Sabes que has venido antes de tiempo? —le dije seriamente cerrando la puerta.

—Sí, pero era la única manera de encontrar algún hueco en tu calle para aparcar como las personas de bien. —Se sentó en la primera silla que

encontró.

—Pues ahora... —me acerqué a él y le di un beso en la cara—, buenos días, ¿has dormido bien?

—Sí. No. A ver... —Se recolocó en la silla—. La verdad es que estoy de los nervios, y con la mierda de la bebida esa me va a dar un parraque.

Me eché a reír de los mismos nervios. No había visto tan excitado a Gabriel en mi vida, ni siquiera cuando me dijo que iba a traerse a Mike a vivir a España porque quería casarse con él y tenía miedo de que el otro lo rechazara. Ese día sólo lo vi sudar un poco por la parte de la frente, pero muy poco. En cambio, ahora estaba espitoso perdido, si no hubiera sido porque lo conocía, podría haber puesto la mano en el fuego y decir que se había metido un *speed* o alguna droga de ese tipo.

—Gabriel, es que eres un bestia. Si te tomas alguna cosa de éstas, que sea cuando estás cansado de verdad, no ahora. Que, además, para la dieta hiperproteica esa que haces para los músculos no va bien... —Me encantaba asustarlo.

—¿Cómo que no va bien? Es energía. —Se puso más nervioso.

—Sí, pero llena de azúcares que no podrás eliminar de tu cuerpo en meses. —Me senté a su lado.

—¡Ay, madre! —Se secó las manos en los vaqueros—. O sea, ¿que me he comido como mil terrones de azúcar?

—Como poco —concluí dándole un par de palmadas en la rodilla.

—Me voy a poner como una foca...

—Ya lo eres —me volví a meter con él.

—Perra.

—Lo sé.

\* \* \*

Una hora después de que Gabi llegara a casa estábamos aparcando en el puesto que nos tocaba. Quedaban un par de horas hasta que el mercado gastronómico abriera, así que nos dedicamos a enchufar a toda prisa todo lo eléctrico para no tirar de motor, a comprobar las salidas y las entradas de agua

y a colocar todo lo necesario para comenzar nuestro trabajo.

El pobre Gabriel se había pasado más de media tarde pelando y cortando patatas en el parking donde yo tenía guardado el *food truck* para que ese día estuviera lista la novedad que introducíamos en nuestro menú en detrimento del rollito, que, aunque funcionaba muy bien, no era muy coherente con el concepto de hamburguesería. Así pues, como novedad en la reinauguración, nuestros clientes podrían catar las «patatas bravísimas» con una salsa picante especial hecha por mí. Muy picante pero sabrosa, como dirían en Sudamérica.

Comida preparada, salsas preparadas, carnes listas, panes calentitos y los complementos colocados todos en un orden casi militar. Era prácticamente imposible equivocarse en el dónde, el cómo o el cuánto, prácticamente imposible. Lo recalco así, ya que Gabriel estaba echándome más que una mano, me echaba un pie, una cabeza, dos riñones y el hígado. Sin él eso no habría sido posible, aunque no sabía si seríamos capaces, dada mi «incapacidad».

Al cabo de un rato abrirían las puertas y la gente comenzaría a entrar, así que bajé de la furgó y obligué a mi amigo a que hiciera lo mismo. Nos sentamos en la parte trasera, donde no había nadie, como siempre hacía con Mario y Sandra..., y esperamos.

—Saldrá bien, ¿verdad? —le pregunté algo asustada.

—Claro que sí. —Me cogió la mano buena—. No será por no echarle voluntad. Y, joder, ¡estoy aquí!

—Ya, si por eso mismo lo digo... —bromeé.

—Eres una mala amiga, desagradecida, perra del infierno...

—Y sólo por eso me amas —sonreí sin mirarlo.

—Y por eso estoy aquí, ahora y siempre. Y quiero que sepas que todo lo que hago, he hecho y haré es por ti. —Me apretó la mano y nos quedamos mirando unos minutos el cielo azul.

\* \* \*

Llevábamos ya un buen rato sirviendo patatas bravas más que

hamburguesas. Pero era normal, la hora del aperitivo daría paso a la de la comida y nosotros, normalmente, en el *food truck* comenzábamos a trabajar la carne a partir de las dos de la tarde.

En un espacio tan pequeño, Gabriel y yo habíamos conseguido bailar nuestra propia danza para desenvolvernos sin problemas. Tampoco es que freír unas patatas y echarle nuestra salsa fuera algo que se pudiera complicar mucho, pero de momento nos estábamos complementando muy bien. Al pobre lo veía bastante agobiado mirando una y otra vez el reloj. Imagino que pensaría que eso tendría descansos o algo así, pero no... Ya lo enviaría a descansar cuando la clientela comenzara a menguar. Pobre..., estaba claro que le debía la vida.

—¿Hola? —oí una voz que entraba por la puerta trasera.

—Ahí no se puede estar —grité sin mirar atrás.

—¿Eres Daniela? —volvieron a hablar.

Después de preparar la primera hamburguesa de la mañana y dejarla sana y salva en las manos de su dueño, me volví indicando antes a Gabriel que le cobrara. Admito que la cara debió de desencajarseme, porque la persona que había preguntado por mí comenzó a reírse de una manera escandalosa. Vale, soy demasiado expresiva, pero ¿reírse en mi puñetera cara? No sé, me pareció un poquito maleducado.

—Vale, ¿esa cara —preguntó quitándose las lágrimas de los ojos y aguantando la risa— quiere decir que lo eres o no?

—Sí, soy yo —logré decir finalmente.

Después de hablar le di un codazo a Gabi para indicarle que volviera la cara y mirara quién estaba entrando por la puertecilla con un par de cajas en las manos. Lo oí suspirar aliviado. Ese mamón sabía algo, de ahí que mirara tanto el reloj.

—Siento llegar tarde, el tráfico es una puta locura.

Dejó las cajas a un lado y se preparó para comenzar a cocinar con nosotros. El marido de la Pedroche, el chef de DiverXO, estaba en mi furgoneta e iba a cocinar en mi cocina. ¿Qué cojones era eso?

—Gabriel... —Lo miré con una ceja levantada.

—¡Tachán! —Abrió las manos—. ¡Sorpresa!

—¡Hostia puta, tío! ¿No sabía nada? —Dabiz miró a Gabriel y luego a mí —. Lo habrás flipado, ¿no?

—¿Qué es esto? —pregunté absolutamente descolocada.

—Pues, a ver —Gabi casi tartamudeó—. Esto... Que no... Que tú con la mano... y sola... Hice una llamada y...

—Joder... —Me llevé la mano a la cara.

—Oye, que si quieres me voy, pero, vamos, que ya que estoy aquí... — Metió un dedo en la salsa de las patatas bravísimas—. ¡Hostia! Esto está de puta madre. De puta madre, tía. Se me está ocurriendo hacer algo ahora mismo...

Y pasó literalmente de nosotros para sacar un par de cosas de las cajas que había traído, rebuscar dos trozos de carne de caza en la nevera y unos panecillos. Nos ignoró.

—Gabriel, por favor, dime que no has hecho lo que creo que has hecho...

—Lo siento, Daniela, no íbamos a poder los dos solos, y lo sabes... —Me cogió de los hombros—. Le pedí ayuda a Julián. Creí que enviaría a alguien que nos ayudase, no que fuera a venir el tío *tarao* este.

—Julián... —suspiré al decir en alto su nombre.

—También me dijo que no habías leído su último mensaje. El que te envió hace una semana después de que os vierais en un parque.

Abrí los ojos como platos. Recordé que cuando su mensaje entró me llamaron de Sanidad y todo se precipitó.

—Creo que ya no sabe cómo pedirte perdón, Daniela.

—Y yo no sé cómo perdonarlo... —Bajé la cabeza.

—No es verdad. Sabes que la culpa es tuya y ahora te estás haciendo la digna.

—Me hizo daño —repuse.

—¿Y tú a él?

Estaba a punto de contestarle con la verdad, diciéndole que sí, que le había hecho mucho daño por ser tan rarita, cuando de repente el chef se colocó entre nosotros con una hamburguesa que me puso directamente en la boca.

—Dime que no es una puta locura.

Le di un mordisco sin pensar mucho más y la verdad es que en mi boca

explosionó un conjunto de sabores que nunca antes habría imaginado mezclar. Sencillo, rico y, a la vez, con clase. Ese tío era un puñetero mago de la cocina.

—¿Qué? ¿Lo servimos? —preguntó sin más.

—Lo servimos —dije.

Pasamos un rato viendo cómo se mezclaban los sabores y las texturas para dar paso a la maravilla de hamburguesa que hacía un momento habíamos probado. Y, sí, funcionaba. Así que el chef y Gabriel se pusieron a ordenarlo de nuevo todo, echándome directamente de mi cocina. Ahora mi cometido era ser la nueva relaciones públicas de La Zarzamora, hamburguesas a todas horas, y gritar a los cuatro vientos que teníamos nueva hamburguesa creación del chef Dabiz Muñoz y que él en persona las estaba preparando.

La «bravísima cazadora» estaba siendo un éxito, ése era el nombre con que había bautizado su nuevo plato. Un montón de gente se reunió en el *food truck* para comprobar de primera mano si era cierto o no que el chef del DiverXO estaba en el mercado gastronómico y, de paso, aprovechar para comer a un precio asequible una de sus creaciones, con selfi incluido. Había visto un montón de gente hacer cola para probar mi comida, pero nunca un revuelo tan grande de personas que se concentraban ya no sólo para cotillear, sino también para comer. Sí y, además, la hamburguesa, su creación, vamos, me la había regalado. Era mía, sólo mía. Mi tesoooooooooooooro.

De vez en cuando sentía algún pinchazo en el brazo, pero era normal, esos días lo había forzado más de lo habitual. Avisé de que me iba a sentar un rato detrás de la furgó y Gabriel hasta casi me echó. Él y el chef habían hecho buenas migas y se compenetraban bastante bien. Dabiz cocinaba y Gabriel servía y cobraba. Los veía encantados.

Y yo, ¿qué debía hacer? Sentada en aquel banco de madera, rodeada por los sonidos de la ciudad, el olor de la carne a la plancha y el sol bañándome por completo, sólo pensaba en cerrar los ojos y que de una manera mágica la solución a mi problema apareciera por arte de birlibirloque. Pero eso no iba a suceder, no, teniendo en cuenta los problemas a los que me enfrentaba. El gran problema de mi futuro. Si leía el mensaje de Julián y era un adiós para siempre por su parte, ¿sería capaz de reponerme? Por otro lado, no obstante, pensaba que tampoco debía ser tan *drama queen*, cuando ahora era yo quien le

estaba poniendo las cosas difíciles, tanto que posiblemente por eso quisiera decirme adiós y lo que había hecho ese día por mí fuera tan sólo un regalo de despedida.

Suspiré y dejé caer la cabeza hacia atrás en el banco, cerrando los ojos y descansando un momento. Todo había comenzado otra vez, tenía lo que más quería de nuevo en funcionamiento y la gente estaba encantada. Al cabo de una semana tendría mi mano al cien por cien. No podía pedir más..., ¿o sí? ¿Realmente era eso lo que quería? Yo quería a Julián, quería estar con él, con el niño y con mi *food truck*.

«¿Qué mierda estoy haciendo con mi vida?»

Oí unos pasos que se acercaban despacio. Posiblemente se tratara de Gabriel para pedirme algo, así que continué con los ojos cerrados y esperé a que me hablara. Pero no, no habló él, no habló nadie, sólo noté que una figura se ponía delante, quitándome la posibilidad de tomar el sol. Me dio mucha pereza, pero finalmente tuve que mirar a ver de quién se trataba.

Era alto, pero estaba a contraluz. El corazón me dio un vuelco, creí reconocerlo a la primera, pero no podía ser. Él no tenía nada que hacer allí, no debía de querer volver a verme.

—Nunca contestaste a mi mensaje.

Era él, Julián. Estaba delante de mí, tapándome el sol, y yo salté de golpe para incorporarme en el banco. Me sujetó por el hombro para que no me levantara y se sentó a mi lado, dejando ahora que el sol nos iluminara a los dos.

—No lo he leído aún —contesté diciéndole la verdad.

—Hace más de una semana —contraatacó él.

Nos quedamos en silencio mirándonos a los ojos. Y esa vez vi una mirada en él muy serena, convencida. Sus ojos lucían más azules de lo habitual, la llegada del verano y el sol se los habían aclarado. Además, la claridad le molestaba y los entornaba marcando en ellos esas arrugas que me enloquecían. «¿Qué estamos haciendo? ¿Qué baile bailamos? Yo doy un paso atrás y él me recoge, luego es él quien recula y yo giro. ¿En qué punto de la coreografía estamos? ¿Es ahora cuando nos abrazamos y damos vueltas sin parar?»

—La rapidez con la que ha ido todo me ha sobrepasado —confesé.



—No te has acordado de mí, ¿verdad?

Vi cómo apoyaba un brazo en el respaldo del banco, aproximando así su mano a mi cabeza, cerca de mi pelo. Lo acarició.

—He intentado no acordarme de ti. Ésa es la verdad. —Su mano estaba tan cerca de mi rostro...

—¿Olvidarme tal vez? —La bajó para acariciarme el cuello.

—¿Qué quieres, Julián? —Estaba temiendo que todo eso fuera un juego.

Sus caricias, sólo con la yema de los dedos, en mi piel hacían que me recorrieran escalofríos imposibles de disimular y, sí, los pezones se me pusieron erectos. Él también se dio cuenta, lo noté al ver que su mirada ya no se dirigía a mis ojos. Me ruboricé y puse el brazo en cabestrillo justo delante de mis pechos.

—Aún recuerdo lo que mis manos hacían en tu cuerpo. —No movió un centímetro su posición en el banco, pero lo sentía tan cerca que me hacía daño.

—Yo lo recuerdo a cada instante. Y duele —confesé aturdida por los recuerdos—. ¿Qué decía el mensaje? ¿O quieres que saque el móvil y lo busque?

—«No pienso dejarte ir, quiero estar. Quiero hacerlo bien.»

—¿Cómo? —pregunté sin entender.

—Ahora la respuesta puede que no tenga sentido para ti, pero la escribí justo en el momento en el que te montabas en el taxi respondiendo a tu pregunta.

Agarró mi mano sana con la otra suya y jugueteó con ella. La acarició, la tocó, la amarró... ¿Me estaba pidiendo volver? ¿Comenzar? ¿Seguir?

—¿Qué quieres que haga, Julián? —Fui sincera.

—No sé qué es lo que tú quieres —confesó—, pero yo quiero besarte. Quiero abrazarte. Quiero amarrarte, si puede ser en mi cama también, pero para siempre.

—Me muero por besarte, pero...

La mano con la que acariciaba mi cuello se cerró suavemente, sujetándolo, con la intención de no dejar que me moviera. Quería besarme, yo quería que él me besara, deseaba que los dos nos besáramos. Ya habría tiempo para hablar y ver qué era lo que podíamos hacer.

—¡Hostia, tío! Esto es la puta locura. ¡Me encanta! —La voz del chef salió por la puerta trasera del *food truck* antes que su cuerpo.

—Hola, tío. —Julián se levantó de golpe y fue a darle un abrazo.

—Ya podrías haberme dicho que era tu chica, la habría liado aquí —soltó Dabiz, echándose unas risas y dándole después una palmada en la espalda.

—Muchas gracias por la ayuda —dijo Julián.

—Gracias a ti, tío, en serio, es la puta leche todo esto. Estoy pensando en montar uno.

—Si lo haces, no te pongas cerca del mío o me quitarás clientes —solté al oírlo.

—Más negocios —levantó las manos en señal de rendición—, ni de coña, tía. Suficiente tengo con los míos como para meterme en otro. Pero, si me da la morriña, prométeme que me dejarás venir a echarte una mano.

—¿Una mano? Y el cuerpo entero. Estaré encantada de que vengas las veces que te apetezca. —Me levanté del banco.

—Oye, termino ahí dentro, que he dejado al pobre de Gabriel solo. Me ha parecido oír tu voz —señaló a Julián— y quería saludarte.

—Mil gracias, en serio.

—Gracias a ti, tío, más de una vez me has salvado la vida. Esto es lo mínimo que puedo hacer por ti —me miró y me guiñó el ojo—, y por ti también, Daniela.

—Mi *truck* es el tuyo —respondí.

—Uish, me ha dado un poquito de repelús eso. Parecías Bertín...

Entró de nuevo en la furgoneta echándose unas risas.

Moví la cabeza de un lado a otro negando. Todo era tan surrealista... Un chef de renombre dentro de mi furgoneta haciendo las delicias de los clientes del mercado gastronómico, Gabriel dándolo todo y sorprendiéndome a cada minuto, y Julián... Suspiré cerrando un momento los ojos para tratar de recomponerme.

—¿Estás bien? —Sentí su mano en mi espalda.

—Sí, sólo pensaba... —Abrí los ojos—. ¿Por qué has hecho esto?

—¿El qué?

—Ayudarme con la reapertura.

—No podía no hacer nada sabiendo lo que había pasado. Era injusto. No te merecías lo que había pasado y, bueno, Gabriel me llamó el otro día para pedirme ayuda.

—Gabriel...

—Te quiere mucho.

—Y yo a él —confesé.

—¿Podrás algún día quererme igual a mí? —Me miró a los ojos, y admito que en ese instante las piernas me temblaron.

¿Cómo iba a responder a esa pregunta?

—No, nunca te querré como a él —contesté finalmente.

—Oh. —Noté decepción en su tono.

Alargué la mano y cogí la suya para entrelazarlas, unir las en un nudo de dedos que apretaban con fuerza. Lo miré con toda la sinceridad que en ese momento salía de mi corazón y, rodeados por los sonidos de la ciudad, la gente y el olor de comida, me confesé.

—A ti te quiero para siempre, para que duermas conmigo, para que me abracés cuando sienta que ya no puedo más, para soñar juntos sentados en un sofá, para disfrutar de todo lo que nos rodea. Y para que hagamos el amor una y otra vez sin dejar de mirarnos a los ojos.

—Daniela...

No quise que dijera una palabra más. Ya habíamos perdido demasiado tiempo separados y haciendo el gilipollas para que nuestra voz volviera a estropear un momento que ahora era nuestro, sólo nuestro. Así que, ayudándome con mi mano amarrada en la suya, me puse de puntillas para acercar mi rostro al suyo. Alcé la cara con la clara intención de besarlo y él lo entendió a la primera. No soltó mi mano, pero con la otra suya me abrazó por la cintura y me alzó hasta que mis labios chocaron con los suyos. Y, finalmente, después de tanto tiempo separadas, nuestras bocas volvieron a mezclarse, a fundirse en un mar de sensaciones almibaradas que creía haber olvidado pero que nuestros cuerpos reconocieron de inmediato.

—Julián —fue lo único que fui capaz de decir cuando nuestros labios se separaron.

—Ups. —Gabriel había salido por la puerta trasera—. Iba a pedirte una

cosa, pero veo que estás ocupada con algo importante.

Me reí.

—Eres un liante —le eché en cara.

—¿Yo? —Y se metió dentro de nuevo.

—¿Y ahora? —me preguntó Julián abrazándome.

—Ahora tengo que ir a ver qué quería ese amigo mío... —Volví a besarlo en los labios.

—Debo irme.

—¿Podrás venir esta noche a mi nueva casa y terminar lo que hemos comenzado?

—No voy a poder, mis padres se han quedado con Luis esta tarde, pero he de ir a por él dentro de un rato. —Levantó los hombros.

—Si termino pronto, ¿puedo pasarme yo por la tuya? —Ojalá dijera que sí.

—Me encantaría que vinieras a casa. Y, si no estás muy cansada —hizo una pausa dramática—, también a cenar.

Me eché a reír sabiendo que su cara de niño bueno era sólo una pose. Estaba realmente guapo cuando el sol le daba de pleno en la cara, aun a pesar de que cerrara los ojos más de lo normal. Se acercó despacio para darme un beso en la mejilla y luego echó a andar con las manos en los bolsillos. Por su postura sabía que estaba sonriendo. Los dos nos habíamos quedado sonriendo como dos niños pequeños que tienen delante de sus narices el delicioso pastel prometido.

¿Eso quería decir que nos habíamos dado una oportunidad? ¿Todo estaba olvidado?

«Tendremos que hablar, y mucho, me temo. Pero todo esto va por buen camino. Finalmente, hoy sí ha sido un buen día.

»Voy a entrar en el *food truck* para echar una mano a Gabriel y a ese chef loco que está revolucionando a los clientes entre bromas, sonrisas, fotos y chascarrillos.

»Gracias. Gracias. Gracias...»

## *Capítulo 31*

*Julián*

Después de la última conversación que tuve con Daniela y de que ignorara mi mensaje de WhatsApp —creí que deliberadamente—, no vaticinaba nada bueno para nuestro futuro.

Sí, una vez fui duro con ella, quizá demasiado, fue simplemente por desesperación. No creí que su cabezonería, o lo que fuera que pasara por su mente, la hiciera darse por vencida. Cierto es que también fue culpa mía, pero juro que no lo hice con el propósito de no volver a verla.

Recuerdo el día que salí de su casa, de su vida, y me planteé no volver a pensar en ella. Fue imposible. Cada día miraba sus fotografías y rememoraba sus gestos, sus ojos castaños, su suave pelo oscuro y todas y cada una de las curvas de su cuerpo en mis manos. Su piel delicada acariciada por la yema de mis dedos se convertía en un campo sembrado de bulbos repletos de placer. La echaba de menos.

Pasé todas esas semanas desesperado, aguardando una llamada, un mensaje en el que me dijera que lo sentía, que quería que lo habláramos con más tranquilidad. Pero ¿tan hijo de puta había sido? ¿Tan mal me había portado con ella que no me mandó ni un mensaje? Sólo quería que se diera cuenta de que ya no estaba sola, de que podía contar conmigo para todo lo que necesitara. Que no, que no sería su caballero de brillante armadura, ni lo necesitaba, pero que estaría a su lado para apoyarla, para darle un abrazo, un beso de cariño en un mal día. Pensaba que se daría cuenta de que quería lo

mejor para ella, para los dos. Pero no, ella lo tomó como el final de lo nuestro.

Al principio sólo me lamí las heridas y me eché en cara la forma tan dura que había tenido de tratarla. Me planteé si me había pasado. Si debía llamarla, acercarme y pedirle perdón. Pero no, en un momento de idiotez pasajera, me dije que ella se daría cuenta de su equivocación y vendría corriendo a mis brazos.

Lloriqué un par de días, a lo sumo tres, agarrado a un par de cervezas mientras estaba en casa y Luis dormía en la habitación de al lado. Por él, y sólo por él, no podía permitirme el lujo de convertirme en un amargado. Si cuando Luisa, mi querida y adorada niña, se fue de mi lado fui fuerte, esa vez no iba a ser menos. Debía ser fuerte y conseguir que eso pasara cuanto antes.

*Imposible.* Ésa fue la palabra que usé durante un par de semanas. No fui capaz de no soñar con ella, de no suspirar a cada broma que me hacían pensando que le encantaría. Pero la vida pone en tu camino las situaciones más inverosímiles para que tomes una decisión, sea o no correcta.

Y allí estaba yo, en una reunión con mi equipo cuando alguien comentó que habían cerrado el *food truck* ese que se estaba convirtiendo en todo un imprescindible en los mercados gastronómicos y en eventos privados. Casi salté de la silla cuando oí el nombre, era ella, Daniela. Sanidad le había cerrado el negocio.

Era mi oportunidad para intentar hacer algo por ella. Sanidad era un hueso duro de roer, pero conocía a gente que podría indicarme exactamente qué era lo que había pasado. Así que me puse manos a la obra pidiendo documentación, datos y todo lo necesario para saber qué había sucedido. Tardé poco en averiguar que había sido más un tema de pérdida de documentación y no presentación de datos que de algo tan grave como para que no pudiera volver a abrir. Un trámite sencillo, ágil... Un par de llamadas y seguro que podrían darle marcha de nuevo a todo. ¿Me estaba pasando? Seguro que Daniela pensaría que sí, como después me hizo ver.

Pero el destino se empeñó en que nos encontráramos de aquella manera inesperada.

Me llamaron de la guardería de Luis, se había caído y lo estaban llevando

al hospital, tenía un corte en la frente que iba a necesitar puntos. Durante mi vida había experimentado situaciones límite, había tenido miedo, pero prometo que nunca nada fue tan terrorífico como lo que sentí cuando esa llamada irrumpió aquella tranquila mañana. Desesperado, pasé un par de horas llorando hasta que salimos del box de urgencias. Luis estaba dormido por el miedo que había pasado. Me dirigí a la salida y oí el nombre de Daniela en la sala de espera, no pude detener mis pies para averiguar si era o no ella. Sí, lo era, y tenía cara de cansada, de haber estado llorando, de estar conteniendo una rabia inusual. Pero bonita a pesar de todo. Fue corto, tal vez y sin querer, fui seco, aunque no quería. Debió de ser el miedo por Luis.

Aquel encuentro fue el revulsivo para que finalmente yo le enviara un mensaje con la excusa de preguntar por su estado. Me di cuenta de lo que su vida había cambiado, lo había dejado todo atrás. Había enterrado todo lo que quedaba en otro momento y se había marchado a vivir sola. Ahora era una mujer diferente y lo vi en el momento en que entró por la puerta de mi casa. Tuve la sensación de que sería una conversación amable, quizá el principio de algo. No obstante, me dejó bien claro que ya no necesitaba que la ayudara para nada. Aunque no era verdad, estaba lo suficientemente decepcionada con todo como para dar su brazo a torcer.

Aquella mañana me informé de todo con Gabriel, lo llamé y, extrañamente, no sólo me dio toda la información necesaria, sino que fue él quien me pidió ayuda directamente. Sin decirlo a las claras, me dejó caer que Daniela seguía necesitándome como el primer día. Lo que él no sabía era que yo me arrepentía a cada segundo de haber sido tan duro con ella. No lo merecía. Y fui un capullo integral.

No fue la mejor de nuestras charlas. Pero sí es cierto que vi un cambio tan significativo que me hizo necesitar abrazarla. Quería que se quedara conmigo, que pudiéramos hablar sin echarnos nada en cara, con sinceridad, para ver si podíamos construir poco a poco lo nuestro sin medias verdades y con todos los muros de protección en el suelo. No pudo ser, y Daniela se marchó. Aún recuerdo la alegría de Luis al verla, había pasado tanto tiempo viendo fotografías suyas conmigo que...

Qué complicados somos los seres humanos, cuando tenemos en nuestra

mano el poder de la felicidad. La vida es mucho más sencilla de lo que quieren hacernos creer. Pero somos nosotros mismos los que decidimos liarnos la manta a la cabeza, a los lomos, a la cintura y a las piernas para que no podamos caminar de manera rápida.

Cuando cerró la puerta de mi casa sentí un nudo tan grande que pensé en dejarlo todo y seguir adelante sin ella. Sabía que me costaría, aunque, por otro lado, me pasaría toda la vida arrepintiéndome de no haber luchado por lo que una vez quise y tuve. Ahora me tocaba hacer todo lo que estaba en mi mano para que no me olvidara, para que lo nuestro no fuera sólo un recuerdo de lo que pudo ser y no fue. Lo siento, me negué a rendirme y volví a intentarlo.

Vale, lo admito. Seguir la no fue la mejor de las ideas. Ya era la segunda vez que lo hacía, pero no tenía más remedio. Cuando me levanté pensé en llamar a su móvil y quedar para aclararlo. Sabía que sería muy mala idea, no lo cogería y probablemente borraría mi número para siempre. ¿Tengo alma de detective privado? No sé, pero conseguir su nueva dirección no me fue muy difícil: Gabriel se estaba convirtiendo en el mejor de mis cómplices. Aunque el muy cabrón no me decía nada, y eso que lo estaba sobornando con cenas en los mejores restaurantes de Madrid.

Resumen: aquella reunión en plan acosador profesional no salió como yo esperaba. Y finalmente sólo me quedó enviarle un mensaje diciéndole que quería estar con ella, que la necesitaba.

No hubo contestación. Y quise tirar la toalla, quise olvidarme de todo. Estuve pensando en marcharme a vivir a otra ciudad, conocer gente nueva y empezar de cero para no pensar más en el fracaso. Pero ahí estaba de nuevo Gabriel, llamándome para pedirme socorro. El *food truck* se iba a poner en marcha y Daniela estaba sola con una fractura en la mano. Me lloriqueé un rato, cierto es que me hice el duro falsamente, pero le dije que se relajara, que encontraría una solución.

Dabiz me debía una, una muy grande que quedaría entre nosotros para el resto de nuestras vidas, y creí que era el momento de pedirle el favor.

Gabriel recibió el mensaje la mañana anterior, en el que le confirmaba quién iría a echarle una mano, que me encargaría de darle publicidad y que me pasaría por allí.



\* \* \*

Miré el reloj mientras pensaba si finalmente Daniela se pasaría por mi casa. Estaba nervioso como un niño el día de Reyes. Había dado cuatro vueltas a la casa, Luis llevaba dormido dos horas y no hacía más que mesarme el pelo.

«¿Podremos solucionar esto?

»No lo sé, sólo sé que quiero intentarlo.»

Llamaron a la puerta, eran casi las doce de la noche.

—Hola, sé que es muy tarde... —se justificó Daniela al entrar en casa.

Su cara lo decía todo, estaba física y mentalmente agotada.

—¿Ya habéis cerrado?

La vi pasar por delante sin detenerse hasta llegar al sofá y lanzarse a él como si fuera el mejor de los amantes.

—No, pero me han echado. Ha llegado un compañero de Dabiz y se han puesto los dos mano a mano dejando que Gabriel manejara la caja. —Cerró los ojos—. Le debo la vida a Gabriel.

—Gracias —repuse intentando llevarme algo del mérito.

—Lo siento, Julián, a estas horas el cerebro no me da para más. —Levantó la mano de la escayola—. O me quitan ya esto o me lo quito yo. Necesito disponer de las dos manos.

Caminé despacio para sentarme a su lado. Cerca, pero sin invadir su espacio vital. Fue ella la que se acercó a mí y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Creo que podría dormirme así —me dijo.

—¿No te gustaría darte una ducha? —sugerí para que se relajara.

—¿Me estás diciendo que huelo mal? —Levantó el rostro para mirarme.

Y ahí estaban sus ojos color almendra, taladrándome, llamándome, pidiéndome atención, suplicando por ello, y tuve que hacerlo. Realmente podría haber esperado, pero sólo estábamos a unos centímetros. La besé sin pensarlo mucho más, era de idiotas aguardar a que hiciéramos un baile de cortejo. Cogí su cara entre las manos y, suavemente, tenté sus labios con mi lengua, despacio, con delicadeza, esperando que me abriera las puertas de su

deseo. Y lo hizo, me abrió su boca para responder de la misma manera. Nos convertimos en contrincantes que desean luchar por su espacio vital regalándonos caricias, compartiendo fluidos.

—Pero tienes razón. —Daniela paró—. No tengo ropa limpia. Si me dejas algo, me ducho. Huelo mal.

—Coge las toallas del baño, están recién cambiadas.

Volvió a darme un beso, esta vez sin timidez, invitándome a adentrarme en su alma.

—Ahora salgo.

Salió del baño al cabo de quince minutos, vestida con una camiseta mía y un pantalón de pijama que le había dado antes de entrar en el baño. Su rostro estaba teñido de cansancio, dándole el aire de una niña con ganas de acostarse en cualquier momento.

—¿Quieres comer algo? —Asintió sentándose de nuevo en el sofá—. ¿Te gustaría algo en especial?

—Me da igual.

No tardé más de diez minutos en hacer un par de estupendos sándwiches de ensaladilla rusa, marca de la casa (de la casa de mi madre), que puse en un par de platos y decoré con unas cuantas patatas fritas. Pensé en hacerle un dibujito de los que hacen los chefs con un potito de Luis, pero me guardé las ganas de innovar para otro momento.

Saqué la cabeza por la puerta de la cocina para preguntarle si quería algo especial para beber y la vi dormida. Estaba encogida en el sofá, con el pelo mojado; había adoptado la posición fetal para entrar en un sueño quizá profundo. Salí de donde me encontraba y me acerqué a ella. Ahora su rostro se veía plácido. Me agaché a su altura para darle un beso en la frente y pensé en lo gilipollas que habíamos sido al llevar nuestras posiciones al extremo. Ella y yo, en dos frentes tan alejados que pensamos que podría ser imposible que volviéramos a estar juntos. Idiotas.

Pasé los brazos alrededor de sus hombros y sus piernas para izarla. La llevaría a la cama, seguro que allí estaría mucho mejor que en el incómodo y viejo sofá de mi casa.

—Uuuh... —un leve quejido salió de su garganta.

—Chis... —la tranquilicé—. Te llevo a la cama.

—Sí. Una cama —farfulló sin removerse más.

La deposité en el lado en el que siempre despertaba cuando estábamos juntos. «¿Volveremos a tener esa intimidad? ¿Nos echaremos en cara todo lo que ha pasado? Tenemos que hablar. Tenemos que hablarlo todo y, desde el principio, dejarlo claro.»

La cubrí con las sábanas, la temperatura no era baja, pero se enfriaría seguro. Acaricié su rostro con ternura, sintiendo por dentro aquella sensación tan extraña que me atenazó el día que volví a encontrarla en aquella fiesta. La necesitaba tanto...

Acabé marchándome de nuevo a la cocina para comerme mi sándwich y el suyo, recogí un poco y me metí en la cama.

Aquella noche intentaré dormir si los pensamientos me dejaban. Tenía demasiadas preguntas por hacer y, probablemente, muchas también por responder.

Daniela se dio la vuelta en cuanto notó el peso de mi cuerpo a su lado, me abrazó inconscientemente, quiero creer, pero yo aproveché para acercarla más a mi cuerpo. «Esta vez, no, pequeña. Esta vez no voy a dejarte escapar tan fácilmente.»

\* \* \*

### *Daniela*

Creo que me quedé dormida en el sofá, pero no recuerdo en qué momento acabé en la cama.

Volví el rostro ligeramente y allí estaba la sonrisa de Julián, esperando a que me despertara. Me miraba a contraluz, con la cabeza apoyada en la mano. No habría sabido decir si me gustaba más por su sonrisa en ese instante o por el modo como me miraba. «¿Tan orgullosa soy como para haber estado a punto de perderlo?»

No hizo falta que nos dijéramos nada. Al verme sonreír se acercó para

colocarme bajo su cuerpo, dejando que sus manos me tomaran con fuerza por la cintura. Con sus piernas abrió las mías y se situó entre ellas. Apoyó los brazos a ambos lados de mi cuerpo y bajó el rostro para besarme el cuello. Agarré su cabeza con mi mano libre y le acaricié el cabello con suavidad.

—He echado de menos tu olor —me dijo.

—Pero si ahora huelo a ti —respondí por la ducha de la noche anterior.

—No, todavía no hueles a mí. —Reptó por mi cuerpo, descendiendo hasta llegar a las piernas—. Pero espero que dentro de un rato sí lo hagas.

Me quitó los enormes pantalones de pijama que me había prestado él mismo dejándome sin nada, desnuda de cintura para abajo. Cerré los ojos instintivamente cuando sentí su aliento acercarse a mi sexo y la carne se me puso de gallina cuando sus manos se posaron en mis muslos, separándolos para él. No obstante, fue en el momento en que su lengua se posó sobre mi clítoris cuando tuve que controlar un espasmo involuntario. Introdujo un dedo en mi sexo, luego otro, y su lengua, sin prisa, se movió sin tocarlo directamente. Lo rodeó y lo rozó ligeramente mientras sus dedos corazón y anular se encargaban de acariciar mi punto G. Sí, ese que dicen que no existe. ¡Ja!, pues para no existir estaba a punto de correrme sólo con eso. Aunque fue cuando su lengua se volvió loca en mi clítoris cuando sentí que no iba a poder aguantar mucho más. Lamía, mordía ligeramente, chupaba sin dejar de mover con destreza esos dos dedos en mi interior. Yo quería correrme con él dentro de mí, pero no iba a poder esperar mucho más.

—Julián, me corro...

—Hazlo en mi boca, dámelo.

Sólo tuvo que decir esa palabra para que mi cuerpo se dejara ir, estallando en mil y un estertores que deseaba que no acabaran jamás. ¡Dios mío, cuánto lo había echado de menos! ¿Cuánto había tardado? ¿Tres minutos? Necesitaba a ese hombre en mi vida ahora y siempre.

Desmadejada y con su cabeza entre mis piernas, aún lamiendo mi clítoris con suavidad, le acaricié el cabello.

—Prométeme que siempre me despertarás así.

Levantó un poco la mirada.

—Prométeme que siempre estarás en mi cama.

Lo hice subir desde donde estaba para buscar su duro pene, su sexo envarado como una piedra, que deseaba meterme sin miramientos.

—No tengo preservativos —me avisó.

—Me tiene que venir la regla hoy o mañana, aprovecha —lancé sin dudarle ni un segundo.

Y no lo dudó. Se bajó los pantalones mientras yo lo masturbaba antes de que, de un fuerte empujón, su polla se metiera hasta el fondo de mi ser.

Nos miramos a los ojos unos segundos antes de que sus labios con sabor a mi sexo me besaran y comenzara a moverse acompasadamente, buscando su propio clímax. Fue un polvo de reconciliación algo raro, con los dos vestidos de cintura para arriba y dando rienda suelta a nuestra libido. Agarré su culo con la mano buena mientras la otra lo intentaba. «¡Puto yeso!...» Lo notaba, se estaba poniendo más tenso y sus golpes me excitaban. Y ahí estaba, se corrió dentro de mí por primera vez. Y, aun a sabiendas de que no pasaría nada, la idea me hizo sonreír.

—Te he echado mucho de menos, Daniela.

—Te quiero, Julián.

«Hala, ya lo he dicho.»

—¿Perdona? —Levantó el rostro epatado.

—Que te quiero —repetí sin dudarle—. ¿Te lo escribo en un papel?

—Yo también te quiero —declaró sonriente antes de volver a besarme.

—Podríamos echar uno sin ropa —propuse—. Para celebrarlo.

Pero los sonidos escandalosos que salían de la otra habitación me dieron la respuesta antes de que Julián ni siquiera hubiera salido de mí. Luis estaba despierto y pedía por su padre.

—Me temo que eso va a tener que esperar —comentó besándome antes de ponerse los pantalones e ir a la otra habitación.

Yo me quedé en la cama pensando, cavilando acerca de todo lo que el futuro podría depararnos. Las decisiones que deberíamos tomar. Lo que podríamos hacer. Sin embargo, ahora sólo quería dormir entre las sábanas un rato.

## Capítulo 32

—¡Tú! Sí, tú, chocho loco... —Deborah corrió con las plataformas puestas—. Eso no puede ir ahí. Cuando María entre en el escenario hay que retirar las cortinas y que se vea la fotografía gigante que tenemos preparada.

Caminando hacia el otro lado de la platea, se colocó con los brazos en jarras esperando a que Roncha Velasco le cosiera un punto del mono transparente que llevaba pegado a la piel.

—Nena, como no tengas cuidado, te veo desnuda ahí arriba —le advirtió señalando el escenario.

—Deja, que verás tú al final cómo esto va a ser un desastre —se quejó ella llevándose las manos a la cabeza.

—Tranquila —le dijo su amiga mientras le daba a la aguja como una costurera de pasarela.

—Las invitaciones ya están enviadas, se ha pedido que nadie diga nada, no se enterará hasta que salga al escenario. Piensa que estará oscuro.

Se oyeron unas pisadas más rápidas de lo normal llegando a la zona del restaurante.

—¿Quién ha dicho oscuro? Porque anoche sí que estuve yo en un lugar muy oscuro comiéndome una buena...

—Butifarra —Deborah cortó a Elva Gina.

—No, iba a decir una buena polla —repuso ella abriendo las manos en señal de que era evidente.

—A ver, bonita, nos lo imaginábamos, pero no era necesario ser tan explícita.

—¡Polla! ¡Cimbrel! ¡Pollón!...

Elva se puso a dar saltitos de un lado para el otro rodeando a las otras dos *drags* mientras intentaban ignorarla.

—Si no le hacemos caso, lo mismo desaparece —soltó Roncha.

—Creo que no funciona así, pero no sé, cada día está peor.

—Os he oído —intervino Elva—, pero no os voy a hacer caso porque comí ¡polla!

—Con patatas, no te jode... —replicó Deborah.

Roncha finalizó el respunte que le estaba haciendo al mono de Deborah para, inmediatamente, ponerse a recoger las agujas y el hilo. Miró directamente a los ojos de Elva Gina y la instó a marcharse. Aún llevaba unos pantalones vaqueros desgastados y una camiseta básica. Tenía que comenzar a vestirse ya.

—Vamos, loca del coño. —La cogió del brazo—. Tienes que vestirte y ponerte más guapa que nunca. Hoy hay de todo y tenemos que montar un buen espectáculo.

—El de ayer sí que fue un espectáculo, dieciocho centímetros... ¡Dieciocho! —Elva seguía a lo suyo, a pesar de que la empujaban para ir al camerino.

Deborah se dirigió a la barra, donde sólo había uno de los camareros que normalmente servían los cócteles. Se sentó junto a ella y suspiró. Iba a echar de menos a ese maricón loco que siempre le estaba dando por saco. Sabía que finalmente iba a cumplir uno de sus sueños, se merecía cumplir aunque sólo fuera uno de ellos, y ojalá cuando regresara lo hiciera de una manera triunfal. Ella, él, no necesitaba todo eso, su vida había sido fácil gracias a la herencia de su familia, y la pose de mala persona simplemente era eso, una pose de *drag* divina que sólo se quería a sí misma. Suspiró feliz, aunque esa noche se comportaría como la más perra. Esa noche iba a ser apoteósica.

—Ponme un americano con hielo —pidió al camarero.

—A la orden, mi general —dijo él guiñándole un ojo.

\* \* \*

—Por el amor de Topacio Fresh... —Gabriel sonó desesperado—. Mike, ¿quieres hacer el santísimo favor de acabar ya?

—No poder. Tener ropa en armario descolocado.

La voz de su novio americano recién llegado a España sonó a lo lejos desde la habitación que compartían.

Aunque estaba planeada desde hacía tiempo, su llegada había revolucionado su tranquila y cuadrículada vida. Gabriel se excedía sólo y cuando él lo planeaba, pero Mike era todo lo contrario; un torbellino. Uno de locura, frescura, diversión, planes improvisados y descontrol. Sí, estaba volviéndolo algo loco, pero le encantaba. Finalmente, su novio estaba con él y podría quedarse a vivir allí gracias al visado de trabajo que Daniela pudo sacarle. Lo había contratado en el *food truck*. Una solución salomónica. Ella tendría a alguien que pudiera echarle una mano y Gabriel había resuelto meses de espera y papeleos.

—Mira, al final te voy a poner lo que a mí me dé la gana.

—Oye, ¿y si no poner nada y tú y yo quedar para...? —Mike apareció en pelota picada en el salón.

Sentado en un sillón, Gabriel estuvo tentado de quitarse la ropa e ir corriendo a la habitación. El cuerpo de su novio era simplemente espectacular, pero tenía que pensar en el horario. Llegarían tarde, así que cogió un cojín del sofá y se lo lanzó a la cabeza al americano.

—¡Déjate de tonterías, maromazo! —Dio directamente en la diana—. Vístete y no hagas más el payaso.

Mike se acercó a él sensualmente mientras jugaba con el cojín de manera obscena.

—Si tú no querer, yo hacer como los perritos con *cojón*...

—*Cojín*, cariño, lo otro ya te lo cogeré cuando regresemos. —Le dio un rápido beso volviendo a empujarlo hacia la habitación.

—Tú ser un *cortaparties*. —Se hizo el ofendido.

No tardó más de cinco minutos en vestirse, peinarse y volver a aparecer en el salón de manera impoluta. Ambos parecían salidos de un catálogo de Calvin Klein como mínimo. El español, moreno, de tez oscura por el buen tiempo, y los ojos verdes. El americano, rubio, repeinado, ojos azules y típico rostro



nórdico.

—¿Ir ya? —preguntó Mike dándole un beso.

—Sí, nos esperan Daniela y Julián.

\* \* \*

Creo que no había oído tantas veces a alguien repetir las cosas. Si Julián no repasó con su madre y su padre tres veces todo lo que necesitaría Luis, es que no lo repasó ninguna.

Era la primera noche desde que habíamos vuelto que íbamos a pasar sin el pequeño Luis, sus abuelos estaban encantados por poder pasar un fin de semana con él, pero Julián estaba nervioso. «No sé por qué, la verdad, ya que cuando se marcha de viaje lo hace sin remordimientos. Debe de ser algo de culpabilidad por no estar con él mientras se divierte. He de confesar que a mí también me da penita, me he acostumbrado a levantarme por las mañanas con el gorjeo de sus risas cuando me quedo a dormir.» Sí, levantarme sin él por la mañana me iba a dar remordimientos, pero era la fiesta de despedida de Mario y no sabíamos a qué hora íbamos a regresar a casa, ni siquiera si regresaríamos en algún momento. Más valía que estuviera en casa de los abuelos, que no los abuelos en casa.

Hablando de ellos, conocí a los padres de Julián de una forma casual, en su casa, un día que vinieron a ver al pequeño. Después me enteré de que había sido una encerrona, él sabía que, si me lo decía, me escaparía, así que los invitó a tomar café y, bueno, más allá de la incomodidad del primer encuentro, fueron encantadores. No hicieron en ningún momento comentarios sobre su vida anterior, y la verdad es que con el tiempo hemos ido tomando más confianza. Vamos, la que tienen nuera y suegros: no son tus padres, pero puedes contar con ellos.

Por otro lado, Julián conoció también un día a mi madre (a mi padre ya lo había conocido en otras circunstancias), en este caso no fue una encerrona, pero sí fue todo muy pesado. Tuve que hacer una comida en casa para que se encontraran de una vez, como muy de novios formales. Tus padres, los míos, el niño... Pero lo que no podía imaginar es lo bien que congeniaron, tanto, que a

mí no me hicieron apenas caso. Menos mal que yo tenía rato para entretenerme con el niño.

Ya me llama «mamá», sí. La culpa la tuvo Julián durante nuestra separación. Primero le enseñó mis fotos al pequeño una y otra vez para que no me olvidara, con el convencimiento de que volveríamos a estar juntos, diciéndole mi nombre. Y desde que volvimos no paró de decirle «mamá» y señalarme.

«Este hombre está tonto, en serio. Pero lo quiero.

»Verás esta noche...»

—Mamá. —Luis me echó los brazos.

—Cariño, te vas con los abuelos a jugar. Luego, dentro de un rato, nos vemos —mentí descaradamente para que estuviera tranquilo.

—Mamá...

—Será mejor que nos marchemos ya o será un drama —dijo el padre de Julián, un hombre alto y de facciones muy parecidas a las de su hijo.

En cambio, su madre era la del color de ojos claros y la sonrisa.

Después de un millón de besos al pequeño y abrazos entre todos, la puerta de la casa de Julián se cerró.

—Me siento un mal padre —se quejó.

—No seas tan duro contigo mismo —lo consolé.

—Es que yo me voy de juerga y lo dejo. —Hizo un pucherito.

—Hace mucho que no salimos solos, estamos siempre con él —protesté falsamente, pues yo también me sentía mal—. Es la despedida de Mario. Se marcha para ser rico y famoso.

Me abrazó por la cintura y comenzó a reírse.

—Ya quisiera él.

—Hombre, eso es lo que él espera. —Levanté un poco la cabeza para besarlo—. Y cabezón lo es un rato.

El móvil de Julián sonó, era un mensaje de WhatsApp. Fue a mirarlo, esperaba la confirmación de un local que estaba a punto de abrir en Sevilla.

—¿Ya? —pregunté nerviosa.

—No, no era sobre el local. Es Dabiz, que quiere hablar contigo y no tiene tu móvil. —Me enseñó el mensaje—. ¿Se lo paso?

—Claro, ¿cómo no?

Desde el día en que me había ayudado a volver a relanzar el *food truck* habíamos mantenido un par de conversaciones a través del teléfono de Julián. Hablábamos de las recetas, de las posibilidades culinarias, y siempre terminaba con un: «Tienes que volver a invitarme a tu *food truck*». Si no hubiera sido por Julián y por la visibilidad que nos había dado la ayuda del Chef, no estaría en el momento en el que estaba. Con una agenda llena de compromisos, una larga lista de espera y un gran equipo detrás que me ayudaba a poder alcanzarlo todo. Me sentía una *wonderwoman* pudiendo llegar a todas partes a tiempo.

—Se lo paso.

—Pero dile que llame mañana, que hoy es nuestra noche. —Quise acercarme a él y me di un golpe en la mano que cambió mi cara.

—¿Aún te duele? —Me la asió para besarla después.

—Sí, pero sólo cuando aprieto muy fuerte o me doy un golpe. El lunes tengo que ir de nuevo a rehabilitación.

—Mano torpe...

Sonó el telefonillo justo cuando terminábamos de darnos un beso. Gabriel había llegado. Nos marchábamos para cenar antes de ver el espectáculo de despedida de Mario.

La que le esperaba a él y a alguien más.

Sonreí.

\* \* \*

—¡Jerónimooo! —gritó Mario, echándose a reír inmediatamente—. Aish, coño, parezco uno de esos de las películas de indios y vaqueros.

—Dime —contestó el cuidador de su abuela asomándose a la habitación.

—Anda, échame una mano —le pidió.

—Estoy aquí para ayudar a tu abuela, no para ser tu sirviente.

Jerónimo puso los ojos en blanco al ver el desorden que había en la habitación de Mario. Sabía que todo acabaría al cabo de un par de días, pero la verdad es que no podía más con los nervios de éste.

Encima de la cama tenía tres vestidos: uno era un mono de látex con algunas incrustaciones de pedrería; otro, un vestido largo hasta los pies lleno de lentejuelas, y otro, un fabuloso mono de color rojo pasión a conjunto con unas fantásticas botas.

—No, si no quiero más que me digas qué te pondrías tú para mi última actuación en el club —dijo Mario poniendo carita de perro desvalido.

—Ése —señaló el rojo de brillo.

—Genial, era el que más me gustaba. —Saltó de alegría recogiendo el material—. Tengo que irme ya, pero irás con la Yaya, ¿no?

—Tranquilo. Iremos, aun a pesar de que soy padre y tengo un bebé y una mujer esperándome en casa —le aseguró sonriendo al tiempo que se daba la vuelta para marcharse.

—Lo entenderá y, cuando tu hijo sea mayor, le regalaré su primer vestido —afirmó casi gritando.

Lo que no vio es que Jerónimo se marchaba por el pasillo negando con la cabeza con una media sonrisa en el rostro.

—¿Yaya? —Se acercó a despertarla—. Tenemos que ir poniéndonos guapos para esta noche.

—*Ofú*, niño... —Abrió un ojo—. Me he quedado dormida viendo un vídeo por internet.

—Qué pena, ¿no? —comentó Jerónimo sentándose a su lado en el sofá.

—¿Pena de qué? —Ella lo miró.

—De lo de YouTube y el canal que tenías —respondió.

—No, cariño. —Le acarició las manos—. Fue lo que tenía que ser. Fue divertido, ganamos nuestro dinerito, y ahora a disfrutarlo.

—Muchas gracias, Yaya. No merecía el regalo que me estabas haciendo... Trabajo para ti.

—Lo sé, pero si tanto te gusta la edición y sabes manejar tan bien todos esos cacharros —dijo la anciana—, ¿por qué no te dedicas a eso?

—Porque me dedico a cuidarte —repuso Jerónimo.

—Pero yo me moriré..., ¿y después? —Ella le apretó la mano con dulzura.

—Ahora estás viva —replicó él.

Mario escuchó toda la conversación escondido en el pasillo mientras

soltaba una lagrimilla mezcla de tristeza y culpabilidad. Dejar a su Yaya sola le dolía en el alma, pero por otro lado estaba completamente seguro de que no había mejores manos que las de Jerónimo para cuidarla. Además, casi todas las semanas traía a su hijo para que ella se divirtiera, y ahora él y su mujer iban a mudarse a su casa el tiempo que él estuviera fuera para que nunca le faltara de nada. ¿Mal nieto? No, él iba a conseguir su sueño, iba a ganar y a darle a su abuela todo lo que ella le había dado a él. No sólo era el dinero, era todo: el amor, el cariño, las riñas, los enfados, los castigos por no hacer los deberes... Ella se lo había dado todo y él se lo devolvería con creces.

Se secó las lágrimas de los ojos y apareció en el salón como un cascabel de alegría.

—Me voy ya, queridos. —Repartió besos y abrazos—. Qué lástima que no seas gay —comentó riendo al abrazar a Jerónimo, que le correspondió con un guiño—. Abuela, ponte guapa, guapa y guapa, porque quiero que hoy te conozcan. Será mi última actuación, pero quiero que estés allí.

—Allí estaré, mi niño. —Le dio un millón de besos.

Esos besos que se dan cerca de la oreja y no paran hasta que comienza a sonar un pitido en el oído. Ésos son los mejores besos que nunca podrá dar un abuelo a su nieto, esos besos llenos de ternura y de cariño.

La puerta se cerró y Mario puso rumbo a su última actuación. Sabía que el local estaría lleno. Ya se había encargado Antonio de hacer una buena campaña por las redes. Seguro que estaría hasta los topes, pensó mientras sus pasos se dirigían con fuerza a pisar el escenario con su gran canción de despedida.

## Capítulo 33

El murmullo de la gente se estaba convirtiendo más en griterío que en otra cosa.

El ambiente era fascinante, el cartel de «Completo» hacía varios días que estaba colgado en la puerta. Un conjunto dispar de clientes se agolpaba para ser testigo del evento del que se hablaba hasta en los cuartos oscuros de los bares más gais de Madrid. Todos, absolutamente todos, estaban expectantes por ver la despedida de María Humpajote antes de marcharse para alcanzar a la fama más glamurosa.

De fondo sonaba música de Joe Crepúsculo, Las Bistecs, Astrud o Putilátex antes de que las *drags* comenzaran a salir al escenario.

Nuestra mesa estaba relativamente cerca, lo suficiente para poder contemplar bien el espectáculo pero sin que Mario llegara a vernos directamente.

La música bajó de repente y todo se oscureció, del escenario salieron unas tenues luces y los acordes de una copla comenzaron a surgir por los altavoces. Una *drag*, vestida con todos los complementos que la buena coplera debía llevar, apareció en escena. Creo que era Roncha Velasco, con un buen moño estirado, cuatro caracolillos rodeando el rostro y un maquillaje muy acentuado. Dio tres paseos de un lado para el otro y luego se paró temblorosa:

—«Él vino en un barcoooooo...»

Sus movimientos, calculados al milímetro, dieron paso a una historia de amor y pasión en la oscuridad de una sórdida cantina de puerto, donde el frenesí y la lujuria se desataban por una noche dejando un recuerdo de amor.

Roncha gesticulaba, se daba golpes en el pecho «recordando» a su amante ficticio y dejaba caer alguna que otra lágrima para terminar arrodillándose en el suelo llorando como una Magdalena. Vamos, todo muy teatral.

Cuando la canción finalizó, el público enfervorizado rugió bravos por doquier y los aplausos llenaron el club.

La luz se apagó un segundo y, al volver a encenderse, apareció Deborah Mela.

—Buenas noches a todos. ¿Cómo estáis? —preguntó al público, que respondió inmediatamente—. Me alegro. Una, que está encantada de teneros entre nosotras. Mi nombre es...

—¡Deborah Mela! —contestó la gente.

—A ver, si os ponéis en fila, iré haciendo uno a uno, sin prisas... —bromeó a raíz de su nombre.

Las risas inundaron de nuevo la sala.

—Bien, queridos, hoy es una noche especial que ha sido inaugurada por nuestra estimada Roncha Velasco y una copla de las que dejan marca. Pero, como no queremos quedarnos tan tristes, y hoy es un día de celebración y no de tristeza, os dejo con Elva Gina y su espectáculo.

Sonaron los primeros acordes de la última canción de Rita Ora para dar paso a una espectacular coreografía de la mano de la *drag*.

Mis ojos se abrían cada vez más y más, pues no daba crédito a los movimientos tan increíbles que, a pesar de las alzas que calzaba, su cuerpo realizaba. Contorsiones, giros, movimientos de cadera, piernas volando de un lado para el otro. Simplemente alucinante. Y todo ello sin dejar de hacer *playback*.

En esta ocasión, con la despedida de Mario, el espectáculo estaba siendo simplemente fascinante. Mucho mejor que la última vez que había ido a verlo.

—¿Esto es siempre así? —me preguntó Julián.

—Sí. Vamos, quiero decir que está muy lleno y que el espectáculo siempre es de este nivel.

—Es que estoy quedándome sin palabras, qué artistas —me comentó y, acto seguido, volvió a fijar sus ojos en el escenario.

Otros tres números más, llenos de fantasía, coplas mezcladas con música

electrónica y varios monólogos hilarantes realizados por Deborah entre actos dieron paso al número más esperado: la despedida de María Humpajote.

—Y ¿ahora quién vieneeee? —provocó Deborah deliberadamente el chiste fácil al público.

—María Humpajoteeeeeeeeeeeee —se oyó.

—En el baño, queridos, y, por favor, limpiadlo todo bien, que no quiero guarrerías.

Se retiró del escenario para dar paso a los primeros acordes de la famosa canción de Raffaella Carrà. Sí, la del «Explota, explota...», pero en la versión remix de Bob Sinclar. Dos maromazos negros con tan sólo una especie de bañador minúsculo comenzaron a bailar sobre el escenario cuando la música se volvió más electrónica, ejecutando pasos de baile imposibles que alentaron a la gente a levantarse de sus asientos. Llevaban collares de cuero con pinchos rodeando el cuello de los que salían cadenas que se enganchaban en aquellos calzoncillos, por llamarlos de alguna manera, y lentillas de color blanco. Era muy raro, porque cuando los iluminaba la luz, sus ojos se convertían en azules brillantes.

Sus movimientos, como los del vídeo de Madonna con el *Vogue*, eran casi idiotizantes. Cuando nos tuvieron totalmente anonadados, la luz se apagó sobre el escenario para, segundos después, encenderse varios focos sólo en el centro y aparecer un grandioso Mario, María Humpajote, vestido exactamente igual que Raffaella Carrà. Su pelo, una fantástica peluca rubia con el mismo corte que ella. Nunca lo había visto tan parecido a su ídolo...

Empezó a bailar con los chicos hasta que ellos desaparecieron del escenario y Mario dio comienzo a su maravillosa actuación cantando, ahora, la versión original de la canción.

Sin que él se diera cuenta, las cortinas del escenario se abrieron entonces mostrando una fotografía de María Humpajote deliciosamente vestida con un lema en el que sus compañeras le enviaban toda la suerte del mundo y le pedían que regresara con el título de RuPaul's Drag Race.

La canción terminó. Mario estaba intentando calmar el resuello entre tanto baile e imitación, y fue ahí donde comenzaron las lágrimas. A escena subieron todas sus compañeras con un ramo de flores gigante y le mostraron la



fotografía. Nos enfocaron a nosotros, Mario lloró cuando lo saludamos. Enfocaron a su Yaya y a Jerónimo, y lloró cuando lo saludaron. Las luces se encendieron para que viera a todo el público, también lloró en ese momento.

—Gracias... —Cogió el micrófono que le dieron—. Gracias por estar ahí, amigos... —Nos señaló y le devolvimos el saludo—. Yaya, ¡te adoro! —El público se deshizo en aplausos—. Y a vosotras, perras —miró a las *drags*—, voy a ganar sólo para que os muráis de la envidia y me odiéis un poco más.

En ese momento todos rompieron a aplaudir descaradamente. Y las *drags* lo rodearon para llenarlo de besos y abrazos.

—¡Que siga la fiesta! —gritó Mario.

El espectáculo continuó un buen rato más mientras unos y otros salían a cantar y a bailar, y en uno de los descansos de los artistas, así, sin pensar, creí que sería el momento adecuado para pedirle a Julián lo que llevaba tanto tiempo esperando. Era probable que el alcohol en sangre me hubiese dado el valor que andaba buscando, pero era ahora o nunca. Respiré un par de veces y...

—Creo que es el momento de dar un paso adelante —empecé.

—Pues la verdad es que yo nunca he sido mucho de series de ese tipo, así que no la he visto. Lo siento —bromeó.

Le di un pequeño toque con la mano abierta en el hombro.

—No seas tonto, quiero ponerme seria un momentito. —Tomé aire.

—Vale, cielo. —Se colocó bien en la silla, mirándome de frente.

—Pues a ver cómo lo digo —suspiré—. Llevamos ya algunos meses de un lado para otro. Normalmente suelo ser yo quien pasa más tiempo en tu casa por razones obvias —Julián asintió—, y quería plantearte, sólo plantearte, ¿eh? Se puede pensar, se puede decir que no y hasta ignorar la propuesta...

—Bueno, ¿quieres soltarlo ya? Me estás poniendo nervioso.

—Megustaría que nos fuéramos a vivir juntos.

«Hale, ya lo he dicho.»

—¿Cómo? Creo que no te he entendido nada, debe de ser por la música...

—Señaló con el dedo índice un altavoz imaginario en el techo.

—¡Que me gustaría que nos fuéramos a vivir juntos!

Para mi desgracia, en ese mismo instante, y no sé por qué, la música bajó

de golpe y sólo se oyó mi grito pidiéndole algo a mi novio que pretendía ser de lo más íntimo. Ahora, no sólo lo había oído Julián, sino también el público y alguna de las *drags* que estaban dando una vuelta por las mesas saludando y haciéndose fotografías con todos los que se lo pedían.

—Tierra, trágame —dije por lo bajini intentando esconderme bajo la mesa.

—¿Qué le vas a decir?! —se oyó a lo lejos.

—¡Porque no me va la carne, si no, ésa no se me escapaba! —soltó una de las *drags* que estaban en la platea.

—¡Vamos, campeón!

El murmullo cada vez era más y más alto. La gente alentaba a Julián a que diera una respuesta en directo.

—No lo hagas, por favor —le pedí tratando de remediar mi metedura de pata.

—¿Quieres una respuesta? —Lo miré y asentí con miedo—. Pues espérame aquí.

Lo observé caminar entre las mesas jaleado por todos los presentes. Le dedicaban palmadas, le decían cosas y lo animaban a que diera una respuesta. Vi cómo se acercaba a la barra para decirle algo a Antonio, el jefe; éste le sirvió un vaso de algo que se tomó de un tirón y, con ésas, subió al escenario.

¿Qué coño estaba pasando? ¿Por qué me ocurrían esas cosas? Un «sí» o un «no», nada más. ¿Qué cojones hacía Julián en lo alto del escenario? «Por Dios, por la Virgen y por el sujetador de Jean-Paul Gaultier que Madonna llevó un día...»

Se me encogió el corazón, más por vergüenza que por otra cosa, cuando los primeros acordes de una canción de Chayanne comenzaron a sonar. Y, no, no era una tranquila, no era una balada romántica de las de echar la lagrimilla. «¡La puta deoros!» Se iba a poner a cantar la del torero...

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Que la letra hablaba de coraje, valentía y cabezonería para estar conmigo. Pero que, sí, que se quedaría a mi lado. Lo peor de la vergüenza no era verlo a él subido en el escenario haciendo el tonto, sino que, además, era él quien cantaba (nada mal, por cierto...), pero ¿y esos movimientos de caderas? Bueno, en vertical parecían diferentes de

cuando lo hacía en horizontal, pero... ¡joder!

Gracias al cielo, la canción acababa, con el público totalmente entregado a la locura que estaba desatándose en ese momento. Gabriel y Mike se sentaron a nuestra mesa en el preciso instante en el que los últimos acordes terminaban.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó mi amigo en referencia a las dotes artísticas de Julián.

—No tengo ni puñetera idea, pero me quiero morir... —De vergüenza, eso ya lo he dicho antes.

—¡Cariño! —oí a Julián con el micro en la mano—. ¿Te he respondido ya?

—¡Esta noche follan! ¡Esta noche follan! ¡Esta noche follan! ¡Esta noche follan! —Todo el club se puso de acuerdo para jalearnos.

—Dime algo —insistió.

Yo no podía abrir la boca, estaba absolutamente estupefacta por la situación que yo misma había provocado sin querer. Así que sólo asentí sin parar, haciéndole aspavientos para que bajara del escenario y se sentara de una vez a mi lado. De paso, si hubiera tenido telepatía, le habría dicho que trajera una botella de tequila, que necesitaba no volver a recordar lo que había vivido. Espectáculo de Julián incluido. Pero, al parecer, alguien se apiadó de mí y uno de los camareros llegó con una botella de champán del bueno y señaló una mesa llena de chicos que aplaudían y me enviaban besos. «¡Mamaaaaaaaaaaaaaaaaaá!»

—Siéntate a mi lado y no vuelvas a moverte en toda la noche. —Agarré de la rodilla a Julián.

—Cariño, se lo debía a mi público —repuso. Se había venido arriba.

—Tú bailar mucho cachondo. —Mike le chocó la mano.

—No sabíamos de tus dotes artísticas... —le tiró la caña Gabriel.

—Ni yo mismo. —Se puso a reír como un loco—. Pero esta mujer se merecía una respuesta a la altura de lo que me había hecho sufrir.

—Eres un cabrón. —Me enfadé y bebí de la botella a morro.

—Oye, que los demás también queremos —se quejaron.

—Os jodéis. Es mía —me rebelé.

—Sí, cariño. Todo tuyo —me respondió Julián dándome un beso en la mejilla.

Y así me dijo el cabrón de mi novio que nos iríamos a vivir juntos. En la fiesta de despedida de Mario, montando un numerito de los que nunca se olvidan. Menos mal que sabía que había vídeos, cuando Luis fuera mayor pensaba ponérselos una y otra vez en bucle para dejar a su padre en evidencia. Lo haría hasta cuando trajera a su primera novia, a su primer amigo y en su primera fiesta de adolescentes en casa.

«En casa...» Mejor bebía un poco más. Acababa de ser consciente de que me había dicho que sí.

## *Epílogo*

Otro día más así y prometo que me daba de baja de la vida.

Eran las siete de la mañana de un puñetero sábado festivo, no trabajaba, y estaba despierta buscando una jodida caja en la que estaba guardada la mitad de mi vida. O, lo que es lo mismo, la colección completa de la serie «Érase una vez... el cuerpo humano». Vale, lo sé, no es que sea «Sexo en Nueva York», «Friends» o «Cómo conocí a vuestra madre». Pero una vez, aquella en la que intenté ser madre gracias a una jeringuilla, me dio por comprar algunas series míticas de mi infancia para que mi futuro hijo no creciera a base de láseres, pistolas y muñequitos estrambóticos que dicen «pika, pika»... Soy viejuna, ni siquiera sé qué ponen en la televisión más allá de los canales infantiles para niños menores de tres años. (Nota: me encanta «Pocoyó» y «Masha y el oso».)

Bueno, a lo que iba, hacía dos semanas que estamos viviendo en la nueva casa. Es demasiado grande, demasiado cara, demasiado alta, demasiado todo... Pero ¿qué puedes hacer si tienes un taladro en el cerebro dando por saco durante meses? Sí, el taladro era Julián.

«No es tan grande, verás cuando crezca el niño.»

«No es tan cara, de verdad que podremos pagarla.»

«No es tan alta, lo de arriba sólo será para invitados.»

Siempre tenía una puñetera excusa para convencerme de que compráramos esa casa. Claro, yo dinero ahorrado, poco, pero, al parecer, él sí. Es lo que tiene ser dueño de una empresa. Así que allí estábamos, en un dúplex grandísimo en una zona muy tranquila de Madrid y con más baños que la casa

de la Preysler. ¿Y yo? Yo estaba en el puñetero trastero pasando frío mientras trataba de encontrar el jodido DVD.

Lo peor de todo es que en ese momento no lo necesitaba, pero me había despertado con la cosa en la cabeza, y no era por los nervios de la boda.

Al final, una boda, después de tan sólo un año juntos. Personalmente creía que era una locura, pero ¿no está el mundo hecho de locuras? ¡Pues que viva el jodido amor y el fornicio! (Creo que me he pasado un poco, pero debían de ser las hormonas locas y el nervio los que me estaban descontrolando.)

Ahí se habían quedado padre e hijo. Luis había pasado mala noche y su padre había dormido con él en la misma cama; la grande, toda para mí. Debía de haber notado nuestros nervios por la celebración, pero era muy importante que todo saliera perfecto. La comida, la bebida, los invitados, los trajes, el vestido, los peinados, el maquillaje. Creo que me iba a dar un...

—¡TOMA! —grité sola en el trastero.

Entre mis manos, sí, como si de un tesoro perdido en la selva se tratara, encontré los DVD. Pero no sirvió de nada; pensé que me calmaría, pero aún seguía nerviosa como un flan. Así que, con ello en la mano, desanduve el camino y subí de nuevo a la casa. Todo seguía en silencio. Mejor. Me marché a la cocina para prepararme un café, aunque creo que habría sido mejor una tila.

Sonó el móvil y salí corriendo para que no despertara a los bellos durmientes de la casa. Era Gabriel. Tampoco podía dormir por los nervios, fijo.

—¿Tampoco puedes dormir? —le pregunté.

—No puedo, no puedo...

—¿Qué pasa ahora, Gabriel? —me preocupé.

—No puedo casarme, Daniela, todo va a salir mal. Voy a hacer el ridículo y Mike me dejará plantado en el momento justo en el que diga el «sí, quiero».

—Gabriel, por favor... —Suspiré para relajarme un poco e intentar lo mismo con él—. Todo va a salir bien. Julián y yo hemos puesto todo de nuestra parte para que vaya de lujo.

—Lo sé, pero tengo miedo. ¿Y si nos vamos a Las Vegas solos? —Hiperventilaba.

Aún recuerdo el día que nos dijeron que Mike y él habían decidido casarse y estar juntos para siempre. Nos alegró muchísimo, y les expresamos que nosotros contribuiríamos en todo lo que estuviera en nuestra mano para que la celebración fuera maravillosa. Lo que no sabía era que Mike no tenía madre, y además era hijo único, y me pidió que fuera su madrina. Imaginad los nervios que me entraron en ese momento, pero para rizar el rizo también querían que Luis llevara los anillos. A Julián le entró la risa, más que nada porque Luis era como un rabo de lagartija y no paraba nada más que para dormir.

—¿Tú y yo? —bromeé—. Yo ya fui a Estados Unidos y pillé cacho.

—No, idiota —se rio.

—Anda, deja de decir tonterías y relájate. Tómate un Lexatin o lo que coño tengas en casa y date un baño caliente.

—¿Tú no estás nerviosa? —preguntó.

—Estoy de los nervios, querido.

Colgué el teléfono para no darle pie a réplica. Quería que se relajara para que entre los dos no autoalimentáramos nuestros miedos. Eran la pareja perfecta: guapos, simpáticos, trabajadores... Y, lo mejor de lo mejor, Mike se había convertido en mi mano derecha en la empresa, sin él yo no tendría vida personal. Nos compenetrábamos a la perfección y, bueno, no me iba nada mal.

Gracias a Julián y a su equipo, ya teníamos un par más de furgonetas por España. Una en Barcelona y otra en Sevilla, dando vueltas de un lado para el otro. De ahí que, aunque no parábamos, también es cierto que, gracias a buena organización, solía disfrutar de vida propia algunos fines de semana, que era cuando más trabajo teníamos. Había montado un pequeño despacho desde donde coordinaba al equipo, y algunos fines de semana hacíamos excepciones y contratábamos a algún chef de renombre para que nuestras furgonetas sobresalieran por encima de las demás. No puedo dejar de ir, sobre todo en momentos especiales. Son mis niñas, mi empresa, mi vida y gracias a este negocio aprendí que nadie podía controlar mis sueños.

Me senté en el sofá de aquel gran salón, encendí la tele y me eché una mantita por las piernas mientras ponían aquel programa de coches que tanto me gustaba en un canal de pago...

—Mamá, *despieta*... —Noté un manotazo en la cara.

—¿Qué? ¿Cómo? ¡Ay! —Me desperté agitando los brazos en el aire.

Me había quedado de nuevo dormida en el sofá, totalmente despanzurrada y con un café helado en la mesita.

—Mamá, *tusto*. —Luis se reía en toda mi cara.

—Deja a mamá y siéntate a ver los dibujos mientras te hago el desayuno —oí que decía la angelical voz de Julián.

Abrí finalmente los ojos cuando él se acercó a darme un beso en los labios y me ayudó a colocarme mejor.

—¿A qué hora te has levantado? —Me miró con una ceja enarcada.

—Antes de las siete de la mañana, y mira —levanté de la mesita los DVD —, ¡los encontré!

Ahora frunció el ceño de manera inquisitorial. Veía que quería decirme algo, pero conocía mis rarezas y sabía perfectamente que estaba nerviosa como una gelatina en pleno vuelo con turbulencias, así que se dio la vuelta negando con la cabeza y fue a la cocina.

Algo más despejada, me estiré levantándome del sofá y, acercándome a la silla de Luis, le di un beso en la cabeza.

—*Tusto...* —Me miró riéndose.

—Sí, susto. —Le saqué la lengua y siguió riendo.

Continué mi marcha en dirección a la cocina, pero me quedé en la puerta, sin entrar, mirando cómo Julián se movía de un lado para el otro preparando todo lo necesario para desayunar. Me acerqué a él por la espalda y lo abracé por la cintura.

—Tienes que relajarte —dijo con voz profunda—. Todo va a salir bien.

—Estoy muy nerviosa. No tengo edad para ser madrina de nadie en una boda. Me van a echar más años de los que en realidad pone en mi DNI.

—¿Así que todo el problema era ése? —Se dio la vuelta, agarrándome, mientras yo asentía—. ¿La edad?

—Voy a parecer una señorona. —Apoyé la cabeza en su pecho.

—¿Sabes? —se dio la vuelta de nuevo—, buen intento. No me lo creo.

«Será listo el tío...»

—Vale, sí, no es sólo eso. Es que le debo mucho a Gabriel y quiero que todo sea perfecto. Pero ¿a que lo de la excusa de la edad por poco da el pego?



—Casi. Pero ya voy conociéndote un poco.

—¿Sólo un poco? —Aproveché que seguía con sus quehaceres culinarios y le metí la mano en el pantalón del pijama, tocándolo.

—¡Eh! —Se hizo el ofendido sin apartarse—. Luis está ahí y...

—Viendo los dibujitos, así que puedo hacerte una mamada...

—Siempre estás pensando en lo mismo... —se rio.

—En lo único, *amorsito*.

Me metí con él un poco más antes de ayudarle con todo y horas más tarde, nos habíamos puesto ya en contacto con la finca, el catering, la orquesta y el disc-jockey para comprobar que todo estaba dispuesto y perfecto. Julián y yo nos dividimos el trabajo para terminar cuanto antes y, así, estar pendientes de Luis por turnos.

Finalmente, a las seis de la tarde, yo cogía un taxi para ir a buscar a Mike al hotel donde estaba con su familia (esa noche no había dormido con Gabriel, quería mantener la tradición de pasar la noche antes de su boda separados), con Luis vestido tan pomposamente el pobre que hasta llegó a darme penita. Allí nos estaba esperando parte de su familia: su padre y algunos tíos, primos y amigos de Estados Unidos, así como un fantástico coche para marcharnos al lugar de la ceremonia.

Julián nos esperaría allí, quería cerciorarse de un par de puntos que habían quedado sueltos. En cuanto los solucionara, cerraría puerta y disfrutaría de la velada dejándolo todo en manos de los encargados.

Y allá que íbamos.

Iba monísima, para qué negarlo, si por una vez me veía más bonita que un san Luis. Un vestido color rosa palo confeccionado en crepé y gasa con una falda con mucha caída. Escote barco y unas mangas tres cuartos. Pero lo que más me enamoraba era la gran lazada en gasa de la cintura. Vamos, que cada vez que Luis quería que lo cogiera, que lo abrazara o lo que fuera..., lo apartaba como si fuera el mismísimo Satanás venido del infierno. Mi niño, pobrecito.

—Vas preciosa. —El español de Mike había mejorado por segundos.

—Gracias, tú tampoco te ves nada mal.

Llevaba un traje azul cerúleo ajustado a su tremenda figura, un bonito

chaleco grisáceo y una preciosa corbata que conjuntaba a la perfección con sus ojos. El peinado, simplemente perfecto para él.

—¿Nos vamos? —lo insté.

—No sin antes saludar a mi Little Prince. —Abrió los brazos para que Luis saltara a ellos.

—Tito Mike... —Le llenó de besos la cara.

—Ahora sí poder irnos —dijo.

Antes de entrar en el coche hizo las correspondientes presentaciones con toda la familia. Y fue de lo más cómico ver cómo su padre se disponía a echar al chófer del vehículo porque se empeñaba en ser él quien llevara a su hijo al enlace. Presenciamos una lucha de titanes entre el conductor y el progenitor de Mike, que, finalmente, acabó ganando, así que mientras novio, madrina y paje se sentaban atrás, el chófer acabó sentado en el asiento del pasajero, dando indicaciones para ir al lugar.

Cosas que pasaban mientras nosotros sólo podíamos echarnos unas risas por los nervios, porque vaya comecome que yo tenía en la tripa. Eso y que, además, Mike tuvo que sentarse en el medio del asiento trasero del coche porque, si no, Luis iba a ponerse de un momento a otro a dar patadas y a manchar mi vestido.

¿Por qué no habría hecho caso a Julián y lo habría dejado irse con él? «Si es que, de verdad, hay veces que...»

Bueno, pues allí estábamos al fin. Todo el mundo en su sitio, Mike y yo en la entrada esperando a que nos dieran la señal y...

«Adelante, entramos en la sala donde se celebrará el enlace...»

Al fondo, Gabriel, al que miré con ojos desorbitados. Estaba guapísimo, y lo mismo debió de parecerle a Mike, que me agarró más fuerte y todo del brazo. Aunque llevaba un traje de color gris, algo más tradicional que el de Mike, el chaleco de debajo delataba su intención de no ser un novio más. Era de color gris más claro, pero lleno de rosas rojas como la sangre, y lo complementaba con una corbata del mismo color, o quizá más intenso. Sonrió nada más vernos entrar agarrados del brazo y se subió un poco el bajo de los pantalones para mostrarme que llevaba unos calcetines amarillos con topes de color morado. Me guiñó el ojo cómplice, y yo sólo pude reír.

—Y aquí estáis —dije al llegar al final del pasillo y soltar a Mike.

—Aquí estamos —respondieron los dos a la vez, besándome cada uno en una mejilla.

Esperé a que Luis entregara la cajita con los anillos al juez y nos fuimos a sentar al lado de Julián, que nos había guardado sitio. Me agarró de la mano y la ceremonia dio comienzo.

Desde que me había divorciado, las bodas me daban un repelús mortal de necesidad. Pero Gabriel era el «otro» amor de mi vida y por él sería capaz de ir al infierno con una manguera y pasar el tiempo necesario echando agua para apagar el fuego. Sí, por el bajaría la luna a lo *Gru, mi villano favorito*. Le daría un riñón si fuera necesario.

Era todo tan bonito...

—Y yo os declaro...

En el momento en que el juez iba a declararlos matrimonio, la puerta de la sala se abrió de par en par y, como si de una película del Oeste se tratara, entraron por ella tres *drag queens* perfectamente vestidas a paso lento, exhibiéndose con cara de circunstancias y abriendo paso a una cuarta.

—¡Aquí no se casa nadie sin que yo lo consienta! —Se produjo un revuelo momentáneo—. ¿Yaya? ¿Dónde está la Yaya?

—Elva, te encargabas tú... —Deborah, divinamente vestida con una túnica de brillo azul cielo, señaló a su amiga.

—No te confundas, me dijiste que la Yaya se quedaba en el coche. —Elva Gina se atusó la peluca mientras ceñía el cinturón que ajustaba a su cintura un vestido de noche espectacular.

—Ya está. —Roncha había salido y vuelto a entrar con la Yaya en su silla de ruedas.

No es que no pudiera andar, pero, debido a las prisas con las que habían tenido que ir al aeropuerto a recoger a Mario, necesitaban que corriera como las balas. Como eso no iba a suceder, le habían conseguido la silla de un amigo del abuelo de Elva, con el que la Yaya había hecho bastantes migas, y allí estaban.

—Estás tonta —Deborah se metió con Elva.

—Vale ya, es la boda de Gabriel. Parecéis niños pequeños —les regañó

Roncha, que a su vez iba con una peluca corta y vestida como la mismísima Liza Minnelli en *Cabaret*, pero con pantalones largos.

—Silencio. —Mario se puso serio después de darle un beso a su abuela —. Ya puede continuar la ceremonia. Estamos todos.

Y, con la mano, tal como si fuera un emperador de la mismísima Roma imperial, dio su beneplácito para que la historia de amor entre Gabriel y Mike continuara.

Tal como imagináis, Mario había ganado el concurso. Y, aunque su intención había sido regresar a España desde el primer momento, los contratos tan buenos que le estaban saliendo en Nueva York, Los Ángeles y San Francisco le estaban retrasando un poco la vuelta. Pero ese día estaba allí, con el espectacular vestido y el maquillaje de reinona con el que había ganado el concurso.

—*Sorry, is this the wedDing?*

—*Of course, RuPaul* —respondió Mario agarrándose a su brazo y sentándose en la fila de atrás con toda la *troupe* y el famosísimo *drag queen*.

Intentando recomponernos, nosotros y el juez, la ceremonia finalmente se cerró con lo de siempre. El beso.

«¡Que comience la fiesta!»

\* \* \*

Abrí los ojos sin ganas. No sabía a qué hora nos habíamos acostado, pero era consciente de que el sol estaba a punto de salir. No sabía qué habríamos hecho sin los padres de Julián, que vinieron sobre las diez a por el pequeñajo. De no ser por ellos, probablemente la fiesta habría terminado para nosotros no más tarde de las doce de la noche. Pero he de reconocer que, si no hubiera sido por lo lejos que nos quedaba el centro de Madrid, habríamos ido a celebrar el fin de fiesta comiendo churros y chocolate en San Ginés. Ya me lo imaginaba: los novios, las cuatro *drags* divirtiéndose a lo loco, RuPaul con ellas y los familiares estadounidenses de Mike. Un cuadro digno de película de Berlanga o de serie de Antena 3. Pero ¡si hasta había un tío suyo que llevaba botas de cowboy y sombrero tejano! ¡Qué bien lo pasamos!

Me removí un poco en la cama intentando desperezarme. Sentía un pequeño dolor de cabeza, probablemente...

«Vamos a dejarnos de medias tintas: causado por la gran cantidad de alcohol ingerida durante la fiesta.»

Miré a mi lado en la cama y vi que Julián no estaba en mejor estado que yo. Se encontraba hecho un ovillo intentando que el sol lo dejara dormir un poco más. Ya se colaba la luz por la persiana y no había remedio.

—Quiero dormir más —se quejó.

—Yo quiero un paracetamol —dije abriendo el cajón de la mesilla para tomarme uno.

—Borrachina —se burló echándose encima de mí.

—Anda, que habló san Abstemio...

Se rio y volvió a tumbarse en su lado boca arriba.

—Lo pasé muy bien anoche, tanto que me ha hecho pensar muchas cosas.

—¿Cosas? Me das miedo.

—Sí, esta vez debería darte miedo. —Se removió para sentarse en la cama, instándome a que yo hiciera lo mismo.

—Bueno, tú dirás. —Le di la mano.

—Llevo mucho tiempo pensándolo y no sé si hoy es el mejor momento para decírtelo. No es algo que pueda tomarse a la ligera, sobre todo teniendo en cuenta nuestro pasado, pero creo que ha llegado el día.

—Repito: sabes que puedes preguntarme o contarme lo que sea.

—¿Querrías ser la madre de Luis? —Me llevé las manos a la boca—. Sí, sé que es algo precipitado, pero va creciendo, te llama mamá, vivimos juntos y nos llevamos bien.

—Pero si yo ya... —Una lagrimilla pugnó por salir.

—Sé que son todo papeles, que son tonterías. Que ya eres su madre. Pero me gustaría que dijeras que sí y quisieras adoptarlo para ponerle también tu apellido.

Y ahí estaba, ahí llegó la maldita lágrima que no deseaba dejar que cayera por mi mejilla. Ahora la tonta de Daniela, la que había luchado en contra de sus sentimientos, iba a ser madre, y todo de la manera más natural. Sólo por amor.

—¿Eso es un «sí»? —me preguntó asustado.

—Eso es un «sí», hoy y siempre. —Lo abracé con toda la fuerza del mundo.

—Por otro lado, esto no quiere decir que tú y yo algún día no queramos tener uno juntos.

—Sí, algún día tendremos uno juntos. —Lo besé sensualmente—. Y ¿sabes qué es lo mejor de querer tener un hijo? —añadí.

—Dime —susurró Julián mientras me devolvía el beso.

—Las veces que vamos a tener que practicar y poner empeño para que ocurra —contesté mimosa.

—Pondremos todo el empeño que sea necesario y practicaremos mucho y muy bien, comenzando ahora mismo.

## *Agradecimientos*

Como siempre, ésta es la parte en la que se hace la pelota. Ya sabéis: que si a mi editora, que si a mi amiga, que si a mi perro, que si a aquel mosquito que me picó el verano pasado e hizo que esta historia apareciera en mi cabeza al no dejarme dormir... Pero bueno, a veces, es verdad, hay que agradecer todas y cada una de las oportunidades que te da la vida, y a mí, en este caso, me ha dado una buena.

Gracias a Esther, mi editora, por confiar casi a ciegas en mí, en esta historia y en todo...

Gracias, Laura Falcó, siempre estás en este apartado, porque un día te acordaste y aquí sigo.

Gracias a Magela Gracia por su ayuda y sus comentarios. Fueron fundamentales.

A mi familia y amigos por aguantar mis idas de olla y, sobre todo, por no dejar que se me vaya demasiado. Lo que han tenido que soportar los pobrecillos...

A mi marido, por aguantar y punto. Y a mi hijo, por existir y agotarme a partes iguales.

Y a mí misma, por ser tan cabezota, tan estrambótica y tener una vida interior tan compleja que es mejor no hablar de ella en alto por si acaso. 😊

## *Referencias a las canciones*

- *Only You*, Believe, interpretada por The Platters.
- *Macarena*, Serdisco, interpretada por Los del Río.
- *Duro de pelar*, Krik Music-Vista Music, interpretada por Rebeca.
- *Señora*, BMG Music Spain, interpretada por Rocío Jurado.
- *Caliente, caliente*, Warner Music Spain, interpretada por Raffaella Carrà.
- *Tatuaje*, OK Records, interpretada por Concha Piquer.
- *Far l'amore*, Blanco y Negro Music, interpretada por Raffaella Carrà y Bob Sinclar.
- *Vogue*, WEA International Inc., interpretada por Madonna.
- *Torero*, Sony Music Entertainment Inc., interpretada por Chayanne.





Yo nací y no había nadie en casa. En ese momento mi madre estaba comprando y cuando regresó ¡me echó tal bronca...! Bueno, no fue realmente como el maestro Gila lo contaba, pero pasó algo parecido. Esta pobre que os escribe vino al mundo en un momento en el que su madre casi no la esperaba, ella tan tranquila y, ¡hala!, aparecí yo hace bastantes más años de los que me gusta recordar.

Desgraciadamente, dicen que la edad es un grado, pero a mí los únicos grados que me gustan son los del verano y la cervecita helada que te sirven en el chiringuito. En ese orden.

Nací y crecí. Me casé y procreé. También por ese orden.

Y de mayorcita, antes de casarme y procrear, los dedos ya le daban a las teclas de manera incontrolada. Algo así como la escritura automática pero sin poseerme ningún espíritu. Por lo tanto, lo de poner orden y sentido a las letras, las palabras y las frases, y conseguir que se entiendan, es algo que llevo haciendo mucho tiempo (aunque me daba vergüenza admitirlo).

No hablaré de qué hago, dónde vivo u otras cosas, no vaya a ser que no os guste y deseéis venir a devolverme el libro o algo peor. Pero si buscáis mi nombre en el listín telefónico, aparezco por la M de McMahou.

Por lo tanto, aquí me hallo, me encuentro y creo que soy. Espero no perderme. Y que dure.

*Olvidate de la lotería y deja que te toque yo*  
Patty McMahou

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada: Ideyweb – Shutterstock  
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Patty McMahou, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.esenciaeditorial.es](http://www.esenciaeditorial.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2018

ISBN: 978-84-08-19301-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltallerdelllibre.com](http://www.eltallerdelllibre.com)

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes sociales!**

